

UN THRILLER DE ADRIAN WEST

EL CÓDIGO DEL CARIBE



L. D. GOFFIGAN

EL CÓDIGO DEL CARIBE

UN THRILLER DE ADRIAN WEST

AVENTURAS DE ADRIAN WEST

LIBRO 5

L.D. GOFFIGAN

ÍNDICE

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Nota del autor](#)

[Sobre la autora](#)

Copyright © 2026 por L.D. Goffigan

Todos los derechos reservados.

Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido, ni almacenado en un sistema de recuperación, ni transmitido de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo, sin el permiso expreso por escrito de la editorial.

Esta es una obra de ficción. Aparte de personas, eventos y lugares históricos conocidos que se mencionan en la narración, todos los personajes, incidentes, organizaciones y diálogos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con acontecimientos actuales, lugares o personas vivas es puramente coincidente.

Diseño de portada por Mibl Art

Publicado por Utopian Press

Visita la página web del autor: ldgoffiganbooks.com

PRÓLOGO

*Costa meridional de La Española
1498 d. C.*

LA PIRAGUA ESTABA lista antes de que se pusiera la luna.

Datihao se acucilló en la orilla y pasó la mano por el interior del casco una última vez, buscando grietas que a su padre se le hubieran podido pasar por alto en la oscuridad.

No había ninguna. Su padre había construido esta piragua él mismo, a partir de una sola ceiba que su propio padre había talado cuarenta años atrás y dejado secar en las vigas de su bohío durante toda una generación.

El casco era estanco. Las calabazas de agua, el casabe seco y los fardos envueltos de pescado ahumado estaban estibados bajo los bancos, donde las salpicaduras no los alcanzarían.

Detrás de él, la ensenada estaba en silencio. La gente del cacique lo había bajado todo desde la aldea antes del anochecer y luego se había retirado, tal como se les ordenó, para que ninguna patrulla de los hombres barbudos que pasaban por el camino del acantilado viera antorchas ni oyera voces.

Los extraños, los hombres barbudos, habían llegado en barcos más grandes que cualquier cosa que el pueblo de Datihao hubiera visto jamás. Habían llegado con hojas de metal, animales que gritaban y un hambre voraz por la roca amarilla que la gente de

Datihao usaba como adorno y que los hombres barbudos trataban como algo por lo que valía la pena matar.

Durante el primer año se habían llevado a los hombres de las aldeas costeras para que excavarán en los ríos, y muchos no habían regresado. Habían construido un fuerte de piedra en la costa norte y declarado que la tierra era suya. Y luego llegó la enfermedad, convirtiendo a hombres fuertes en cáscaras temblorosas en menos de una semana.

La madre de Datihao había muerto en la segunda oleada. Sus hermanas en la tercera. Aldeas enteras de la costa sur se habían quedado en silencio, con sus bohíos vacíos y sus fuegos de cocina apagados; sus muertos eran demasiado numerosos para enterrarlos a la manera antigua.

Datihao estaba en su decimonoveno año. Había sido elegido para este viaje porque era el mejor navegante de la aldea. También era uno de los pocos que habían sobrevivido a la enfermedad. Los ancianos decían que esto significaba que los espíritus lo habían marcado para algo. Él no creía a los ancianos en lo referente a los espíritus, pero sí creía al cacique respecto a lo que se avecinaba.

Más muerte. Más destrucción. El cacique se había sentado con los ancianos restantes y había hablado con claridad: los hombres barbudos no se detendrían. Tomarían los ríos, luego los campos, después las montañas. La enfermedad se llevaría a quien no se llevarán las espadas. Pronto no quedaría nada de ellos en esta isla, salvo las piedras que habían tallado y las historias que ya nadie quedaría vivo para contar.

A menos que algunos de ellos encontraran otro hogar. Ahora. Antes de que se cerrara la última puerta.

Los susurros habían llegado del sur, de los comerciantes que aún realizaban la travesía en sus largas piraguas. Hablaban de un lugar. Un refugio. Los comerciantes decían que allí había aguas que curaban. Manantiales que brotaban cálidos de la piedra ancestral, en un lugar tan completamente oculto que ningún forastero lo había encontrado jamás.

Incluidos los hombres barbudos.

El cacique había decidido. Irían ocho. Encontrarían ese lugar y luego mandarían recado para que los demás pudieran seguirlos. No tenían otra opción. Su único hogar pronto dejaría de existir.

Ahora, Datihao se dio la vuelta y caminó por la playa hasta donde su padre esperaba.

—La corriente os arrastrará hacia el este durante dos días —dijo su padre—. Lucha contra ella. Mantente al sur. Cuando veas la isla larga donde anidan las aves, estarás a mitad de camino del continente.

—Lo recuerdo.

—Tras el continente, sigue la costa. No te adentres en tierra firme hasta que encuentres el gran río. Lo reconocerás porque el agua del mar se vuelve marrón durante muchas leguas antes de que puedas ver tierra. Cuando encuentres a la gente que vive a lo largo del río, les darás el nombre que el cacique te dio y pronunciarás las palabras exactamente como él te enseñó. Exactamente, Datihao.

—Lo recuerdo, padre.

Su padre guardó silencio durante un largo momento. Su mirada pasó por encima de Datihao para escudriñar el horizonte. —Los comerciantes que nos hablaron de este lugar dijeron que el camino es largo. Habrá ríos que no podréis cruzar. Montañas que no podréis escalar. Gente que no querrá que paséis. Pero tú comprendes lo que se debe hacer.

—Sí.

Su padre alargó la mano y le tomó el rostro con ambas palmas, algo que no había hecho desde que Datihao era un niño pequeño. Sus palmas estaban endurecidas por toda una vida de pesca y olían ligeramente a la resina que usaba para sellar las piraguas.

Datihao cerró los ojos. Quería recordar las manos de su padre.

—Escúchame —dijo su padre—. El cacique te envía a buscar este lugar porque cree que puede salvar lo que queda de nosotros. Yo te envío porque creo en ti. No es lo mismo.

Datihao abrió los ojos. Su padre lo estaba observando con atención. Había mirado a su madre de la misma manera en los días previos a que la enfermedad se la llevara, como memorizando un rostro que no estaba seguro de si volvería a ver.

—Lo comprendo —dijo Datihao.

Su padre asintió una vez y lo soltó.

Los otros estaban esperando entre los árboles sobre la cala. Datihao levantó la mano y bajaron en fila india, siete de ellos, sombras que se transformaban en hombres a los que conocía de toda la vida.

Guabancex, el sobrino del cacique, que sabía leer el tiempo en la forma de las nubes. El viejo Maguá, que había remado hasta las islas Lucayas dos veces en su juventud y conocía el mar abierto mejor que cualquier hombre vivo en su aldea. Bayamo y su hermano Caguax, pescadores, ambos callados, ambos fuertes. Yuisa, cuyo abuelo había sido cacique en la costa oriental antes de que llegaran los extraños. Y dos hombres más jóvenes que Datihao, Anaca y Maboya.

Saludaron a su padre uno a uno, tocándose cada uno la frente con la mano de él. Su padre les dijo algo en voz baja a cada uno de ellos que Datihao no pudo oír. Luego se dieron la vuelta, caminaron hacia la piragua y comenzaron a adentrarse en el agua.

Datihao fue el último. Se quedó un momento más al lado de su padre.

—Lo encontraré —dijo en voz baja—. Encontraré un nuevo hogar para nosotros.

Su padre no habló, pero pudo sentir el orgullo de su padre. Su esperanza. Solo puso la mano plana contra el pecho de Datihao, sobre su corazón, y la mantuvo allí.

Solo entonces Datihao se dio la vuelta, se adentró en el mar y subió a la piragua.

Zarparon en silencio. Maguá se puso a la popa, Datihao a la proa. Los otros seis ocuparon sus lugares en los bancos, levantaron los remos al unísono y la piragua se deslizó fuera de la ensenada hacia la oscuridad abierta.

Datihao no miró atrás. Se había prometido antes de bajar a la playa que no lo haría, y cumplió su promesa. Fijó los ojos en las estrellas del sur que su padre le había enseñado a leer cuando era niño, las que colgaban bajas sobre el agua.

Detrás de él, la tierra que había sido su hogar toda su vida comenzó a quedar atrás. Los remos se hundían y se elevaban. La piragua encontró su ritmo. El primer indicio de gris apareció en el cielo oriental, pero Datihao mantuvo los ojos en las estrellas del sur.

Para cuando salió el sol, la cala ya no era visible a sus espaldas. Delante de él, en algún lugar a lo lejos, había un refugio donde su pueblo podría estar a salvo de los hombres barbudos y de la muerte y la destrucción que traían consigo.

El lugar de las aguas curativas.

UNO

*Hace una semana
Ciudad de México, México
19:12*

RICARDO CARVALHO PUSO con calma la mesa para dos en la gran mesa de roble de su comedor, intentando ignorar el temblor de sus manos y el ritmo acelerado de su corazón.

No era frecuente que uno mismo preparase su propia última cena.

Inspiró profundamente, con un estremecimiento, tratando de concentrarse mientras dejaba una botella de vino junto a su copa. Era su favorito: un Cuna de Tierra de la región de Guanajuato.

Fue a la cocina a buscar la comida que había preparado. Se detuvo ante la foto de su equipo de investigación que tenía colgada en la pared, junto a la cocina. Los quería como a su propia familia y los echaría de menos a todos.

Su mirada se detuvo en María, su investigadora principal, que se había convertido para él en una hija, y sintió un dolor creciente en el pecho. A ella era a quien más echaría de menos. Había mantenido sus recientes actividades en secreto para protegerla a ella y a su equipo.

Ricardo se obligó a entrar en la cocina, retiró el mole poblano del fuego y volvió al comedor. Intentó ver más allá de su miedo,

buscando algo que calmara su corazón acelerado. Había tenido una buena vida y no podía reprocharle nada.

Aún quedaba una parte de él, como un miembro fantasma, que protestaba y deseaba haber luchado más por sobrevivir, por evadir a quienes lo perseguían. Pero moriría para evitar que lo que sabía cayera en las manos equivocadas. Su muerte salvaría a millones.

Ricardo se sentó a comer, apretando los puños para calmar el temblor.

Intentó no sobresaltarse al oír el crujido de la puerta trasera al abrirse y los pasos tranquilos y seguros de la persona que iba a asesinarlo.

No reaccionó al ver de quién se trataba y, en parte, sintió una extraña sensación de alivio. Moriría a manos de alguien a quien conocía, alguien por quien se había preocupado mucho en el pasado, como si fuera un hermano.

—Me alegro de que seas tú —dijo Ricardo en voz baja—. Por favor. Acompáñame.

El intruso frunció el ceño, pero se sentó. Se inclinó hacia delante, con sus ojos oscuros clavados con fijeza en Ricardo. —No seas tonto —dijo—. Sabes lo que busco.

—Y sabes que no lo tengo —mintió Ricardo. Se sirvió una copa de vino, sorprendido de que su mano estuviera ahora firme. ¿Sería por lo inevitable de su final? ¿Por la presencia de la persona sentada frente a él?

—Tienes el poder de cambiar el mundo con lo que sabes —dijo el hombre.

—Y tú tienes el poder de destruirlo —replicó Ricardo.

El hombre se recostó en su silla y Ricardo lo vio, solo por un instante... un atisbo de arrepentimiento en sus ojos. Ricardo sabía que, en el fondo, era un buen hombre. Sin embargo, había elegido el camino equivocado y sus trayectorias se habían separado.

Con un hondo suspiro, el intruso sacó una pistola y le apuntó. Ricardo le dedicó una sonrisa triste. —Me temo que ya es demasiado tarde para eso, amigo mío.

Los ojos del hombre se agrandaron cuando Ricardo sintió que el veneno con el que había aderezado su comida empezaba a hacer

efecto. Ya notaba cómo se le escapaba la consciencia y no intentó aferrarse a ella.

El hombre saltó hacia él, con los ojos desorbitados por el pánico.

—¿Por qué?! —gritó el hombre—. Todo lo que tenías que hacer...

—Incluso si te lo hubiera dicho, nunca me habrías dejado vivir —jadeó Ricardo, luchando ya por cada bocanada de aire—. Nunca lo encontrarás. Jamás.

Mientras Ricardo cerraba los ojos, la última imagen que vio fue el rostro de su antiguo amigo, contorsionado por la rabia y una pizca de dolor.

Pero ahora solo sentía paz. El primer hilo que había descubierto solo se revelaría a la persona en quien más confiaba. La única que podría proteger el secreto.

La ubicación de la Fuente de la Juventud.

DOS

Hoy
Ciudad de México, México
09:37

CIUDAD DE MÉXICO, hogar de más de veinte millones de personas en su área metropolitana, se extendía en un vasto tapiz urbano a lo largo del Valle de México.

La historia antigua y la modernidad coexistían aquí; rascacielos relucientes se alzaban junto a edificios de la época colonial y ruinas prehispánicas, todo ello con el telón de fondo de las distantes montañas que rodeaban el valle. Los barrios de la capital variaban desde las tradicionales colonias de clase trabajadora hasta distritos exclusivos con bulevares bordeados de árboles, cada uno con su propio carácter distintivo y, sin embargo, todos palpitando con la energía de una ciudad donde miles de años de historia se encontraban con el dinamismo del siglo veintiuno.

Adrian observaba los alrededores mientras Nick conducía el coche de alquiler hacia el próspero distrito de Lomas de Chapultepec en Ciudad de México, un trayecto relativamente corto desde la embajada estadounidense, de donde acababan de salir. Ella reprimió un bostezo y se frotó los ojos; todavía estaba aturdida tras el vuelo desde Washington D. C., habiendo pasado gran parte del mismo revisando los archivos que su superior, Jeremy Briggs, le había

enviado. Nick parecía solo un poco más despierto, reprimiendo su propio bostezo mientras maniobraban por las calles.

—El café que nos han dado en la embajada no era suficientemente cargado —refunfuñó Nick.

Adrian soltó una risita, asintiendo con la cabeza. No hacía mucho que habían regresado de Venecia, Italia, y ella todavía estaba asimilando las asombrosas revelaciones que habían descubierto durante su estancia allí.

El padre de Adrian, a quien se había dado por muerto durante mucho tiempo, había estado vivo todo el tiempo, retenido como rehén por una peligrosa y poderosa sociedad secreta internacional. Su padre estaba ahora a salvo en Virginia con su madre, y Adrian todavía no podía creerlo. Una parte de ella no había querido dejarlo por miedo a que —por irracional que supiera que era— él no estuviera allí cuando regresara, y que haberlo encontrado vivo y sano hubiera sido algún elaborado sueño febril.

Pero ambos padres habían insistido en que fuera, y su padre le dijo que no quería que pusiera su vida en pausa por él. Solo se había ido a regañadientes después de que su madre prometiera enviarle actualizaciones frecuentes sobre su padre.

—Así es como nos sentíamos nosotros cada vez que teníamos que dejarte cuando eras una recién nacida —había bromeado su padre, pero Adrian sabía que estaba conmovido por su preocupación.

—¿Quizá este sea un trabajo rápido y podamos volver a casa y dormir durante dos semanas? —le preguntó Adrian a Nick, dedicándole una sonrisa irónica.

—Ilusa, West. ¿Cuándo ha sido ese el caso alguna vez? —preguntó Nick—. Pero admítelo. Te encanta.

Adrian no podía negarlo. Desde que había regresado a las fuerzas del orden tras una larga incursión en el mundo académico, sentía como si no hubieran parado ni un momento, especialmente con la formación del Grupo de Trabajo de Reliquias y Antigüedades, un equipo especializado que se ocupaba de amenazas terroristas relacionadas con artefactos robados en todo el mundo. Nick y ella eran los líderes de facto del G.T.R.A. y, hasta el momento, los únicos

que habían estado en el terreno. Trabajar junto a Nick, su compañero tanto en lo personal como en lo profesional, era como despertar tras un largo letargo, y por fin estaba haciendo lo que siempre debió hacer.

Miró el archivo que tenía en el regazo, cuyo contenido había estudiado a fondo en el avión. El doctor Ricardo Carvalho, historiador médico y antiguo profesor, había sido hallado muerto en su casa hacía varios días. Al principio, pareció un suicidio, ya que se encontró veneno en su organismo.

Pero tras una investigación más profunda, las autoridades consideraban ahora que su muerte era sospechosa. Había indicios de que alguien más estuvo presente en el momento de su muerte, y Carvalho había incrementado las medidas de seguridad en su hogar, lo que indicaba que se sentía amenazado. Los más allegados a Carvalho habían dicho a las autoridades que se había comportado de forma esquiva antes de su muerte, como si ocultara algo, pero todos insistían en que no tenía tendencias suicidas.

El G.T.R.A. se había involucrado debido a su investigación sobre la Fuente de la Juventud. Era uno de los pocos historiadores que creía que bajo la leyenda existía un lugar real que la había inspirado, y llevaba investigándolo la última década. Las autoridades estadounidenses se habían involucrado debido a sus vínculos con los gobiernos de Estados Unidos y México. Tenía la doble nacionalidad y había trabajado para el Departamento de Defensa como historiador médico militar. En México, había trabajado bajo las órdenes del ministro de Salud en un cargo similar antes de marcharse para llevar a cabo su investigación privada. Dada su investigación y sus vínculos gubernamentales, las autoridades creían que podría haber sido un objetivo... lo que significaba que podía haber algo de verdad en su investigación.

—¿Qué hay del equipo de investigación con el que trabajaba el profesor? —le había preguntado Nick a Briggs.

—Fueron las primeras personas a las que las autoridades investigaron, pero todos tienen coartadas sólidas, incluso pasaron los controles de antecedentes. Todos están desolados por lo sucedido. Era un equipo muy unido.

Nick se detuvo ante la casa del difunto profesor, una espaciosa construcción de estilo colonial español, y entraron. Adrian miró a su alrededor, tratando de fusionar al Ricardo Carvalho sobre el que había leído en sus archivos con su hogar. Su cerebro de analista de perfiles siempre prefería ir directamente a la escena del crimen para el análisis en lugar de confiar únicamente en las fotografías.

A pesar de que la casa había sido claramente registrada, como si alguien hubiera buscado pero no hubiera encontrado lo que quería, el hogar de Ricardo era por lo demás austero y meticulosamente limpio. El hogar de alguien que rara vez estaba allí. «Un adicto al trabajo», pensó Adrian. «Organizado. Alguien que planifica».

Se dirigió al comedor, deteniéndose ante la mesa donde habían encontrado al profesor, desplomado y muerto por una comida aderezada con veneno que él mismo había preparado. El intruso que había estado aquí con el profesor posiblemente lo conocía, dado que no había señales de entrada forzada. Parecía que Carvalho había dejado entrar a esta persona misteriosa a propósito.

—No tiene sentido. ¿Por qué el veneno? Está claro que el propio Carvalho preparó la comida, ¿verdad? ¿Por qué el intruso no lo mató directamente? ¿Por qué Carvalho no intentó escapar? —preguntó Nick.

—Porque pensó que no servía de nada —dijo Adrian lentamente, pensando en voz alta—. Probablemente creyó que, fuera lo que fuese lo que había descubierto... era mejor morir que permitir que esa persona averiguara lo que él sabía. —Suspiró, mirando alrededor de la casa meticulosamente limpia—. Necesito más. No parece que pasara mucho tiempo aquí. Reconozco la casa de un adicto al trabajo en cuanto la veo.

—¿Cómo será? —dijo Nick con una sonrisa burlona.

Adrian le devolvió la sonrisa, pero ya se dirigía a la puerta. —Tenemos que ir a su laboratorio.

TRES

Ciudad de México, México
11:52

EL LABORATORIO del doctor Carvalho estaba ubicado en el extenso campus de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde había impartido clases durante un tiempo.

El campus principal de la universidad era Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO debido a su impresionante y única arquitectura. Gran parte del campus se construyó sobre antiguas coladas de lava, y la roca volcánica negra se incorporó al diseño. El campus en sí era inmenso, casi como una pequeña ciudad, con espacios abiertos salpicados de jardines, y algunos de sus edificios lucían murales de artistas mexicanos icónicos.

Mientras Adrian y Nick se dirigían al laboratorio de Carvalho, el campus bullía de actividad a su alrededor: estudiantes caminando, charlando, practicando deportes o estudiando en grupo bajo la sombra de los árboles o en el césped.

En el laboratorio los recibió la doctora María Sánchez, investigadora principal de Ricardo, que había aceptado reunirse con ellos con poca antelación. María, una mujer atractiva de unos treinta y pocos años, los saludó con una sonrisa educada, pero Adrian notó el pesar que ensombrecía su expresión.

—Sé que ya ha hablado con la policía, así que gracias de nuevo por aceptar vernos con tan poca antelación —dijo Adrian cuando todos se hubieron reunido en su oficina.

—Faltaría más. Haré cualquier cosa que pueda ayudar —respondió María—. Ahora solo quedo yo. Tras la muerte de Ricardo, le dije al equipo que aceptara otros puestos, que terminaran sus tesis, cualquier cosa que los alejara de este trabajo. No quiero arriesgarme a que le pase algo a nadie más. Dos de ellos ya han aceptado puestos en otras universidades. Los demás se están tomando un tiempo. Ninguno va a continuar con la investigación de la Fuente.

—Usted se quedó —observó Nick.

—Alguien tenía que hacerlo. Ricardo era mi mentor. Si queda algo por descubrir, se lo debo a él. —Su mirada se desvió hacia una fotografía de ella y Ricardo en una mesa auxiliar, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Ninguno podemos creerlo. Era como un padre para todos nosotros. Todo el mundo en este campo lo quería... incluso los rivales amistosos. El único motivo que se me ocurre es su investigación. Ricardo solía ser muy abierto sobre cualquier proyecto paralelo en el que estuviera trabajando, pero durante las últimas semanas se mostró hermético.

—¿En qué sentido? —preguntó Nick.

—Aproximadamente un mes antes de que... de que muriera, básicamente desapareció durante una semana y no nos dijo nada a ninguno. Por lo general, uno o varios de nosotros lo acompañamos en sus viajes de investigación, pero se empeñó en hacer este solo. Cuando regresó, no nos contó a dónde había ido, solo que no había encontrado nada digno de mención. Después de aquello estuvo muy reservado. Y eso no es propio de él. Formó este equipo para que lo ayudara a encontrar cualquier conexión con la Fuente. Solía contarnos cualquier mínima cosa que hallara. Cuando lo presioné al respecto, solo me dijo que estaba estresado por nuestra financiación. Tras su muerte, revisé sus notas y todo a lo que tenía acceso, pero no había nada que no supiera ya. Lo único que se me ocurre es que sí encontró algo relacionado con la Fuente, y sabía que era peligroso. No creo que encontrara la Fuente en sí —añadió

ella—. Si lo hubiera hecho, si hubiera sabido dónde estaba, se habría mostrado diferente. Radiante. Esto era otra cosa. Estaba emocionado, pero tenía *miedo*. Creo que encontró algo que le indicó que el camino era real y que todavía se podía recorrer. —Bajó la voz—. Y creo que se dio cuenta de que él no podía recorrerlo. No con alguien vigilándolo ya. Así que escondió lo poco que tenía y esperó una oportunidad que nunca llegó.

—¿Conoce a alguien más que también esté buscando la Fuente? ¿Alguien que Carvalho pudiera haber mencionado? —preguntó Nick.

—No. La mayoría de los demás historiadores consideran la investigación de Ricardo como una broma. Creen que la Fuente es puro mito. Yo solía ser uno de ellos. Pero él me convenció de que podía estar ahí fuera. Creía que detrás de cada leyenda hay un núcleo de verdad.

Adrian sopesó las palabras de María. Daban la impresión de que Carvalho era un hombre apasionado, inteligente y protector con aquellos que le importaban. Hasta el punto de guardar un secreto sobre la Fuente para mantener a María y a su equipo fuera de peligro.

Pero también sabía, por haber leído las notas de Carvalho y por el hecho de que se hubiera molestado en formar aquel equipo en primer lugar, que quería que finalmente se encontrara. Aunque supiera que estaba en peligro, no se llevaría el secreto a la tumba. Dejaría alguna pista.

—Si el doctor Carvalho sabía que estaba en peligro —dijo Adrian lentamente, al ocurrírsele una idea—, ¿cree que pudo haber dejado alguna pista para que usted la encontrara? ¿Algo que su asesino no hubiera esperado?

—He revisado sus cosas... todo lo que dejó atrás. No he encontrado nada fuera de lo común.

Adrian sacó su tableta y pulsó en el archivo que contenía las fotografías de la escena del crimen en la casa de Ricardo. —¿Qué me dice de su casa? ¿Algo extraño?

María tomó aire, con los ojos empañados por las lágrimas, mirando la tableta con inquietud. —No he sido capaz de mirar las fotografías de la escena del crimen. Solo he revisado sus cosas aquí,

en el laboratorio. La última vez que lo vi, cenamos en su comedor y noté que algo iba mal, pero dijo que estaba bien. Si tan solo...

María se calló, cerrando los ojos. Embargada por la compasión, Adrian se acercó para tocarle la mano con suavidad. —No pasa nada. Si necesita más tiempo, o si es demasiado...

—No —dijo María, limpiándose rápidamente los ojos, con la expresión endurecida por la determinación—. Quiero ayudar.

Cogió la tableta y pasó las imágenes de la casa de Ricardo, estudiando cada una con atención. Pero su frustración parecía aumentar a medida que examinaba las fotos, negando con la cabeza. —No veo...

María se detuvo bruscamente, quedándose totalmente inmóvil. —Espere. Este cuadro... —dijo despacio.

Giró la tableta de nuevo hacia Adrian y Nick, señalando una pintura en la pared. —Frente a la mesa del comedor. Eso no estaba ahí antes.

CUATRO

Ciudad de México, México
12:17

RAFAEL ALMEIDA se dirigió a su santuario privado, una estancia contigua a su despacho de casa.

Su propio hogar era un santuario, ocupando una de las últimas fincas unifamiliares que quedaban en una calle lateral arbolada de Polanco; una mansión de estilo californiano colonial construida en la década de los cuarenta, toda ella de ornamentado estuco blanco y marcos de ventanas de cantera seudobarroca, con la fachada cubierta de buganvillas en flor. Había modernizado el interior meticulosamente: suelos de mármol italiano, habitaciones con clima controlado para proteger sus colecciones y un sistema de seguridad que rivalizaría con el de cualquier embajada.

La habitación en la que entró era circular, con las paredes adornadas con artefactos taínos precolombinos que había reunido durante su... búsqueda. Cerró los ojos y una sensación de calma lo invadió. Aquel era un espacio sagrado para él.

Se acercó a la mesa ceremonial del centro de la estancia, tallada en caoba antigua. Sobre ella reposaba un *cohiba* tradicional, liado a mano con las hierbas sagradas que los taínos utilizaron en su día, otra de las cosas que había aprendido y valorado sobre ellos a lo largo de los años. Encendió el cohiba con movimientos expertos,

dejando que el humo se enroscara a su alrededor mientras inhalaba profundamente. El ritual lo tranquilizaba, lo conectaba con los taínos, con el conocimiento que poseían. Un conocimiento que podría curarlo y expandir su imperio.

Su mano derecha tembló al llevarse el cohiba a los labios, un leve temblor que ya no podía atribuir a la cafeína ni al estrés. Lo dejó con cuidado en el cenicero de cristal y flexionó los dedos, observando cómo se agitaban. Las palabras del neurólogo en la cita de la semana pasada resonaban en su mente con la persistencia de un toque de difuntos: *La progresión de la enfermedad parece estar acelerándose.*

Granulomatosis con poliangéitis. El diagnóstico tenía nombre. Su propio sistema inmunitario atacando los pequeños vasos sanguíneos de sus riñones, sus pulmones, sus senos paranasales y ahora, cada vez más, su sistema nervioso. Los inmunosupresores mantenían la inflamación a raya durante temporadas, y luego fallaban por razones que su neurólogo no alcanzaba a explicar del todo.

No había cura. Solo control clínico. Solo observar, mes tras mes, cómo la enfermedad trepaba por su interior hacia cualquier órgano que fuera a fallar primero.

Ya había perdido dos kilos este mes que no podía permitirse perder. El oído izquierdo le zumbaba constantemente ahora. A veces, al levantarse de una silla, la habitación se inclinaba y mantenía la inclinación durante un segundo entero antes de enderezarse; había empezado a preguntarse cuántos de esos segundos le quedaban antes de que uno de ellos no se enderezara en absoluto.

Pero una imagen aún más persistente flotaba ante sus ojos: el rostro de su viejo amigo Ricardo, la luz de sus ojos apagándose mientras sucumbía a sus últimos alientos, su expresión pasando del desafío a una paz terrible a medida que el veneno hacía efecto.

—Nunca la encontrarás. Jamás.

Las últimas palabras de Ricardo. Una maldición y un desafío.

La ira llenó a Rafael ante el recuerdo. Podrían haberla descubierto juntos. Un lugar de leyenda y mito convertido en realidad. La Fuente de la Juventud.

Ricardo lo había impresionado cuando se conocieron en una conferencia médica hacía diez años; Rafael estaba allí en representación de la corporación familiar que dirigía como director ejecutivo, Almeida Pharmaceuticals, y Ricardo como historiador médico e investigador que trabajaba para el gobierno. Cuando compartieron una copa en el bar más tarde esa noche, Ricardo había dicho algo que definiría todo lo que Rafael hacía hasta el día de hoy.

—¿Y si te dijera que la Fuente de la Juventud es real?

Rafael casi se había echado a reír, pero Ricardo le había presentado pruebas reales y fundamentadas. La realidad enterrada bajo siglos de adornos.

Se había convertido en uno de los primeros inversores de Ricardo antes siquiera de terminar su copa.

Rafael había seguido financiando las investigaciones de Ricardo, incluso cuando pasaron los años sin hallazgos significativos. Sin embargo, en cuanto Ricardo empezó a hacer algún progreso, cambió. Se volvió cauteloso. Reservado. Empezó a interrogar a Rafael sobre cosas que no eran de su incumbencia. Si llegaban a encontrar la Fuente, ¿qué haría con el descubrimiento?

—Cambiar el mundo —había respondido Rafael, inclinándose hacia delante sobre la mesa, con una convicción absoluta—. Transformarlo.

La expresión de Ricardo había cambiado, volviéndose más prevenida.

—Ayudar a la gente —había intentado rectificar Rafael, con una sonrisa—. Salvar vidas.

Pero Ricardo debió de ver algo en los ojos de Rafael, algo en lo que no confiaba. Debió de saber en el fondo que Rafael quería poseer el descubrimiento, mientras que Ricardo quería protegerlo.

Después de aquello, Ricardo se había vuelto cada vez más distante. Y entonces, hace dos años, dejó de aceptar abruptamente los fondos de investigación de Rafael, poniendo fin a su colaboración —y a su amistad— con apenas una palabra de explicación. Rafael lo había mantenido vigilado, contratando a uno de sus hombres para que lo siguiera... y así fue como se enteró de que Ricardo tenía algo que conducía a la Fuente.

Semanas atrás, Ricardo había eludido al hombre que lo vigilaba y se había ido a algún lugar fuera del radar. Cuando regresó, se mostró cerrado y reservado con su equipo, según su informador.

Rafael conocía a su viejo amigo. Ricardo había descubierto algo sobre la Fuente. No era la ubicación real: Rafael estaba casi seguro de eso ahora, después de que sus hombres hubieran desvalijado la casa y no hubieran encontrado nada. Pero sí una *forma de entrar*. El primer hilo de un camino que nadie había recorrido en siglos. Y un hilo era todo lo que Rafael necesitaba. Tenía el dinero, la gente, la voluntad. Fuera lo que fuese lo que Ricardo hubiera encontrado, Rafael podría seguir el hilo el resto del camino.

Todo lo que Ricardo tenía que hacer era compartir su información. El recuerdo de aquel enfrentamiento final todavía escocía. La sacudida visceral cuando se dio cuenta de lo que Ricardo había hecho, observando cómo se dilataban las pupilas de su antiguo amigo, mientras su respiración se volvía superficial. El horror de ver a alguien a quien había amado como a un hermano elegir la muerte antes que cambiar el mundo. La incredulidad de que se hubiera llegado a esto, de que su sueño compartido hubiera degenerado en aquella estampa de pesadilla.

Sin embargo, bajo todo aquello, enterrado profundamente pero innegable, había alivio. Incluso en aquel momento, Rafael no había estado seguro de ser capaz de matarlo. Ricardo había tomado la decisión por él, arrebatándole tanto la carga como la respuesta.

Un golpe seco en la puerta lo hizo sobresaltarse, su mano se sacudió involuntariamente provocándole una nueva oleada de frustración. Se estaba desmoronando. Pieza a pieza, su cuerpo lo estaba abandonando. Y en algún lugar ahí fuera había una cura que era incapaz de encontrar.

La puerta se abrió para revelar a su hermano menor Gabriel, de treinta y ocho años frente a los cincuenta y cinco de Rafael, que aún poseía la salud robusta y la agilidad física que Rafael un día dio por sentadas. Los ojos oscuros de Gabriel contenían una emoción apenas contenida al entrar en el despacho, hablando ya antes de que Rafael pudiera regañarlo por la interrupción.

—Vengo con buenas noticias —dijo Gabriel—. Uno de nuestros hombres ha llamado desde el barrio de Carvalho. Ha habido movimiento en la casa.

Rafael se incorporó, su molestia desaparecida. —¿Qué tipo de movimiento?

—Dos estadounidenses. Han llegado en un vehículo diplomático de la embajada de EE. UU.; nuestro hombre ha comprobado la matrícula.

El pulso de Rafael se aceleró. —¿Dónde están ahora? —preguntó, levantándose ya de la silla. El movimiento le provocó una oleada de mareo, pero la ignoró, aferrándose al borde del escritorio hasta que pasó.

—Parece que están de vuelta a la casa. Han pasado por el antiguo laboratorio de Carvalho y se han traído a un miembro de su equipo de investigación. Nuestro hombre mantiene la distancia pero no les quita el ojo.

—Bien. Registrad la casa cuando se marchen. Quiero saber si encuentran algo que se nos haya pasado por alto.

Rafael se acercó a la ventana, apartando la cortina para mirar el jardín impecable que había debajo, sin ver nada de él. Su mente ya corría hacia adelante. Si los estadounidenses estaban retomando el trabajo donde Ricardo lo dejó, necesitaba estar listo para seguirlos.

12:49

Mientras Nick conducía su coche de alquiler por las calles de regreso a la casa de Ricardo, el pulso de Adrian latía con anticipación. María iba en el asiento trasero, tras haber accedido a acompañarlos a la casa de Carvalho.

—Ricardo solía tener un cuadro de las montañas de la Sierra Madre del Sur. Lo pintó su difunto hermano y a menudo me lo señalaba. Estaba allí la última vez que cenamos, la noche anterior... la noche antes de que lo mataran. Podría no ser nada, pero no he

visto el cuadro de su hermano en ninguna otra habitación. Era importante para él. No imagino por qué se limitaría a quitarlo —les había dicho María.

Adrian había cruzado la mirada con Nick, notando la misma corriente de entusiasmo que sentía ella. María tenía razón en que podría no ser nada. Una mera coincidencia. Pero su instinto le decía que había algo más.

Una vez llegaron de nuevo a la casa de Ricardo, Adrian y Nick salieron rápidamente y se dirigieron a la puerta. María se rezagó un poco, y Adrian la vio cerrar los ojos, soltando un suspiro profundo como si se estuviera armando de valor contra su dolor. Irguió los hombros y los siguió al interior.

Adrian y Nick siguieron a María hasta el comedor, donde ella se dirigió al cuadro de la pared. Lo descolgó, lo puso sobre la mesa y lo estudió con atención.

Era un cuadro engañosamente sencillo. Un pueblo colonial español enclavado en un valle de montaña, plasmado en suaves acuarelas. Los edificios eran de arquitectura colonial típica: paredes encaladas con tejas de terracota, una plaza central con una fuente y una iglesia con un campanario que se elevaba sobre las demás estructuras.

María metió la mano en el bolsillo y sacó un microscopio de bolsillo para examinar más a fondo el cuadro. Desplazó el microscopio por la pintura y una sonrisa se extendió lentamente por su rostro.

—Mirad aquí —dijo María, señalando la moldura decorativa de la fachada de la iglesia. Adrian y Nick siguieron su mirada. Lo que parecía ser un patrón geométrico simple contenía sutiles barras y puntos grabados en el diseño—. Y aquí. —Deslizó el dedo por la base de la fuente, donde unos grabados similares estaban disimulados como mampostería ornamental—. Y las rejas de las ventanas de este edificio. —Las barras de hierro y los adornos circulares formaban otro patrón distintivo.

—¿Qué estamos viendo exactamente? —preguntó Nick.

—Ricardo era increíblemente preciso —dijo María—. Estos no son solo elementos decorativos. ¿Veis cómo están dispuestas las barras y

los puntos?

Adrian estudió el cuadro, viéndolo ahora. El asombro la invadió. —Son números mayas —murmuró—. Integrados por todo el cuadro.

—Exacto —dijo María, radiante—. En los números mayas, cada barra representa un cinco y cada punto representa un uno. Cuando se leen verticalmente... —Sacó su teléfono, haciendo cálculos rápidos, y recitó una serie de números.

—¿Alguna idea de lo que podrían significar esos números? —insistió Nick.

María negó con la cabeza, con gesto desconcertado. Adrian frunció el ceño, sopesando los números, y se le ocurrió una idea. —¿Podrían ser coordenadas?

María se irguió, asintiendo con entusiasmo. —Sí, por supuesto. —Introdujo los números en su teléfono y levantó la vista, con los ojos llenos de emoción—. Tenías razón. Son coordenadas. Ricardo... debió de tener la intención de que yo las encontrara. Apuntan a la selva a un par de horas al sur de Tulum, aquí en México.

—¿Parece relevante esa zona? —preguntó Adrian—. ¿Tendría Ricardo alguna razón para enviarte allí?

—Bueno, esa región es increíblemente rica en yacimientos arqueológicos mayas; algunos todavía se están excavando, sitios que no están abiertos al público porque el trabajo aún continúa. —Hizo una pausa, y su voz se volvió más emocionada—. Ricardo asesoraba en varias excavaciones de esa zona. Si escondió algo allí, o si hay algo específico que quería que yo viera...

—Es algo a lo que el público general no tendría acceso —concluyó Adrian.

—Exacto. Estos no son sitios turísticos; son zonas arqueológicas activas. Se necesitan permisos especiales solo para entrar en algunas de estas áreas. —María volvió a mirar el cuadro con una nueva reverencia—. No tengo ni idea de cómo se relaciona con la Fuente de la Juventud, pero Ricardo obviamente quería que fuera allí. Esto fue deliberado. Sabía que yo reconocería los números mayas. Sabía que sería capaz de descodificarlos.

Adrian miró a Nick, y este le dedicó un sutil asentimiento. Sabían a dónde irían a continuación.

María irguió los hombros y se enfrentó a ellos; el dolor de su expresión había sido sustituido por la determinación.

—Ricardo dejó esas coordenadas para que yo las encontrara. Esto es lo último que puedo hacer por él... y vais a necesitar mi experiencia. Voy con vosotros.

CINCO

Tulum, México
20:44

TULUM ERA una mezcla fascinante de la antigua herencia maya y la cultura playera contemporánea, donde hoteles boutique ecológicos se anidaban entre selvas alimentadas por cenotes y restaurantes de clase mundial.

Se extendía hacia el interior desde la costa, con sus calles adornadas con murales coloridos, mientras que edificios con techos de paja albergaban desde estudios de yoga hasta mercados de artesanos que vendían tejidos a mano y joyas de obsidiana. A solo unos kilómetros de distancia, las antiguas ruinas mayas se erguían de forma espectacular sobre acantilados de piedra caliza con vistas a las aguas turquesas del mar Caribe, con sus templos de piedra como centinelas silenciosos ante el horizonte infinito.

Llegaron a última hora de la tarde tras su rápido vuelo desde Ciudad de México y, por mucho que Adrian estuviera deseando dirigirse al sur y comenzar la búsqueda, adentrarse en la selva después del anochecer era poco recomendable.

En su lugar, cenaron en el restaurante del hotel. El ambiente del restaurante era esencialmente yucateco: mesas de madera rústica iluminadas por el parpadeo de las velas y paredes decoradas con tejidos coloridos y réplicas de artefactos mayas. Compartieron platos

de *cochinita pibil*, tierno cerdo cocinado a fuego lento en hojas de plátano con achiote y cítricos, acompañado de tortillas hechas a mano y salsa de habanero picante.

Pero Adrian apenas pudo disfrutar de la deliciosa comida; sus pensamientos se centraban en las coordenadas ocultas en el cuadro de la casa de Ricardo Carvalho. ¿Serían capaces siquiera de encontrar ese lugar? Si era así, ¿cómo sabrían qué buscar? ¿Y cómo podía estar relacionado con la Fuente?

—Conozco esa mirada —dijo Nick, dedicándole una sonrisa burlona—. Un millón de pensamientos te pasan por la cabeza.

—Cierto —respondió Adrian, sonriendo mientras él le depositaba un beso cariñoso en la palma de la mano. Se volvió hacia Maria, que también parecía absorta en sus pensamientos—. ¿Puede hablarnos más sobre la leyenda de la Fuente de la Juventud?

—Bueno, la leyenda es muy antigua, como estoy segura de que saben —dijo Maria, dejando su copa de vino—. Se remonta a los antiguos griegos, mencionada por Heródoto en el siglo V a. C. Incluso hay leyendas sobre Alejandro Magno buscando una Fuente de la Juventud. La leyenda continúa a lo largo de la época medieval, surgiendo una y otra vez en el folclore como este dechado de juventud eterna. Pero una vez que la leyenda se vincula a Juan Ponce de León, cobra vida propia. La leyenda afirma que estaba buscando la Fuente de la Juventud mientras exploraba Florida en el siglo XVI, pero no hay pruebas de ello. De hecho, es probable que la leyenda surgiera mucho tiempo después de su muerte.

—Nos dijo que Ricardo la convenció de que la Fuente podría ser real —dijo Nick—. ¿Cómo lo hizo?

—Me enseñó registros con descripciones similares de aguas curativas en culturas completamente distintas que no habían tenido contacto entre sí por todo el Caribe... y en Sudamérica. Desde las tradiciones orales taínas hasta el folclore maya narrado a los españoles. Descripciones como estas... no suelen ser coincidencia. Suele haber una fuente real. Lo más importante es que Ricardo no buscaba una fuente mágica que otorgara la juventud eterna. Creía que esta Fuente era probablemente un lugar oculto en la selva o en las montañas con propiedades minerales únicas que los curanderos

indígenas habían descubierto y utilizado durante siglos. Puede que incluso se hubiera convertido en un lugar de refugio para los indígenas tras la llegada de Colón. Con el tiempo, este lugar se convirtió en un mito sobre la juventud eterna. Y no habría sido un solo viaje —añadió Maria—. Ricardo estaba seguro de ello. La gente no huyó de golpe; llegaron en oleadas, a lo largo de generaciones. Cada nuevo horror empujaba a otro grupo hacia el mismo refugio rumoreado: las primeras epidemias, luego los esclavistas, después la conquista de tierra firme décadas más tarde. Todos persiguiendo la misma historia que sus padres y abuelos les habían transmitido. Eso es parte de lo que le convenció de que era real. Un mito no sobrevive a ese tipo de relatos a menos que haya algo de verdad en su centro.

—¿Qué cree que habría traído a Ricardo aquí? ¿A esta zona específica al sur de Tulum? —preguntó Nick—. ¿Aparte de las ruinas mayas?

La expresión de Maria se tornó reflexiva. —Ricardo creía que, si la Fuente existía de verdad, estaría en un lugar que tuviera un profundo significado espiritual para múltiples culturas indígenas. Esta región... —señaló hacia la oscuridad más allá de las ventanas—. Es donde la civilización maya alcanzó algunos de sus mayores hitos. Pero también está lo suficientemente cerca del Caribe como para que haya podido haber contacto con los pueblos de las islas, especialmente durante épocas de crisis, como la conquista española. —Hizo una pausa para beber un sorbo de vino—. Ricardo teorizó que los refugiados de diferentes culturas podrían haber compartido conocimientos sobre lugares sagrados, aguas curativas, santuarios ocultos. Si tal lugar existiera, estaría en algún punto lo suficientemente remoto como para permanecer oculto, pero accesible para aquellos que conocieran los antiguos senderos.

Adrian consideró las palabras de Maria. Su mirada se desvió hacia la copa de los árboles que cubría el horizonte lejano, preguntándose si Ricardo habría encontrado allí alguna respuesta.

Ciudad de México, México
21:32

Nayra Calderón estaba sentada en su ciclomotor frente a una finca amurallada del siglo XVIII en el corazón empedrado del barrio de San Ángel, intentando calmar sus nervios. La casa estaba retirada de la calle estrecha tras pesadas puertas de madera, con su fachada de piedra caliza oscurecida por siglos de lluvia y tiempo. Inspiró y espiró profundamente, reafirmandose en que era capaz de hacerlo.

Pero su ritmo cardíaco seguía siendo errático. Era un miembro de bajo nivel de la Orden. ¿Por qué el líder la había convocado directamente a su casa?

—*No te calientes la cabeza, mi rosita.*

Sonrió ante el recuerdo de las palabras de su difunto tío, las palabras que le decía durante sus intensas sesiones de entrenamiento para prepararla para una vida en la Orden. Odiaba el apodo de *rosita* cuando era más joven, pero a medida que creció, se acostumbró a él. Su tío le había dicho que no significaba que fuera delicada; todo lo contrario. —Significa que tus espinas son más fáciles de ocultar, rosita —le había dicho con un guiño.

Sabía a qué se refería. Nayra era alta pero con curvas, con un rebelde cabello oscuro y ondulado y unos ojos esmeralda que había heredado de su difunta abuela. Había notado que suficientes hombres la miraban con aprecio como para saber que era atractiva. Su belleza era suficiente para desarmar, para que la gente asumiera que no era una amenaza.

No podían estar más equivocados.

Con eso en mente, Nayra bajó de su ciclomotor y se dirigió hacia la casa, imprimiendo confianza a su paso. El guardia le hizo un gesto para que pasara y ella entró en el grandioso vestíbulo, con la cabeza alta y la espalda recta como un mástil. Se dirigió por el pasillo hasta la puerta del fondo, donde se encontraba un segundo guardia, que se apartó y le indicó que entrara.

—Nayra.

El profundo retumbar de la voz provino del otro lado de la estancia, que era un amplio despacho. A pesar de tener ochenta años, Francisco Villalobos se puso de pie con facilidad y elegancia, extendiendo los brazos y haciéndole un gesto para que se acercara.

Nayra titubeó brevemente, sorprendida por su cálida recepción; solo lo había visto una vez, hacía muchos años, cuando aún era una adolescente. Mantuvo su expresión neutral, acercándose a él y tomándole las manos. —Señor Villalobos.

—No. La sobrina de Pedro Calderón no me saluda con tanta formalidad —dijo él, dedicándole una sonrisa suavemente reprochadora—. Llámame Francisco.

—Francisco —repitió Nayra, aunque le resultaba extraño llamar por su nombre de pila al jefe de la Orden—. Es un honor.

—Me he enterado de la muerte de tu tío —dijo, dedicándole una sonrisa de simpatía—. Se le echará de menos.

Nayra asintió cortésmente, manteniendo su expresión estoica incluso cuando se le revolvían las entrañas por el dolor. Sus padres habían muerto en un accidente de coche cuando ella tenía cinco años, y su tío la había acogido y criado, entrenado y preparado para la Orden. Él había sido la única familia que tenía... la única persona que realmente la conocía. Su muerte el año anterior a causa del cáncer la había devastado, pero estaba decidida a seguir adelante con su legado y con todo lo que él le había enseñado.

—*Gracias* —dijo con serenidad.

—Sospecho —continuó Francisco, observándola de cerca— que te has enterado de la muerte del historiador. Ricardo Carvalho.

—¿Eso... eso no hemos sido nosotros? —preguntó Nayra, con el pavor agarrotándole la espalda.

Francisco frunció el ceño. —No. La Orden no mata... a menos que sea absolutamente necesario. Pero quienes lo mataron siguen buscando la Fuente. Creemos que pudo haber encontrado algo que indicaba que estaba cerca. —Hizo una pausa y volvió a sentarse pesadamente en la silla—. Su muerte ha provocado que las autoridades se involucren. Tenemos información de que hay agentes estadounidenses aquí en México, en busca de algo que el profesor

pudo haber encontrado. Necesitamos que los sigas y te mantengas tras su pista. Mantennos informados de lo que averigüen.

La decepción se instaló en el ánimo de Nayra. Había esperado que le diera una tarea más importante, no un simple trabajo de niñera.

—Por supuesto, Francisco —dijo, asintiendo con respeto.

Francisco le devolvió el asentimiento, y su expresión se volvió firme. —*La Fuente debe ser protegida a toda costa.*

—*La Fuente debe ser protegida a toda costa* —repitió Nayra.

Él señaló hacia la puerta; una señal de despedida. Nayra se dio la vuelta y se marchó, llena de determinación. Aunque esto fuera un mero trabajo de niñera, era una forma de demostrar su valía. De ascender en las filas de la Orden.

Sus palabras resonaban en su mente. Era el lema de la Orden, transmitido durante generaciones.

La Fuente debe ser protegida a toda costa.

SEIS

Selva a las afueras de Tulum, México
08:19

EL AIRE de la mañana era espeso debido a la humedad mientras Adrian, Nick, María y su guía, Jorge, se abrían paso por el estrecho sendero de tierra que se adentraba en la selva al sur de Tulum.

La zona a la que apuntaban las coordenadas era remota, alejada de los populares sitios arqueológicos que atraían a los turistas a la Riviera Maya. María había contratado a Jorge Mireya, un viejo amigo suyo, un lugareño de unos treinta años que se especializaba en guiar a investigadores a ruinas menos conocidas. Siguiendo las instrucciones de Adrian y Nick, ella solo le había dado una información mínima sobre lo que buscaban y el porqué.

También era un historiador formado, experto en la historia de México y el Caribe pre y postcontacto, lo que lo hacía invaluable para expediciones como esta. Adrian había notado las sutiles miradas que cruzaban entre María y Jorge, la forma en que sus manos se habían rozado brevemente cuando él la había ayudado con su mochila. Sospechaba que había más historia entre ellos de la que María había dejado entrever.

—Toda esta zona está plagada de cenotes y ríos subterráneos —dijo Jorge, apartando una cortina de lianas colgantes mientras navegaban por el terreno cada vez más difícil—. Los antiguos mayas

los consideraban sagrados: puertas a Xibalbá, el inframundo. Muchas ruinas en esta selva se construyeron cerca de estas fuentes de agua.

—¿Ha estado antes en esta zona? —preguntó Adrian.

—No —respondió Jorge, mientras su machete despachaba rápido la vegetación que bloqueaba su camino—. Es demasiado remoto, demasiado difícil de acceder.

Les dirigió una mirada curiosa, y Adrian supo que quería saber más de lo que María le había contado, pero era mejor que no supiera mucho por su propia seguridad. Para su alivio, no insistió, limitándose a continuar por el sendero selvático.

A medida que continuaban adentrándose en la selva, la abrumadora densidad de vida que los rodeaba la impactó. Enormes cecropias se alzaban hacia el dosel, con sus troncos envueltos en higueras estranguladoras y filodendros trepadores. Coloridos tucanes llamaban desde las ramas superiores, mientras el suelo del bosque crujía con el movimiento de criaturas invisibles.

—Los mayas llamaban a esto el pet kot, la selva circular —explicó Jorge, señalando la espesa vegetación que los rodeaba—. Era un lugar espiritual para ellos. Cuando estás así de profundo, empiezas a entender a qué se referían.

El aire se volvía más pesado a medida que caminaban; la humedad hacía que la ropa se les pegara a la piel. Nubarrones de tormenta se congregaron en lo alto, y Jorge les advirtió de que las lluvias vespertinas eran comunes en esta parte de la selva. Siguieron adelante, siguiendo lo que parecía ser un antiguo sendero alisado por siglos de uso.

Jorge señaló varias plantas medicinales que los mayas habían usado durante siglos: hojas de chaya para la nutrición, resina de copal para el incienso ceremonial y la distintiva corteza roja del árbol de chukum utilizada en la construcción. La selva se sentía viva con la historia; cada paso parecía llevarlos más atrás en el tiempo.

—Este rastro es precolombino —observó María, examinando la desgastada piedra caliza bajo sus pies—. Los mayas habrían usado esta ruta para conectar sus asentamientos. Probablemente llegue hasta la costa.

Pronto, la lluvia que Jorge había predicho comenzó como una ligera bruma, y luego se intensificó rápidamente en un aguacero constante. Se pusieron sus equipos para la lluvia mientras el agua caía en cascada a través del dosel superior. Jorge, que parecía completamente imperturbable por el clima, continuó avanzando, seguido de cerca por María.

Tras otra hora de caminata a través de una vegetación cada vez más densa, emergieron de una espesa arboleda de ramones. Jorge se detuvo, dándose la vuelta para mirarlos.

—Es aquí —dijo, con la voz apenas audible sobre el redoble de la lluvia.

Al principio, no se distinguía nada a través de la cortina de lluvia y vegetación. La selva los rodeaba, una impenetrable pared de verde que se veía idéntica a todo lo que habían pasado durante las últimas horas. Adrian entornó los ojos bajo el aguacero, buscando cualquier cosa que pudiera indicar presencia humana... ya fuera antigua o de otro tipo.

Entonces lo vio. Todos lo hicieron.

—Dios mío —susurró María.

SIETE

ANTE ELLOS, parcialmente ocultas por siglos de vegetación selvática, se alzaban las inconfundibles siluetas de antiguas estructuras de piedra.

Lo que una vez había sido un próspero asentamiento maya yacía ahora en ruinas, con la mayoría de los edificios reducidos a poco más que montículos informes cubiertos de enredaderas e higueras estranguladoras. Árboles masivos habían echado raíces en lo que antes eran plazas, creando con sus raíces un entramado vivo que mantenía unidas las piedras desmoronadas.

El pulso de Adrian se aceleró de emoción a medida que se acercaban a las ruinas, aunque podía ver que el tiempo y la selva no habían sido amables con este lugar. La pirámide principal apenas era reconocible: un montículo parecido a una colina de unos dieciocho metros de altura, cuya estructura escalonada solo era visible donde secciones de bloques de caliza aún se aferraban al armazón subyacente. Flanqueándola había edificios más pequeños que habían corrido una suerte aún peor; sus muros se habían desplomado en montones de escombros ahora alfombrados de musgo y helechos.

—La arquitectura sugiere el Periodo Posclásico —observó Jorge, examinando lo que quedaba de la construcción—. Del 900 al 1521, terminando en la época de la invasión española.

Se abrieron paso con cuidado a través del yacimiento cubierto de maleza, mientras Jorge usaba su machete para despejar senderos

entre las ruinas. La lluvia había disminuido a una ligera llovizna, lo que facilitaba el avance. La mayoría de las estructuras estaban demasiado dañadas para revelar mucho sobre su propósito original, reducidas a anónimos montones de piedra.

Pronto llegaron a lo que parecía ser el centro ceremonial del complejo, donde se erigían varios monumentos de piedra. A diferencia de los edificios en ruinas que los rodeaban, estos pilares tallados habían sobrevivido notablemente intactos, con sus superficies cubiertas de intrincados glifos y relieves.

—Están increíblemente bien conservados —murmuró Maria, sacando su cámara—. Mirad esto; no son solo decorativos. Esto es un registro histórico.

Adrian y Nick estudiaron las piedras talladas, observando los intrincados detalles. Incluso para su ojo inexperto, la artesanía era extraordinaria. Las estelas representaban figuras vestidas de forma elaborada rodeadas de complejos textos jeroglíficos.

—Esto es imposible —dijo Jorge. Estaba mirando fijamente una sección de la piedra tallada donde se integraban símbolos diferentes junto a los mayas tradicionales. Las nuevas marcas eran claramente distintas: más sencillas, más geométricas, talladas en un estilo diferente a pesar de su evidente antigüedad.

—¿En qué sentido? —preguntó Adrian, acercándose.

—Estos no son glifos mayas —dijo él, intercambiando una mirada de asombro con Maria—. Mirad aquí, y aquí —señaló varias secciones donde aparecían los símbolos—. Son petroglifos taínos. El pueblo taíno del Caribe y los mayas del México continental tenían lenguas y culturas completamente diferentes —añadió, sacudiendo la cabeza con asombro—. De hecho, no hay pruebas documentadas de contacto directo entre las dos culturas antes de la llegada de los europeos. Y sin embargo, aquí están, con sus símbolos integrados en el mismo monumento.

Adrian y Nick intercambiaron una mirada, asombrados por las implicaciones. —¿Sabe lo que dicen? —insistió ella.

Maria y Jorge estudiaron los glifos durante varios instantes, inclinándose de cerca. —Lamentablemente, los petroglifos taínos nunca han sido descifrados oficialmente. Pero los mayas cuentan

una historia general sobre una gran pestilencia que cayó sobre una tierra próspera, y cómo su gente huyó buscando la salvación hacia un lugar oculto —dijo Jorge, con los ojos fijos atentamente en los glifos.

—¿Cuál es la cronología que permitiría este tipo de intercambio? —preguntó Nick.

—Los españoles conquistaron primero las principales islas del Caribe: La Española en 1492, Puerto Rico hacia 1508, Cuba hacia 1511. La conquista maya ocurrió más tarde y llevó mucho más tiempo. Los españoles no establecieron un control permanente sobre el Yucatán hasta la década de 1540, y algunas ciudades mayas resistieron incluso más tiempo —explicó Jorge. Señaló los símbolos superpuestos en los monumentos de piedra—. Hubo décadas en las que los refugiados caribeños podrían haber llegado al continente, y los mayas que huían de la expansión española podrían haber llegado a las islas. Especialmente los comerciantes o cualquier persona con conocimiento de las rutas marítimas y la navegación.

—Así que quienes tallaron esto no pudieron ser los primeros en salir de las islas —dijo Nick, frunciendo el ceño ante la estela—. Los primeros refugiados habrían llevado décadas muertos antes de que los mayas necesitaran huir.

—Eso es lo que hace que esto sea tan extraordinario —dijo Maria—. La conquista maya llegó más tarde, sí, pero estos glifos no están aislados. Ricardo encontró historias similares en otros sistemas de escritura, en otras lenguas, todas contando el mismo relato de huida y salvación. Es como piezas de un código dispersas por diferentes culturas.

—Pensadlo —añadió Jorge—. Para la década de 1520, la población taína en el Caribe había sido diezmada: enfermedades, esclavitud, guerras. Los supervivientes habrían estado desesperados por cualquier esperanza de santuario. Mientras tanto, los mayas apenas comenzaban a experimentar toda la fuerza de la conquista española. Si refugiados de ambas culturas se conocieron y compartieron sus conocimientos sobre lugares ocultos...

Maria señaló una sección de glifos especialmente compleja en la tercera estela. —Esto... esto podría ser la prueba de uno de los

intercambios de información más notables de la historia colonial: dos civilizaciones agonizantes compartiendo un último intento de supervivencia. ¿Y veis aquí? Este pasaje menciona «el lugar donde la muerte no tiene dominio». Podría tratarse de la fuente de la juventud metafórica. Podría...

Se detuvo cuando Nick levantó de repente la mano, haciendo un gesto brusco pidiendo silencio.

Todos se quedaron gélidos. Los sonidos de la selva que habían proporcionado un fondo constante —cantos de pájaros, el crujir de las hojas, el goteo distante de la humedad desde el dosel— parecían ahora amortiguados.

En la relativa quietud, Adrian pudo oír ahora lo que había captado la atención de Nick.

Pasos. Crujiendo entre la maleza que rodeaba las ruinas. Deliberados.

Acercándose.

La mano de Adrian se movió instintivamente hacia su arma reglamentaria mientras intercambiaba una mirada tensa con Nick. Habían estado tan concentrados en su descubrimiento que habían bajado la guardia.

—Tenemos que movernos —susurró Adrian con urgencia a Maria y a Jorge.

El sonido de los pasos aproximándose se hizo más fuerte.

Su perseguidor ya no intentaba ocultar su presencia.

OCHO

ADRIAN, Nick y los demás se quedaron completamente quietos, ocultándose tras una de las estelas.

Ella contuvo el aliento cuando la silueta de un hombre apareció en el borde del claro, con el arma en alto, escaneando las ruinas donde se habían refugiado.

Adrian se giró hacia María y Jorge, haciéndoles señas para que se agacharan. Cruzó la mirada con Nick y asintió con la cabeza.

Se movieron al unísono, con las armas listas.

Nick cargó contra el hombre sorprendido, derribándolo al suelo entre las piedras cubiertas de musgo y los escombros caídos de la plaza, mientras Adrian giraba para enfrentarse al lado opuesto del claro, donde vislumbró una segunda figura emergiendo tras un muro colapsado.

Se lanzó entre las estelas erguidas, utilizando los monumentos tallados como cobertura, pero el segundo hombre estaba preparado para ella. Levantó su arma y disparó. El disparo resonó a través de la densa selva y provocó que una bandada de loros alzara el vuelo lanzando chillidos al aire.

Adrian se agachó tras la estela más grande y devolvió el fuego. Le alcanzó en el hombro y él soltó un gruñido de dolor. Intentó disparar de nuevo, pero el dolor parecía ser demasiado para él. Ella se puso de pie, alzando su arma, pero el hombre giró en redondo y

echó a correr a través del laberinto de estructuras de piedra en ruinas y montículos cubiertos de vegetación.

Ella maldijo y salió disparada tras él.

A pesar de su herida, era rápido y se escabullía entre las ruinas cubiertas de enredaderas antes de desaparecer en la espesa selva que rodeaba el lugar.

Adrian lo persiguió, corriendo desde la plaza parcialmente despejada hasta la enmarañada vegetación más allá. La selva la rodeaba, con enormes cecropias y lianas estranguladoras que creaban un laberinto de sombras donde cualquiera podía estar escondido. Su respiración sonaba antinaturalmente fuerte en el opresivo silencio.

Avanzó con cautela, con el arma levantada, girando la cabeza ante cada crujido de hojas, ante cada chasquido de una rama. ¿Era el hombre herido que volvía sobre sus pasos? ¿Algún animal salvaje? O peor aún... ¿más asaltantes que no había visto? Sentía que la selva estaba viva con amenazas invisibles, y estaba completamente sola.

Adrian hizo una pausa, esforzándose por oír cualquier sonido que pudiera delatar la posición de él —o de cualquier otro—, con cada músculo de su cuerpo en alerta máxima.

El repentino rugido del motor de una motocicleta rasgó el silencio de la selva como una motosierra.

¿De dónde demonios había salido eso?

Salió corriendo hacia el sonido, abriéndose paso entre la maleza, con las ramas golpeándole la cara.

El motor sonaba más fuerte, cada vez más cerca. Irrumpió en un pequeño claro justo cuando la moto arrancaba con fuerza. A través del espeso follaje, alcanzó a ver al hombre herido encorvado sobre el manillar, con un brazo colgando inútilmente a su costado. Sus ojos se encontraron durante una fracción de segundo a través del claro.

La visión de ella pareció restaurar sus fuerzas menguantes y, con sombría determinación, manejó el manillar con una sola mano, efectuando otro disparo. Adrian se agachó y devolvió el fuego, rozándolo apenas antes de que él acelerara a fondo y la moto se

alejara a toda velocidad, zigzagueando entre los enormes troncos de los árboles antes de desaparecer en lo profundo de la selva.

La furia la embargó ante su huida, pero mantuvo la alerta, girando en un círculo lento, con el arma apuntando a la línea de árboles, escudriñando cada sombra, cada hueco en la vegetación.

El silencio se sentía diferente ahora. Expectante, peligroso. ¿Había otros? ¿Había sido aquel un ataque coordinado?

Adrian esperó, contando sus respiraciones, con el dedo apoyado en el gatillo.

Nada se movía, salvo el suave balanceo de las hojas de palma bajo la brisa húmeda.

Satisfecha de estar sola, retrocedió con cautela hacia las ruinas, manteniendo el arma en alto, sin dar nunca la espalda por completo a la selva. Estaba casi en la plaza cuando el estallido seco de un disparo resonó entre las estelas, seguido inmediatamente por el grito aterrorizado de María.

Nick.

El pánico inundó sus venas. Adrian corrió de vuelta a la plaza, con escenarios sombríos cruzando por su mente —Nick herido o algo peor—.

Para su alivio, cuando regresó al claro, Nick estaba allí de pie, con la respiración agitada y el rostro manchado de tierra y sudor.

Siguió la mirada de él hacia el tirador. Era evidente que él y Nick habían forcejeado por el arma, y el tirador había perdido. Sus ojos sin vida miraban hacia la cúpula de la selva, y su arma yacía a varios pies de distancia, donde se había deslizado por el suelo irregular entre las estelas.

—Hemos establecido un perímetro alrededor de esta sección de la selva, pero es muy densa y, hasta ahora, no hemos encontrado señales de nadie más —le dijo el oficial de la policía federal mexicana a Adrian y a Nick.

Habían pasado dos horas y ahora se encontraban al borde del yacimiento, que había sido acordonado por las autoridades locales.

Tras contactar con ellos, Adrian y Nick habían mostrado sus credenciales y enviado un informe rápido a Briggs y al grupo de trabajo sobre lo ocurrido, adjuntando las fotos que habían tomado de su hallazgo. La policía local se había puesto en contacto con el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México para que se encargara del descubrimiento.

Adrian se giró para observar cómo las autoridades transportaban con cuidado una camilla con el cuerpo del tirador a través de las ruinas, sorteando los monumentos de piedra erguidos y los montones de escombros.

—¿Cuánto tardarán en identificarlo? —preguntó ella.

—Si lo encontramos en nuestro sistema, podremos hacerlo rápido. Si no...

Su voz se apagó, pero Adrian lo entendió. Si no, era un fantasma, que era lo que ella temía que ocurriera. Era evidente que aquellos hombres los habían estado siguiendo, pero ¿cómo lo habían sabido? ¿Quién les había dado el soplo?

Nick debía de estar pensando lo mismo; dio las gracias al oficial mientras este se despedía con un cortés asentimiento y se alejaba. Nick se giró entonces para mirar a Jorge con sospecha. Jorge y María ya habían prestado declaración ante las autoridades y estaban a unos metros de distancia, hablando en voz baja.

María pareció sentir sus miradas y se acercó, seguida de Jorge. Nick no le quitó los ojos de encima a este último.

—¿Le dijo a alguien a dónde íbamos? —preguntó Nick sin andarse con rodeos.

—Nick... —empezó Adrian, pero María dio un paso al frente con actitud defensiva.

—No, no lo hizo. Confío plenamente en él —dijo María con firmeza—. Jorge es un buen hombre; le conozco desde hace muchos años, al igual que Ricardo.

—No dije nada —dijo Jorge con firmeza, frunciendo el ceño a Nick—. Se lo prometí a María. Soy un hombre de palabra.

Adrian le estudió durante un largo momento. No sabía nada de Jorge aparte de lo que María les había contado, pero su instinto le decía que estaba siendo sincero. Nick seguía mostrándose escéptico, pero para alivio de Adrian, no insistió.

Ella se dio la vuelta, observando con cautela la creciente actividad policial que rodeaba las antiguas ruinas. Los representantes del instituto llegarían en breve. Briggs les había dicho que pediría a las autoridades mexicanas que mantuvieran el hallazgo en secreto mientras la investigación estuviera en curso, pero Adrian dudaba que pudieran mantener oculto por mucho tiempo un descubrimiento de tal magnitud.

Las noticias de un hallazgo arqueológico significativo probablemente se propagarían con rapidez. Dado que uno de sus perseguidores había escapado, era solo cuestión de tiempo que la persona que buscaba la Fuente —el asesino de Ricardo— se enterara del descubrimiento.

NUEVE

Selva a las afueras de Tulum, México
Hace una hora

LA MOTO de Nayra derrapó hasta detenerse en el estrecho sendero de la selva.

La Orden la había ayudado a rastrear al equipo de Adrian West hasta Tulum; le habían dicho que se mantuviera a la espera y que le darían instrucciones desde allí.

Le habían mencionado que trabajaría con otros dos hombres, Javier y Carlos, que no formaban parte de la Orden pero eran «asociados de confianza». El rastreador GPS del teléfono que le entregaron había detectado esta ubicación hacía dieciocho minutos.

Aseguró el casco a la moto y se adentró en la selva, con movimientos pausados y controlados. Su tío Pedro le había enseñado a moverse por una vegetación tan densa como aquella: el peso sobre las puntas de los pies, probando cada paso antes de apoyarse, usando el ruido ambiental para enmascarar su avance. — La selva es ruidosa si sabes cómo escuchar, rosita —le había dicho durante sus sesiones de entrenamiento—. Usa su voz para ocultar la tuya.

Encontró a Javier, un joven fibroso de ojos hundidos y barba de un día, a cincuenta metros de las ruinas, desplomado contra una enorme ceiba, con la mano izquierda presionando su hombro

derecho. La sangre se filtraba entre sus dedos, oscura y constante. Su motocicleta yacía de costado a pocos metros, con una rueda todavía girando lentamente.

Él clavó los ojos en ella mientras se acercaba, llevando la mano hacia el arma de su cinturón.

—Tranquilo —dijo Nayra en voz baja, levantando las manos—. Soy de la Orden. Estoy aquí para ayudar. Soy Nayra.

Él seguía pareciendo cauteloso, pero sus ojos se cerraron con un leve aleteo. —Me han disparado —dijo con voz ronca—. Uno de los americanos.

Nayra se arrodilló a su lado, evaluando la herida. Orificio de entrada en la parte anterior del hombro, sin orificio de salida visible. La bala seguía allí dentro, lo que suponía posibles complicaciones, pero la hemorragia no era arterial. Sobreviviría si lo sacaba de allí pronto.

—Carlos —continuó él, con la respiración entrecortada—. Carlos sigue allí dentro. En las ruinas. Él no lo ha logrado.

—¿Por qué han disparado? —preguntó ella, cogiendo un vendaje para envolver la herida—. Pensaba que debíais manteneros fuera de la vista y observar.

Él la estudió durante un largo momento. —Yo... nosotros lo intentamos —titubeó—. Nos han detectado. Han empezado a disparar antes de que pudiéramos explicarnos.

Nayra lo observó. Él no la miraba a los ojos, y algo en su historia no encajaba. Pero reanudó el vendaje. —Agárrate a mí —dijo—. Voy a sacarte de aquí.

Ecatepec, México
15:26

Las instalaciones se encontraban tras la fachada ruinosa de una fábrica textil desaparecida. Lo bastante cerca para llegar sin alquilar un vuelo, lo bastante lejos de la sociedad respetable como para que

nadie hiciera preguntas. El exterior del edificio estaba descuadrado a propósito: paredes llenas de grafiti, puertas del muelle de carga oxidadas, un aparcamiento lleno de baches y maleza.

El interior era un mundo completamente distinto.

Controles de seguridad que incluían escaneos biométricos, tarjetas de acceso y guardias armados. Los pisos superiores mantenían la apariencia de un almacén de suministros médicos, con registros de inventario y un puñado de empleados legítimos que fichaban a su hora. El verdadero trabajo ocurría abajo, en un complejo subterráneo que no figuraba en ningún plano presentado ante la ciudad.

Rafael bajó en el ascensor hasta el nivel subterráneo, donde las puertas se abrieron a un pasillo de hormigón y luces fluorescentes.

La doctora Camila Escarra lo esperaba al final del corredor, tableta en mano y la bata de laboratorio abotonada hasta la garganta. Era una mujer menuda que apenas medía un metro sesenta, pero se movía con una autoridad rígida; estaba acostumbrada a ser la persona más inteligente en cualquier sala. Había forjado su carrera en el Hospital General de Ciudad de México antes de que Rafael la reclutara con un sueldo que hacía que su pensión del gobierno pareciera calderilla.

Merodeando nervioso tras ella estaba un hombre más joven, el doctor Emil Tomás, un inmunólogo reclutado de la Universidad Nacional Autónoma de México con la promesa de investigaciones punteras y un salario que triplicaba su sueldo universitario.

—Señor. No le esperábamos en persona —dijo Camila con una sonrisa educada.

—Quería ver los resultados por mí mismo —dijo Rafael. Su mano derecha temblaba a su costado. Clasificó ambas manos tras la espalda para ocultarlo—. Enséñeme.

El temblor era peor hoy que ayer, y ayer había sido peor que el día anterior.

Pero una cura era posible, con el trabajo que se realizaba aquí y con la Fuente. Tenía que serlo.

Camila lo guio a través de unas puertas dobles hacia el pabellón principal. Estaba dispuesto como una unidad clínica estándar. Varias

camas a cada lado, separadas por cortinas, con equipos de monitorización en cada una. Limpio. Profesional. Si no se miraba demasiado de cerca, podría haber sido cualquier hospital privado del país.

Los pacientes —sujetos, se corrigió a sí mismo— se encontraban entre los más pobres de México, extraídos de las clínicas de admisión que su fundación gestionaba en zonas rurales. Clínicas que ofrecían revisiones médicas gratuitas y medicación gratuita. Los formularios de consentimiento que habían firmado describían un «estudio de suplementos nutricionales aprobado». Nada sobre compuestos experimentales.

Nada sobre los riesgos.

Varios sujetos dormían. Una mujer cerca de la pared del fondo llamó la atención de Rafael. Era joven, de unos veintitantos años, y lo vio pasar con unos ojos oscuros y firmes que no mostraban miedo; solo una conciencia evaluadora que hizo que él apartara la mirada primero.

—Cohorte Nueve —dijo Camila, deteniéndose junto a una cama desocupada. Las sábanas habían sido retiradas; el colchón estaba desnudo—. Veinte sujetos en cuatro grupos de edad. El protocolo de dosificación acelerada finalizó el jueves pasado. La respuesta de los biomarcadores fue significativa en las primeras setenta y dos horas. Los marcadores de inflamación cayeron un cuarenta y tres por ciento. Pero... un sujeto sufrió un fallo orgánico agudo al quinto día. Hepático.

—Eso es una tasa de mortalidad del siete por ciento para esta cohorte —dijo él, tratando de mantener la voz firme—. Ha subido respecto al cuatro por ciento de la Cohorte Ocho.

—La dosis más alta es la variable. Aumentamos la concentración para ajustarnos a su cronograma, y la carga metabólica...

—No he pedido una excusa. He pedido algo que funcione.

Camila apretó los labios, pero sabía que era mejor no discutir con él.

—Señor... —empezó Emil, y luego se detuvo cuando Camila le lanzó una mirada de advertencia.

—Hable —dijo Rafael.

Emil tragó saliva. —El compuesto está fallando. Podemos perseguir la dosis eternamente, pero la toxicidad no es un problema de dosificación. Es estructural. Hasta que no tengamos la fuente real para estudiarla, no estamos perfeccionando un fármaco. Simplemente nos estamos saltando protocolos de seguridad críticos y encontrando nuevas formas de ver morir a la gente.

—Doctor Tomás —la voz de Rafael era suave. Dio un paso más cerca y Emil retrocedió instintivamente medio paso—. ¿Cuánto tiempo lleva con nosotros?

—Siete meses.

—Y en estos siete meses, su investigación ha sido financiada a un nivel con el que la mayoría de los científicos de este país solo pueden soñar. Las facturas médicas de su madre en el Hospital Ángeles... las cubre nuestra fundación, ¿verdad?

El color desapareció del rostro de Emil. —Sí.

—Y los hijos de su hermana. Los que están en el colegio privado de Coyoacán. El programa de becas que patrocinamos.

Emil no dijo nada. Su mandíbula se movía en silencio.

—Valoro su experiencia. De verdad. Su preocupación por la metodología adecuada es precisamente la razón por la que le contraté —Rafael se inclinó un poco más. Eran casi de la misma estatura, pero Emil parecía encogerse—. Pero permítame dejarle algo muy claro. Este proyecto existe porque yo tengo los recursos y la voluntad de buscar lo que la industria farmacéutica tradicional no quiere buscar.

Rafael dejó que aquello flotara un momento antes de continuar. —Ahora. Puede seguir formando parte de algo extraordinario. O puede volver a su sueldo de la universidad —hizo una pausa—. Pero debe entender que cualquiera que abandone este proyecto se lleva consigo una cantidad significativa de conocimientos patentados. Conocimientos que tendríamos que estar muy seguros de que no llegarían a fuentes externas.

Rafael sostuvo su mirada, dejando que la amenaza pendiera en el aire. Emil dio un pequeño paso atrás. La lucha, cualquier lucha que hubiera habido en él, se había esfumado. Rafael la vio desaparecer de sus ojos.

—Entiendo, señor.

—Bien —Rafael volvió su atención a Camila, que había presenciado el intercambio sin expresión alguna. Era una cualidad que admiraba en ella: no tenía que preocuparse por ataques de conciencia. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para obtener resultados—. Ajuste el protocolo de dosificación. Reduzca la concentración un quince por ciento y amplíe el plazo de administración. Quiero que la Cohorte Diez esté lista antes de un mes. No me importa lo que cueste.

Rafael se dio cuenta de que sonaba desesperado; no le importaba. Además de su enfermedad que avanzaba, Almeida Pharmaceuticals había pasado la última década perdiendo cuota de mercado poco a poco frente a competidores más jóvenes y hambrientos con sus terapias génicas, su capital riesgo y sus notas de prensa entusiastas sobre el próximo milagro.

Había visto a su junta directiva inquietarse, el precio de sus acciones bajar y su nombre aparecer con menos frecuencia en las salas adecuadas. Los compuestos sintéticos que su equipo había creado aquí eran una reconstrucción: una conjetura fundamentada, ensamblada a partir de todo lo que la investigación había teorizado sobre la Fuente.

Y era un fracaso. En cada cohorte, el mismo patrón: una mejoría espectacular, y luego los órganos fallando uno a uno, como si el cuerpo solo pudiera tomar prestado el efecto durante una semana.

La gente de Camila no podía arreglarlo. Tenían los minerales correctos; el litio y la sílice no eran difíciles de sintetizar. Lo que no podían replicar era qué *otra cosa* había en la Fuente real: la parte sobre la que sus investigadores solo habían podido especular, la parte que marcaba la diferencia entre un veneno y una cura. Sin la fuente, estaban copiando un cuadro que ninguno de ellos había visto jamás, trabajando a partir de una descripción de sus colores.

Necesitaba la propia Fuente. Podría ser lo único capaz de curarlo y lo único que finalmente mostraría a sus científicos qué es lo que les había faltado todo este tiempo. Y una vez que la tuviera, dispondría de una fuente natural que ningún otro laboratorio de la Tierra podría replicar sin encontrarla primero. Una patente que le

pertenecería solo a él. Producción en masa. Distribución masiva. Ensayos masivos donde las donaciones adecuadas abrieran las puertas adecuadas.

Por supuesto, habría pérdida de vidas. Siempre había pérdidas en las fases iniciales de cualquier terapia. Sin embargo, los que sobrevivieran sobrevivirían gracias a él, gracias a la Fuente y a los riesgos que él había corrido para encontrarla. Y los que no... bueno, la naturaleza siempre había sido el juez final de quién merecía vivir.

Él simplemente pretendía ser el instrumento a través del cual la naturaleza realizara su selección.

Se dio cuenta de que Camila esperaba a que la despidiera. Parpadeó, recuperó el enfoque y le dedicó un leve asentimiento.

—Póngase a trabajar —dijo.

DIEZ

Afuera de Tulum, México
20:02

BRIGGS HABÍA ORGANIZADO QUE ADRIAN, Nick y Maria se alojaran en un piso franco: una modesta estructura de hormigón escondida justo a las afueras de Tulum, cuyas ventanas estaban reforzadas con malla de acero. Los paneles solares del tejado plano alimentaban los dispositivos electrónicos básicos, mientras un generador de reserva zumbaba silenciosamente en una caseta detrás del edificio.

Adrian estaba sentada frente a Maria en una mesa de madera abarrotada de sus ordenadores portátiles y tabletas, que estaban llenas de fotos de las estelas que habían descubierto, junto con mapas de la región del Caribe, cortesía de Jorge.

Se habían despedido de él antes de venir al piso franco. Él había jurado mantener en secreto su hallazgo, así como el enfrentamiento con los asaltantes, aunque Adrian notaba que el escepticismo de Nick hacia él persistía.

Nick caminaba inquieto cerca de la ventana, echando de vez en cuando un vistazo a través de los cristales a la selva que se oscurecía más allá. Intentaban dar sentido a su descubrimiento, determinar a dónde ir a continuación antes de que sus perseguidores se les adelantaran.

—Así que la historia general que cuentan estos glifos es la de una gran peste que cayó sobre una tierra rica, y su gente huyendo hacia la salvación —dijo Adrian, estudiando las fotos.

—Sí. Ahora que he tenido más tiempo para analizarlos, estoy aún más convencida —dijo Maria.

Amplió la primera imagen en la tableta de Adrian, una sección de piedra donde una sola figura dominaba la composición, con los brazos en alto y un tocado que se abría sobre él como una corona de plumas talladas y cuentas de jade. Su rostro aparecía de perfil; de su cuello colgaban adornos pectorales dispuestos en pesados niveles.

—Esta figura probablemente representa a un gobernante o a una deidad maya —continuó Maria—. El tocado de plumas, el collar de jade, los brazos alzados... todo son símbolos de poder y alto estatus en su sociedad.

Deslizó hacia la siguiente imagen, haciendo zoom en un registro más pequeño en la base de la estela. Aquí, el tallado era más denso y caótico: una fila de calaveras sonrientes con cuencas oculares vacías, los dientes al descubierto en muecas idénticas, intercaladas con motivos ondulados que podrían haber sido humo o sangre. Debajo de ellos, un par de figuras estilizadas yacían boca abajo, con los miembros doblados en ángulos antinaturales.

—Aquí, el motivo de la calavera puede estar vinculado a la muerte o al inframundo —dijo Maria en voz baja—. Veis cómo están agrupadas, repetidas. Los escribas mayas utilizaban la repetición para enfatizar la escala. Esto no representa una sola muerte. Representa muchas. —Pasó a un tercer panel. Este mostraba una procesión: pequeñas figuras humanas representadas en un estilo simplificado, caminando en fila india por la superficie tallada. Sus pies apuntaban en la misma dirección, y sobre ellos corría una banda de glifos que no se parecían ni a rostros ni a objetos, sino a algo más abstracto: cuadrados anidados, líneas punteadas, una forma curva que casi parecía una ola—. Y esta secuencia de glifos sugiere movimiento o transición —dijo—. Los escribas mayas a menudo registraban llegadas o salidas; la procesión de figuras, los

marcadores direccionales sobre ellas. El destino es incierto. Pero es probable que aluda a un lugar sagrado o escondido.

—La Fuente —dijo Nick, deteniendo su paseo.

—Exactamente. Pero no veo ninguna indicación directa de dónde podría estar este lugar secreto. —Maria frunció el ceño ante las imágenes—. Al menos, no en la parte maya de la narración. Lo que es realmente fascinante es que los petroglifos taínos parecen proporcionar marcadores geográficos que los glifos mayas no contienen. —Hizo zoom en una sección concreta—. Los petroglifos taínos no han sido descifrados, pero dado que puede haber algunos elementos que contienen tanto los glifos taínos como los mayas... podemos usar los glifos mayas como una especie de piedra de Rosetta para interpretar lo que podrían significar los glifos taínos. ¿Veis estos patrones de olas? —Maria amplió un conjunto de patrones de olas—. Podrían referirse al agua.

—Bueno, eso reduce mucho las opciones —dijo Nick con ironía.

—¿A dónde solían huir los nativos para evitar a los españoles? —preguntó Adrian.

—A lo profundo de la selva, a cuevas remotas, a lugares donde los conquistadores eran reacios a aventurarse —respondió Maria—. Pero estos glifos... ¿los del agua? Podrían mostrar un viaje desde tierra firme hacia el Caribe.

—Así que los glifos mayas describen la necesidad de huir. Pero los símbolos taínos proporcionan la dirección —dijo Adrian.

—Eso todavía nos deja demasiadas posibilidades —dijo Nick, uniéndose a ellas en la mesa—. Puerto Rico, Cuba, Jamaica, las islas más pequeñas... podríamos pasarnos meses revisando cada isla caribeña con yacimientos taínos.

—De acuerdo —respondió Adrian—. Necesitamos algo más concreto. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa, pensando en uno de los principios por los que siempre se había guiado, pero especialmente desde que regresó a las fuerzas del orden. La navaja de Ockham. La explicación más sencilla suele ser la mejor.

—¿Cuál es la isla más cercana a Tulum? —le preguntó a Maria.

—Cozumel —respondió Maria—. A solo dieciséis kilómetros de la costa.

Nick se encontró con la mirada de Adrian, comprendiendo su proceso de razonamiento. —¿Hay algún lugar allí que pudiera considerarse un santuario para los mayas? —insistió Nick.

Maria se incorporó, con los ojos iluminados. —Sí. Cozumel fue uno de los destinos de peregrinación más importantes de todo el mundo maya. Las mujeres viajaban desde todos los territorios mayas para adorar en el templo de Ixchel.

—¿Ixchel? —preguntó Adrian.

—La diosa de la medicina, la fertilidad y la renovación —explicó Maria, buscando información en su tableta—. Pero lo que es más importante para nuestros propósitos: era la diosa de la curación.

—¿Y la conexión con el agua? —preguntó Nick.

—Bueno, además de lo obvio, el mar Caribe, podría referirse a los cenotes que salpican la isla —dijo Maria con mirada especulativa—. Los cenotes son sumideros naturales que se forman cuando el lecho de roca caliza se derrumba y deja al descubierto el agua subterránea. Pero para los mayas, no eran solo fuentes de agua. Eran portales sagrados al Xibalbá, el inframundo, lugares donde hacían ofrendas rituales a los dioses.

—¿Ofrendas rituales con qué fin? —preguntó Adrian.

—Curación, renovación, comunicación con lo divino —explicó Maria—. Los mayas creían que los cenotes tenían poderes de otro mundo que daban la vida. Arrojaban objetos preciosos —oro, jade, a veces incluso personas— a estas aguas sagradas, creyendo que podían conceder la intervención divina.

—Aguas que dan la vida —dijo Nick—. Eso suena familiar.

—Algunos historiadores creen que cuando los conquistadores españoles se encontraron con la reverencia de los mayas por los cenotes y escucharon sus historias sobre aguas con propiedades curativas milagrosas, eso alimentó directamente las leyendas posteriores sobre la Fuente —añadió Maria.

—Así que, si los refugiados buscaban un lugar asociado con la curación y la renovación, y si creían que estas aguas tenían un poder real... —dijo Adrian lentamente.

—Irían al lugar de curación más sagrado de la región —terminó Maria—. Cozumel, con su templo a la diosa de la curación y su red

de cenotes sagrados. Es la combinación perfecta. Un destino de peregrinación establecido y ya conocido por sus aguas curativas milagrosas.

La habitación se quedó en silencio mientras asimilaban las implicaciones, y la emoción de Adrian creció. Cozumel podría albergar las respuestas que buscaban... y posiblemente la propia Fuente.

ONCE

Cozumel, México
10:48

EL COMPLEJO de San Gervasio se extendía ante Adrian y los demás en una serie de plazas y plataformas de templos conectadas, todo unido por antiguas calzadas de piedra llamadas *sacbé*s. Incluso en su estado de ruina parcial, el complejo conservaba un innegable sentido de propósito sagrado.

El trayecto en ferry desde Playa del Carmen, una bulliciosa localidad turística al norte de Tulum, había durado cuarenta y cinco minutos, con Adrian, Nick y María distribuyéndose por la abarrotada embarcación y turnándose para vigilar por si aparecía alguien sospechoso.

Habían tenido aún más cuidado una vez llegaron a Cozumel, tomando taxis distintos hasta San Gervasio y permaneciendo en alerta. Aun así, al llegar al yacimiento, Adrian seguía en tensión, esperando que no se les hubiera pasado nadie por alto y estuvieran a salvo.

Cozumel en sí era una mezcla de herencia maya antigua e infraestructura turística moderna, donde los complejos de lujo y los centros de buceo coexistían con yacimientos arqueológicos centenarios. Aunque la isla estaba salpicada de muchos cenotes, buscarlos todos sería como encontrar una aguja en un pajar. En su

lugar, habían optado por empezar con el extenso yacimiento de San Gervasio, que tenía el potencial de proporcionarles más pistas.

—Esto es Ka'na Nah —dijo María, señalando la primera estructura con la que se toparon, un pequeño templo con el techo parcialmente intacto—. Uno de los edificios dedicados a Ixchel. Y allí —señaló hacia una pirámide más grande—, aquel es el templo principal donde tenían lugar los rituales de sanación más importantes.

Les dedicó una sonrisa apagada, y Adrian la estudió durante un largo momento. María había estado notablemente callada y preocupada desde que salieron de la casa de seguridad. Al principio, Adrian había dado por hecho que se debía a que ella también estaba preocupada por si alguien los seguía y seguía conmocionada por el encuentro del día anterior. Pero ahora Adrian se preguntaba si la causa era otra cosa.

—Deberíamos separarnos para cubrir más terreno. Buscad cualquier cosa que parezca fuera de lugar: símbolos que no encajen con la iconografía típica de Ixchel, pruebas de influencia no maya, cualquier cosa que pueda conectar con lo que encontramos en aquellas ruinas. Acabo de enviaros fotos de ejemplo para que las miréis en vuestros móviles —dijo María.

Antes de que cada uno se fuera por su lado, Adrian alargó la mano para tocar el brazo de María. —¿Todo bien? —preguntó.

María vaciló, pero se limitó a asentir antes de marcharse. Adrian la vio irse, tomando nota mental de insistir un poco más cuando tuvieran algo de tiempo.

Adrian se ocupó del sector este, Nick exploró la plaza central y María se centró en las zonas alrededor de los cenotes.

Durante la primera hora, Adrian mantuvo su atención en las estructuras de piedra caliza, los cenotes sagrados excavados en la roca madre, las pruebas claras de los rituales de sanación.

¿Podría haber algo aquí que los guiara hacia la Fuente? ¿Podría la propia Fuente estar en algún lugar de Cozumel?

Pero a medida que avanzaba la mañana y seguía sin encontrar nada significativo, su expectación dio paso a la duda. No había nada que conectara con lo que habían hallado en las ruinas y, desde luego, nada que señalara en ninguna otra dirección.

Conforme aumentaban las multitudes de turistas, Adrian se dirigió a la plaza central donde habían acordado reunirse tras un par de horas. Nick estaba allí; María no. Las sospechas de Adrian se despertaron de inmediato, al pensar en lo reservada que se había mostrado la otra mujer.

—¿Dónde...? —empezó Nick, pero ambos teléfonos se iluminaron con sendos mensajes.

Era de María.

Nos vemos en el aparcamiento. Importante. - M

Adrian y Nick intercambiaron una mirada de inquietud antes de apresurarse hacia el aparcamiento; Adrian, de forma inconsciente, se llevó la mano a su arma reglamentaria.

Cuando llegaron al aparcamiento, Adrian comprendió la razón del comportamiento esquivo de María.

Jorge estaba con ella.

—¿Qué hace él aquí? —exigió Nick de inmediato, con los ojos entrecerrados hacia Jorge.

—Le he pedido que viniera —dijo María, situándose en actitud defensiva frente a Jorge—. Le he contado qué estamos buscando realmente y por qué esos hombres nos seguían.

—María, habíamos acordado... —empezó Adrian.

—Por favor, dejadme terminar —dijo María, levantando la mano—. He estado intercambiando mensajes con él desde que nos separamos. Poco después de que decidiéramos venir a Cozumel, empecé a tener dudas. Necesitaba otra perspectiva.

—Podrías habernos dicho esto —dijo Nick con el ceño fruncido.

—Habéis estado sospechando de Jorge desde que esos hombres nos siguieron —dijo María—. Ya os lo he dicho: confío en él y lo conozco bien. Pero, lo más importante, tiene conocimientos que nosotros no tenemos.

—Y creo que os equivocáis al buscar la Fuente aquí en Cozumel —añadió Jorge, dando un paso al frente.

—¿Por qué? —preguntó Nick.

—Todo aquí se centra en la fertilidad y el parto —dijo Jorge—. Por eso María empezó a tener dudas y se puso en contacto conmigo. Ixchel era una diosa de la medicina, sí, pero específicamente de la

medicina obstétrica. Las mujeres venían aquí para asegurar embarazos seguros y partos exitosos. No se trata de la vida eterna ni de vencer a la muerte; se trata de crear vida nueva. Haber encontrado lo que encontramos cerca de Tulum fue una suerte, pero dudo que vayáis a encontrar mucho más sobre la Fuente buscando en otros yacimientos mayas —continuó Jorge—. Como comentamos en las ruinas, la conquista española del territorio maya fue mucho más tardía en comparación con las comunidades taínas. Los taínos vivían principalmente en las islas del Caribe: Española, Puerto Rico, Cuba, Jamaica. Nunca estuvieron aquí.

—¿Entonces dónde deberíamos estar buscando? —preguntó Adrian.

—Pensad en la cronología —dijo Jorge—. Colón desembarcó por primera vez en La Española en 1492. En veinte años, la población taína allí fue diezmada. Los supervivientes huyeron a otras islas, especialmente a aquellas donde el control español era más débil. Uno de estos lugares, estos lugares de santuario, como se mencionaba en los glifos a las afueras de Tulum, podría ser la Fuente histórica. Creo que tenéis que volver a donde empezó todo... con el desembarco de Colón. Ahí es cuando empieza la aniquilación: la necesidad de contraatacar, o de huir en busca de santuario. Los primeros nativos que emprendieron la huida pudieron haber dejado pistas de adónde se dirigían.

Adrian estudió a Jorge. Aunque seguía un tanto molesta con María por su subterfugio, lo que decía Jorge tenía sentido. Y, hasta el momento, no habían encontrado nada aquí.

—¿Tienes algún lugar concreto en mente? —preguntó ella.

—La República Dominicana, donde desembarcó Colón por primera vez. Las cuevas de allí albergan parte del arte rupestre taíno más extenso del Caribe —explicó Jorge—. Petroglifos, pictografías, cámaras ceremoniales. Si hay pistas sobre la Fuente de la Juventud, sobre dónde los supervivientes planeaban buscar refugio, allí es donde las encontraríamos.

—¿Lo veis ahora? Tiene todo el sentido. No solo buscamos el destino; buscamos el punto de partida. El lugar donde los taínos que huían dejaron instrucciones para que otros los siguieran —dijo María,

dedicando a Adrian y Nick una mirada de urgencia—. Jorge debería trabajar con nosotros en esto. Desde que esos hombres nos alcanzaron en Tulum, se vio involucrado, os guste o no.

Tras un largo momento, Adrian miró a Nick y le hizo un sutil gesto con la cabeza. Tenía que admitir muy a su pesar que María tenía razón.

Nick soltó un suspiro y asintió, aunque la cautela permanecía en su expresión. —Tendríamos que obtener la aprobación de nuestro superior. Y usted tiene que acceder a una verificación de antecedentes.

DOCE

Tulum, México
21:35

EL ÁTICO NO PERTENECÍA A LA Orden.

Eso fue lo primero que inquietó a Nayra. Todos los pisos francos que había utilizado a través de la Orden habían sido modestos, olvidables. Apartamentos en barrios obreros. Cabañas de pescadores en costas tranquilas. Lugares que se mimetizaban con el entorno.

Esto era algo totalmente distinto. El ático era ostentoso: cristales de suelo a techo, muebles minimalistas de diseño. Alguien con mucho dinero era el dueño de este lugar, y la Orden que ella conocía no nadaba en la abundancia. La Orden sobrevivía gracias a donaciones, favores y siglos de buena voluntad acumulada de personas que creían en la misión.

Entonces, ¿de quién era este ático?

Nayra se sentó en un rincón de la sala de estar, junto a lo que parecía una escultura carísima, observando a Alejandro Torres caminar de un lado a otro frente a los ventanales como un jaguar enjaulado.

Ella había llegado allí el día anterior. Tras llevar a Javier a la clínica más cercana, Alejandro se había reunido con ella: era otro de esos «colaboradores de confianza». Era un hombre compacto, musculoso, de unos treinta y largos, con ojos oscuros que

albergaban una violencia apenas contenida. La había recorrido con la mirada de forma depredadora cuando se presentó.

Le había caído mal al instante.

Él le había dicho que esperarían nuevas órdenes allí. No había averiguado nada sobre los movimientos de los estadounidenses después de Tulum, solo que habían descubierto petroglifos significativos en la selva relacionados con la Fuente. Nayra estaba ansiosa por hacer algo más y empezaba a impacientarse.

Luis, un hombre larguirucho de pelo muy corto, estaba sentado en el sofá de cuero limpiándose las uñas con una navaja. Había llegado como sustituto de Javier, presentado por Alejandro con un seco: —Este es Luis. Ahora está con nosotros.

Cuanto más tiempo pasaba con Alejandro y Luis, menos preciso le parecía el término «colaborador de confianza». No hablaban con ninguna reverencia sobre la Fuente o su protección. No preguntaban por la historia, la misión o los siglos de custodia que daban sentido a la Orden. Y hablaban de los estadounidenses como los cazadores hablan de sus presas: con concentración, impaciencia y apetito.

—¿Dónde está Javier? Me gustaría ver cómo sigue —preguntó ella.

—A Javier lo están cuidando —dijo Alejandro cortante—. No es asunto tuyo.

—Yo le vendé la herida. Probablemente le salvé la vida. Diría que eso lo convierte en asunto mío.

Alejandro dejó de caminar. Se giró para encararla por completo, fulminándola con la mirada. Luis levantó la vista de su navaja.

—Javier sigue en la clínica privada —espetó Alejandro—. Está estable. Cuando esté lo bastante recuperado, será reasignado. Eso es todo lo que necesitas saber.

Nayra le sostuvo la mirada y luego asintió. No le creía, pero presionar más ahora solo aumentaría su hostilidad.

—Necesito que me dé el aire —dijo, poniéndose en pie.

Alejandro apenas le hizo caso. —No vayas lejos. Quiero ponernos en marcha en cuanto recuperemos el rastro de los estadounidenses.

Nayra salió por la puerta trasera y bajó a la calle, donde la energía nocturna de Tulum la envolvió: turistas deambulando entre

restaurantes y bares, música escapando por las puertas abiertas y el aire cálido y salado cargado con el aroma a marisco a la brasa e incienso de copal. Dejó que la multitud la absorbiera, caminando dos manzanas antes de meterse en un callejón estrecho entre un hotel boutique y una barra de zumos.

Solo cuando estuvo segura de que estaba sola, buscó en su chaqueta su segundo teléfono, uno de prepago que llevaba siempre encima. Por si acaso.

Marcó el número que Francisco le había dado justo antes de convocarla. Dudaba si llamarle, pero las preguntas se acumulaban y necesitaba tranquilizarse.

Dieron cuatro tonos antes de que su voz profunda respondiera.

—Nayra. Me alegra saber de ti. Me han contado lo de Tulum. ¿Está todo bien?

—Sí. Siento molestarlo, pero tengo un par de preguntas sobre... sobre la operación.

Hubo una pausa. —¿Sí?

—Me gustaría saber exactamente con quién estamos trabajando. Esos hombres con los que me ha emparejado... me dijo que eran colaboradores de confianza, pero no actúan como tales. Actúan como mercenarios. Y el tiroteo en Tulum... Javier dijo que los estadounidenses dispararon primero. Que él y Carlos solo estaban observando. Pero no habría razón para que los agentes estadounidenses dispararan a simples observadores. Pasó algo allí de lo que no me han informado. Ahora han trasladado a Javier a una clínica que no me permiten visitar y Carlos está muerto.

Hizo una pausa, dándole espacio para responder, para tranquilizarla, para dar explicaciones. Pero el silencio se prolongó.

Cuando Francisco volvió a hablar, su voz había cambiado. La calidez se había esfumado, reemplazada por algo más duro. —Se te encomendó una tarea sencilla, Nayra. Seguir a los estadounidenses, informar de sus movimientos y asegurar que la Fuente permanezca protegida. Ese es tu papel. Los detalles de la seguridad operativa — con quién trabajamos, cómo se gestionan los enfrentamientos— son decisiones que escapan a tu autoridad.

—Lo sé... Pero creo que algo va mal. La Orden...

—La Orden hace lo que es necesario. —Su voz se volvió más aguda, cortante—. Hemos protegido el secreto de la Fuente durante generaciones. Pero el mundo ha cambiado. La gente que busca la Fuente no son buscadores de tesoros aficionados ni académicos descarriados. Tienen recursos, financiación y son peligrosos. Debemos adaptarnos.

Nayra cerró los ojos, apoyando la espalda contra la pared del callejón. Los sonidos de la noche de Tulum llegaban hasta ella. Risas, música, claxon de coches.

—Tú sirves a la Orden —continuó Francisco con severidad—. Como hizo tu tío antes que tú. El voto que hiciste fue proteger el secreto de la Fuente, por cualquier medio que la Orden requiera. —Hizo una pausa—. ¿Sigues dispuesta a servir?

La pregunta quedó suspendida en el aire húmedo de la noche. Nayra pensó en su tío. En la noche en que la llevó al antiguo monasterio dominico en las colinas de las afueras de Santo Domingo, donde ella se había arrodillado en el frío suelo de piedra y pronunciado las palabras del voto a la luz de las velas. *Empeño mi vida en la custodia de las aguas sagradas. La Fuente debe ser protegida a toda costa.*

Tenía diecinueve años. Se había creído cada palabra.

—Sí —dijo en voz baja—. Estoy dispuesta a servir.

—Bien. —El tono de Francisco se suavizó un poco—. Haz tu trabajo. Deja el resto para aquellos que ven el panorama completo.

La comunicación se cortó.

San Cristóbal, República Dominicana
21:41

Adrian caminaba de la mano de Nick por las animadas calles de San Cristóbal, contemplando el vibrante ambiente que los rodeaba.

Casas coloniales con balcones de hierro se alzaban junto a edificios de hormigón, con sus paredes color pastel desvaídas por la

humedad y el tiempo. Los vendedores ambulantes pregonaban en un rápido español, ofreciendo de todo, desde guayabas frescas hasta empanadas caseras. La música bachata y merengue salía de los bares de las esquinas. El aire traía una mezcla de sal del cercano Caribe, gases de escape de los camiones que pasaban y el aroma de la comida callejera.

María y Jorge caminaban unos pasos por delante y, aunque no iban cogidos de la mano, estaban lo bastante cerca como para rozarse. Adrian sonrió para sus adentros; no eran tan sutiles como creían. Sospechaba que su historia era más romántica que profesional, o tal vez una mezcla de ambas.

El equipo operativo les había ayudado a pasar desapercibidos desde Cozumel hasta el Aeropuerto Internacional Juan Bosch. Desde allí, habían cogido un coche de alquiler hasta el piso franco que el equipo también había organizado a las afueras de San Cristóbal. Mañana por la mañana se dirigirían a las cuevas del Pomier, justo al norte de la ciudad.

Habían presentado una solicitud oficial para que Jorge se uniera a ellos como consultor, y su comprobación de antecedentes ya había resultado completamente limpia. Tras revisar las fotos que habían enviado desde el yacimiento de Tulum, el equipo operativo también estuvo de acuerdo en que Jorge tenía razón al buscar en la República Dominicana.

Adrian no se sorprendió; su instinto le decía que Jorge era de fiar, mientras que Nick solo había aceptado los resultados a regañadientes.

El piso franco era un apartamento de estuco amarillo en el segundo piso de un edificio de la época colonial, con un balcón de hierro forjado que daba a un patio tranquilo a la sombra de los mangos. Allí habían pasado un tiempo intentando descifrar más a fondo los petroglifos que habían fotografiado en las ruinas a las afueras de Tulum, pero no habían logrado avances significativos.

Cuando Jorge se ofreció a enseñarles la ciudad —había vivido allí poco tiempo hace años y la recordaba bien—, Adrian dudó al principio. Recelaba de que pudieran rastrearlos a pesar de las precauciones que habían tomado, pero finalmente aceptó.

Ahora, mientras contemplaba su entorno, se alegraba de haber salido. Estar encerrados en el piso franco apenas había servido para aliviar la frustración por la falta de progresos y necesitaban que les diera el aire.

—Esa es la basílica catedral Nuestra Señora de la Consolación —dijo Jorge, señalando hacia una enorme iglesia que dominaba el horizonte frente a ellos. Señaló otro edificio—. Y ese es el antiguo palacio presidencial, ahora centro cultural. Toda la zona tiene capas de historia: precolombina, colonial, moderna.

Pronto llegaron a un bar en el borde de una concurrida plaza. Jorge se volvió hacia ellos con una sonrisa. —Y este es el mejor bar de toda la República Dominicana.

En cuanto entraron, el dueño, un hombre corpulento con canas en las sienes y arrugas de expresión alrededor de los ojos, divisó a Jorge y lo saludó alegremente.

—Este es el dueño del bar, Lorenzo —dijo Jorge. Los presentó, teniendo cuidado de usar sus nombres falsos, explicando que eran turistas a los que estaba enseñando la zona.

A petición de Jorge, Lorenzo los sentó en una mesa de rincón al fondo, desde donde Adrian y Nick tenían una línea de visión clara hacia la entrada. Regresó con cuatro vasos de lo que Jorge explicó que era *mamajuana*, una bebida local hecha con ron, vino tinto y miel, infusionada con cortezas de árbol y hierbas. —Se supone que es buena para todo —dijo Jorge con una sonrisa—. Fuerza, salud, romance... lo que quieras. La disfruté mucho cuando vivía aquí.

—¿Qué hacías tú aquí? —preguntó Adrian.

—Trabajo de campo en algunos yacimientos arqueológicos, justo cuando salí de la escuela de posgrado —respondió Jorge, dando un sorbo a su bebida.

—¿Qué os hizo a vosotros dos meteros en todo esto? —preguntó Nick, mirando alternativamente a Maria y a Jorge—. ¿La historia? ¿La arqueología?

—En mi caso, fue saber que tenía ascendencia indígena por ambas partes: mi madre maya, mi padre taíno. Quise saber más sobre esas culturas, y a partir de ahí mi interés se expandió de la

historia de México a la región del Caribe y más allá —respondió Jorge.

—A mí me inspiró mi difunto padre —añadió María—. Amaba la historia. Ricardo me recordaba mucho a él. —Cerró los ojos y el dolor cruzó fugazmente su rostro. Jorge alargó la mano para ponerla sobre la de ella y no la retiró, observó Adrian—. Me llevaba a museos desde antes de que supiera andar. A partir de ahí, la cosa fue creciendo —terminó María.

Adrian sonrió, pensando en su propio padre, que le había inculcado el mismo amor, razón por la cual inicialmente había estudiado Historia. Pensó en su reciente reaparición en su vida y sintió una punzada al darse cuenta de cuánto lo echaba ya de menos. Tomó nota mental de ver cómo estaba en cuanto tuviera algo de tiempo.

Sus padres habían cumplido su palabra y le habían enviado un par de mensajes para ver cómo estaba, pero ella sabía que no querían entrometerse. Después de lo que todos habían pasado para recuperar a su padre, sabían lo intenso que era su trabajo.

—Jorge y yo nos conocimos en el posgrado —continuó María, sacando a Adrian de sus pensamientos—. Teníamos muchas clases juntos y conectamos allí. Hemos mantenido el contacto desde entonces. —Se sonrojó levemente cuando Jorge retiró la mano y, de nuevo, Adrian sospechó que había algo más en esa historia.

Dos hombres entraron en el bar. Nick e Adrian se tensaron, observando cómo se acercaban a la barra y saludaban a Lorenzo. Pero no les prestaron atención; pidieron sus bebidas y compartieron unas risas con el tabernero.

La tensión del momento pareció devolverlos a sus circunstancias actuales y Jorge se inclinó hacia delante, bajando la voz. —Trabajando en este campo... no es la primera vez que oigo que alguien busca algún tipo de tesoro en el Caribe —dijo, con expresión seria—. Normalmente es gente que busca oro pirata, galeones españoles perdidos, artefactos antiguos. La mayoría están completamente delirantes o son unos estafadores redomados. Pero por lo que he aprendido de todos vosotros, esta es la búsqueda más creíble con la que me he topado. La Fuente de la Juventud

probablemente *no* sea lo que dicen las leyendas. Es probable que sea un lugar con propiedades minerales únicas, algo muy posible en la selva remota. Aun así, un descubrimiento de ese tipo podría valer miles de millones. Imagina tener acceso exclusivo a compuestos naturales que pudieran tratar el envejecimiento, las enfermedades...

—Y lo que eso conllevaría —añadió María—. Pruebas médicas ilegales para consolidar y monetizar los hallazgos. Ensayos mortales a escala masiva. Podría morir mucha gente. Esa es una de las razones por las que Ricardo tenía pánico de que la Fuente cayera en las manos equivocadas.

—Eso explicaría los recursos que se están invirtiendo en esto. Los hombres que nos siguieron, la vigilancia, la disposición a matar —dijo Jorge con gravedad.

—No sabemos contra quién nos enfrentamos realmente, ni hasta dónde están dispuestos a llegar —murmuró María, con el rostro pálido.

—Por eso tenemos que encontrarla nosotros primero —dijo Adrian con tono firme.

TRECE

San Cristóbal, República Dominicana
07:12

LA SERPENTEANTE carretera de montaña al norte de San Cristóbal se volvía cada vez más accidentada a medida que ascendían por las colinas; el todoterreno de alquiler rebotaba en los baches y sorteaba curvas de herradura excavadas en el terreno. Una densa vegetación tropical los rodeaba: imponentes caobas cubiertas de lianas, helechos gigantes desplegándose bajo el dosel arbóreo y coloridas plantas florales que llenaban el aire húmedo con su fragancia.

—Las Cuevas del Pomier no están precisamente en la ruta turística —explicó María mientras Jorge conducía el vehículo de alquiler.

—La mayoría de los visitantes van a los lugares más accesibles y cercanos a la capital, lo cual, para nuestros propósitos, es algo bueno —añadió Jorge—. A esta hora deberíamos tener las cuevas para nosotros solos.

Adrian se giró para vigilar la carretera tras ellos, algo que tanto ella como Nick venían haciendo desde que habían salido del piso franco esa mañana. La corta distancia se había prolongado durante horas debido a los caminos con surcos y a las interminables curvas que habían tomado para evitar a cualquier posible perseguidor. Sus

esfuerzos debían de haber dado resultado, porque no había otros coches en ese sendero; parecían estar solos. Adrian chocó contra Nick cuando Jorge pilló otro bache, y Nick la rodeó con el brazo, atrayéndola hacia él.

—Es por protección —susurró él, dándole un beso en la sien.

—Ya —secundó ella, enarcando una ceja con sarcasmo, pero apoyándose en él de todos modos, disfrutando del calor familiar que la invadía al sentir su cercanía.

Poco después, Jorge los guio hasta un pequeño claro donde aparcó. Un cartel anunciaba «Cuevas de Pomier - Patrimonio Cultural» junto a advertencias sobre la seguridad en las cuevas y los yacimientos arqueológicos protegidos.

—A partir de aquí, vamos a pie —dijo Jorge, echándose la mochila al hombro—. La entrada principal está a un kilómetro por ese sendero.

El camino era poco más que una senda que serpenteaba a través de un bosque cada vez más denso, jalonada ocasionalmente por señales descoloridas que indicaban que se aproximaban al sistema de cuevas. Tras veinte minutos de caminata por el húmedo aire tropical, salieron de una espesa arboleda y divisaron su destino.

Una serie de frentes de acantilados calizos se alzaban de forma espectacular desde el suelo de la selva, con sus superficies oscurecidas por la humedad y parcialmente ocultas por cortinas de vegetación colgante. Se veían múltiples entradas a las cuevas, algunas lo bastante grandes como para entrar erguido y otras que requerían que se agacharan.

—Cuevas de Pomier —anunció Jorge—. La mayor colección de arte rupestre precolombino del Caribe. Más de seis mil pictografías y petroglifos taínos repartidos por cincuenta y cinco cuevas conocidas. Los cronistas españoles apenas documentaron este lugar. Eran demasiado remotas, de acceso demasiado difícil para los administradores coloniales. Lo que significa que el arte taíno aquí está notablemente bien conservado en comparación con yacimientos más accesibles que fueron dañados o destruidos.

Sacaron linternas frontales LED de sus mochilas y se acercaron a la entrada más grande. La temperatura bajó notablemente al entrar;

sus luces proyectaban haces afilados a través de la oscuridad, revelando paredes de piedra caliza que brillaban por la humedad. Pero lo más importante era que las paredes estaban cubiertas de tenues marcas rojas y negras: pictografías y petroglifos que habían sobrevivido durante más de cinco siglos.

—Esto es increíble —murmuró Adrian, mientras su luz recorría lo que parecían ser figuras humanas, animales y símbolos abstractos que cubrían casi todas las superficies.

—Por aquí —dijo Jorge, guiándolos hacia las profundidades del sistema de cuevas—. Las cámaras más importantes están más al fondo.

Finalmente se separaron para cubrir más terreno sin perderse de vista: Adrian tomó el pasadizo de la izquierda, Nick exploró la cámara central y María siguió a Jorge hacia una serie de cámaras más pequeñas que se ramificaban de la cueva principal.

Jorge tenía razón; tenían las cuevas para ellos solos y pudieron contemplar en silencio las paredes que los rodeaban, las cuales narraban historias en ocre rojo y carbón. Representaciones de la vida cotidiana y de ceremonias espirituales.

Pero nada parecía estar vinculado a la Fuente o a los glifos que habían encontrado en Tulum. Pronto, la frustración embargó a Adrian; aquellas eran representaciones de la vida taína *antes* del contacto con los españoles. No había nada que pareciera apuntar a santuarios ocultos como la Fuente.

Se reagruparon después de un par de horas en una de las cámaras más pequeñas y menos exploradas, y Adrian pudo detectar la misma frustración en los rostros de los demás.

—Si dejaron mensajes sobre refugios sagrados, los habrían escondido bien —dijo Jorge.

—Entonces tenemos que ser sistemáticos con nuestra búsqueda —dijo María pausadamente—. ¿Quizá deberíamos centrarnos en lo que parecen detalles menores pero que podrían ser más significativos?

Algo se nos escapa, pensó Adrian. Mientras seguían discutiendo, Adrian barrió la cueva a su alrededor con la linterna hasta que algo le llamó la atención.

Se quedó inmóvil.

En el rincón más alejado de la cámara principal, había algo en el suelo de la cueva, cerca de la pared del fondo, que no terminaba de encajar. El terreno se veía irregular, a diferencia de la zona circundante.

Las voces de los demás se desvanecieron a su alrededor mientras ella se acercaba para investigar.

A primera vista, parecía una depresión natural en la piedra caliza, un patrón de erosión común en los sistemas cavernarios. Pero al arrodillarse y examinarlo más de cerca, iluminando los bordes con la linterna, se dio cuenta de que eran demasiado rectos, demasiado cuidadosamente tallados para ser totalmente naturales.

Pasó los dedos por el borde de lo que parecía ser una hendidura circular de algo más de un metro de diámetro. La depresión estaba llena de piedras sueltas y escombros, pero la disposición parecía deliberada, como si alguien hubiera ocultado algo debajo intencionadamente.

Intrigada, Adrian empezó a retirar con cuidado las piedras y los restos, pieza por pieza.

Los demás se fijaron por fin en lo que estaba haciendo y sus voces se silenciaron.

—Adrian, ¿qué estás...? —empezó Nick, pero un súbito y ominoso crujido interrumpió sus palabras.

La piedra caliza bajo las rodillas de Adrian cedió sin previo aviso.

En un instante estaba arrodillada sobre lo que parecía ser piedra sólida, y al siguiente caía al vacío a través de la oscuridad; su grito de sobresalto resonó mientras se precipitaba hacia lo desconocido.

CATORCE

ADRIAN CAYÓ con fuerza sobre el suelo y su linterna frontal salió rodando.

Un dolor agudo le recorrió el hombro sobre el que había aterrizado, pero lo ignoró al ver lo que la rodeaba. La luz dispersa de su linterna recorría las paredes que la rodeaban, y pudo ver que aquello no era solo una cámara vacía.

Cada centímetro de las paredes estaba cubierto de petroglifos.

Reconoció el estilo distintivo de los petroglifos taínos: patrones geométricos, motivos en espiral y figuras humanas estilizadas. Algunas figuras estaban talladas en la piedra, otras trazadas con carbón y pigmento rojo. Pero estos eran más complejos y tenían más capas que los que ella y los demás habían encontrado en las cámaras superiores.

El asombro la invadió mientras se incorporaba para observarlos mejor.

Había símbolos taínos con los que se estaba familiarizando: cemíes, espíritus sagrados que solían representarse como rostros con apariencia de máscara, ojos grandes y bocas abiertas.

Sobre ellos, los motivos en espiral parecían ondular por las paredes; eran patrones que, según le había contado Jorge, se asociaban con el agua y los manantiales sagrados, y vinculaban diferentes secciones de la cámara en una narrativa intrincada.

También había patrones circulares que sospechaba que debían representar el sol, conectados por líneas fluidas.

—¡Adrian! —gritó la voz de Nick desde arriba, con un tono teñido de pánico mientras pequeños escombros dispersos seguían cayendo por el agujero que ella había creado.

—¡Estoy bien! —respondió ella, recuperando su linterna y poniéndose en pie. Hizo una mueca de dolor cuando su hombro protestó, pero el descubrimiento que tenía ante sí eclipsaba cualquier molestia física—. Tenéis que bajar aquí.

En cuestión de minutos, Jorge preparó una cuerda con su equipo de escalada y, uno a uno, los demás descendieron a la cámara oculta.

En el momento en que los pies de María tocaron el suelo, soltó un grito de asombro mientras el haz de su linterna recorría las paredes talladas.

—*Dios mío*— susurró—. Esto es increíble.

Las expresiones de Nick y Jorge reflejaban el mismo asombro que la de María mientras daban un paso adelante, estudiando los símbolos de las paredes.

—Estas espirales se repiten en todos los yacimientos taínos —a menudo justo al lado de pozas o arroyos—, así que suelen estar vinculadas al agua y a los espacios rituales —murmuró Jorge—. Si este panel cuenta una historia, podría guiarnos hacia aguas sagradas. Pero estos glifos... son más nuevos que los de las cuevas que tenemos encima, lo cual no es lo habitual. Cuanto más profundo se llega, estas marcas suelen ser más antiguas. El hecho de que sean más recientes indica que fueron hechos aquí abajo a propósito. Más difíciles de encontrar.

Mientras permanecían allí dejando que las ramificaciones de esto calaran en ellos, un estruendo sordo sonó sobre sus cabezas y todos se quedaron quietos.

—Tenemos que movernos —dijo Jorge con urgencia, mirando hacia el techo de donde caían tierra y piedras pequeñas con cada vez más frecuencia—. El suelo que tenemos encima no es estable. Nuestro peso aquí abajo, la perturbación de la caída de Adrian... está comprometiendo la estructura de la cueva.

Como para enfatizar su punto, un trozo grande de piedra caliza se desprendió del techo y cayó a pocos centímetros de donde estaba María. Jorge alargó la mano y tiró de ella protectoramente hacia su costado.

Adrian sacó apresuradamente su teléfono y tomó tantas fotos como pudo de los símbolos que los rodeaban, y María y los demás hicieron lo mismo.

Pero el estruendo de arriba se hacía más fuerte, más ominoso. Toda la cámara parecía estremecerse a su alrededor.

Corrieron hacia la cuerda, pero justo cuando Jorge iba a cogerla, una sección enorme del techo cedió. La cuerda desapareció bajo toneladas de piedra caliza y escombros; su ruta de escape estaba completamente bloqueada.

El estruendo se intensificó. Las grietas se extendieron como telas de araña por las paredes de la cámara, y Adrian pudo oír el gemido estremecedor de la roca desplazándose sobre ellos.

—¡Por aquí! —gritó Nick.

Agarró la mano de Adrian y la guio a ella y a los demás hacia una estrecha fisura en la pared del fondo que no se veía antes. El derrumbe había abierto lo que parecía ser otro pasadizo.

Pero incluso mientras corrían hacia él, la abertura empezó a cerrarse a medida que caían más escombros.

Solo tenían unos segundos.

Se lanzaron hacia el hueco que se encogía mientras, a sus espaldas, la cámara repleta de petroglifos desaparecía bajo una avalancha de piedra.

QUINCE

Tulum, México
10:29

—SUS HOMBRES TIENEN que buscar en la República Dominicana —dijo el profesor Miguel Lanzo.

—De acuerdo —asintió la doctora Natalia Soto.

Rafael estaba sentado ante un gran escritorio de roble en el despacho de una de las propiedades de Gabriel en Tulum, un amplio y moderno condominio con unas vistas impresionantes del Caribe. El apartamento era privado, no figuraba en ningún registro oficial y estaba alquilado a través de una de las sociedades pantalla de su hermano. Un lugar útil para trabajar sin ser observado.

La videollamada llenaba la pantalla de su portátil con los dos responsables de su equipo de investigación, elegidos a dedo y bien pagados por su discreción.

Miguel Lanzo dirigía la sesión informativa. Era un profesor de historia jubilado cuyos contactos en los archivos de los museos de toda América Latina y Central abrían puertas que el dinero por sí solo no podía abrir. También estaba Natalia Soto, profesora de historia de la Universidad de Guadalajara y experta en culturas precolombinas del Caribe y Mesoamérica.

—Céntrense en las cordilleras centrales, la Cordillera Central, y en las redes de cuevas al sur de Santo Domingo —añadió Lanzo.

—Haré que mi gente registre esas zonas —dijo Rafael—. Les pondré en contacto para que les den más detalles sobre dónde deben buscar. Sigán trabajando y avísenme si encuentran algo más.

Gabriel entró cuando Rafael cerraba la sesión. Dejó una taza de manzanilla.

—Mis investigadores creen que deberíamos buscar en la República Dominicana —dijo Rafael, respondiendo a la pregunta silenciosa de su hermano. Le temblaba la mano al ir a coger el té.

—Eso está bien —dijo Gabriel, pero su mirada se detuvo en la mano temblorosa de Rafael—. ¿Cuándo ha sido la última vez que has visto al médico?

Rafael ignoró deliberadamente a su hermano y dio un largo sorbo a su té. Gabriel soltó un suspiro cauteloso.

—Déjame que avise a alguien de aquí. Una consulta privada, totalmente discreta. Veinte minutos, es todo lo que te pido.

Rafael flexionó su mano temblorosa. Por mucho que le irritaran los mimos de Gabriel, no le faltaba razón. Los mareos habían ido a peor, y había momentos —momentos de los que no le había hablado a nadie— en los que se le nublaba la vista y el mundo se inclinaba de lado sin previo aviso. Pero detenerse ahora, aunque solo fueran veinte minutos, se sentía como rendirse al declive de su cuerpo, y no podía permitirse hacer eso.

—En cuanto tengamos asegurada la siguiente ubicación —dijo con brusquedad.

—Rafael...

—Después. —Su tono cerró la puerta a la discusión. Luego lo suavizó un poco—. Te lo prometo, *hermano*.

Gabriel frunció el ceño, claramente insatisfecho, pero lo dejó pasar. Se quedó mirando su bebida, dándole vueltas entre las manos. Cuando volvió a hablar, su voz había cambiado. Era más baja, más cuidadosa.

—Hay algo más de lo que quiero preguntarte.

Rafael se tensó, pero permaneció inexpresivo mientras esperaba.

—He estado oyendo cosas. —Gabriel levantó la vista, encontrándose con los ojos de su hermano—. He notado algo en

nuestros registros de facturación. Pagos a una instalación externa. Pruebas médicas.

Rafael sostuvo la mirada de su hermano sin parpadear. Gabriel era plenamente consciente de su búsqueda de la Fuente y estaba de acuerdo con ella, con todos los riesgos y peligros que conllevaba. Creía, al igual que Rafael, que el fin justificaría los medios una vez que encontraran lo que buscaban.

Gabriel era la única constante en la vida de Rafael. Gabriel se había criado a la sombra de su hermano mayor y nunca se lo había reprochado. Cuando su padre murió, fue Rafael quien asumió el papel de proveedor, pagando los estudios de Gabriel, incorporándolo al negocio familiar cuando tuvo edad suficiente y entregándole poco a poco partes del imperio para que las gestionara.

Gabriel se lo había pagado con una lealtad absoluta. Fue la primera persona a la que Rafael le contó su diagnóstico. La única persona, durante casi un año, que supo lo que le estaba pasando a su cuerpo. Él fue quien había despejado el calendario de Rafael de reuniones irrelevantes, quien había asumido las funciones públicas de la empresa para que Rafael pudiera centrarse en la búsqueda, quien había estado a su lado entre cambios de neurólogos y viajes a especialistas en Suiza que no habían dado más que decepciones costosas.

Mentir a su hermano se sentía como una violación.

Sin embargo, Rafael no tenía otra opción. Gabriel tenía sus límites. Solo aceptó a regañadientes que Ricardo tendría que ser eliminado de la ecuación. Unas pruebas médicas ilegales serían probablemente ir demasiado lejos.

Simplemente era necesario que le ocultara esto a su hermano. Al menos por ahora.

Sostuvo la mirada de su hermano con una firmeza que no sentía. —Nuestros ensayos están registrados en la COFEPRIS y ante las autoridades correspondientes —mintió—. Cada protocolo está documentado. Eso es todo lo que hay.

Gabriel escudriñó su rostro durante un largo momento. Rafael observó cómo la expresión de su hermano pasaba de la duda a la frustración y, finalmente, a la resignación.

Gabriel le dedicó un brusco asentimiento, pero Rafael sospechaba que el asunto no estaba cerrado del todo. —Está bien. Pero verás a un médico. Pronto.

Con una última mirada severa, Gabriel se marchó, dejando solo a Rafael.

Fuera de las ventanas, el dosel de la selva se extendía sin fin. En algún lugar más allá, la Fuente esperaba. Su salvación. La salvación del *mundo*. Y cuando la encontrara, todo —las mentiras, las pruebas médicas, la muerte de Ricardo y cualquier otra cosa que tuviera que hacer— habría valido la pena.

Cuevas de El Pomier
República Dominicana
10:52

—Creo que ya puedo decir que mis días de espeleología han terminado —masculló Nick, inclinándose y apoyando las manos en las rodillas mientras tomaba aire profundamente.

Adrian sonrió, aunque ella también se había detenido para recobrar el aliento.

Habían conseguido escapar de la siguiente cámara gracias a que Jorge los bajó en rápel con una cuerda, y habían corrido como locos para salir de allí antes de que cualquier cosa pudiera provocar otro derrumbe.

Aparte de la ropa rota y sucia, el hombro dolorido de Adrian y una pequeña herida en el cuello de Jorge por la que María se desvivía, todos estaban bien. Adrian cogió su teléfono —sorprendentemente intacto— y revisó las fotos de los petroglifos.

—Tenemos que enviar esto al RATF —dijo, mirando a Nick a los ojos con expresión seria—. De inmediato.

No tardaron mucho en volver a la casa franca de San Cristóbal. Ahora que Jorge conocía la ruta, prácticamente voló por los caminos inestables, sin duda tan ansioso por descifrar los glifos como ellos.

Una vez allí, subieron inmediatamente todas sus fotos y vídeos a un servidor seguro e iniciaron una videollamada con el equipo especial. La pantalla del portátil de Adrian mostraba a Briggs y Vincent, junto con otros dos miembros del equipo: Layla Kumar, su especialista en historia antigua y lingüística, y Sloane Carpenter, experta en historia del arte y antigüedades. Todos estudiaban las fotos de las cuevas de El Pomier con intenso interés.

—Esto es increíble —murmuró Layla, pasando las imágenes en su pantalla.

—Nunca he visto nada igual —coincidió Sloane—. Pero vamos a necesitar algo de tiempo para analizar esto adecuadamente.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Nick, frunciendo el ceño a la pantalla con frustración—. Esas personas que nos siguieron en Tulum —a las que, por cierto, todavía no hemos podido identificar— podrían llevarnos mucha ventaja.

—¿Eres consciente de que hallazgos como estos requieren tiempo para analizarse debidamente? —preguntó Vincent, lanzándole a Nick una mirada de fastidio—. No somos magos.

Nick puso los ojos en blanco y le dedicó un gesto obsceno con el dedo, a lo que Vincent respondió de inmediato con el mismo gesto.

—Llevaos bien, vosotros dos —gruñó Briggs—. Sabemos lo urgente que es esto, Nick. Trabajaremos lo más rápido que podamos. No le hagas caso a Vincent.

—Oh, nunca lo hago —respondió Nick con un guiño, mientras Vincent le devolvía el gesto con una mueca burlona.

Después de cerrar la sesión, Adrian se volvió hacia los demás. Maria, que había estado observando en silencio desde el rincón junto a Jorge, dio un paso adelante.

—Creo que sé qué podemos hacer mientras tanto para ayudarnos a descifrar lo que hemos encontrado. Deberíamos investigar los registros contemporáneos de la época de la conquista. Informes de misioneros, despachos, cartas a funcionarios locales.

—¿Dónde podríamos encontrar eso? —preguntó Adrian.

—Aquí, en la República Dominicana, el Archivo General de la Nación en Santo Domingo va a ser el mejor sitio —dijo Jorge, asintiendo con la cabeza—. Es el archivo nacional de la República

Dominicana y alberga la colección más completa de documentos coloniales españoles de La Española. Registros administrativos coloniales, correspondencia de misioneros, documentos legales de los primeros asentamientos. Incluso tiene material que se remonta a los primeros viajes de Colón, incluidos los informes de La Navidad y La Isabela.

—Si los colonos españoles documentaron creencias indígenas sobre aguas curativas o lugares sagrados, esos registros estarían allí —añadió María.

—Pues ahí es donde buscaremos —sentenció Adrian.

DIECISÉIS

Santo Domingo, República Dominicana
09:42

EL CONVENTO de los Dominicos se encontraba en la calle Padre Billini, en el corazón de la Zona Colonial. El tío de Nayra siempre se lo había señalado con reverencia durante sus visitas a Santo Domingo. *Ahí es donde empezó todo, rosita. La primera casa dominica en las Américas. Quinientos años de nuestra Orden, arraigados en un solo lugar.*

Nayra se desplazaba por la ciudad para establecer vigilancia en los posibles lugares donde podrían aparecer los estadounidenses; ella, Alejandro y Luis se habían dividido para hacerlo. Los expertos de los «asociados de confianza» de la Orden habían decidido que debían buscar la Fuente en la República Dominicana.

Ya se había detenido en dos museos esa mañana, siguiendo el guion que Alejandro le había dado. Haciéndose pasar por una estudiante de doctorado que investigaba la iconografía taína, había mostrado una identificación universitaria falsificada y había pedido al personal que la llamaran si algún otro investigador extranjero venía preguntando por materiales similares. Había dejado su número de usar y tirar en ambos, aunque sospechaba que también se estaban produciendo sobornos a un nivel que superaba su categoría salarial.

A Nayra ahora solo le quedaban unos veinte minutos antes de reunirse con Alejandro y Luis, algo que no le apetecía nada. Necesitaba un descanso.

Así que se encontró caminando por las calles empedradas de la Zona Colonial. Los dueños de las tiendas subían los cierres metálicos, las mesas de los cafés aparecían en las aceras, un hombre con guayabera regaba los escalones de piedra de un edificio pintado en tonos pastel.

Los turistas aún no habían descendido en masa y, en su ausencia, el barrio parecía lo que era: una ciudad viva superpuesta a los cimientos del asentamiento europeo más antiguo de las Américas. Cada calle por la que caminaba albergaba siglos de historia bajo el pavimento.

Nayra subió los escalones del convento y empujó las pesadas puertas de madera para entrar en la fresca penumbra de la nave. Miró hacia el techo abovedado con su extraordinario zodiaco de piedra, símbolos astrológicos y figuras mitológicas. Este edificio había sido la base de Bartolomé de las Casas mientras escribía su devastadora crónica de las atrocidades españolas contra el pueblo taíno.

Unas pocas ancianas ocupaban los bancos delanteros, murmurando rosarios. Un bedel barría entre las capillas laterales. Nayra se sentó cerca del fondo y dejó que el silencio la envolviera, esperando que le trajera la claridad que necesitaba.

No fue así. En su lugar, repitió las mismas preguntas que la habían mantenido despierta desde Tulum. El tiroteo que no cuadraba. Alejandro y Luis, que hablaban de la Fuente sin ninguna reverencia y de los estadounidenses como si fueran presas. La voz de Francisco por teléfono, dura y tajante: *¿Sigues dispuesta a servir?* Los misteriosos «asociados» con los que estaban trabajando.

—Las primeras horas son las mejores, ¿verdad?

La voz vino de su izquierda, un hombre mayor que salía de una capilla lateral. Vestía un sencillo hábito marrón que lo identificaba como un hermano lego en lugar de un sacerdote ordenado. Sus ojos, sin embargo —oscuros, agudos, atentos—, no encajaban con la fragilidad de su cuerpo.

—Lo siento. No pretendía molestar —dijo Nayra.

—No molesta usted. Para esto es el edificio. —Se acomodó en el banco al otro lado del pasillo con una mueca de dolor, luego la estudió con abierta curiosidad—. No parece usted una de nuestras visitantes habituales de la mañana. Ellas vienen por el rosario. ¿Usted ha venido por algo más?

Nayra vaciló. Sabía que debía irse, sabía que no debería estar interactuando con nadie. Pero algo en el hombre la hizo confiar en él —. He venido porque mi tío solía hablar de este lugar. Él tenía un gran respeto por el convento y su historia.

El hermano lego asintió lentamente, como si su respuesta le hubiera confirmado algo. —Su tío parece un hombre que comprendía. No muchos lo hacen hoy en día. —Hizo una pausa y su mirada se desvió hacia la capilla lateral de la que había salido—. Tuvimos otro visitante hace unos meses que me recordó a lo que acaba de decir. Un historiador. Vino temprano por la mañana, como usted, y se sentó durante mucho tiempo antes de hablar conmigo.

Nayra se tensó ligeramente, manteniendo su expresión neutral—. ¿Un historiador?

—De una universidad, dijo. Estaba investigando las creencias indígenas del periodo colonial temprano. Prácticas de curación, lugares sagrados, las cosas que los españoles no entendieron y no anotaron correctamente. —La boca del anciano se contrajo en un pequeño y pensativo ceño fruncido—. Era respetuoso. Hacía preguntas cuidadosas. Escuchaba más de lo que hablaba. Le mostré lo que tenemos a disposición de los académicos visitantes: las historias publicadas, los registros públicos. —Una pausa—. Creo que se llevó una decepción. Lo que fuera que estuviese buscando, no lo encontró aquí.

—¿Le dijo su nombre?

—Lo hizo, pero soy viejo y los nombres se me escapan más rápido que antes. —El hermano lego le dedicó una sonrisa de disculpa—. Recuerdo su rostro mejor que su nombre. Un rostro amable. Cansado, diría yo.

Nayra se quedó mirándolo, con la mente a mil por hora. *Un historiador. Investigando prácticas de curación.* Podría haber sido

cualquiera. Podrían haber sido cien académicos pasando por Santo Domingo en un año cualquiera. Sin embargo, algo en la descripción la llenó de preguntas. Quería insistir, preguntar cómo era el hombre, cuándo había venido exactamente, qué registros específicos había pedido ver.

Pero había pasado demasiado tiempo hablando con él, y él ya se estaba levantando del banco, dándole un cortés asentimiento de despedida, con movimientos rígidos y cuidadosos.

Su teléfono vibró con un mensaje impaciente de Alejandro. Respiró hondo y salió del convento, inquieta.

Santo Domingo, República Dominicana
11:35

Al entrar en Santo Domingo, Adrian observaba los alrededores mientras Jorge conducía el coche de alquiler por las concurridas calles. El grupo operativo se había encargado de la identificación falsa que necesitarían para entrar en los archivos.

—Hemos estado realizando búsquedas por palabras clave en registros coloniales digitalizados en varios archivos del Caribe, buscando cualquier cosa que coincida con la iconografía de Pomier—les había dicho Vince durante su breve llamada telefónica—. Hemos obtenido un resultado en el catálogo de los archivos a los que vais: cartas del periodo colonial temprano, de la administración del gobernador Nicolás de Ovando, que hacen referencia a interrogatorios de prisioneros taínos capturados que hablaban de aguas ocultas en el interior. Layla no puede acceder al contenido completo de forma remota porque las cartas están restringidas a la investigación presencial.

Con suerte sería suficiente.

Las calles de Santo Domingo estaban repletas: turistas visitando los lugares de interés, mientras los lugareños hacían negocios en cafés y tiendas. Edificios coloniales con fachadas de piedra

flanqueaban calles estrechas, atestadas de tráfico moderno que competía con los carruajes turísticos tirados por caballos.

Pronto dejaron atrás las calles empedradas de la Zona Colonial, cruzando a un distrito más tranquilo donde se encontraba su destino.

El Archivo General de la Nación era un complejo moderno de tres plantas, de piedra clara y cristal, y aunque carecía del romanticismo de las fachadas coloniales de la ciudad, irradiaba autoridad como el repositorio de cinco siglos de historia dominicana. Un flujo constante de investigadores, profesores y estudiantes entraba y salía por la entrada principal, donde los guardias de seguridad comprobaban la identificación.

Tras aparcar en una calle lateral a varias manzanas de distancia, repasaron brevemente su plan antes de dirigirse al interior.

Adrian no podía llevar su arma a la sección segura del archivo, mientras que Nick se quedó con la suya para vigilar, ya que él y Jorge no iban a entrar en las zonas de acceso restringido.

Antes de separarse, Jorge le dio a Maria un abrazo que se prolongó, mientras Nick plantó un firme beso en los labios de Adrian —. Lo tienes controlado, West —murmuró.

Nick y Jorge se dirigieron a una cafetería con vista directa a la entrada principal, donde mantendrían la vigilancia, atentos a cualquier cosa sospechosa, mientras Adrian y Maria se dirigían a dicha entrada.

A Adrian le impresionó la soltura con la que Maria se manejó al acercarse al primer guardia, saludándolo en español y entregándole sus credenciales. Adrian hizo lo mismo; después de que el guardia de seguridad las escaneara, les indicó que pasaran.

La tensión de Adrian seguía sin disminuir, sin embargo. Sabía que no podía relajarse por completo hasta que hubieran encontrado lo que buscaban y estuvieran a salvo fuera de los archivos.

El interior era impresionante: techos altos, suelos de mármol y paredes cubiertas con retratos de figuras históricas dominicanas. Un mostrador de información central dirigía a los visitantes a diferentes salas de lectura según sus necesidades de investigación.

Maria preguntó en el mostrador y las dirigieron a la Sala de Investigación Histórica, en la segunda planta.

La auxiliar de investigación, una mujer joven cuya placa de identificación ponía Lourdes Gascio, las ayudó a conseguir los archivos que necesitaban y se dirigieron a una mesa. Adrian echó un vistazo discreto a su alrededor. La sala estaba casi vacía, con solo media docena de otros investigadores, cada uno profundamente absorto en su propia investigación.

Siguiendo las recomendaciones del grupo operativo, habían solicitado materiales centrados en el periodo de contacto inicial —aproximadamente de 1492 a 1520— y Lourdes les había traído varias carpetas de archivo que contenían correspondencia administrativa de los primeros gobernadores, informes misioneros y documentos legales de La Isabela y Santo Domingo, los primeros asentamientos españoles. Adrian pasó con cuidado las frágiles páginas con los guantes protectores que Lourdes le había proporcionado, su ojo entrenado escaneando la elaborada caligrafía del castellano del siglo XVI.

La mayoría de los documentos eran frustrantemente mundanos: requisiciones de suministros, disputas de propiedad, informes sobre operaciones de minería de oro. Tras casi una hora, Maria de repente se quedó quieta, con el dedo suspendido sobre un documento descolorido fechado en 1503—. Adrian. Mira esto. Es solo una carta de una colección.

Era una carta de un capitán español llamado Diego de Salcedo al gobernador Nicolás de Ovando. La carta describía el interrogatorio de prisioneros taínos capturados. Se inclinó más, con el pulso acelerándose mientras leía el español arcaico: *«...continúan hablando de aguas ocultas en las montañas del interior, donde su gente se retira cuando huye de nuestra justa autoridad. Nuestros exploradores aún no han hallado tal fortaleza»*.

Adrian miró a Maria, con una renovada emoción aflorando—. —Tenemos que leer las otras cartas.

Se acercaron a Lourdes, que las miró con una sonrisa educada.

—Ah, esas estarían en la sala de documentos raros —dijo Lourdes cuando pidieron ver las otras cartas—. Pero es de acceso

restringido; tendré que acompañarlas.

El teléfono de Adrian vibró en su bolsillo. Lo sacó con cuidado, manteniéndolo por debajo del nivel de la mesa.

El mensaje de Nick hizo que su cuerpo se tensara por la alarma.

Hace diez minutos

La cafetería donde Nick y Jorge estaban sentados, bebiendo sus tazas de fuerte café dominicano, estaba afortunadamente llena. Así que no parecían demasiado fuera de lugar mientras mantenían la mirada clavada en la entrada de los archivos.

Jorge estaba ligeramente pálido, tamborileando los dedos sobre la mesa. Jorge estaba preocupado por Maria. Y aunque Nick sabía que su compañera y novia era una de las personas más duras que conocía, entendía lo que era preocuparse por la mujer a la que amabas.

Y a pesar de su desconfianza inicial hacia el hombre, después de que les hubiera salvado el pellejo allá en las Cuevas del Pomier —junto con su continua experiencia— sentía un creciente respeto por él.

—Sé que no me lo has pedido, pero un consejo —dijo Nick con naturalidad—. La vida es corta. Siempre es mejor decirle a alguien cómo te sientes en lugar de guardártelo dentro.

Jorge lo miró a los ojos y, por un momento, pareció como si fuera a negar las palabras de Nick, pero se contuvo—. —¿Hay un término que tenéis en inglés sobre la persona que se escapó? Así es como me siento con Maria. Nunca he dejado de pensar en ella a lo largo de los años.

Nick asintió, recordando cómo Adrian tampoco se había apartado nunca de su mente durante los años que estuvieron separados. Cuando volvieron a aparecer en la vida del otro, sintió como si una pieza perdida de un puzle se hubiera reinsertado para que todo

volviera a estar completo. Adrian siempre había sido la elegida. Solo les hizo falta volver a trabajar juntos para que él se diera cuenta.

—Conozco esa sensación —dijo simplemente—. Créeme: dile cómo te sientes. Sospecho que ella siente lo mismo.

Jorge le dio un asentimiento agradecido. Nick se llevó la taza de café a los labios... y se quedó helado.

Un hombre alto y corpulento caminaba a paso ligero hacia la entrada principal de los archivos. Tenía un comportamiento decididamente diferente al de las demás personas que entraban y salían de los archivos. Nick podía notar, por sus años trabajando en las fuerzas del orden, que este hombre tenía el aura de un mercenario.

Nick mantuvo la mirada fija en el hombre mientras este se detenía justo fuera de la entrada, donde un guardia de seguridad salió a su encuentro. Hablaron de algo en voz baja, mirando a su alrededor antes de dirigirse al interior.

Nick se levantó y Jorge lo imitó de inmediato. Sabía que existía la posibilidad de que estuviera siendo paranoico, pero ahora era el momento de ser paranoico.

Le envió un mensaje a Adrian mientras se dirigía hacia el edificio, con Jorge siguiendo su ritmo a su lado.

Acabo de ver a alguien sospechoso. Recoged lo que podáis y salid.

DIECISIETE

—Y ESO ES lo que resulta tan interesante de este periodo histórico —dijo Lourdes mientras caminaba con naturalidad hacia la sala de registros poco comunes.

Pasaron por una puerta de seguridad con el letrero «*Acceso Restringido*» y entraron en un pasillo donde las paredes de paneles de yeso pintados daban paso al hormigón visto. Aquí las luces fluorescentes eran más tenues y el aire se notaba más fresco y seco: control climático para documentos frágiles.

Una pizca de molestia recorrió a Adrian. Lourdes era amable y servicial, pero también una charlatana que se estaba tomando demasiado tiempo para llevarlas a la sala de registros. Según el mensaje de Nick, era posible que ya las estuvieran siguiendo.

—Lo siento, pero tenemos que asistir a una conferencia en un par de horas —dijo Adrian, esforzándose por mantener un tono educado.

—Ah —dijo Lourdes, y su sonrisa flaqueó—. Por supuesto. Lo siento. Me apasiona todo esto. Tengo tendencia a irme por las ramas.

Lourdes aceleró el paso y las llevó por el resto del camino hasta la sala de registros. La temperatura bajó notablemente a medida que se adentraban en el edificio. El sótano era un laberinto organizado de salas de archivo con clima controlado, cada una de

ellas flanqueada por estanterías que llegaban hasta el techo y que albergaban miles de cajas de documentos.

—Estos son algunos de nuestros registros más antiguos —explicó Lourdes, guiándolas hacia varias estanterías al fondo del sótano. Adrian echó un vistazo a su teléfono. Estaban a mucha profundidad bajo tierra, así que no había señal.

Lourdes sacó una de las cajas de documentos y, con las manos enguantadas, extrajo una carpeta.

—Tenemos exactamente cuatro cartas, y pueden...

El sonido de gritos y pasos rápidos provenientes de la planta de arriba la interrumpió, y tanto Adrian como Maria se quedaron petrificadas.

Se giraron bruscamente hacia la dirección de la entrada; Adrian oyó más gritos distantes y lo que parecían pisadas estrepitosas. Lourdes frunció el ceño y siguió su mirada con confusión.

Adrian se volvió hacia Lourdes y sacó su placa, que tenía enterrada en el fondo del bolso. —Soy agente federal de los Estados Unidos. No tengo tiempo para explicaciones, pero estos registros son de vital importancia para la seguridad internacional. Tenemos que llevárnoslos bajo nuestra custodia.

Se oyó un fuerte estrépito desde arriba. Alguien había forzado la puerta del sótano.

Lourdes seguía paralizada por la sorpresa, parpadeando rápidamente, así que Adrian pasó a la acción. Le quitó con cuidado los documentos y se los entregó a Maria. Luego se volvió hacia Lourdes.

—¿Dónde está la salida de emergencia?

—Es... está un poco más atrás. Directamente por aquí —respondió Lourdes con voz temblorosa.

—¿Tiene algún sitio donde esconderse? —preguntó Adrian con urgencia. Temblando, Lourdes asintió—. Vaya, escóndase. No salga hasta que lleguen las autoridades. No importa lo que oiga. ¿Lo entiende?

Lourdes asintió y se alejó a toda prisa. Adrian se volvió hacia Maria, que apretaba los documentos contra su pecho como si fueran un recién nacido. —Sígueme.

Unos pasos atronadores irrumpieron en el sótano. Oyó una orden tajante en español: «Encontradlas. Buscad por todas partes».

Adrian agarró el brazo de Maria. No podían llegar a la salida de emergencia sin ser vistas. Los pasos estaban demasiado cerca y se estaban dispersando muy rápido.

—Aquí —susurró Adrian, empujando a Maria hacia un hueco estrecho entre dos altas unidades de archivo. El espacio apenas era lo bastante ancho para las dos, sombrío y angosto. Maria apretó los documentos aún más contra su pecho, tratando de hacerse pequeña.

Los pasos se hicieron más fuertes. Los haces de las linternas recorrieron el sótano, cortando la penumbra. Adrian contuvo el aliento, calculando. Dos, quizá tres perseguidores. Si las descubrían, tendría que abrirse paso luchando. Tenía sus manos, su entrenamiento y lo que pudiera improvisar de las estanterías. Su única opción por ahora era permanecer oculta y esperar.

Un haz de luz pasó por delante de su escondite. Siguió de largo. Luego regresó.

Los músculos de Adrian se tensaron, lista para saltar...

Una mujer apareció a la vista. Era llamativa; de unos veintitantos años, con el pelo oscuro y ondulado. Vestía ropa de civil, pero se movía como una agente operativa. La luz de su linterna aterrizó directamente en el escondite de Adrian y Maria.

Sus miradas se cruzaron.

Adrian vio que la mano de la mujer se movía hacia su arma, vio la decisión de una fracción de segundo reflejarse en su rostro.

Pero la expresión de la mujer vaciló con algo que parecía... conflicto.

Entonces la mujer se giró bruscamente y gritó: «*¡Nada aquí!*».

Siguió adelante; sus pasos se alejaron mientras su linterna barría otras zonas del sótano como si no las hubiera visto en absoluto.

Adrian se quedó paralizada, atónita, con el corazón martilleándole el pecho. Maria tenía los ojos muy abiertos por la incredulidad.

Oyeron de nuevo la voz de la mujer, ahora más lejos: «Este lado del sótano está despejado. Han debido de salir por la otra salida».

Adrian esperó, conteniendo la respiración, asegurándose de que no fuera una trampa.

Treinta segundos. Un minuto.

El sótano se había quedado en silencio, salvo por ruidos distantes que provenían de la planta superior.

—Vamos —susurró Adrian—. A la salida de emergencia. Ahora.

Salieron de su escondite y cruzaron a toda prisa el laberinto de estanterías, dirigiéndose hacia donde Lourdes les había indicado. Llegaron a la salida de emergencia, una pesada puerta metálica con barra de empuje.

Adrian se detuvo, con la mano sobre la barra, mirando atrás hacia el sótano. No había rastro de la mujer que las había dejado ir.

¿Quién era ella? ¿Por qué nos ha ayudado?

Preguntas para más tarde. Ahora mismo tenían que moverse.

—A la de tres —le susurró a Maria—. No pares, no mires atrás.

Maria tragó saliva y asintió temblorosa.

Adrian hizo la cuenta atrás en silencio. Y entonces golpeó la barra de empuje. La alarma chilló por todo el sótano y salieron de golpe a la cegadora luz del sol de la tarde.

En el momento en que Nick y Jorge entraron en el vestíbulo de los archivos con sus credenciales falsas de investigadores preparadas, Nick divisó al hombre sospechoso. Su postura era totalmente incorrecta: demasiado alerta, escaneando el vestíbulo como si estuviera realizando una vigilancia y no como un visitante corriente.

Vigilando al hombre con disimulo, Nick se acercó a otro guardia de la entrada con una sonrisa amable, mientras Jorge lo seguía por detrás. —*Disculpe, señor.* Estamos aquí para realizar una consulta con unos colegas.

Mostraron las credenciales y el guardia les permitió el paso sin problemas.

Nick mantuvo sus movimientos casuales mientras rastreaba la posición del hombre sospechoso. Este se dirigía hacia un pasillo

lateral marcado como «*Personal Administrativo*», lejos de las salas de lectura principales donde hormigueaban los investigadores.

—Haced lo que yo haga —le murmuró Nick a Jorge—. No hagáis ruido.

Lo siguieron a distancia, utilizando a otros visitantes como cobertura hasta que la multitud se dispersó. El pasillo se estrechó, volviéndose más utilitario: paredes de hormigón, iluminación fluorescente y el zumbido de los sistemas de climatización. El hombre que iba delante dobló una esquina.

Nick y Jorge lo siguieron, doblando la esquina hacia un pasillo desierto flanqueado por almacenes y accesos de mantenimiento. El hombre estaba ahora a unos diez metros por delante, aún en movimiento.

De repente se detuvo en seco y se dio la vuelta. Sacó su arma de debajo de la chaqueta. La adrenalina recorrió a Nick, que se preparó y desenfundó su propia arma.

—¡Jorge, vete! —gritó Nick. Jorge vaciló—. ¡VETE!

Jorge se dio la vuelta y salió corriendo. Nick se zambulló tras un pilar de apoyo mientras las balas hacían saltar chispas en el hormigón. Se asomó desde detrás del pilar y logró efectuar un disparo que alcanzó al hombre en el pecho. Este cayó al suelo.

Y entonces lo oyó: pasos rápidos por detrás. Otro perseguidor, que venía de un pasillo lateral que Nick no había visto.

Se giró, pero demasiado tarde.

El segundo hombre lo embistió como un jugador de fútbol americano, lanzándolo contra la pared con una fuerza que le sacudió los huesos. El arma de Nick salió despedida por el suelo. Cayeron pesadamente y empezaron a forcejear sobre el hormigón.

Aquel hombre era fuerte y estaba bien entrenado; dirigió su rodilla hacia las costillas de Nick. Nick bloqueó el golpe, se retorció y consiguió encajarle un codazo en la cara al hombre. La sangre brotó de una nariz rota.

Las manos del atacante se cerraron alrededor de la garganta de Nick, y su peso lo mantuvo inmovilizado contra el suelo. Manchas negras empezaron a bailar en los bordes de la visión de Nick mientras luchaba contra el agarre del hombre.

«Este imbécil es fuerte», pensó Nick con amargura mientras arqueaba la espalda y se retorció, intentando quitarse de encima a su agresor, pero el hombre era demasiado técnico; su palanca era perfecta, cortando tanto el paso de aire como el flujo sanguíneo. Las manos de Nick arañaban los dedos que le rodeaban el cuello, pero estos bien podrían haber sido cables de acero.

Su visión se nubló a medida que la presión en su garganta aumentaba. Cinco segundos más y perdería el conocimiento.

Nick luchó por una bocanada de aire, por mantener la conciencia, mientras la oscuridad empezaba a inundar su vista.

DIECIOCHO

14:48

EL CONTRASTE ERA ESTREMECEDOR: del ambiente fresco y controlado de los archivos a la energía caótica de las calles de la ciudad.

Adrian y María se lanzaron hacia una multitud justo a la salida de los archivos, zigzagueando entre turistas que hacían fotos y lugareños que atendían sus asuntos cotidianos. Las multitudes ofrecían una cobertura perfecta, pero Adrian sabía que no duraría mucho.

Habían acordado que su punto de encuentro sería el Alcázar de Colón, así que Adrian y María se dirigieron en esa dirección, corriendo hacia las estrechas calles empedradas que se adentraban en la Zona Colonial. El trazado medieval de la ciudad vieja jugaría a su favor: multitud de lugares para perder a los perseguidores en aquel laberinto de callejones.

Se apresuraron a entrar en un callejón entre dos edificios coloniales. Las paredes se alzaban altas a ambos lados, bloqueando la mayor parte del sol de la tarde y creando un cañón de piedra antigua y balcones de hierro forjado. Pronto desembocaron en una calle más amplia flanqueada por tiendas y restaurantes.

—Allí —señaló María más adelante—. La Plaza de España.

La plaza se extendía ante ellas, una vasta explanada dominada por la imponente mole del Alcázar de Colón. Diego, el hijo de Cristóbal Colón, había construido su palacio aquí a principios del siglo ^{xvi}, y aún dominaba el espacio con sus macizos muros de piedra y sus elegantes arcadas.

La plaza estaba animada por los turistas, lo que les proporcionó aún más cobertura mientras cruzaban entre la gente. Pronto llegaron a las sombreadas arcadas del Alcázar.

Adrian miró hacia atrás, pero no vio ni rastro de ningún perseguidor. Aun así, ella y María subieron los escalones rápidamente, mezclándose con un grupo de turistas que también subía.

Llegaron a la parte superior y Adrian se situó tras una de las gruesas columnas que sostenían la arcada, manteniendo a Maria cerca de ella.

Los enormes bloques de piedra habían soportado cinco siglos de sol y tormentas caribeñas, pero la estructura seguía siendo tan imponente como siempre. Desde aquí, tenían una vista despejada de la plaza y de las calles que acababan de recorrer. Podía vigilar tanto a sus perseguidores como a Nick y Jorge.

Esperaron durante varios instantes angustiosos, escudriñando a la multitud en busca de cualquier señal de que Nick o Jorge se aproximaran. La preocupación le roía el estómago a Adrian. Nick sabía cuidarse solo, de eso no tenía duda.

Pero ¿dónde estaba?

Justo cuando Nick empezaba a sentir que perdía el conocimiento, la presión de su atacante disminuyó y luego cedió por completo.

Algo duro había impactado contra la nuca de su agresor. El hombre cayó de lado, inconsciente.

Nick rodó para alejarse y se llevó la mano a la garganta mientras el bendito aire inundaba de nuevo sus pulmones. A través de sus

ojos llorosos, vio a Jorge de pie sobre él, sosteniendo un pesado sujetalibros de bronce que claramente había vivido tiempos mejores.

—Te dije que te marcharas —graznó Nick con una voz que era apenas un susurro.

Jorge dejó a un lado el sujetalibros y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. —No siempre hago lo que se me dice. Y menos mal. Desde donde yo estaba, te estaban dando una paliza de muerte.

Nick frunció el ceño pero aceptó la ayuda, poniéndose en pie con inestabilidad. Sentía la garganta como si hubiera tragado cristales rotos, pero estaba vivo. —Oye, estaba a punto de darle la vuelta a la situación. Pero... gracias.

—¿Ahora ya confías en que te estoy ayudando y no intento sabotearte?

—Supongo —dijo Nick—. Todavía es pronto para saberlo. —Le dedicó una sonrisa pícara, pero alargó la mano para apretarle el hombro a Jorge—. Gracias, de verdad. Pero tenemos que salir de aquí. Ya.

Los gritos resonaron desde la sala principal de archivos y pudieron oír pasos pesados acercándose. Nick esperaba que el caos lejano fuera el resultado de que Adrian y María hubieran logrado escapar.

Jorge agarró el brazo de Nick, tirando de él hacia un pasillo de servicio. —Por aquí. Hay una salida de emergencia.

Corrieron por el estrecho pasillo; a Nick aún le costaba respirar, pero mejoraba con cada paso. El corazón le seguía martilleando mientras salían de los archivos hacia la concurrida plaza, lo que creó la cobertura perfecta mientras aminoraban el paso hasta convertirlo en una caminata enérgica, dirigiéndose a su punto de encuentro en el Alcázar.

El alivio y el amor lo inundaron al ver a Adrian y María esperándoles bajo una de las arcadas; desde esa distancia, incluso podía ver la preocupación en las bellas facciones de Adrian. Los ojos de ella encontraron los de él entre la multitud y sonrió.

Un grupo de turistas pasó por allí mientras el guía explicaba que Diego Colón había vivido allí con su esposa, María de Toledo,

convirtiendo el lugar en la sede del poder español en el Nuevo Mundo.

Nick y Jorge se mezclaron con el grupo, siguiéndolo hasta llegar a Adrian y María. Adrian se lanzó hacia él, atrayéndolo para darle un beso ardiente.

—Me has dado un buen susto por un momento, Harper —susurró ella.

Él sonrió de oreja a oreja. —Debería asustarte más a menudo.

Ella le dedicó un ceño fruncido juguetón, que desapareció en cuanto miró a la multitud, de vuelta a su modo de agente federal. —Tenemos que salir de aquí.

DIECINUEVE

San Cristóbal, República Dominicana
16:21

ADRIAN y los demás estaban acurrucados en la trastienda del bar de San Cristóbal al que habían ido su primera noche. Jorge le había pedido un favor a Lorenzo, el dueño, que había aceptado dejarles usar la sala trasera sin hacer preguntas. En ese momento, el bar estaba cerrado por la siesta y el salón principal permanecía a oscuras y con las persianas bajadas.

Habían tenido cuidado al salir de Santo Domingo, mezclándose con grupos de turistas y dando rodeos por tres barrios distintos para asegurarse de que no los seguían. Solo entonces habían viajado todos juntos hacia San Cristóbal, tomando carreteras secundarias y comprobando constantemente si tenían cola.

Pero Adrian seguía estando tan paranoica como furiosa: ¿cómo los habían encontrado de nuevo? Primero en la selva a las afueras de Tulum y ahora en los archivos.

—Dudo que esta vez nos hayan seguido —la había tranquilizado Jorge, al notar la persistente tensión en ella y en Nick—. Por mi experiencia, los cazadores de tesoros suelen tener contactos en los museos o archivos locales. Lo que estábamos buscando podría haber hecho saltar las alarmas y que vinieran a investigar.

Se quedaron en silencio ante esa lúgubre perspectiva. El teléfono de Adrian vibró con un mensaje y ella lo sacó. Su tensión se disipó y una sonrisa asomó a la comisura de sus labios.

Sus padres habían seguido mandándole mensajes que Adrian no había tenido oportunidad de leer debido a los ajetreados acontecimientos de los últimos días. El último era de su madre.

Tu padre se empeñó en hacer la cena esta noche. Ha quemado el arroz. Aun así, está encantado de haberse conocido. Te quiero. Por favor, ten cuidado.

—¿Qué pasa? —preguntó Nick en voz baja, al notar el cambio en su expresión.

Ella giró el teléfono para que él pudiera ver la pantalla. Nick lo leyó y soltó una risita. Alargó la mano y le apretó la suya, con la mirada ablandada.

El mensaje alivió su tensión, haciendo que volviera a centrar su atención. Se volvió hacia Maria y Jorge, que estudiaban con atención los documentos con el ceño fruncido por la concentración. Maria se había sentido culpable por haberlos robado, pero Adrian le había asegurado que los devolverían una vez que todo esto terminara. Y si los documentos resultaban útiles, era mejor mantenerlos fuera del alcance de sus perseguidores hasta que encontraran la Fuente.

—¿Qué estáis encontrando? —preguntó Adrian.

—Unas cuantas cartas más dirigidas al gobernador que hacen referencia a despachos militares sobre «escondites de nativos en los valles remotos». Informes de colonos españoles que describen «rituales indígenas relacionados con aguas sagradas» —Maria levantó la vista, con la emoción asomando en su rostro—. Una carta menciona específicamente un valle donde «antiguos arroyos convergen bajo picos gemelos». Una referencia geográfica.

—¿Llegaron los españoles a ir a ese lugar? —preguntó Nick.

—Aquí no hay nada que indique si lo hicieron o no —dijo Maria—. Pero se menciona que el gobernador canceló la búsqueda; tenía otros asuntos que atender.

—Creo que vale la pena explorarlo —dijo Jorge. Sacó su teléfono y abrió un mapa topográfico de la República Dominicana—. Solo hay un lugar en el interior dominicano donde convergen varios arroyos

en un valle montañoso entre picos gemelos. —Hizo zoom en una región de líneas de terreno verdes y marrones—. Está en la Cordillera Central, a unos cuarenta kilómetros al noreste de Santiago. El valle de Jarabacoa.

—¿Es accesible? —preguntó Adrian.

—Es difícil, pero sí —dijo Jorge—. Hay senderos de montaña que llevan a esa zona. El terreno es abrupto: bosques nubosos, valles escarpados, sistemas de cuevas. Pero es totalmente accesible.

Maria estaba buscando imágenes en su tableta. —Jarabacoa es conocida por sus cascadas y ríos. El Yaque del Norte, el río más largo del Caribe, nace allí. Y la geología... —Levantó la vista con los ojos brillantes—. Toda la región se asienta sobre una formación de piedra caliza kárstica. Hay cuevas y vías fluviales subterráneas por todas partes.

—Tenemos que... —comenzó Adrian.

De repente, la puerta trasera se abrió de golpe con un estruendo que los hizo sobresaltar a todos. La mano de Adrian voló hacia su arma; Nick ya estaba de pie y Jorge se movió para interponerse protectoramente delante de Maria.

Lorenzo estaba en el umbral, a contraluz por el sol de la tarde, levantando las manos en señal de disculpa. —*¡Lo siento, lo siento!* No pretendía asustaros. Pero tengo que preparar el bar para los clientes de la tarde.

VEINTE

Santo Domingo, República Dominicana
20:22

—LA FRECUENCIA de los temblores ha aumentado notablemente desde nuestra última evaluación —dijo el doctor Mateo Medina.

Era el médico de cabecera de Rafael, a quien Gabriel había traído en avión desde Ciudad de México asumiendo un coste considerable.

—El estrés al que está sometiendo a su cuerpo está acelerando el deterioro neurológico. Solo los niveles de cortisol...

—¿Qué me recomienda? —le interrumpió Rafael.

Estaba sentado en el borde de la cama, en la habitación de invitados que Gabriel le había preparado en la villa alquilada a las afueras de Santo Domingo. Llevaba allí casi dos días, esperando un avance que nunca llegaba. Las pistas de su equipo de investigación en la República Dominicana no habían servido de nada: callejones sin salida, todos ellos. Cuevas vacías, yacimientos de petroglifos mal identificados, lugareños que sabían menos de lo que sus expertos esperaban.

Y entonces, Gabriel le había dado la noticia sobre el Archivo General. Los americanos habían entrado, accedido a documentos coloniales restringidos y desaparecido antes de que nadie pudiera detenerlos. El mareo le había dado a Rafael mientras Gabriel estaba a mitad de una frase; su visión se volvió gris por los bordes y su

mano se disparó para agarrarse a la mesa mientras la habitación se ladeaba. Gabriel le había sujetado antes de que cayera.

Habían llamado al médico en menos de una hora.

—Descanso —dijo Medina con sencillez—. Descanso de verdad. No unas pocas horas entre llamadas de crisis. Hablo de un mínimo de setenta y dos horas de actividad reducida, sueño adecuado y la vuelta a su protocolo completo de medicación. —Hizo una pausa, ajustándose las gafas—. Lo cual, a juzgar por el recuento de pastillas, no ha estado siguiendo.

—Me aturde —replicó Rafael con brusquedad—. Necesito todas mis facultades.

—La medicación ralentiza la progresión. Ese es precisamente el objetivo. —Medina le clavó una mirada que contenía tanta autoridad profesional como se atrevía a dirigir a un hombre como Rafael Almeida—. No puedo obligarle a seguir mi consejo. Pero puedo decirle, con absoluta certeza, que el camino que lleva acortará el plazo que discutimos. Significativamente.

El plazo. Un eufemismo educado para el declive de su cuerpo.

Rafael desvió la mirada. —Gracias, doctor —dijo. Era un despido, desde luego no gratitud.

Medina lo reconoció como tal. Asintió levemente y se marchó sin decir palabra.

Rafael se quedó sentado a solas un momento, mirando su mano derecha apoyada en la rodilla. El temblor era visible incluso con la luz tenue, un pulso rítmico y burlón que parecía latir al compás de su corazón. Apretó el puño hasta que los nudillos se pusieron blancos, lo mantuvo así y luego lo soltó. El temblor se reanudó en el instante en que dejó de hacer fuerza.

Se levantó, estabilizándose ante una breve ola de mareo, y se dirigió por el pasillo hacia el salón principal de la villa, donde Gabriel le esperaba con dos de sus hombres. Los hombres se pusieron de pie de inmediato, le saludaron con la cabeza respetuosamente y se marcharon.

—¿Qué ha dicho Medina? —preguntó Gabriel.

Rafael ignoró la pregunta y se acomodó en la silla frente a él. —Cuéntame más sobre los archivos. ¿Qué encontraron los

americanos?

Gabriel le sostuvo la mirada un instante o dos, debatiéndose claramente entre si insistir o no. —Todavía estamos trabajando en ello —dijo Gabriel finalmente—. Nuestro contacto en el Archivo General confirmó que se accedió a documentos coloniales restringidos. Sea lo que sea lo que encontraron, se lo llevaron con ellos. El auxiliar de investigación dijo que se centraron en el periodo del primer contacto. Registros de 1492 a 1520.

Rafael asimiló la información, tamborileando los dedos sobre la mesa. —¿Y aún no sabemos adónde fueron después de los archivos?

—Tenemos a nuestros contactos con la Orden y a nuestra gente vigilando los aeropuertos, hoteles, agencias de alquiler de coches, incluso otros museos y archivos. Nada por ahora. Pero —continuó Gabriel ante la mirada de frustración de su hermano— tengo algo que podría ayudar.

Gabriel cogió su ordenador portátil y lo giró para que Rafael pudiera ver la pantalla. Una fotografía llenaba la pantalla: un hombre de unos treinta y tantos años, de piel oscura, con el pelo negro muy corto y ojos agudos e inteligentes. La foto le mostraba de perfil mientras bajaba de un coche de alquiler en una calle residencial.

—Hemos identificado a la otra persona que viaja con los agentes federales estadounidenses y la doctora María Sánchez —dijo Gabriel—. Jorge Mireya. Nacionalidad mexicana, treinta y seis años. Historiador de las culturas mexicana y caribeña. Las comprobaciones de antecedentes muestran que es un académico legítimo. Sin conexiones con las fuerzas del orden, ni vínculos con la inteligencia. Lo que sí tiene son conexiones por todo el Caribe. Antiguos colegas, contactos académicos, una red de personas en la comunidad arqueológica. No cabe duda de que contactará con algunos de ellos para pedir ayuda.

Por primera vez en días, la niebla de la frustración se disipó. Adrian West, Nick Harper y la doctora Sánchez habían ido siempre un paso por delante. Pero ahora Rafael tenía un hilo del que tirar.

—Bien. Y quiero que mi equipo de investigación cruce los datos de los documentos que los americanos robaron del archivo. Si

podemos determinar qué encontraron, podremos predecir adónde irán a continuación. Y llegar allí primero.

Se puso en pie, agarrando el borde de la mesa cuando una sensación de vértigo le invadió. Respiró hondo, esperando a que la habitación se estabilizara, consciente de que Gabriel le observaba.

—Volveré a preguntar. ¿Qué ha dicho Medina?

—Ha dicho que debería descansar —respondió Rafael, dirigiéndose hacia el pasillo. Se detuvo en el umbral y, a pesar de todo —el agotamiento, el temblor, el sombrío pronóstico del médico—, se permitió una sonrisa decidida—. Descansaré cuando encontremos la Fuente.

Jarabacoa, República Dominicana
17:57

El interior dominicano se extendía ante ellos en ondulantes olas color esmeralda, un paisaje que parecía intacto al paso del tiempo.

Era el día siguiente. Adrian estaba al borde del Salto de Jimenoa Uno, observando cómo la espectacular cascada rugía al caer al desfiladero, e intentó imaginar qué aspecto tendría aquel lugar hace quinientos años.

Los conquistadores españoles habían sido invasores costeros, que establecían sus asentamientos junto a puertos y ríos navegables. Estos remotos valles de montaña, envueltos en niebla y accesibles solo mediante traicioneros senderos por la selva, habrían sido el refugio perfecto para los pueblos indígenas que huían de la devastación de la conquista.

Sin embargo, una vez más, habían vuelto con las manos vacías. Habían pasado todo el día en la región, yendo a la Reserva Científica Ébano Verde entre Jarabacoa y Constanza. Utilizando los conocimientos de la zona de María y Jorge, habían ido a varios lugares diferentes, dispersándose y utilizando mapas; y aunque

habían encontrado escasos artefactos taínos y petroglifos aquí y allá, no tenían nada definitivo que señalara hacia la Fuente.

La zona del bosque nuboso de la reserva había sido agotadora. Durante horas, habían seguido arroyos a través de un terreno envuelto en bruma donde cada afloramiento de piedra caliza cubierto de musgo parecía prometer tallas ocultas. Manantiales naturales burbujearon en lugares inesperados, creando una atmósfera de otro mundo que hacía que el pulso de Adrian se acelerara por el entusiasmo. Pero cada descubrimiento potencial resultaba no ser más que formaciones rocosas naturales desgastadas por siglos de flujo de agua.

Y el Parque Nacional Valle Nuevo había sido igual de frustrante. El valle de gran altitud, apodado «el Tíbet dominicano», parecía el escondite perfecto: lo suficientemente remoto como para que las fuerzas españolas nunca hubieran penetrado en sus bosques de pinos y sistemas de cuevas. Habían descendido a múltiples cavernas excavadas en las paredes del valle, encontrando extraños manantiales minerales e incluso algunos grafitis modernos, pero nada que conectara con su búsqueda.

Adrian temía que sus perseguidores hubieran encontrado algo en los archivos y ya estuvieran por delante de ellos.

Observó las expresiones de cansancio de todos mientras regresaban a pie desde las cataratas hacia su alojamiento. Se notaba que estaban tan cansados y frustrados como ella. Finalmente, Nick rompió el silencio con una risa fatigada.

—¿Sabéis qué me gustaría? Me gustaría que pudiéramos saltarnos todo este trabajo de detectives arqueológicos e ir directamente a la fuente.

Adrian se quedó petrificada a mitad de un paso cuando se le ocurrió algo. Se giró para mirarlos.

—¿Y si pudiéramos?

Nick enarcó una ceja. —¿A qué te refieres?

—A las historias orales —dijo Adrian con la mente a mil por hora—. Todas las culturas preservan su conocimiento más importante a través de historias transmitidas de generación en generación. Leyendas locales que contienen granos de verdad histórica. Los

detalles se mitifican con el tiempo. Pero los hechos fundamentales permanecen incrustados en la narrativa.

Nick la miró a los ojos y pareció saber a qué se refería. Habían sido las historias orales las que les habían ayudado en investigaciones pasadas.

—Tienes razón —dijo María lentamente—. Incluso cuando los registros escritos se destruyen o se pierden, las tradiciones orales sobreviven. Los españoles intentaron borrar las culturas indígenas por completo, pero no pudieron evitar que la gente contara historias a sus hijos. Ricardo entendía esto. Lo discutimos muchas veces.

—Como los petroglifos que encontramos —añadió Jorge—. Ocultos a plena vista, significativos solo para aquellos que sabían cómo entenderlos.

Dejó de hablar cuando se acercó un pequeño grupo de excursionistas. Se echaron a un lado para dejarlos pasar y Jorge continuó, bajando la voz. —La población taína fue diezmada, pero no eliminada por completo —dijo—. Mis ancestros —y muchos otros en el Caribe y otras regiones— lo demuestran. Muchos nativos se ocultaron, o se casaron con poblaciones africanas y españolas, pero mantuvieron sus tradiciones. La persistencia del ADN indígena por todo México y el Caribe es realmente notable. Los estudios genéticos han demostrado que un porcentaje significativo de personas en estas regiones portan ascendencia indígena, aunque no se identifiquen culturalmente como tales. Pero también hay comunidades que han mantenido identidades indígenas, lenguas y prácticas culturales distintivas. Comunidades prósperas, particularmente en la zona rural de Puerto Rico y el este de Cuba, donde la gente todavía se identifica como taína y preserva las viejas historias.

—¿Has oído historias orales sobre aguas sagradas o lugares curativos en tu trabajo de campo? —preguntó Adrian.

—No sobre la Fuente específicamente, al menos no con ese nombre —admitió Jorge—. Pero ¿historias sobre aguas sagradas, refugios ocultos, lugares de curación que se mantuvieron en secreto ante los españoles? Esas historias existen totalmente. He oído fragmentos de ellas durante mi trabajo de campo, pero nunca antes

había hecho la conexión. O yo mismo he sido culpable de descartarlas como mera superstición y nada más.

Continuaron por el sendero en un silencio contemplativo.

Una vez en su coche de alquiler, mientras Nick conducía por la serpenteante carretera de montaña de vuelta hacia San Cristóbal, Adrian se volvió hacia el asiento trasero para mirar a Jorge.

—¿Tienes contactos que podrían ayudarnos? ¿Gente que estudie estas tradiciones orales o que forme parte de comunidades que las preserven?

Jorge sacó su teléfono. —Tengo un contacto en San Juan, Puerto Rico. Se llama Daniela. Era amigo de su difunto padre, un historiador local. Hemos mantenido el contacto a lo largo de los años. —Ya estaba escribiendo un mensaje de texto—. Ella todavía tiene conexiones con lugareños que tienen ascendencia taína. Si alguien puede orientarnos hacia personas que preserven las viejas historias sobre aguas sagradas, es ella.

—Puerto Rico también tiene sentido históricamente —añadió María pensativa—. Fue uno de los principales lugares de desembarco de Colón y un baluarte taíno. Los españoles establecieron asentamientos tempranos allí, pero las montañas del interior permanecieron en gran medida sin conquistar durante décadas. Un destino perfecto para los refugiados que huían.

—Especialmente si planeaban ocultarse aún más profundamente —dijo Jorge, todavía con los ojos en su teléfono mientras redactaba el mensaje—. Y si estaban dejando marcadores para que otros los siguieran, con el conocimiento codificado en tradiciones orales que sobrevivirían a cualquier piedra tallada o documento escrito...

Adrian miró a Nick, viendo su propia emoción reflejada en la expresión de él.

El teléfono de Jorge sonó. Miró la pantalla y una sonrisa se extendió por su rostro. —Eso ha sido rápido. Daniela dice que sabe exactamente con quién deberíamos hablar; una anciana llamada Yamira que vive en las montañas cerca de Utuado. Tiene ochenta y tantos años, pero Daniela dice que su memoria es aguda y es conocida por preservar las viejas historias que su tatarabuelo le

enseñó. Sugiere mañana por la tarde, si podemos llegar a Utuado para entonces.

VEINTIUNO

Utuado, Puerto Rico
12:28

LA ESTRECHA carretera de montaña serpenteaba ascendiendo hacia el interior de Puerto Rico; cada curva de herradura revelaba nuevas vistas de picos envueltos en la niebla y valles profundos esculpidos por ríos ancestrales.

Adrian observaba cómo el paisaje se transformaba a través de la ventanilla del coche de alquiler mientras Jorge conducía, con la esperanza de que encontraran respuestas allí.

Habían dejado la República Dominicana antes del amanecer, volando con nombres supuestos en un vuelo que Briggs había organizado. El Aeropuerto Internacional Luis Muñoz Marín, en San Juan, había estado muy concurrido por el tráfico matutino, proporcionándoles la cobertura perfecta mientras recogían su coche de alquiler y se dirigían hacia el interior.

Durante el trayecto, Jorge les había contado más sobre Yamira. —Ha vivido en Utuado toda su vida. Es considerada una guardiana de la historia y la cultura locales. Su bisabuelo fue una de las últimas personas de su familia en conocer algunas de las antiguas palabras y tradiciones taínas. Él se lo enseñó todo: los mitos, las historias. Ella lleva décadas compartiendo esos relatos, tratando de mantener vivo el conocimiento.

Adrian se inclinó hacia delante, contemplando el pueblo de montaña que surgía ante ellos. Utuado se hallaba acunado en un valle entre picos imponentes, haciendo honor a su nombre taíno: *otoao*, que significa «entre montañas». El pueblo en sí estaba lleno de edificios de hormigón pintados con colores vivos y adornados con murales vibrantes.

La carretera empezó a subir de nuevo a medida que dejaban atrás el pueblo, deteriorándose de una superficie pavimentada a una pista de tierra llena de baches. Giraron en una última curva y, a través de un claro en el follaje, Adrian vio su destino.

La casa era pequeña; su fachada de piedra estaba pintada de un turquesa brillante. En cuanto Jorge detuvo el coche en la parte trasera de la casa, apareció una mujer joven. Parecía estar al final de la veintena, con el pelo largo y oscuro recogido en una coleta y una expresión que era a la vez acogedora y cautelosa.

Bajaron del coche de alquiler y Jorge se adelantó con una cálida sonrisa. —Daniela. Es un placer volver a verte.

—Ha pasado demasiado tiempo.

Se abrazaron y la mirada de ella se desplazó hacia Adrian, Nick y Maria; esa expresión reservada regresó. —Yamira está en la cocina. Se empeñó en cocinar para vosotros ella misma. —Un rastro de exasperación se asomó a su voz, mezclado con un afecto evidente—. Le dije que yo podía ayudarla, pero es muy testaruda.

Siguieron a Daniela al interior de la casa, pasando del brillante mediodía a una penumbra más fresca. Los ojos de Adrian se ajustaron para revelar una cocina, un comedor y una sala de estar. Unos *cemís* de madera tallados a mano, los ídolos sagrados del pueblo taíno, descansaban en un estante junto a una estatuilla de la Virgen de la Altagracia, una mezcla claramente caribeña de tradiciones indígenas y católicas.

Contra la pared del fondo, un fogón de leña sostenía una olla ennegrecida de la que emanaban unos olores increíbles: pescado y plátanos que hicieron que a Adrian le rugiera el estómago.

—Yamira —dijo Daniela, sonriéndole cálidamente a la anciana que salía de la zona de la cocina, moviéndose con una gracia sorprendente para su edad.

El pelo plateado de Yamira estaba recogido en un moño tradicional que enfatizaba la llamativa estructura ósea de su rostro. Sus ojos oscuros eran agudos y vivaces, observando a cada uno de sus visitantes con una inteligencia inconfundible. —Este es el señor Jorge Mireya y sus colegas de los que te hablé. Son de la universidad.

Adrian sonrió cortésmente mientras Daniela los presentaba, usando los nombres falsos que Jorge les había dado. Su historia de portada era que eran historiadores académicos interesados en el folclore indígena para una conferencia a la que asistirían en la Universidad de Puerto Rico. Pero por la forma en que la sabia mirada de Yamira los examinaba, se preguntó si la mujer realmente se creía su historia.

Incluso si no se creía su historia, les dedicó a todos una cálida sonrisa.

—Señora —dijo Jorge, haciéndole una inclinación de cabeza formal—. Gracias por recibirnos.

—Vengan. Siéntense —dijo Yamira, señalando la mesa—. La comida está lista, y las historias nunca deben contarse, ni escucharse, con el estómago vacío.

La comida que sirvió fue la mejor que Adrian había probado en mucho tiempo. Había *casabe*, el pan de yuca tradicional que había sustentado al pueblo taíno durante siglos, con un sabor ligeramente ahumado y una textura crujiente que no se parecía a nada que Adrian hubiera probado antes. *Guanime*, unos bollos de harina de maíz envueltos en hojas de plátano que se deshacían en la lengua. Pescado cocinado entero en más hojas de plátano que se desmoronaba al toque del tenedor, impregnado de hierbas que Adrian no lograba identificar. Y de la olla, un guiso rico en plátanos y calabaza en un caldo que, de algún modo, sabía a mar a pesar de su ubicación en la montaña.

Comieron en relativo silencio durante varios minutos, hasta que Yamira dejó su tenedor y cruzó las manos sobre la mesa.

—¿Dani me dice que están estudiando la leyenda de la Fuente de la Juventud? ¿El mito de los colonizadores españoles? —Su expresión era divertida, pero no había ni rastro de condescendencia.

—Estamos interesados en la leyenda desde la perspectiva indígena —dijo Jorge con cautela—. ¿Hay algún relato que pueda vincularse con ella? ¿Historias sobre aguas sagradas?

—Hay muchos relatos de aguas sagradas —respondió Yamira—. Los españoles oyeron fragmentos, piezas sueltas, y construyeron su propia historia. —Hizo una pausa, tomando un largo sorbo de su té de *anamú*. Yamira les había contado que el anamú se utilizaba mucho antes de que llegaran los españoles, un remedio indígena transmitido de generación en generación—. Existe el relato de las aguas sagradas de Yúcahu, el dios de la yuca y del mar. Yúcahu moraba en las montañas donde nacen los ríos. Cuando llegaron los de las barbas con sus enfermedades y su crueldad, cuando nuestra gente moría a miles, Yúcahu lloró. Sus lágrimas se convirtieron en ríos que curaban las heridas de los supervivientes, que daban fuerza a los que lo habían perdido todo. Algunos de estos ríos fluyen de formas que confunden a los forasteros; se mueven a través de la tierra siguiendo patrones que solo los espíritus comprenden. Si uno pudiera encontrar dónde empieza ese río, dónde termina y dónde vuelve a empezar, encontraría aguas que recuerdan el mundo antes de la conquista.

—También existía el relato de la mujer que nunca envejecía —continuó Yamira—. Una leyenda local de estas montañas, de cerca de Utuado. Se decía que vivió más años de los que nadie podía contar, pero que no aparentaba más edad que una madre joven. Solo se bañaba en un lugar especial, una poza donde el agua tenía un color diferente bajo la luna. Dicen que la poza se alimentaba de agua que habla. Pero no con palabras, sino con una música que se siente en los huesos.

Mientras tomaba otro sorbo de su té, Adrian notó que Daniela se removía inquieta en su silla, lanzando miradas furtivas a su teléfono. La joven había estado callada durante toda la comida y el relato de Yamira, pero había una tensión en su postura que parecía ir en aumento.

—Pero una de las historias más importantes que me contó mi *bisabuelo* —continuó Yamira, bajando la voz y captando toda su atención—, es la que me hizo memorizar palabra por palabra.

—Hace mucho tiempo, cuando llegaron los de las barbas, nuestro pueblo huyó. Llevaban sus cemís —los espíritus que guían y protegen— y suplicaron refugio. Los cemís escucharon sus plegarias. Abrieron un camino por donde las aguas bajan a la tierra, ocultando a la gente en el vientre de la montaña. Allí, en la oscuridad bajo las cumbres, fluye un río que el sol no puede encontrar. Corre custodiado por aquellos que ven en las tinieblas, que vuelan con alas silenciosas y hablan con voces demasiado agudas para los oídos humanos. Las aguas allí son diferentes... llevan algo que estaba aquí antes que los de las barbas, incluso antes que los abuelos de nuestros abuelos. Los propios cemís moran en esas aguas.

La estancia quedó en silencio, a excepción del crepitar del fuego y las llamadas lejanas de los *coquís*, las ranas nativas de Puerto Rico. La mente de Adrian trabajaba a toda velocidad, intentando interpretar las capas de significado en los relatos de Yamira.

Adrian estaba a punto de hacer otra pregunta cuando captó un movimiento con su visión periférica. Daniela se había levantado y se dirigía hacia el pasillo. Había sacado su teléfono y, con el rostro pálido y los dedos temblorosos, escribía rápidamente.

Los instintos de Adrian se pusieron en alerta. *Algo va mal*. Enderezándose, se volvió hacia Yamira con una sonrisa amable.

—Siento interrumpir, pero ¿dónde está el baño? —le preguntó a Yamira.

—Al final del pasillo. La primera puerta a la izquierda —dijo Yamira, devolviéndole la sonrisa.

Daniela iba por el pasillo, concentrada en su teléfono, sin notar que Adrian se acercaba silenciosamente por detrás.

Adrian se aclaró la garganta y Daniela dio un respingo, girándose bruscamente con los ojos muy abiertos y el rostro inundado de culpa.

—Perdona —dijo Adrian con una sonrisa de disculpa—, solo iba al servicio.

—Oh, ah, es justo por...

Adrian aprovechó el estado de confusión de Daniela y le arrebató el teléfono. Daniela soltó un grito de protesta asustado, pero Adrian

se puso fuera de su alcance, revisando los mensajes de texto más recientes, y se le heló la sangre.

Siguen aquí. ¿A qué distancia estáis?

Estamos cerca. Retenlos allí.

Adrian miró a Daniela, que estaba temblando y con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento mucho —susurró—. No tuve otra opción.

VEINTIDÓS

ADRIAN DIO un paso al frente, agarrando a Daniela por los brazos y sosteniéndole la mirada. —¿Con quién hablabas?

—Lo—lo siento —susurró Daniela de nuevo, con las lágrimas corriendo ya libremente por sus mejillas—. Dijeron... dijeron que me matarían. Y a mi familia.

—¿Adrian? —la voz de Nick llegó desde la sala principal, aguda por la alarma. Oyó el arrastrar de las sillas cuando él y los demás se pusieron en pie.

Los otros se unieron a ellos, pero Adrian permaneció centrada en el rostro pálido y estremecido de Daniela.

—¿Quién? —exigió Adrian.

—Dos hombres se presentaron en mi clase de la universidad. Me dijeron que si alguien venía preguntando específicamente por la Fuente, debía ponerme en contacto con ellos, y que sabrían si se lo ocultaba. Ellos... —su voz vaciló y soltó un suspiro estremecedor—. Me enseñaron fotos de mi hijo en el colegio. Entendí la amenaza. Cuando Jorge se puso en contacto conmigo, no quería decírselo. No quería arriesgarme a que le pasara nada a Yamira. Esperé todo lo que pude... no se lo dije enseguida. Pero no... no tuve otra opción.

Daniela se cubrió los ojos, con los hombros agitados por sollozos silenciosos mientras Yamira se adelantaba para abrazarla.

Adrian se volvió para mirar a Nick, con la mente a mil por hora. No podía culpar a Daniela, que parecía aterrorizada incluso ahora.

Tenía razón al tener miedo: esa gente era capaz de asesinar. Sus pensamientos pasaron al modo táctico.

—Nick y yo nos encargaremos de esto. Jorge y María, marchaos y llevaos a Yamira y a Daniela con vosotros. Llegad al coche y conducid hasta que estéis a salvo, luego esperad noticias nuestras.

—No —dijo Yamira con firmeza—. Esta es mi casa. No huiré como una niña asustada.

—Yamira, por favor —protestó Daniela, alargando la mano para apretar el brazo de la mujer mayor.

La evaluación táctica de Adrian luchaba contra el tic-tac del reloj en su cabeza. No tenía tiempo para discutir con Yamira, y por el gesto obstinado de la mandíbula de la anciana, sabía que Yamira no cedería.

—Jorge, Maria, Daniela... por la parte de atrás, ya. Poneos a salvo y manteneos protegidos. —Se volvió hacia Yamira—. No vamos a dejarla aquí sola para que se enfrente a ellos. Nick y yo nos quedaremos, pero escondidos. Haga lo posible por deshacerse de ellos. Si no se van, salga usted por detrás y nosotros nos encargaremos.

—Me quedo con Yamira —dijo Daniela. Su voz temblaba, pero su expresión era firme—. Esto es por mi culpa. Y parecerá sospechoso si no estoy aquí.

—Está bien —dijo Adrian. No había más tiempo para discutir.

Jorge y María también parecían dudar antes de irse, pero ante las expresiones firmes tanto de Adrian como de Nick, se lanzaron a regañadientes hacia la puerta trasera.

Adrian oyó rechinar la puerta trasera al abrirse y luego cerrarse silenciosamente. Solo cuando oyó que el motor arrancaba y su coche de alquiler se alejaba, su tensión disminuyó... ligeramente.

Nick se acercó a la ventana del comedor, apartando un poco la cortina para mirar hacia fuera. Se le tensaron los hombros. —Un todoterreno y un sedán se acercan a lo lejos. Desde aquí parece que van dos en el todoterreno y uno en el sedán.

Yamira entró en acción, moviéndose con rapidez para una mujer de su edad. Los llevó a un armario de almacenaje al fondo de la sala. Adrian hizo una evaluación rápida: el escondite tenía buena

visibilidad, ocultación y estaba lo suficientemente cerca como para que ella y Nick intervinieran rápidamente si era necesario.

Fuera, el sonido de los motores se acercó. Adrian se acercó a Daniela, que se limpiaba apresuradamente las lágrimas e intentaba recuperar la compostura. —Escúchame. No te culpo por lo que has hecho; solo protegías a tu familia. Pero tienes que vender que sigues con ellos. Tienes que decir la verdad justa para cubrir la mentira. Diles exactamente lo que ha pasado: que he descubierto que te estabas mensajando con ellos y que hemos huido. Puedes hacerlo. Y si no puedes, Nick y yo tomaremos el control.

Daniela respiró hondo de nuevo para calmarse y asintió a Adrian con un gesto tembloroso.

Adrian y Nick se deslizaron en el estrecho espacio lleno de cestas y vasijas de barro.

Momentos después, sonó un golpe en la puerta. Un golpe seco que era más una exigencia que una petición.

Adrian se preparó, con la mano en su arma reglamentaria. Ella y Nick podrían enfrentarse de forma factible a los intrusos solos, pero no quería arriesgarse a cualquier refuerzo que pudieran tener... y quería saber qué sabían ellos.

A través de una estrecha rendija en la puerta, Adrian tenía una visión clara de la mayor parte de la sala principal. Pudo ver a Yamira volviendo a la mesa, sentándose en su silla con una calma deliberada.

Daniela abrió y entraron bruscamente. Dos hombres y una mujer. Adrian se dio cuenta con sobresalto de que era la misma mujer que la había dejado escapar a ella y a María en los archivos.

—¿Dónde están? —ladró sin preámbulos uno de los hombres, el más alto de los dos.

—Ellos... me quitaron el teléfono cuando os escribí y se dieron cuenta de que veníais. Se han ido. Intenté detenerlos... lo siento —tartamudeó Daniela.

El hombre maldijo, volviéndose para ladrar órdenes a los otros dos en un español rápido. —Id tras ellos. Solo hay una carretera de salida. No pueden haber ido muy lejos.

—Yo me quedaré aquí y las interrogaré. Podéis ir —dijo la mujer con firmeza. El hombre se puso rígido, mirándola con desprecio, pero ella le sostuvo la mirada, sin acobardarse.

—Luis, ve tras ellos. Nayra y yo nos quedaremos —espetó él, sin quitar los ojos de la mujer.

Adrian pudo sentir la tensión entre los dos. Podían estar en el mismo bando, pero no eran verdaderos aliados. Nayra la había dejado marchar a ella y a Maria, después de todo. Y tenía la sospecha de que Nayra quería quedarse con Yamira y Daniela por un instinto protector similar. Adrian se preguntó quién sería exactamente esa mujer y dónde residiría su verdadera lealtad.

Luis se marchó y el hombre miró con furia a Nayra un momento más antes de volverse hacia Daniela y Yamira.

—¿Sobre qué han preguntado? —preguntó el hombre, centrando su atención en Yamira.

—Lo de siempre —dijo Yamira con un gesto de desdén—. Leyendas e historia sobre la Fuente de la Juventud. Les cuento lo que siempre les cuento a los visitantes curiosos: cuentos de viejas, nada más. Historias para entretener a niños.

—¿Y hacia dónde apuntaban esos cuentos de viejas? —insistió el hombre, con un matiz de amenaza en el tono. Su mano se movió hacia su costado, donde Adrian vislumbró el brillo de un arma parcialmente oculta por su chaqueta.

A su lado, Nick se tensó. Adrian notó que Nayra también se tensaba.

—Los envié a Caguana —dijo Yamira sin vacilar—. El centro ceremonial. Les dije que si querían ver auténticos yacimientos taínos, allí debían ir. Mucho más impresionante que las historias de una anciana.

Los ojos del hombre se entrecerraron con sospecha, estudiándola. —¿Eso es todo? ¿Está segura?

—No tengo motivos para mentir —dijo Yamira con firmeza, sosteniéndole la mirada.

Otro silencio tenso se prolongó mientras el hombre y Yamira se medían con la mirada. Él se volvió hacia Daniela y, aunque esta estaba pálida, asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

—¿No le importa si echamos un vistazo? —preguntó finalmente. Adrian notó que no era realmente una pregunta.

—En realidad, sí me importa. —La voz de Yamira se endureció y Adrian vio el acero bajo la fachada educada—. Esta es mi casa. Viene usted aquí sin invitación, exige información —que le he dado— ¿y ahora quiere registrar mi casa? ¿Con qué autoridad?

La mano del hombre se movió decididamente hacia su arma ahora. Adrian y Nick se prepararon, listos para atacar, pero Nayra dio un paso al frente, interponiéndose entre el hombre y Yamira. — *Señora*, le pedimos disculpas por la intrusión. Simplemente necesitamos localizar a esas personas rápidamente. Es muy importante.

—Le he dicho lo que sé. Fueron a Caguana. Si se dan prisa, tal vez los encuentren allí antes de que sigan hacia su próxima parada... ¿mencionaron algo sobre la Piedra Escrita? ¿O era la Cueva del Indio? Sacudió la cabeza. Mi memoria ya no es lo que era.

El hombre parecía dispuesto a seguir insistiendo, con la mandíbula apretada por la frustración. Pero Nayra le puso una mano en el brazo.

—Gracias por su tiempo —dijo ella con suavidad—. No la molestaremos más. Alejandro, deberíamos irnos. Si han ido a Caguana, tenemos que movernos rápido. Llamaré a Luis y le diré que se dirija hacia allí.

Alejandro se quedó mirando a Yamira durante un largo rato, sopesando claramente si registrar la casa de todos modos. La mano de Adrian se apretó sobre su arma, con los músculos listos para saltar si él hacía un movimiento hacia la anciana.

Pero finalmente, con obvia reticencia, Alejandro retrocedió. —Si descubrimos que alguna de ustedes nos ha mentado...

—Alejandro. —La voz de Nayra era cortante ahora, dejando su amenaza suspendida en el aire—. Tenemos que irnos.

Adrian observó a través de la rendija cómo las dos figuras se retiraban. Oyó una conversación murmurada afuera; no pudo distinguir las palabras, pero el tono era de discusión: Alejandro claramente quería quedarse, registrar, presionar más. Nayra parecía estar conteniéndolo.

Finalmente, las puertas del vehículo se abrieron y cerraron. El motor arrancó.

Pero Adrian no se movió. Contó mentalmente. Mientras que Daniela estaba pálida y rígida, la anciana permanecía aparentemente tranquila, con una postura engañosamente relajada.

Treinta segundos. El motor se desvaneció, alejándose por la pista bacheada. Sesenta segundos. Daniela empezó a moverse, pero Yamira levantó una mano de advertencia. Noventa segundos. El sonido del todoterreno se hizo distante, hasta que se desvaneció por completo.

Solo entonces Adrian y Nick salieron de su escondite.

—Eso ha sido increíblemente valiente —le dijo Nick a Yamira con una mirada de admiración—. Y arriesgado. Tenemos una expresión en inglés... y no pretendo faltarle al respeto... pero para eso hay que tener agallas.

Las facciones de Yamira se relajaron en una sonrisa. —Conozco la expresión. Era necesario. —Se volvió hacia Daniela, atrayéndola en un estrecho abrazo mientras la mujer más joven inclinaba la cabeza avergonzada—. *Tranquila. Todo va a estar bien.* Lo has hecho bien.

—Volverán —dijo Adrian, recordando la obvia frustración de Alejandro, su violencia contenida—. Daniela, podemos poner a tu hijo bajo protección de testigos. Pero ambas tenéis que venir con nosotros.

VEINTITRÉS

Utuado, Puerto Rico
18:17

ALEJANDRO ESTABA CALLADO.

Eso era lo que más preocupaba a Nayra. Habían seguido la pista que les había dado Yamira, habían conducido media hora hasta el centro ceremonial indígena de Caguana y habían pasado horas registrando cada rincón del lugar. No habían encontrado ni rastro de los estadounidenses ni nada que conectara con la Fuente.

Alejandro había estado furioso, convencido de que la anciana había mentido para enviarlos a perseguir sombras. Había querido regresar de inmediato. Nayra había protestado, pero Alejandro la ignoró.

Cuando llegaron de nuevo a casa de Yamira, estaba vacía. Alejandro había destrozado el lugar, volcando muebles, arrancando libros de los estantes y estampando cerámicas contra las paredes con una rabia que había dejado incluso al estoico Luis con semblante turbado.

Pero en cuanto se marcharon, Alejandro se sumió en aquel silencio inquietante. Ahora se alejaban de Utuado, de vuelta hacia San Juan. Luis conducía su sedán delante de ellos, mientras Nayra iba en el asiento del copiloto junto a Alejandro en el todoterreno, con expresión neutral, pero con la mente a mil por hora.

Había protegido a Yamira. Lo sabía. Alejandro también lo sabía: lo había visto en sus ojos en casa de la anciana, ese destello de sospecha cuando Nayra lo había distraído para que no registrara la propiedad, cuando había cortado su amenaza y lo había empujado de vuelta al vehículo. Había sido lo correcto. Yamira era una inocente, una guardiana de historias orales. Y aunque hubiera ayudado a los estadounidenses, no se merecía la violencia que ella sabía que Alejandro estaba dispuesto a emplear.

Pero esto convertía a Nayra en un problema. Enumeró las pruebas contra sí misma desde el punto de vista de él. Los archivos de Santo Domingo, donde sabía que él sospechaba que había dejado marchar a los estadounidenses cuando podría haberlos detenido. La visita a Yamira, donde había impedido activamente que Alejandro presionara más. Sus persistentes preguntas sobre la misión.

Cualquiera de estas cosas podría justificarse por separado. Juntas, formaban un patrón que un hombre como Alejandro —paranoico por naturaleza, violento por inclinación— solo interpretaría de una manera.

Deslealtad.

—Ha habido un cambio —dijo Alejandro de repente. Su tono era informal. Luis se adelantará hasta San Juan. Tú y yo tenemos que hacer una parada antes.

—¿Qué parada?

—Un contacto de la Orden desea hablar contigo —la miró de reojo, con una expresión indescifrable—. Alguien que quiere interrogarte. No debería llevar mucho tiempo.

Para ser mercenario, era un mentiroso pésimo.

Todas las señales estaban ahí. Tenía las pupilas ligeramente dilatadas; su respiración era rápida. Y su mano derecha, apoyada en el muslo, estaba situada a quince centímetros del arma enfundada bajo su chaqueta.

Iba a matarla.

La certeza llegó con una frialdad cristalina.

Nayra mantuvo la respiración pausada, el rostro impassible, y dejó que su mano derecha se deslizara con naturalidad hacia su regazo, más cerca de la culata de la Sig Sauer que llevaba en la cadera bajo

la chaqueta. No podía sacar el arma mientras él conducía: los ángulos no eran buenos, y si el todoterreno se salía de la carretera a esta velocidad en estas curvas de montaña, ninguno de los dos sobreviviría a la caída.

Nayra necesitaba que detuviera el vehículo. Necesitaba esa fracción de segundo en la que él bajaría la guardia porque creería que ya había ganado.

—Muy bien —dijo ella con calma—. ¿Dónde nos reuniremos con ellos?

—No muy lejos. Un viejo ingenio azucarero a las afueras de Jayuya. Es un lugar privado.

El todoterreno se adentró más en las montañas por carreteras que se volvían más estrechas y aisladas a cada giro. Nayra evaluó sus opciones. Tenía su Sig en la cadera y un cuchillo de hoja fija en la bota.

Alejandro iba armado al menos con una pistola y casi con seguridad con un arma de apoyo. Era más fuerte que ella, pesaba veinte kilos más y tenía la ventaja de la iniciativa.

Pero también estaba conduciendo. Y era tonto, así que probablemente no sabía que ella había descubierto sus verdaderas intenciones.

Pronto apareció el ingenio azucarero a través de un claro en la vegetación, una estructura derruida devorada por la selva. Alejandro metió el todoterreno por un camino de tierra que llevaba a un claro junto a la construcción. Apagó el motor.

Durante un largo instante, ninguno de los dos se movió.

Entonces Alejandro levantó la mano. Ya empuñaba la pistola, desenfundada tan rápido que ella ni siquiera había percibido el movimiento. Debía de haberla sacado en el último segundo del trayecto, mientras ella estaba atenta al claro que se aproximaba. El cañón le presionaba las costillas, justo debajo de la axila, inclinado hacia arriba, apuntando al corazón.

—La mano en el salpicadero —siseó él—. La mano izquierda. Despacio.

A Nayra se le heló la sangre. Puso la mano izquierda plana sobre el salpicadero.

—Ahora la Sig. Con la mano derecha, usa dos dedos, sácala de la funda y ponla en el salpicadero. Si noto que cierras la mano sobre la culata, te juro que pinto el parabrisas contigo. ¿Me has oído?

Lo hizo exactamente como él había ordenado, sacando la Sig con dos dedos y dejándola con cuidado sobre el salpicadero delante de ella. La mano libre de Alejandro se lanzó hacia delante y barrió el arma, tirándola al suelo de los asientos traseros. Fuera de su alcance.

—Buena chica —dijo él con condescendencia—. Ahora. Fuera.

Nayra bajó del todoterreno con todos los sentidos alerta. El claro tenía unos treinta metros de ancho, cercado por vegetación densa por tres lados y por los muros en ruinas del ingenio por el cuarto.

Alejandro rodeó la parte delantera del vehículo sin dejar de encañonarla ni un momento. Ahora llevaba la chaqueta abierta y ella podía ver la silueta de una segunda arma enfundada en la parte baja de la espalda.

—Has sido un problema —dijo él con los ojos encendidos—. Desde el principio. Haciendo preguntas, ablandándote con los objetivos, sabotando operaciones. —Se detuvo a unos cinco metros de ella, lo suficientemente lejos para que ella no pudiera acortar la distancia antes de que disparara, pero lo bastante cerca para no fallar—. La orden vino de arriba. Del propio Francisco. Los lastres se eliminan.

Las palabras la golpearon como un puñetazo en el esternón. Lo había sospechado, en el fondo, desde aquella llamada en Tulum. Pero oír la confirmación significaba que el legado de su tío, el voto que había hecho, cada creencia que había tenido sobre la Orden, se había construido sobre unos cimientos que ya no existían.

—Si te sirve de consuelo, me pidió que no te hiciera sufrir. —Se encogió de hombros con una sonrisa cruel. Sus ojos recorrieron el cuerpo de ella de arriba abajo en un escaneo lento y deliberado: la misma mirada depredadora que le había dedicado la primera vez que se vieron—. Pero Francisco no dijo nada sobre cuánto tiempo debía tomarme. Ni sobre lo que podía hacer con ese tiempo.

Se acercó a ella con una mirada lasciva.

Con la furia bullendo en su interior, Nayra ya se estaba moviendo.

Se lanzó hacia delante y hacia un lado, dejando que se le doblaran las rodillas y que su cuerpo cayera hacia la tierra en un colapso controlado que la situó por debajo de su línea de fuego en el medio segundo que él tardó en rectificar.

El disparo salió alto, ensordecedor en el claro, y el fogonazo le dejó una mancha blanca en las retinas. Rodó con fuerza hacia su derecha, metió la mano en la bota y salió del giro con el cuchillo de hoja fija en la mano, parapetada tras la rueda delantera del todoterreno.

Alejandro rodeó hacia la izquierda, con el arma levantada, intentando localizar de nuevo a su objetivo.

Nayra salió disparada de detrás del paso de rueda por su ángulo muerto, arremetiendo hacia arriba con el cuchillo. La hoja le alcanzó en el antebrazo —el del brazo armado—, atravesando la chaqueta y la carne. Él rugió y la pistola cayó de unos dedos que habían perdido la fuerza.

Ella no se detuvo. Hundió el hombro en el abdomen de Alejandro, aprovechando su desequilibrio momentáneo para estamparlo de espaldas contra la aleta del todoterreno.

Él era más fuerte. Ya lo sabía. Su mano izquierda se cerró alrededor del cuello de ella, apretando con una fuerza que le nubló la vista al instante. Su mano derecha ya buscaba el arma secundaria en la parte baja de la espalda.

Pero Nayra se había entrenado para esto, siempre contra oponentes más grandes. *La fuerza era una desventaja si sabías cómo redirigirla.*

Nayra le clavó el cuchillo en el muslo.

Alejandro bramó de dolor. Soltó el cuello de ella mientras ambas manos se dirigían a la herida. Nayra retrocedió tambaleándose, jadeando, y le propinó una satisfactoria patada en la entrepierna. Él cayó a tierra pesadamente, aullando, mientras la sangre le manaba entre los dedos.

Ella recogió la pistola del suelo donde había caído. Tenía las manos firmes mientras lo encañonaba.

Alejandro la miró desde el suelo, con el rostro desencajado por el dolor y la furia. Podía matarlo. Quería hacerlo. Mucho.

Pero ella no era una asesina, y su tío le había grabado a fuego que quitar una vida era algo que solo se hacía si no quedaba otra opción, para salvar la propia.

Sin dejar de apuntarle, le quitó el teléfono, las llaves y el arma de repuesto de la espalda, una Glock compacta.

Recuperó su propia Sig del suelo del coche y volvió a enfundarla en su sitio. Luego subió al todoterreno, arrancó el motor y se alejó del ingenio azucarero a toda velocidad sin mirar atrás.

VEINTICUATRO

San Juan, Puerto Rico
20:34

SAN JUAN, la capital de Puerto Rico, era una de las ciudades fundadas por europeos más antiguas de América; su historia se remontaba a 1521, cuando los colonizadores españoles establecieron un asentamiento en el puerto natural que se convertiría en un punto de paso crucial para las flotas del tesoro con destino a España.

Hoy en día, San Juan era una ciudad de contrastes: los edificios coloniales pintados en tonos pastel del Viejo San Juan se alzaban con elegante desafío junto a relucientes rascacielos y hoteles de lujo, mientras los sonidos de la salsa y el reguetón se escapaban por las puertas abiertas hacia las calles donde los turistas se mezclaban con los lugareños. Era un lugar donde la historia se sentía viva, donde el peso del pasado presionaba contra el pulso del presente.

Jorge conducía ahora por sus animadas calles, pasando por restaurantes abiertos hasta tarde y parpadeantes letreros de neón; el sordo bum-bum de la música de un club de Santurce se desvanecía a sus espaldas mientras se dirigían hacia el piso franco.

Habían cogido el coche de Daniela para reunirse con Jorge y Maria, que habían evadido a sus perseguidores aparcando el vehículo fuera de la carretera principal, detrás de una pequeña y apartada *casita*. A continuación, se habían puesto en contacto con

Briggs y habían llevado a Yamira y a Daniela a la oficina de campo del FBI en San Juan, donde ellas —y el hijo de Daniela— quedarían bajo custodia protectora.

Antes de marcharse con dos agentes, Yamira había tomado las manos de Adrian, sosteniéndole la mirada intensamente durante un largo momento. —Las historias que te he contado... no son solo historias. Son las voces de mis antepasados que hablan a través de mí para ti. Te eligieron a ti para escucharlas por una razón. La Fuente nunca tuvo como fin otorgar la inmortalidad. Su fin era otorgar *esperanza*. Esperanza para un pueblo que lo había perdido todo. Encuéntrala antes de que pueda caer en manos de aquellos que la explotarán.

—Coge esta calle de aquí arriba —dijo Nick en ese momento, interrumpiendo los pensamientos de Adrian—. El piso franco debería estar al final de la siguiente manzana.

Jorge obedeció. Adrian notó que sus manos apretaban con fuerza el volante y que tenía la mandíbula tensa. No había dicho mucho desde que salieron de Utuado, y ella podía ver la culpa en cada línea de su cuerpo. Nick le estudió las manos y lo miró. —Como aprietes el volante con más fuerza, vas a dejar las huellas dactilares grabadas en el plástico —dijo, intentando claramente aligerar el ambiente.

Pero a Jorge no le hizo gracia. —Os he metido en esto... otra vez —dijo con voz plana—. Debería haberme dado cuenta... debería haber sabido que usar mis contactos llamaría la atención. La comunidad arqueológica es pequeña. Todo el mundo se conoce. Por supuesto que tendrían formas de rastrearnos. Tal vez tenías razón al no confiar en mí —añadió con amargura.

Para sorpresa de Adrian, fue Nick quien habló antes de que ella o Maria pudieran hacerlo. —No es culpa tuya. Confiaste en Daniela, pero a ella la pusieron en una situación imposible. Nunca subestimes hasta dónde es capaz de llegar la gente para proteger a quienes aman.

Su mirada se desplazó hacia Adrian, y un calor floreció en el pecho de ella al ver la expresión de sus ojos: de una protección feroz. Ella alargó la mano y le apretó la suya.

—Te lo agradezco —dijo Jorge finalmente—. Pero no creo que debamos usar ninguno de mis contactos de ahora en adelante, solo por seguridad. Estos tipos saben quién soy, saben que estoy trabajando con vosotros. Cualquiera con quien me ponga en contacto se convierte en un objetivo.

Se detuvieron ante el piso franco, un edificio anodino en el Viejo San Juan cuya fachada colonial se mezclaba perfectamente con los otros cientos de edificios restaurados del distrito histórico. Se dirigieron a su ubicación en el último piso; era un apartamento espacioso con paredes gruesas y ventanas que daban tanto a la calle como a un patio interior.

Una vez instalados, se reunieron alrededor de una mesa donde Maria había colocado su ordenador portátil, abriendo las fotografías de los petroglifos que habían encontrado en las Cuevas del Pomier.

—Un detalle de una de las historias de Yamira no deja de venirme a la cabeza —dijo Maria—. Sobre un camino donde las aguas bajan a las profundidades de la tierra. —Miró hacia arriba—. Y no dejo de pensar en estos glifos de las Cuevas del Pomier.

Mostró una imagen, ampliando una sección que mostraba motivos de espirales repetidas. —Pensé que estos símbolos que se repiten eran sobre el océano, que representaban un viaje a través del agua hacia las islas del Caribe.

—¿Pero? —instó Adrian, inclinándose para ver mejor.

—¿Pero y si no son olas del océano en absoluto? —Maria amplió la imagen aún más—. ¿Y si representan *cualquier* tipo de agua: ríos, arroyos, vías fluviales subterráneas?

—¿Qué masas de agua hay cerca de yacimientos de petroglifos conocidos? ¿Otras más pequeñas como arroyos o ríos que pudieran encajar con este patrón? —preguntó Nick.

Jorge ya estaba consultando mapas en su tableta, superponiéndolos con datos de yacimientos arqueológicos. —Hay varias posibilidades. El río Grande de Loíza tiene sistemas de cuevas con petroglifos. El río Tanamá, cerca de Utuado, tiene cuevas extensas. Y luego está...

Se detuvo, con el dedo suspendido sobre un lugar del mapa. Miró a Maria y algo pasó entre ellos, ese mismo entendimiento casi

telepático que Adrian compartía con Nick.

—Río Camuy —dijeron Jorge y Maria al unísono.

—Enséñanos —dijo Adrian.

Jorge hizo zum en una región al norte de Utuado. —El sistema de cuevas de Camuy. Es una de las redes de ríos subterráneos más grandes del hemisferio occidental. Más de dieciséis kilómetros de pasajes explorados, con cientos más sin explorar —explicó Jorge, con una emoción creciente—. El sistema tiene múltiples entradas: Cueva Clara de Empalme, que es el principal lugar turístico, el Sumidero de Tres Pueblos, que es una dolina inmensa donde el río literalmente desaparece en la tierra, y docenas de cuevas más pequeñas como Cueva Espiral y Cueva de los Brujos. También pensé que estos patrones circulares podrían representar el sol, pero creo que son sumideros. Y mira cómo están conectados por estas líneas fluidas. No estaban describiendo un viaje a la costa... creo que estaban mostrando un sistema de ríos subterráneos.

—Así que se ocultaron bajo tierra —murmuró Adrian—. Se escondieron en el sistema de cuevas.

—Encaja —dijo Jorge, buscando más información sobre el río Camuy—. El valle al norte... Utuado está aquí, en las montañas centrales. Si vas al norte desde allí, llegarás al valle donde se encuentra el sistema de Camuy. Yamira dijo: «En la oscuridad bajo las cumbres». El Camuy desaparece literalmente bajo tierra. Y los guardianes que ven en la oscuridad que ella mencionó...

—Murciélagos —dijo Maria, sacudiendo la cabeza con asombro—. Los sistemas de cuevas de ese tamaño estarían llenos de ellos.

—Las cuevas de Camuy albergan una de las colonias de murciélagos más grandes del Caribe. Millones de ellos. Los taínos consideraban a los murciélagos sagrados: mensajeros entre los vivos y los muertos, símbolos de transformación y renacimiento —añadió Jorge, asintiendo con la cabeza—. En la cosmología taína, los murciélagos estaban asociados con las cuevas del origen, los lugares sagrados de donde surgieron las primeras personas de la tierra. Tener guardianes murciélagos en un santuario oculto tendría un profundo significado espiritual.

Todos se tomaron un momento para procesar esta información, y Adrian prácticamente podía sentir la oleada de emoción compartida que fluía entre el grupo.

—¿Cómo accedemos? —preguntó Adrian—. Si las zonas turísticas principales son demasiado obvias, y supongo que las secciones inexploradas requieren permisos especiales...

—Entramos por una entrada menos obvia —dijo Nick—. ¿Es posible?

Jorge vaciló. —Técnicamente, sí. El sistema tiene múltiples puntos de entrada, algunos conocidos solo por exploradores y espeleólogos locales. Pero es arriesgado. Ríos subterráneos, inundaciones repentinas, callejones sin salida, pozos que caen cientos de metros hacia la nada...

—O sea, que estás diciendo que es fácil —dijo Nick, arqueando una ceja con sarcasmo.

—Exacto —dijo Jorge, con los labios curvados en un gesto de diversión—. Pero, como decís en inglés: «Querer es poder». Simplemente vamos a tener que salirnos del camino trillado.

VEINTICINCO

Río Camuy, Puerto Rico
06:11

ADRIAN SE ASOMÓ por el estrecho sumidero que conducía directamente al río Camuy; el haz de su linterna frontal desaparecía en una oscuridad que parecía tragarse la luz por completo.

La entrada era poco más que una grieta en la piedra caliza, oculta bajo una cortina de espesa vegetación y raíces de árboles. Nada que ver con las espaciosas entradas acondicionadas para turistas del sistema principal de cuevas, a ochocientos metros hacia el este.

Habían llegado al lugar justo después del amanecer, calculando su aproximación para evitar tanto a los turistas como al personal del parque. Las visitas oficiales a las cuevas de Camuy no empezarían hasta dentro de dos horas, lo que les daba un pequeño y precioso margen para explorar las secciones restringidas.

—Vale. Bueno. ¿Quién va a bajar primero? —preguntó Nick con cautela, comprobando el punto de anclaje que Jorge había instalado.

Jorge pasó por su lado encogiéndose de hombros con picardía. —Debería haber unos doce metros de caída vertical, luego se abre a un pasadizo.

Enganchó su descensor a la cuerda y se descolgó por la abertura; sus movimientos eran seguros a pesar del ángulo forzado.

María le siguió, con el rostro decidido pese al evidente nerviosismo de sus movimientos.

Adrian fue la siguiente, apoyándose con firmeza mientras bajaba. El sonido del agua torrencial se hacía más fuerte a medida que descendía, resonando por el pozo con una fuerza casi física. Su linterna frontal revelaba enormes formaciones de piedra caliza: cortinas de coladas en tonos óxido y crema, delicadas estalactitas tubulares que colgaban del techo como carámbanos cristalinos y estalactitas más grandes que llevaban creciendo miles de años.

El descenso pareció eterno, aunque su mente racional sabía que solo habían sido unos minutos. Las paredes la estrechaban, resbaladizas por la humedad y tapizadas de pálidas formaciones cavernosas que parecían orgánicas bajo la tenue luz. Podía oler el distintivo aroma mineral del aire de la cueva: tierra, piedra y agua milenaria.

Cuando por fin llegó al fondo, sus botas tocaron suelo firme con un suave chapoteo.

Miró a su alrededor. Se encontraban en una cámara estrecha donde el techo se elevaba hasta encontrarse con la superficie a unos doce metros por encima de ellos.

Un arroyo poco profundo corría por el centro, con el agua cristalina. Tal como había dicho Jorge, la cámara se abría a un pasadizo más grande situado delante, desde el cual el sonido del agua rugiente resonaba con mayor intensidad.

Nick aterrizó junto a ella unos momentos después, con la respiración acelerada. —Bueno, eso ha sido divertido. No volvamos a hacerlo nunca.

Jorge sacó un mapa impermeable del sistema de cuevas, lo extendió sobre una roca seca y señaló un punto concreto. Habían pasado horas la noche anterior analizando registros arqueológicos y cotejando los yacimientos de petroglifos conocidos en todo el sistema de Camuy con zonas inexploradas o mínimamente documentadas.

—Hay una serie de cámaras a lo largo de este afluente que muestran signos de modificación antigua: pasadizos tallados, cámaras artificiales, indicios de tránsito humano regular —había

explicado María mientras repasaban uno de los mapas—. Pero nada se ha excavado o documentado formalmente. Si los nativos escondieron algo aquí, ahí es donde lo encontraremos.

—Estamos aquí, en uno de los afluentes del norte. La cámara principal del río está a medio kilómetro en esa dirección —dijo Jorge ahora, señalando el pasadizo más grande que tenían delante.

Se aventuraron hacia adelante con Jorge a la cabeza. El pasadizo se ensanchaba gradualmente y las formaciones los rodeaban por todas partes: columnas donde estalactitas y estalagmitas se habían unido a lo largo de milenios, helictitas que crecían en imposibles patrones en espiral que parecían desafiar la gravedad y enormes cascadas de coladas que parecían saltos de agua congelados.

Adrian pasaba constantemente la luz por las paredes, buscando cualquier rastro de petroglifos o modificación humana. La escala de la cueva era abrumadora: caminaban por cámaras que habrían podido tragarse edificios enteros, recorriendo pasadizos que habían sido tallados por el agua durante millones de años.

Tras unos quince minutos de avance cuidadoso entre formaciones cada vez más espectaculares, Jorge se quedó helado de repente, levantando la mano en un gesto de advertencia.

Todos se detuvieron, esforzándose por oír por encima del constante ruido de fondo del agua.

Y entonces Adrian también lo oyó.

Voces.

Tenues pero perceptibles, resonando a través de los pasadizos de delante. Hablaban en una mezcla de inglés y español.

Miró a Jorge y vio su propia alarma reflejada en su expresión.

—*No tendría que haber nadie aquí abajo*—, articuló él sin emitir sonido.

Ella y Nick intercambiaron una mirada. Él asintió levemente y ambos desenfundaron sus armas cortas, haciendo gestos a María y a Jorge para que apagaran sus linternas frontales.

La oscuridad los engulló de inmediato, absoluta y desorientadora. Solo quedaba el tenue resplandor de las luces de Nick y Adrian, apuntando al suelo para minimizar su visibilidad.

Con Adrian y Nick en cabeza, avanzaron con cautela.

Las voces se hacían más fuertes a medida que avanzaban, rebotando en la piedra de una manera que hacía imposible juzgar la distancia con precisión. Se acercaron más, moviéndose con cuidado para evitar mover piedras sueltas o chapotear en los arroyos poco profundos que cruzaban su camino.

El pasadizo se abría a algo inmenso; Adrian pudo sentir el cambio en la presión del aire. Se adelantó poco a poco, manteniéndose pegada a la pared, hasta que pudo ocultarse tras un enorme pilar de piedra caliza donde una columna de colada había creado una cortina natural de piedra.

Nick se colocó a su lado; María y Jorge justo detrás. Adrian se asomó por el lateral de la formación.

La visión le quitó el aliento.

Habían salido al borde de una vasta cámara. El río subterráneo que habían estado siguiendo corría veloz por el centro, con aguas rápidas y oscuras, pero fue lo que rodeaba al río lo que hizo que el pulso de Adrian se acelerara.

Varios hombres y mujeres se desplazaban por el espacio con focos de trabajo portátiles, con su equipo extendido por el suelo rocoso cerca de un nicho... un nicho que estaba repleto de artefactos. Adrian pudo distinguir los rasgos distintivos de un trabajo arqueológico profesional: equipos de topografía, cámaras de documentación, contenedores de recolección.

Alrededor de los hombres y mujeres, que sospechaba eran investigadores, había aproximadamente una docena más de hombres que parecían mercenarios.

Adrian observó cómo dos de las figuras transportaban con cuidado lo que parecían vasijas de cerámica. Las depositaron sobre una mesa improvisada donde una tercera persona empezó a fotografiarlas desde múltiples ángulos.

Sacó su teléfono, ajustando la configuración de la cámara para compensar la escasez de luz y la distancia. Detrás de ella, Nick y los demás hicieron lo mismo. Empezaron a fotografiar todo lo que pudieron: el nicho y los diversos artefactos.

A través del zoom de su cámara, Adrian obtuvo una mejor vista de lo que el equipo estaba descubriendo. Más vasijas de cerámica.

Cemíes de piedra y madera. Marcadores de piedra caliza. Un duho de madera, parcialmente mineralizado, que según había aprendido de Jorge era un asiento ceremonial utilizado por la realeza indígena. Adornos de concha, hueso y oro.

El asombro la invadió mientras hacía zoom en los objetos, intentando capturar tantos detalles como fuera posible.

Adrian estaba tan absorta documentando el hallazgo que casi no se fijó en el mercenario solitario.

Se había separado del grupo principal y recorría el perímetro de la cámara con su linterna barriendo en arcos metódicos.

Adrian y los demás se quedaron petrificados. Permanecieron inmóviles, apenas respirando, mientras el haz de luz pasaba a escasos centímetros de su bota.

El mercenario se detuvo. Se dio la vuelta.

Esta vez, su linterna iluminó el borde de la camiseta de Adrian. Solo era un trozo de tela visible tras la curva del pilar, pero fue suficiente.

La postura del hombre pasó instantáneamente de la rutina a la alerta, y su mano se dirigió al arma de su cadera.

—¡Oye! —gritó, con la voz rebotando en las paredes de la cueva—. ¡¡Aquí! ¡Tenemos compañía!!

VEINTISÉIS

A ADRIAN le ardían los pulmones mientras esprintaba por el estrecho pasaje alejándose de la cámara con los demás, con el haz de su linterna frontal rebotando violentamente contra las paredes de piedra caliza que parecían cerrarse más con cada paso.

Detrás de ellos, los gritos de sus perseguidores resonaban por todo el sistema de cuevas.

Un disparo restalló en la oscuridad y la bala rebotó en la piedra en algún lugar demasiado cercano para su tranquilidad. El espacio confinado multiplicaba cada sonido: cada disparo se convertía en una docena, cada grito se transformaba en un coro que hacía imposible juzgar a qué distancia estaban realmente sus perseguidores.

—¡Por aquí a la izquierda! —jadeó Jorge, desviándose hacia un pasaje lateral en el que Adrian ni siquiera se había fijado.

Lo siguieron, chapoteando en un arroyo poco profundo que corría por el suelo del pasaje. El agua estaba helada a pesar del clima tropical del exterior, alimentada por algún acuífero profundo que jamás había visto la luz del sol. Las botas de Adrian resbalaron en las piedras cubiertas de algas, pero la mano de Nick en su brazo la mantuvo en pie.

El pasaje empezó a estrecharse. Lo que había sido un corredor cómodo, lo bastante ancho para caminar de lado a lado, se estaba encogiendo; las paredes presionaban hasta que tuvieron que

avanzar en fila de a uno. Formaciones de coladas sobresalían de las paredes como dedos que intentaran agarrarlos, y Adrian tuvo que agacharse bajo una cortina de estalactitas que colgaban lo suficientemente bajo como para rozarles la cabeza.

—¿Cuánto falta? —preguntó María, con la voz tensa por un pánico apenas contenido.

—No mucho —le aseguró Jorge, pero Adrian detectó la incertidumbre tras sus palabras. Se guiaban por una combinación de su conocimiento general de este sistema de cuevas y un instinto desesperado.

No era precisamente un guía fiable cuando te perseguían por un laberinto subterráneo.

Detrás de ellos, los sonidos de la persecución se hicieron más fuertes. Los hombres estaban ganando terreno.

Doblaron un recodo y el pasaje se abrió ligeramente en una cámara más amplia donde otro arroyo subterráneo cruzaba su camino. Por un momento, Adrian pensó que podrían tener una oportunidad de despistar a sus perseguidores en la red de pasajes que se ramificaban desde este cruce.

Y entonces otro disparo restalló en el espacio, increíblemente fuerte. La bala golpeó la caliza en algún punto detrás de Adrian, levantando una lluvia de esquirlas de roca. Al segundo disparo le siguió de inmediato el grito de dolor de Jorge.

Cayó con fuerza, con la pierna izquierda venciéndose bajo su peso. María gritó su nombre y tanto ella como Nick lo agarraron de inmediato, poniéndolo en pie mientras la sangre oscurecía la pernera de su pantalón.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Adrian, abriendo fuego de cobertura mientras los otros arrastraban a Jorge hacia el pasaje más cercano.

Tropezaron al entrar en el pasaje que se ramificaba a la derecha, donde las paredes volvían a estrecharse. La pierna de Jorge no dejaba de fallar. Nick y María lo llevaban prácticamente en volandas y su avance se ralentizó hasta convertirse en un angustioso arrastrar de pies.

—¡Esperad! —susurró Adrian en un grito contenido. Dejó de moverse, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados. En aquel pasaje tan angosto, cualquier corriente de aire debería ser imperceptible. Pero acababa de sentirla: muy levemente, un susurro de movimiento contra su piel humedecida por el sudor. Venía de arriba. Apagad las luces.

Lo hicieron, y su entorno se sumergió en una oscuridad absoluta. La visión de Adrian se llenó de imágenes residuales mientras su cerebro luchaba por procesar la ausencia total de luz. Esperó, contando los acelerados latidos de su corazón, dejando que sus ojos se ajustaran.

Y allí, a su derecha, a unos dos metros y medio de altura en la pared del pasaje, distinguió el más leve indicio de luz. Apenas un resplandor, fácil de pasar por alto, pero definitivamente real. Luz natural filtrándose a través de alguna fisura en la caliza.

Detrás de ellos, las luces del equipo perseguidor ya eran visibles, moviéndose por el pasaje que acababan de abandonar. Las voces llegaban hasta ellos con ecos, hablando en un español rápido.

Adrian se movió hacia la fuente de luz, encendiendo su linterna frontal lo justo para encontrar la abertura.

Era estrecha, aterradoramente estrecha. Quizá de un metro en su punto más ancho. Pero podía sentir el aire moviéndose a través de ella, podía oler el aroma verde de la vegetación de la selva, lo que significaba que conectaba con la superficie.

—María primero, luego Jorge. Después Nick y yo. Jorge, te empujaremos desde abajo. María tirará desde arriba.

Jorge reprimió gemidos de dolor mientras lo maniobraban hacia la grieta después de que María subiera. La abertura estaba aproximadamente a la altura del pecho en la pared del pasaje, lo que le obligaba básicamente a trepar gateando hacia el interior.

Detrás de ellos, las voces se acercaban. Ella observó, con el corazón latiéndole con fuerza, cómo Jorge desaparecía por la grieta, moviéndose con una lentitud agonizante. Adrian oyó los urgentes susurros de ánimo de María mientras ayudaba a subirlo.

Adrian se encaramó entonces a la abertura justo cuando el primer haz de una linterna frontal entraba en su pasaje.

La piedra caliza se sentía áspera contra su piel, enganchándose en su ropa y raspándole los brazos. Tuvo que exhalar para estrechar su pecho lo suficiente como para caber por los puntos más angostos, tuvo que ignorar el pánico primitivo que surgía al verse encajonada entre toneladas de roca sin una forma fácil de retroceder.

Por encima de ella, podía oír la respiración fatigada de Jorge. El pozo se inclinaba hacia arriba de forma pronunciada, siguiendo alguna antigua debilidad de la caliza por donde el agua se había abierto paso hacia la superficie a lo largo de incontables años. Las raíces de los árboles se habían colado por la grieta, proporcionando puntos de apoyo ocasionales pero también estrechando el paso aún más en algunos tramos.

Los dedos de Adrian encontraron una raíz y tiró, impulsándose hacia arriba otros cuantos palmos. El pozo era como una chimenea en este punto, lo que la obligaba a apoyar la espalda contra una pared y los pies contra la otra, subiendo centímetro a centímetro con esfuerzo.

La luz se hizo más intensa. Ya podía ver el cielo real, hojas verdes recortadas contra el azul. Casi estaban allí.

Detrás de ella, oyó a Nick entrar en la grieta y escuchó el raspado de su equipo contra la piedra al iniciar su propio ascenso.

—«*Están aquí*». El grito llegó desde abajo, resonando por el pozo.

A Adrian se le heló la sangre. Miró hacia abajo y vio el haz de una linterna apuntando directamente hacia ellos, vio a uno de los hombres de pie en la entrada, alzando su arma.

Se desató un tiroteo, ensordecedor en el pozo confinado. Las balas golpeaban la piedra a su alrededor, haciendo saltar esquirlas de caliza. Adrian oyó a Jorge gritar de nuevo —ya fuera por dolor o por miedo, no sabría decirlo—, pero él siguió moviéndose, siguió trepando, hasta que él y María alcanzaron la superficie.

Debajo de ella, Nick devolvió el fuego; el fogonazo del cañón resultó cegador en la oscuridad. —¡Vete! ¡Yo lo cubro!

Adrian tiró de sí misma hacia arriba con una fuerza desesperada. Sus manos salieron al aire libre. Agarró una raíz gruesa de árbol y tiró, ignorando el dolor ardiente en sus hombros. María la ayudó a

terminar de salir y Adrian se dio la vuelta, estirándose para alcanzar a su compañero.

Nick no estaba lejos, pero el tirador ya lo seguía de cerca, lo suficiente como para agarrarle el tobillo.

Adrian sacó su arma y apuntó hacia abajo, a la grieta. El ángulo era terrible, el objetivo se movía y Nick estaba justo en la posible línea de fuego. Pero no podía permitir que aquel hombre alcanzara a Nick.

Disparó una vez. La bala golpeó la piedra cerca de la cabeza del perseguidor, haciéndole vacilar y perder el agarre. Se deslizó por el pozo, maldiciendo violentamente.

Fue suficiente para ganar tiempo. Nick se impulsó hacia arriba con el rostro marcado por la determinación. Adrian bajó el brazo, le agarró la mano y tiró. María apareció a su lado, sumando sus fuerzas. Entre las dos lo izaron y lo sacaron.

Nick enfundó inmediatamente su arma y agarró a Jorge por debajo de un brazo mientras María lo tomaba por el otro.

Juntos, lo llevaron medio en volandas, medio a rastras, alejándolo de la abertura. Adrian cerraba la marcha con el arma en alto, vigilando la grieta por la que acababan de salir en busca de cualquier señal de que el tirador estuviera subiendo tras ellos. Nada por ahora.

Se adentraron atropelladamente en la maleza, dejando atrás las cuevas subterráneas.

VEINTISIETE

San Juan, Puerto Rico
14:45

RAFAEL ESTABA de pie a la cabecera de una mesa de conferencias en la oficina alquilada de la planta decimoquinta de un rascacielos de Hato Rey. Era un espacio corporativo anónimo arrendado por semanas bajo el nombre de una empresa tapadera que Gabriel había gestionado.

Los artefactos de Río Camuy estaban dispuestos sobre la mesa en maletines protectores forrados de espuma, con cada pieza sellada en fundas de polietileno de calidad de archivo. Miguel Lanzo y Natalia Soto, los dos investigadores principales de su equipo a los que había hecho venir en avión para encargarse del hallazgo, los examinaban con silenciosa reverencia.

Su equipo de investigación había dado con esta mina de oro al determinar que debían buscar en Río Camuy. Pero era la misma conclusión a la que, al parecer, también habían llegado los estadounidenses.

Y después se habían escapado. Otra vez.

Se suponía que la Orden ayudaría a rastrear —y a eliminar— a Adrian West y a su equipo. No estaban haciendo un gran trabajo cumpliendo su parte del trato.

El acuerdo había parecido inspirado: la ayuda de la Orden a cambio del dinero que mantenía con vida a la agonizante hermandad del viejo. Rafael suministraba a los hombres a los que Francisco se refería como sus «asociados de confianza». Una vez encontrada la Fuente, Francisco y la Orden se repartirían los beneficios con Rafael.

Al menos, ese era el plan. El viejo no necesitaba saber que Rafael no tenía intención alguna de compartir el paradero de la Fuente. Los hombres que él suministraba solo le eran leales a él. Cualquier otro, incluido el propio Francisco, sería despachado como correspondiera una vez que Rafael llegara a la Fuente.

A Rafael le palpitaba la cabeza con el inicio de una cefalea tensional. Cerró los ojos y se frotó las sienes.

Gabriel estaba sentado aparte del grupo en un sillón junto a la ventana, con una taza de café intacta en la mesa auxiliar a su lado. No miraba a los investigadores. Miraba a Rafael.

Ignorando la irritante y sagaz mirada de su hermano, Rafael dio un paso al frente, interrumpiendo a Soto y Lanzo mientras discutían sobre sus interpretaciones de los hallazgos.

—¿A dónde conducen estos objetos? —interrumpió Rafael—. Es la única pregunta que importa. ¿Hacia dónde sigue el rastro ahora?

Soto intercambió una mirada con Lanzo.

—Necesitamos más tiempo para analizarlos. Estos artefactos son solo...

—Trabajad más rápido —espetó Rafael. ¿Y si Adrian West ya había determinado la siguiente ubicación? ¿Y si su equipo ya había encontrado la Fuente?

Un espasmo le atenazó la mano derecha, lo bastante agudo como para hacerle dar un respingo. Se enderezó y entrelazó ambas manos a la espalda antes de que nadie, salvo Gabriel, pudiera darse cuenta. La mirada de su hermano no se había apartado de él.

—Estamos trabajando lo más rápido que podemos —dijo Soto con tensión.

El teléfono de Rafael vibró sobre la mesa. Un número cifrado: una de las tres únicas personas que tenían esta línea. Miró la pantalla.

—Seguid trabajando. Tengo que atender esto.

Salió por la puerta corredera de cristal al balcón y la cerró tras de sí.

—Camila.

Camila fue directa al grano.

—Hemos perdido a tres sujetos más.

Rafael cerró los ojos. La barandilla de la terraza tembló bajo su agarre, aunque no sabría decir si era su mano o el viento.

—¿Causa?

—Fallo multiorgánico en dos. El tercero fue una parada cardíaca; el sujeto más joven de la cohorte. Veintitrés años. —Otra pausa—. Estamos observando la misma cascada de estrés orgánico, solo que en un plazo más dilatado.

—¿Cuántos sujetos quedan?

—Catorce. De los veinte iniciales.

—¿Y la respuesta de los biomarcadores en los supervivientes?

—Sigue siendo significativa. Los marcadores de inflamación se mantienen en una reducción del cuarenta por ciento. Los indicadores de regeneración neuronal son prometedores. Si pudiéramos aislar el compuesto responsable de la respuesta positiva y separarlo de los elementos hepatotóxicos, podríamos tener algo viable. Pero eso requiere meses de trabajo. Posiblemente años. Y tendríamos que pausar los ensayos con humanos por completo mientras...

—No tenemos años.

Rafael se quedó mirando el horizonte de San Juan, el cielo azul sobre el Atlántico. El temblor le subió de la mano al hombro.

—Habrá bajas —dijo—. En cualquier empresa de esta magnitud, las hay. Lo que estamos haciendo aquí, lo que estamos construyendo, es más grande que cualquier ensayo individual, que cualquier cohorte. Perfeccionamos, ajustamos y seguimos adelante.

—Entendido —dijo Camila tras una breve pausa. Tomó aire y, cuando continuó, su voz estaba inusualmente temblorosa—. Hay... algo más. Es el doctor Tomás. No se presentó a su turno ayer. Enviamos a alguien a su apartamento. Ha sido vaciado. Ropa, artículos personales, portátil, todo ha desaparecido.

El frío en el estómago de Rafael se extendió hacia fuera. Emil Tomás. El médico que había cuestionado los protocolos. Al que

Rafael había amenazado. El que le había mirado a los ojos y dicho: *Entiendo, señor*, mientras la lucha se drenaba de su rostro como la luz de una habitación.

Al parecer, la lucha no se había drenado tan completamente como Rafael había creído.

—¿Cuándo fue el último contacto confirmado? —Su voz era comedida, sin revelar nada.

—El martes por la tarde. Completó su documentación para los protocolos de ingreso y se marchó a su hora habitual. Las grabaciones de seguridad lo muestran saliendo por la entrada principal alrededor de las siete. No se le ha vuelto a ver desde entonces.

—¿Su teléfono?

—Desconectado. No hemos podido localizarlo por ningún canal.

—¿Se ha accedido a algo? ¿Archivos, bases de datos, los servidores de investigación?

—Estamos realizando una auditoría completa ahora mismo. Pero Emil tenía acceso a los registros de dosificación, los archivos de ingreso de pacientes, la documentación de consentimiento. Si copió algo de eso antes de irse...

No terminó la frase. No hacía falta.

La rabia lo llenó, incandescente y cegadora, una furia que no tenía nada que ver con Emil Tomás y sí todo con la sensación de que el control se le escapaba entre los dedos como arena. La mantuvo en manos libres mientras escribía un mensaje a su jefe de seguridad; su pulgar golpeaba la pantalla a pesar del temblor.

Encontrad a Emil Tomás. Todos los recursos. Ya.

—Voy a encargarme de la situación de Tomás desde aquí. Vuestra prioridad son las instalaciones: duplicad la seguridad, que nadie entre ni salga sin mi autorización hasta nuevo aviso.

Terminó la llamada y se quedó inmóvil en la terraza, con el teléfono apretado contra el muslo. Emil Tomás suelto en alguna parte. Tres muertos más. Adrian West y su equipo posiblemente un paso por delante. Y un equipo de investigación que no podía decirle lo que necesitaba saber con la suficiente rapidez.

Aun así, la determinación lo embargó. Rafael Almeida no perdía. Ni ante su propio cuerpo. Ni ante nadie.

La Fuente estaba ahí fuera, y era suya para encontrarla.

Arecibo, Puerto Rico

15:57

Adrian miró fijamente la pantalla de su teléfono hasta que los artefactos se desdibujaron en formas sin sentido; luego parpadeó con fuerza y lo intentó de nuevo.

A su lado, en la pequeña mesa de la sala de espera de la clínica, Nick hacía lo mismo con su tableta, ampliando y alejando las fotos que habían tomado.

A través de la pared, podía oír el murmullo de voces de la habitación de recuperación de Jorge: la doctora dando instrucciones, Maria haciendo preguntas en voz baja en español.

Habían tenido suerte dos veces esa mañana. La primera fue un cultivador de caña de azúcar que los había encontrado tambaleándose por el camino de tierra; cuatro desconocidos maltrechos, uno de ellos sangrando a través de un vendaje improvisado. No había hecho demasiadas preguntas, solo les había indicado que subieran a la parte trasera de su vieja camioneta y los había llevado al pueblo más cercano.

El segundo golpe de suerte fue la propia clínica. La Clínica Privada San Rafael era pequeña y discreta. La doctora, una mujer mayor llamada Narváez, había echado un vistazo a la herida de bala de Jorge, había enarcado una ceja y se había limitado a decir «disparo» como una afirmación en lugar de una pregunta antes de ponerse a trabajar.

Jorge había sido trasladado a una habitación de recuperación privada; la herida había sido limpiada, cosida y vendada. Necesitaría antibióticos y descanso, ya que la bala solo le había rozado el músculo de la pantorrilla: doloroso a corto plazo, pero no mortal.

Maria se había instalado a su cabecera y no se había movido desde entonces.

Lo que dejaba a Adrian y a Nick la tarea de dar sentido a las fotos que habían capturado. En cuanto consiguieron una señal decente, enviaron las fotos del hallazgo de Río Camuy al grupo operativo, pero tardarían un tiempo en responderles.

—¿Alguna cosa? —preguntó Nick sin levantar la vista, con un tono que sugería que ya conocía la respuesta.

—Nada útil. Adrian amplió una de las vasijas de cerámica que habían fotografiado. El diseño era exquisito; espirales intrincadas y patrones de olas que fluían por la superficie. Pero ¿qué significaba?

Nick pasó a otra imagen, uno de los marcadores de piedra caliza tallada.

—Este tiene lo que parecen rasgos geográficos. ¿Ves? Estos podrían ser ríos; estas podrían ser montañas. Pero está demasiado fragmentado.

La puerta de la habitación de Jorge se abrió y salió Maria. Su rostro estaba demacrado, con ojeras profundas que la hacían parecer mayor de la treintena que tenía. Los miró, forzó una débil sonrisa y siguió caminando hacia la salida de la clínica.

Adrian observó a Maria alejarse, con los hombros hundidos por el cansancio o la frustración, o ambas cosas. Miró a Nick. Como siempre, él parecía saber lo que ella estaba pensando incluso antes de que lo dijera. Él asintió y dijo:

—Ve.

Encontró a Maria en el patio tras la clínica, que en realidad era solo una zona de aparcamiento con unas pocas palmeras y unos maceteros de hormigón con geranios marchitos. Maria estaba cerca del muro del fondo, de brazos cruzados, mirando a la nada.

—Hola —dijo Adrian suavemente, acercándose despacio—. ¿Estás bien?

—¿Que si estoy bien? —Se volvió para mirar a Adrian—. No estamos más cerca de encontrar la Fuente de lo que estábamos en México. Y Jorge... podría haber sido mucho peor. Ya he perdido a alguien a quien quería. ¿Y si...? —Cerró los ojos, apretándose una mano temblorosa contra la boca.

—No eres responsable de lo que le pasó a Jorge. Y créeme, sé cómo te sientes —dijo Adrian—. Pero he aprendido a seguir adelante. Las respuestas están ahí fuera.

—Ricardo solía decir algo parecido. Cuando llegábamos a callejones sin salida en la investigación, cuando las pruebas no tenían sentido. —Su voz se volvió más suave, distante por el recuerdo—. Decía que las respuestas están en las conexiones que aún no vemos. Que estamos mirando piezas, pero se nos escapa cómo encajan entre sí.

—Entonces necesitamos alguna forma de unir lo que hemos encontrado. Nuestra mejor opción es probablemente un museo —dijo Adrian finalmente—. Algún lugar público, con los recursos para ayudarnos a interpretar lo que estamos viendo, pero donde solo seamos visitantes anónimos entre docenas de otros.

—Necesitaríamos un sitio con colecciones caribeñas extensas. Algún lugar con especialistas que pudieran ayudarnos a interpretar los patrones que estamos viendo, incluso si no podemos decirles exactamente por qué preguntamos —dijo Maria poco a poco.

Miró a Adrian, con la determinación y la resolución instalándose ahora en sus rasgos.

—Creo que conozco el lugar. El Museo de Historia, Antropología y Arte de la Universidad de Puerto Rico. Está en el campus de Río Piedras, no lejos de San Juan. Tienen una de las colecciones de artefactos taínos más completas del Caribe. Es público, suele estar concurrido. El lugar perfecto para que pasemos desapercibidos. Y podría tener las respuestas que necesitamos.

VEINTIOCHO

Río Piedras, Puerto Rico
10:36

EL MUSEO DE HISTORIA, Antropología y Arte se encontraba en el corazón del campus de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, un edificio modernista de líneas depuradas y hormigón blanco que ocultaba los tesoros antiguos albergados tras sus muros. Los estudiantes cruzaban la plaza circundante; su charla y sus risas contrastaban con la ansiedad que pesaba sobre los hombros de Adrian mientras subía las escaleras de la entrada del museo con Nick y Maria.

Era la mañana siguiente; habían pasado un par de horas más en la clínica antes de dirigirse al piso franco que el grupo de trabajo les había proporcionado a las afueras de Río Piedras. Habían dejado allí a Jorge con órdenes estrictas de descansar.

Él había protestado, insistiendo en que podía apañárselas con las muletas, pero las instrucciones de la doctora Narváez habían sido inequívocas. Maria los había apoyado con una mirada que no admitía discusión.

Al menos estaría con ellos de forma remota. Su teléfono ya estaba cargado y a la espera.

El museo estaba tranquilo, con solo unos pocos visitantes deambulando por las galerías. Nadie parecía prestarles atención,

pero Adrian no podía librarse de un hormigueo en la nuca. El sentimiento había empezado en el momento en que salieron del piso franco esa mañana, una inquietud leve que había aprendido hace mucho a no ignorar.

—Tú también lo sientes —murmuró Nick mientras pasaban por el vestíbulo de entrada, con los ojos examinando el museo.

—Desde que nos fuimos —ella mantuvo la voz igual de baja—. Podría no ser nada.

—Esperemos que sí.

Se dirigieron al ala de arqueología caribeña, donde las vitrinas de cristal exhibían las impresionantes colecciones de artefactos taínos. Objetos ceremoniales, herramientas, cerámica y cemies tallados llenaban las vitrinas, preservando siglos de vida indígena.

Maria llamó a Jorge, apoyando su teléfono contra su bolso para que él pudiera ver las vitrinas. Su rostro apareció en la pantalla, alerta a pesar de los analgésicos.

Juntos, comenzaron el minucioso trabajo de comparación. Maria había transferido las fotos de Río Camuy a su tableta y la sostenía ante cada vitrina, buscando coincidencias en estilo, simbolismo o técnica.

—Mirad esto —dijo en voz baja, indicando a Adrian que se acercara a una vitrina que contenía varias vasijas de cerámica—. ¿Veis los patrones en espiral de estas? Son similares a lo que encontramos, pero no idénticos. Las piezas de Río Camuy tienen un elemento adicional: estas marcas de olas a lo largo del borde.

—¿Qué indica eso? —preguntó Adrian.

—Variación regional, posiblemente. O temporal —la voz de Jorge llegó a través del teléfono, un poco metálica pero aguda por la concentración—. Estas piezas del museo son del periodo ostionoide, aproximadamente del 600 al 1200 d. C. Pero las piezas que fotografiamos, si estoy interpretando correctamente los marcadores estilísticos, son posteriores. Muy posteriores. Posiblemente posteriores al contacto.

—Después de la llegada de los españoles —añadió Maria—. Lo que significa que estos artefactos fueron creados por personas que ya estaban huyendo, ya se estaban escondiendo. Los patrones de

olas no son solo decorativos... podrían estar codificando información sobre a dónde se dirigían.

Recorrieron las galerías sistemáticamente, fotografiando carteles y contrastándolos con sus propias imágenes.

Adrian intentó concentrarse en la investigación, pero la inquietud seguía royéndola. Se sorprendió vigilando las entradas con más frecuencia que las vitrinas, observando las posiciones de otros visitantes y siguiendo a los guardias de seguridad en sus rondas.

Un guardia no dejaba de aparecer en su visión periférica. Un hombre corpulento con una barba cuidada que parecía más interesado en su grupo que en patrullar las galerías.

Ella captó la mirada de Nick e inclinó la cabeza ligeramente hacia el guardia. Nick le devolvió un breve asentimiento. Él también se había dado cuenta.

—Creo que tenemos lo que necesitamos —dijo Adrian, lanzando a Maria una mirada significativa después de pasar unos minutos más en una de las galerías centradas en Puerto Rico—. Vamos a comer algo y revisaremos todo al volver a casa.

Maria lo comprendió de inmediato. Murmuró un rápido adiós a Jorge y se guardó el teléfono en el bolsillo.

Se dirigieron hacia la salida a un ritmo pausado, sin nada que sugiriera urgencia. La mano de Adrian se desvió hacia el arma oculta bajo su chaqueta ligera, con los sentidos en alerta máxima.

La entrada principal estaba a diez metros. A seis. A tres.

Salieron al brillante sol de Puerto Rico—

Y se encontraron rodeados.

VEINTINUEVE

CUATRO HOMBRES se materializaron en la plaza, moviéndose como agentes adiestrados. Dos más surgieron tras los pilares de hormigón que flanqueaban la entrada del museo. Vestían de civil, pero Adrian reconoció el bulto de las armas bajo sus chaquetas y la mirada gélida de sus ojos.

Un hombre dio un paso adelante, caminando con una ligera cojera. Adrian lo reconoció. Era uno de los mercenarios que habían ido a casa de Yamira. Alejandro.

—Vendréis con nosotros —dijo con voz baja pero firme—. Sin armar jaleo. No hace falta que nadie salga herido.

La mano de Adrian hizo un amago de ir hacia su arma, pero Alejandro negó con la cabeza. —No lo hagas. Mis hombres tienen órdenes de disparar primero a tu compañero. —Su mirada se desvió hacia Nick, cuya mano también se había acercado a su arma—. Sería un caos, habría mucho ruido y en esta plaza hay muchos estudiantes que no necesitan ver algo así. Y aun así... preferiríamos no dejar testigos.

La amenaza quedó suspendida en el aire. Adrian cruzó la mirada con Nick. El cálculo fue instantáneo, compartido entre ellos sin palabras: hombres armados, armas ya posicionadas, María expuesta y desarmada entre ellos. Muchos testigos inocentes. Los números no cuadraban. No aquí, no todavía.

Dejó caer la mano a su costado.

Los hombres los escoltaron a través de la plaza, alejándolos de los edificios principales del campus y hacia una vía de servicio que rodeaba el museo. Dos hombres delante, dos detrás y uno a cada flanco; una formación profesional que los mantenía a los tres encerrados, sin ángulos limpios para un contraataque.

La vía de servicio dio paso a un camino de tierra que se internaba en un espeso matorral de árboles, un sorprendente reducto de selva que se había conservado en el borde del campus urbano.

En pocos instantes, los sonidos de la universidad se desvanecieron, reemplazados por el zumbido de los insectos y el susurro de las hojas de palmera. El corazón de Adrian martilleaba contra sus costillas. Una vez que llegaran a dondequiera que los llevaran, sus opciones se reducirían aún más. Tenía que actuar pronto. Ahora.

Captó la mirada de Nick y vio que asentía de forma casi imperceptible. Estaba pensando lo mismo. La cubierta de los árboles cambiaba la ecuación: sin transeúntes, visibilidad reducida. La formación cerrada de los hombres, una ventaja en la plaza abierta, se convertía aquí en un inconveniente donde el camino se estrechaba y la selva acechaba de cerca.

Adrian empezó a calcular ángulos, distancias, a qué objetivo abatir primero. El hombre que estaba justo detrás de ella era la amenaza más inmediata. Si lograba girarse, apartar su arma de un golpe y crear el caos suficiente para que Nick...

—*Alto.*

La voz de una mujer, aguda y autoritaria, llegó desde algún punto más adelante en el camino.

La formación se detuvo en seco.

Adrian la reconoció en cuanto salió de la maleza. La mujer que había estado con Alejandro la última vez, la mujer que había intercedido por Yamira y que los había dejado escapar a ella y a María en el archivo. Nayra.

Alejandro se quedó paralizado momentáneamente, con una expresión de furia absoluta en el rostro. Mientras echaba mano a su arma...

El arma de Nayra ya estaba arriba. Adrian vio a Nick moverse en el mismo instante, vio cómo su codo se hundía en la mandíbula del hombre que tenía al lado.

No esperó a ver a Nayra disparar. Ya estaba girando, hundiendo la palma de la mano en la nariz del hombre que tenía detrás, sintiendo el crujido del cartílago, arrebatándole la pistola mientras él se tambaleaba. María se tiró al suelo, manteniéndose fuera del fuego cruzado.

El primer disparo de Nayra alcanzó al hombre más cercano en la rótula. Él gritó y se desplomó. El segundo alcanzó a otro en el muslo, haciéndolo caer a la tierra mientras su arma salía despedida hacia la maleza.

El hombre al que Adrian había golpeado estaba de rodillas, con la sangre manando de su nariz destrozada, demasiado aturdido para alcanzar su pistola caída. Nick tenía al suyo en una maniobra de estrangulamiento, apretando hasta que su cuerpo se quedó sin fuerzas, y lo dejó inconsciente en el suelo de la selva, tras haberle quitado y arrojado el arma.

Solo quedaba Alejandro. Había logrado desenfundar su pistola, pero Nayra fue más rápida. Su siguiente disparo le atravesó el estómago. Se tambaleó y se desplomó en el suelo.

Todo terminó en seis segundos.

Nayra ya estaba agachada sobre los hombres caídos, recogiendo los teléfonos. Les quitó los dispositivos de los bolsillos y cinturones, metiéndoselos en la chaqueta.

Se incorporó y miró a Adrian a los ojos. —No tengo tiempo para explicaciones. Tienen un horario de conexión: quince minutos, tal vez menos. Tenemos que irnos.

Nayra no esperó a que respondieran y se adentró apresuradamente en la selva.

No tuvieron más remedio que seguirla.

TREINTA

LOS ÚLTIMOS DOS días habían sido los más largos de la vida de Nayra.

Tras el enfrentamiento con Alejandro, había conducido su todoterreno hacia el este, en dirección a la costa, poniendo cuantos kilómetros de distancia pudo entre él y ella por las carreteras de montaña. Había abandonado el vehículo en el aparcamiento de un centro comercial en Caguas, lo había limpiado para borrar huellas y —pidiendo perdón mentalmente a quien fuera su dueño— robó un viejo Toyota beige al fondo del aparcamiento.

Desde allí había conducido hasta uno de los refugios de su tío: una choza de pescadores al borde de un manglar cerca de Piñones. Él mantenía lugares como aquel por todo el Caribe, provistos de dinero en efectivo, identidades falsas, teléfonos desechables y comida enlatada. *Seguro personal*, le había dicho una vez. Nayra envió una plegaria silenciosa de agradecimiento por su previsión constante. Era como si supiera en el fondo que ella llegaría a necesitarlos algún día.

Nayra aprovechó el tiempo allí para pensar. Para planificar. Y para investigar.

Buscó información sobre los estadounidenses a los que la Orden la había mandado seguir: Adrian West y Nick Harper, agentes federales que dirigían el recientemente creado Grupo de Trabajo sobre Reliquias y Antigüedades en los EE. UU. Leyó todo lo que pudo

encontrar sobre ellos, desde el hallazgo de la tumba perdida de Cleopatra hasta su operación más reciente en Venecia. Parecían legítimos; rehuían a la prensa, especialmente tras el descubrimiento de Cleopatra. Habían entregado cada hallazgo a las autoridades nacionales competentes en lugar de mercadear con nada de ello. El mismo patrón se repetía con María Sánchez y Jorge Mireya: ambos eran académicos respetados sin sombra de escándalo.

Se sintió estúpida por haber aceptado la misión de la Orden por pura fe. Por entregarse a una institución sin preguntarse nunca a quién servía ya realmente dicha institución.

También había revisado el teléfono de Alejandro antes de guardar una copia de sus mensajes en su red personal y arrojarlo a los manglares. La mayoría de sus mensajes estaban cifrados, pero sus textos recientes eran descuidados, enviados a toda prisa durante el descalabro en Yamira y sus consecuencias inmediatas. Un hilo de conversación mencionaba un museo que sus socios habían estado vigilando: el Museo de Historia, Antropología y Arte. Habían estado vigilando museos por toda la isla, esperando a que los estadounidenses aparecieran en alguno de ellos.

Cuando Nayra vio un mensaje confirmando que los estadounidenses habían sido avistados efectivamente en el museo esa mañana, alquiló un Jeep, tras haberse deshecho ya del Toyota, y condujo directamente allí.

Había llegado justo a tiempo.

Ahora, guiaba a Adrian y a los demás a través de la selva, abriéndose paso entre la maleza, con las ramas golpeándole la cara y los brazos. Pronto salieron de entre los árboles a una carretera estrecha donde esperaba el Jeep, con las llaves en el contacto.

—Subid —dijo Nayra bruscamente—. Tenemos que poner distancia entre nosotros y esa vía de servicio antes de su cambio de turno.

Adrian no se movió. —Hay alguien más con nosotros: Jorge Mireya. Está en un piso franco a las afueras de Río Piedras. No nos vamos sin él.

El primer instinto de Nayra fue discutir. Cada minuto que pasaban en el área metropolitana era un minuto en el que se podía movilizar

un segundo equipo. Pero vio la determinación en el rostro de Adrian.

—Está bien. Dame la dirección —dijo Nayra—. Tú diriges. Yo conduzco. Si algo parece sospechoso, pasaremos de largo sin frenar y podrás discutir conmigo después.

Adrian le dio la dirección. Se amontonaron en el vehículo y Nayra aceleró el motor, saliendo a la carretera mientras los neumáticos escupían gravilla.

—Soy Nayra Calderón —dijo ella, respondiendo de antemano a la pregunta que sabía que todos tenían—. Trabajo... trabajaba para una organización llamada la Orden. Existe... se *suponía* que existía con un solo propósito: proteger la ubicación de la Fuente de aquellos que quisieran explotarla. Pero ha sido comprometida.

Era imposible ocultar la amargura en su voz. Tomó la siguiente curva con más fuerza de la que pretendía. —Ya no les interesa la protección. Quieren la Fuente para ellos. Intentaron matarme cuando me convertí en un estorbo.

Adrian la estudió durante un largo instante. —La Orden. ¿Qué es exactamente?

Nayra vaciló. Había hecho un juramento de secreto. Pero la Orden se había convertido en algo a lo que ya no servía. Ya no le debía lealtad.

—Su nombre completo es la Orden de San Jacinto. San Jacinto fue un fraile dominico real asociado con aguas milagrosas y leyendas de sanación. Fue fundada hace siglos, como una rama secreta de la Orden de los Dominicos... los mismos frailes que construyeron los primeros monasterios en el Caribe. —Nayra mantuvo los ojos en la carretera—. Poco después de la conquista española, un puñado de ellos decidió dar refugio a los nativos que huían de la brutalidad. Con el tiempo, de ese esfuerzo surgió un grupo escindido. Un puñado de frailes y los ancianos taínos que confiaban en ellos, unidos por un único mandato: custodiar la ubicación de un lugar de refugio al que huían los nativos. Las aguas sagradas. Las aguas que se convirtieron en la leyenda de la Fuente de la Juventud. A lo largo de los siglos, la ubicación exacta se ha perdido, incluso para la Orden.

La autopista se abrió ante ellos.

—Después de recoger a tu colega, nos llevaré a algún lugar fuera del radar —dijo Nayra—. Y entonces os contaré más.

Dos horas más tarde, Adrian y los demás entraron en la choza de pescadores. El interior era espartano pero funcional: un par de catres, un hornillo de propano, garrafas de agua y comida enlatada apilada en la esquina. Adrian observó cómo Nayra se acercaba a las ventanas, comprobando los ángulos de visión antes de correr las cortinas descoloridas.

Tras recoger a Jorge del piso franco y asegurarse de que no los seguían ni los vigilaban, Nayra tomó el camino largo hacia Piñones: dos desvíos adicionales y un tramo de autopista en dirección contraria antes de dar media vuelta.

Ahora, Nayra se acercó a la pequeña nevera, repartió botellas de agua junto con unos sándwiches que ya había preparado y dio un largo trago a su propia botella.

Entonces les contó más detalles sobre Alejandro, el atentado contra su vida y los «socios de confianza».

—Justo cuando empezaba a sospechar, visité el Convento de los Dominicos... antes de cruzarme con vosotras dos en los archivos —dijo, posando su mirada en Adrian y Maria. Hizo una pausa, girando la botella de agua entre sus manos—. Hablé con un hermano lego que me habló de otro visitante. Un historiador que había ido unos meses antes. Un hombre que investigaba creencias indígenas de principios de la época colonial. Prácticas curativas. Lugares sagrados. A mí me sonó a la Fuente de la Juventud. No dejo de preguntarme quién pudo ser y si estaba asociado con la Orden. Aquello aumentó mis preocupaciones.

Adrian se quedó inmóvil. Cruzó una mirada con María. María se inclinó hacia delante, apretando con fuerza su botella de agua.

—¿Te dijo el nombre de ese historiador? —susurró—. ¿O algún otro detalle?

—No recordaba el nombre del hombre —dijo Nayra—. Recordaba su cara. Amable, dijo. Cansado. Y recordaba que el hombre se fue decepcionado... fuera lo que fuese lo que buscaba, claramente no lo encontró.

—¿Cuándo fue eso? —insistió María.

—No lo especificó —dijo Nayra, estudiándola—. ¿Sabes... sabes quién era?

—Creo que sí —dijo María. Miró a Adrian y a los demás—. Era Ricardo —susurró—. Tenía que ser él. Estuvo haciendo viajes de investigación secretos en los meses previos a su muerte.

—¿Ricardo Carvalho? —repitió Nayra—. ¿El historiador que fue asesinado?

—Era mi mentor —dijo María asintiendo, con la expresión ensombrecida por el dolor—. El hombre que has descrito suena exactamente como él. Sabemos que estaba buscando la ubicación de la Fuente. Por eso lo mataron.

María se encogió sobre sus rodillas, con los hombros sacudiéndose en un llanto silencioso. Jorge se sentó a su lado y le pasó un brazo por la espalda.

—¿Qué sabes sobre dónde están ellos ahora? —preguntó Adrian—. ¿Francisco? ¿Esos socios?

—No mucho, por desgracia. Solo sé lo que saqué del teléfono de Alejandro. Hice una copia de sus mensajes. Dejad que os enseñe.

Nayra deslizó el teléfono hacia Adrian. Había abierto un hilo de mensajes de texto en español. Adrian escaneó el hilo, traduciendo mentalmente. El mensaje más reciente, con hora de la noche anterior, era directo: *Próximo waypoint Cuba. Empezar con Morro.*

—Los últimos hallazgos de sus investigadores —dijo Nayra— indican que el siguiente punto de referencia importante en el rastro está en Cuba. Según este hilo, quieren empezar por el Castillo del Morro.

—El Castillo del Morro —murmuró Jorge, enderezándose. Entonces, al ver la mirada de todos, añadió—: Castillo de los Tres Reyes del Morro. Fortaleza española del siglo XVI que vigila la entrada a la bahía de La Habana. Una de las fortificaciones más emblemáticas del Caribe. Su construcción duró décadas y empleó

mano de obra indígena y africana de forma extensiva. Lo que es *exactamente* donde los refugiados dejarían marcas. Los trabajadores que construyeron esas fortalezas y las mantenían tenían acceso a espacios que los oficiales españoles nunca se molestaron en inspeccionar. Los muros. Los cimientos. Los sistemas de drenaje. Partes de la fortaleza que los oficiales daban por hecho que eran simple infraestructura.

—¿Así que crees que los refugiados dejaron mensajes allí? —preguntó Nick.

Jorge asintió lentamente. —El Castillo del Morro tiene extensas cámaras subterráneas. Mazmorras. Cisternas. Polvorines. La mayoría están cerrados a los turistas, y existen historias —antiguas— sobre túneles que no aparecen en ningún mapa oficial.

Adrian miró a Nick. Nick le devolvió la mirada y asintió. —Tenemos que llegar a La Habana antes que ellos —dijo ella.

TREINTA Y UNO

La Habana, Cuba
14:49

EL CASTILLO DEL MORRO se alzaba sobre el promontorio rocoso como un centinela congelado en el tiempo.

La fortaleza dominaba la entrada al puerto de La Habana, tal y como su arquitecto italiano, Juan Bautista Antonelli, había pretendido cuando la diseñó en 1589. Cuatro siglos de salitre y tormentas habían esculpido profundos surcos en la piedra, pero la imponente estructura permanecía desafiantemente intacta.

Con la ayuda del grupo operativo, habían volado desde el Aeropuerto Internacional Luis Muñoz Marín en San Juan hasta el Aeropuerto Internacional José Martí, a las afueras de La Habana. Nayra había realizado una rápida vigilancia de la fortaleza antes de entrar; no había reconocido a ningún mercenario con el que hubiera trabajado ni a nadie sospechoso. Aun así, iban a ser cautelosos en sus movimientos y entrarían y saldrían lo más rápido posible.

Adrian se unió al flujo de turistas que cruzaban la puerta principal, con los ojos ocultos tras unas gafas de sol mientras observaba la imponente arquitectura de la fortaleza. El emblemático faro, añadido en 1844, se alzaba majestuoso contra el cielo azul brillante, con su torre blanca visible a kilómetros de distancia en el mar.

A su alrededor, los grupos de turistas se arremolinaban cerca de sus guías, las cámaras y los teléfonos no paraban de hacer fotos y los niños correteaban entre los antiguos cañones que aún apuntaban hacia la boca del puerto.

Pero Adrian no pensaba en la historia militar de la fortaleza ni en su papel en la defensa de las flotas de Indias españolas. Pensaba en los prisioneros que habían pasado por esos muros. Disidentes políticos, piratas, rebeldes indígenas, esclavos fugados... miles de almas que se habían consumido en las mazmorras bajo sus pies.

¿Cuántos habrían tallado sus historias en la piedra? ¿Cuántos habrían dejado mensajes para los que vendrían después? Y lo que era más importante... ¿había dejado alguien indicaciones para llegar a la Fuente?

Consultó su teléfono para comprobar la hora. Nick, Nayra y Maria estaban en algún lugar entre la multitud, detrás de ella, manteniendo la distancia. Jorge se había quedado en la casa de seguridad. Había querido venir, protestando ferozmente. Y aunque su pierna se estaba curando bien, necesitaba más tiempo de reposo.

—Deja de refunfuñar —le había regañado Nick—. Al menos tú no tienes que parecer un turista sacado de una agencia de casting.

Todos iban disfrazados de turistas con ropa comprada apresuradamente en una tienda del aeropuerto: gorras de béisbol, gafas de sol, riñoneras, cámaras y guías de viaje. Maria incluso se había agenciado un palo selfi.

El ceño fruncido de Jorge se relajó y sus labios esbozaron una sonrisa. —Supongo que eso es cierto.

Antes de marcharse, Maria se había inclinado para darle un tierno beso en los labios. —Descansa. Volveremos pronto.

Nick le lanzó a Adrian una mirada divertida: Maria y Jorge ya no intentaban ocultar su transición de amigos a amantes. Adrian se preguntó si ella y Nick habrían sido tan evidentes antes de que su relación cambiara. *Probablemente.*

Adrian sonrió ante el recuerdo, mezclándose con un grupo de turistas de habla inglesa, con la mente centrada ahora en la tarea que tenían entre manos. El guía explicaba que la leyenda local afirmaba que la fortaleza se había construido con piedra de coral y

argamasa mezclada con sangre y claras de huevo, un detalle macabro que hizo que varios turistas hicieran una mueca de disgusto.

Pero Adrian ya estaba buscando el punto de salida. Nayra conocía bien la fortaleza. Su tío la había llevado al Morro a menudo durante su infancia, así que sabía qué zonas tenían menos seguridad y dónde no llegaban las cámaras.

Adrian localizó su destino. Un pasillo marcado con un cartel desgastado de «Cerrado temporalmente - Restauración en curso», acordonado con una sola cadena. La cámara de seguridad montada encima estaba orientada hacia el patio principal, dejando un punto ciego cerca de la entrada.

El grupo de turistas comenzó a moverse hacia las murallas, siguiendo los gestos entusiastas del guía. Adrian se quedó atrás, dejando que la multitud pasara de largo, y luego se coló por debajo de la cadena. Un vistazo rápido le confirmó que Nick y los demás la habían visto moverse. La seguirían en intervalos de treinta segundos.

La temperatura bajó de inmediato mientras descendía por una estrecha escalera de piedra. El calor de la tarde dio paso a una humedad fresca, y las voces de los turistas se desvanecieron hasta convertirse en ecos. Sacó el teléfono, encendió la linterna y esperó.

Nick apareció primero, con paso silencioso a pesar de su corpulencia. Nayra llegó poco después, y luego Maria.

—Por aquí —susurró Nayra, guiándolos hacia las profundidades de las entrañas de la fortaleza—. Las zonas de detención de prisioneros están en los niveles inferiores. Si alguien dejó mensajes, símbolos, cualquier cosa que pudiera señalar una ruta de escape, sería allí.

Llegaron a un cruce donde varios pasajes se ramificaban en diferentes direcciones. Las paredes aquí eran más antiguas y rugosas; la cantería menos refinada que en los niveles superiores. El agua goteaba en algún lugar de la oscuridad, un ritmo constante que resonaba en la piedra caliza.

—Deberíamos separarnos para cubrir más terreno —dijo Nayra, entregándoles los walkie-talkies que había traído de Piñones. Ante

sus gestos de asentimiento, continuó—: Adrian, encárgate de las antiguas celdas de las mazmorras, están más adelante. Nick, comprueba los cuartos de la guardia y las salas de interrogatorios; están a la izquierda. Maria, los túneles de acceso a las cisternas a la derecha. Son extensos, así que yo también los revisaré.

Cada uno se fue por su lado. Las celdas de las mazmorras eran exactamente tan sombrías como Adrian había imaginado. El aire tenía el toque mineral de la piedra vieja y algo más oscuro por debajo, como si siglos de sufrimiento se hubieran empapado en los propios muros. Había anillas de hierro incrustadas en la piedra a intervalos regulares; su propósito era inconfundible. El óxido las había fundido a la roca como costras sobre viejas heridas.

Adrian movió su luz lentamente por las piedras, buscando cualquier cosa inusual. El haz iluminó arañazos en las paredes: marcas de conteo, cruces toscas, nombres medio borrados por el tiempo y la humedad. El agua se filtraba por las grietas del techo abovedado, alimentando manchas de moho negro que se extendían como hematomas por la piedra caliza.

Pero nada que se pareciera a los símbolos indígenas que habían encontrado antes.

Pasó a la siguiente celda, y luego a la otra. Unos canales de drenaje recorrían la base de los muros, diseñados para evacuar los desechos y el agua de mar durante las tormentas. La manufactura era utilitaria, brutal en su eficiencia.

Pasaron veinte minutos mientras buscaba, sin encontrar nada destacable. Treinta. El entusiasmo inicial de Adrian se estaba desvaneciendo. ¿Y si se equivocaban? ¿Y si el Morro era un callejón sin salida y la verdadera pista estaba en otro lugar totalmente distinto?

Entonces su walkie pitó. —Zona de las cisternas —dijo Nayra—. Aquí hay algo.

Adrian desandó sus pasos a través del laberinto de pasadizos, siguiendo las indicaciones de Nayra hasta que la encontró a ella, a Nick y a Maria arrodillados junto a lo que parecía una fisura natural en la piedra caliza. El agua brotaba de la abertura, formando un charco poco profundo que drenaba a través de un canal tallado.

—Ahí —dijo Nayra, señalando.

Adrian tuvo que orientar su linterna con el ángulo justo para verlo. Una espiral tallada en la piedra junto a la fisura, tan desgastada por el agua y el tiempo que apenas era algo más que una sugerencia. Pero era definitivamente intencionada.

—Esto podría ser una marca —murmuró Maria—. Indica que este pasaje fue utilizado por los fugitivos.

—Así que pasaron por aquí. ¿Pero a dónde fueron después? —preguntó Nick.

—Esto conecta con el sistema inferior de cisternas. Hay canales que llegan hasta el malecón —dijo Nayra. Estudió la fisura—. Es estrecho, pero podemos pasar. Tened cuidado, las piedras resbalan.

Se escurrieron uno a uno, y el pasaje desembocó en otra cámara. El techo aquí era más bajo, lo que les obligaba a agacharse. El agua cubría el suelo en una fina capa, reflejando los haces de sus linternas como un espejo.

Todos se detuvieron en seco ante la vista que los recibió.

TREINTA Y DOS

LA CÁMARA ERA PEQUEÑA, de unos dos metros y medio por tres. En la pared del fondo, donde siglos de flujo de agua habían preservado la piedra en lugar de erosionarla, había algo profundamente tallado, situado a la altura de los ojos, donde no podía pasar desapercibido.

Era un ancla. La caña estaba agrietada y, a lo largo de uno de los brazos, había tres muescas pequeñas cortadas. Estaban espaciadas uniformemente. Adrian inclinó su linterna hacia abajo, buscando en la pared alrededor del símbolo del ancla por si había algo más.

Se quedó sin aliento. Allí, tallado en un estilo claramente diferente —más antiguo a juzgar por el desgaste—, había otro símbolo.

Una serpiente. El cuerpo se curvaba como un río, sinuoso y fluido. La cola se dividía en dos puntas al final, ahorquillada. Unas marcas de ondas cortas flanqueaban el cuerpo a ambos lados.

María dio un paso al frente, moviéndose agachada, estudiando los símbolos. —Esta ancla parece un grafiti pirata. Se ven por todas las prisiones y fuertes del Caribe. Los marineros y los piratas los tallaban en todas partes: en barcos, en celdas, incluso en las paredes de las tabernas.

—¿Qué significa? —preguntó Adrian.

—Las anclas solían significar seguridad, puerto, hogar —respondió María—. Pero esta es diferente. ¿Ves que la caña está

rota? Creo que es deliberado, no por la erosión. Y los piratas a menudo marcaban rutas de escape para otros prisioneros.

—¿Qué indican estas tres muescas en el ancla? ¿Y qué hay del símbolo de la serpiente? —preguntó Nick.

Antes de que María pudiera responder, oyeron el sonido distante de pisadas, un walkie que emitía un pitido estridente y voces amortiguadas.

Adrian se tensó, intercambiando una mirada con Nick y los demás. Sus visitantes podrían ser guardias de seguridad o mercenarios. En cualquier caso, no podían dejar que los encontraran allí.

Inmediatamente entraron en acción: Adrian y María tomaron varias fotos apresuradas de las inscripciones antes de que todos salieran a toda prisa de la cámara.

Se adentraron más en el sistema de cisternas, alejándose de las voces.

—Por aquí —susurró Nayra, guiándolos a través de un túnel ramificado que descendía bruscamente—. La salida de drenaje; es la única forma de salir que no pasa de nuevo por la fortaleza principal.

Detrás de ellos, los haces de las linternas cortaban la oscuridad. Los gritos en español resonaban en la piedra, distorsionados y amplificados.

El túnel se estrechaba cada vez más. Adrian tuvo que ponerse de lado, con los hombros rozando la piedra caliza mientras avanzaba. El sonido de las olas se hacía más fuerte más adelante: un choque rítmico que significaba que estaban cerca del malecón.

—¡Ahí! —Nayra señaló hacia adelante, donde una luz tenue se filtraba a través de la oscuridad.

Avanzaron hacia ella hasta que apareció la boca del túnel, una abertura circular de aproximadamente un metro con veinte de diámetro. Más allá, Adrian podía ver el cielo, las rocas y las aguas agitadas del Caribe.

Salieron a la cara norte de la fortaleza; la salida de drenaje los había conducido a una estrecha cornisa de piedra caliza dentada y resbaladiza por el rocío. Las olas rompían debajo, con la espuma

blanca estallando contra la roca negra. Por encima de ellos, el muro de la fortaleza se alzaba vertical e imposible de escalar.

A su lado, la respiración de Nick se había vuelto superficial y su rostro estaba pálido. Nick no era muy aficionado a nadar ni a las aguas profundas después de un incidente en el que estuvo a punto de ahogarse en las Bahamas cuando era adolescente. Adrian siempre era la que se encargaba de bucear si era necesario durante sus investigaciones.

Sus ojos se encontraron y Nick se limitó a dedicarle una sonrisa pesarosa, a pesar de su obvia ansiedad. —Bautismo de fuego —murmuró. Adrian le tomó la mano, dándole un apretón.

Detrás de ellos, los hombres se acercaban. Podía oír sus pisadas retumbando por el túnel.

Adrian miró hacia el agua agitada, las rocas y la distancia que los separaba del puerto. La caída era de al menos cuatro metros y medio hacia las aguas espumosas.

Miró a los demás. Nadie habló. Nadie tenía por qué hacerlo.

—A las tres —dijo.

Apretó con más fuerza la mano de Nick, que se había vuelto fría y húmeda en la suya. Nayra le cogió la otra mano, con un agarre de hierro. María se unió a ellos, los cuatro cuerpos apretados en una cornisa que apenas era lo suficientemente ancha para tres.

Detrás de ellos, las botas golpeaban con fuerza por el túnel. El haz de una linterna salió disparado por el orificio de drenaje y recorrió la pared de roca.

—Una.

Las olas se retiraron de la base del muro, dejando al descubierto un breve y violento hueco entre oleadas: una ventana de agua más profunda entre las rocas.

—Dos.

Adrian miró a Nick a los ojos. Seguía pálido, pero le apretó la mano una vez.

—Tres.

Se lanzaron juntos desde la cornisa, sus cuerpos trazando un arco sobre la piedra caliza y el oleaje hirviente, con el muro de la

fortaleza girando sobre ellos y el Caribe acercándose rápido y oscuro por debajo.

TREINTA Y TRES

Afuera de Toluca, México
18:17

LA CASA ERA una propiedad tipo rancho a cuarenta minutos al oeste de Ciudad de México, escondida entre las colinas pardas que dominaban el valle de Toluca. Pertenecía a un general retirado que le debía un favor a la familia Almeida, uno que rara vez habían reclamado.

Hasta ahora.

Los hombres de Rafael habían llevado al doctor Emil Tomás a la caseta del capataz en el borde de la propiedad, una estructura achaparrada de bloques de hormigón. Rafael estaba de pie en el umbral de la caseta, apoyándose en él para mantener el equilibrio.

El vuelo había sido accidentado; las turbulencias sobre la Sierra Madre habían sacudido la pequeña aeronave como si fuera un juguete, y cada sacudida enviaba espasmos a su sistema nervioso que le dejaban las manos temblorosas y la vista nublada.

Rafael no debería haber estado allí. Gabriel y su médico se lo habían dicho en términos muy claros. Pero esto no era algo que pudiera delegar. Gabriel todavía no sabía nada de las pruebas médicas; Rafael le había tenido que decir una mentira piadosa a su hermano sobre una reunión de emergencia con la junta directiva.

Regresó su atención al presente. Emil estaba dentro de la caseta, atado con bridas a una silla de madera en el centro de la habitación principal. Parecía más pequeño de lo que Rafael recordaba. Su ropa estaba arrugada y manchada, la misma que llevaba puesta cuando lo habían encontrado, al parecer, en casa de un primo en Metepec, treinta kilómetros al sur de allí. La gente de Rafael lo había rastreado a través de los registros telefónicos de su hermana. A pesar de toda su valentía al huir, el joven doctor no había sido muy astuto en el proceso.

Emil levantó la cabeza cuando Rafael entró. Tenía el ojo izquierdo tan hinchado que no podía abrirlo, un regalo de quienquiera que lo hubiera recogido, y sangre seca en el labio superior. Pero el ojo derecho estaba despejado, y cuando encontró a Rafael, algo en su mirada se endureció.

—Dejadnos solos —dijo Rafael a sus hombres.

Ellos obedecieron de inmediato. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Rafael cogió una segunda silla del rincón y se sentó frente a Emil, lo bastante cerca como para que sus rodillas casi se tocaran.

—¿Fuiste a las autoridades? —preguntó Rafael.

—No —la voz de Emil era ronca, su garganta estaba seca—. No tuve la oportunidad.

Rafael lo estudió, buscando la mentira. Siempre se le había dado bien calar a la gente. El rostro de Emil, incluso magullado como estaba, era un libro abierto. Decía la verdad.

—Ibas a hacerlo, sin embargo.

La mandíbula de Emil se tensó. Miró hacia otro lado, a la pared de bloques desnuda, a la nada. Luego volvió a mirar, y la dureza de su ojo sano se había afilado hasta convertirse en desprecio.

—Sí —dijo Emil—. Iba a hacerlo.

—¿Por qué?

La pregunta sorprendió incluso a Rafael. No había planeado hacerla. Había venido con un solo propósito, una acción necesaria que ya había racionalizado en el vuelo hacia allí. Emil era un lastre; podía destruirlo todo. Por lo tanto, había que ocuparse de él.

—Ximena Gutiérrez —dijo Emil con voz rasposa.

Rafael frunció el ceño.—¿Quién?

—Tenía veintitrés años. De un pueblo a las afueras de Oaxaca. Acudió a una de vuestras clínicas de admisión porque su hija tenía una tos que no se le quitaba. Le dijeron que la niña recibiría tratamiento gratuito si Ximena participaba en un estudio nutricional. Firmó el formulario de consentimiento porque no sabía leerlo. No porque entendiera lo que estaba aceptando.

El estómago de Rafael se encogió, pero mantuvo el rostro impassible.

—Murió de un paro cardíaco al cuarto día del protocolo de dosificación. Su hija sigue en la clínica de admisión, esperando a que su madre vuelva. —La voz de Emil se quebró, pero siguió adelante—. Sé su nombre porque fui yo quien ajustó su goteo intravenoso. Fui yo quien vio cómo se desestabilizaban sus constantes vitales y llamó a Camila, quien me dijo que continuara con el protocolo. Fui yo quien la vio morir. Por eso —continuó Emil, con la voz ya más firme—. No por la ley, ni por la COFEPRIS, ni por mi carrera. Porque una mujer de veintitrés años murió por tu egoísmo y tu codicia.

Rafael se levantó bruscamente, y la silla chirrió contra el suelo de hormigón. Un mareo le asaltó y se tambaleó, sujetándose a la pared. Emil lo observaba, con expresión todavía desafiante.

Con la rabia pulsando en su interior, Rafael sacó la pistola de la funda bajo su chaqueta. Era una Beretta 92, un arma que poseía desde hacía quince años y que había disparado exactamente una vez, en un campo de tiro en Cuernavaca, con Gabriel. También la había llevado consigo aquella noche fatídica en la que se había enfrentado a Ricardo.

Emil miró el arma. Su respiración se aceleró, pero no apartó la mirada. Rafael levantó la pistola. El temblor de su mano hacía que el cañón vacilara, trazando pequeños círculos en el aire entre ellos. Apretó el agarre, obligando a que se estabilizaran unos músculos que ya no le obedecían.

Rafael apretó el gatillo.

El retroceso fue ensordecedor en la pequeña habitación, una ráfaga de aire que perforó los tímpanos de Rafael y dejó tras de sí un pitido agudo y silencioso. El impacto viajó por su brazo hasta el

hombro, una sacudida que su debilitado cuerpo absorbió mal, haciéndole retroceder medio paso.

Emil se desplomó hacia un lado en la silla, y luego cayó al suelo con un sonido que Rafael sabía que escucharía durante el resto de la vida que le quedara.

Rafael bajó la pistola. Se quedó mirando el cuerpo en el suelo de hormigón, el oscuro charco que se extendía bajo la cabeza de Emil. El rostro de Ricardo desfiló ante él. Aquel mismo desafío antes de morir. Y luego aquella misma quietud. La misma terrible finalidad.

Pero Ricardo se había quitado la vida. Esto era diferente. Esto era la mano de Rafael en el gatillo. La bala de Rafael. La elección de Rafael. Había planeado que uno de sus hombres lo hiciera después de interrogar a Emil. No creía que fuera capaz de hacerlo él mismo.

La puerta se abrió. Uno de sus hombres asomó la cabeza, con expresión cuidadosamente vacía.

—Limpiadlo todo —dijo Rafael con voz ronca.

El hombre asintió y se hizo a un lado mientras Rafael salía al aire frío de la montaña. Las estrellas sobre Toluca brillaban indiferentes, dispersas por un cielo tan vasto que hacía que todo lo que había debajo pareciera efímero.

Dio diez pasos desde la caseta antes de que las piernas se le doblaran. Se apoyó con las manos y las rodillas en la tierra y vomitó hasta que no quedó nada. Su cuerpo temblaba, una convulsión total que se parecía menos a una enfermedad y más a su propia carne rechazando lo que acababa de hacer.

Cuando pasó, se quedó arrodillado en la tierra durante mucho tiempo, respirando, mirando sus manos bajo la luz de las estrellas.

Luego se levantó, se limpió la boca y caminó hacia el coche.

Cueste lo que cueste. Se lo había dicho a sí mismo cien veces. Ahora sabía lo que significaba... y lo había llevado a cabo con sus propias manos. Si tuviera que hacerlo, lo haría de nuevo mil veces más.

Al menos eso es lo que se decía a sí mismo.

La Habana, Cuba
18:34

Adrian dio un sorbo a la taza de *cortadito*, un café tradicional cubano, mientras estaba sentada a la mesa de la cocina de su piso franco. El lugar era anodino por diseño, un apartamento modesto en un barrio residencial del Vedado.

Por fin había entrado en calor y estaba seca, pero el recuerdo de la zambullida en el Caribe desde el malecón del Morro todavía la hacía temblar.

La impresión de chocar contra el agua helada. Las olas rompiendo a su alrededor, la espuma blanca nublándole la vista. Las rocas sobresaliendo del oleaje como dientes. Sus músculos gritando mientras nadaban hacia la orilla. La adrenalina de Nick había vencido a su miedo mientras nadaba a su lado, con movimientos sorprendentemente constantes y fuertes.

Habían salido al puerto, empapados y temblando, ignorando las miradas de los transeúntes mientras se alejaban corriendo del Morro hacia el centro de la ciudad, donde habían parado un taxi. Habían tenido que pagarle el triple al molestísimo taxista por transportar a cuatro pasajeros empapados.

Ahora, en la seguridad del apartamento, Adrian observaba cómo Jorge pasaba las fotos que ella y Maria habían compartido con él de las inscripciones que habían encontrado.

—Maria tiene razón en que las anclas suelen ser grafitis piratas —dijo Jorge—. En cuanto a las tres muescas, podrían referirse a un sistema de recuento. Los piratas y los prisioneros las usaban todo el tiempo para referirse a rutas de escape. Pero en este contexto... —Hizo una pausa, pensativo—. Podría significar múltiples rutas. No una sola salida.

Pasó a la siguiente foto: el símbolo de la serpiente tallado bajo la ancla. He visto símbolos como este antes. En yacimientos taínos, en petroglifos indígenas por todo el Caribe. No creo que represente a una serpiente real —continuó—. El cuerpo curvo representa una

masa de agua en movimiento. Podría ser un río o una corriente. La cola bífida muestra dónde el agua se divide o cambia de rumbo.

—¿Mareas? —reflexionó Adrian, mientras las piezas encajaban en su mente, pensando en las aguas agitadas que rodeaban el Morro—. ¿Agua que abre y cierra caminos?

—Podría ser eso —asintió Jorge.

—Así que se podía salir por el puerto cuando la marea estaba baja —dijo Nick—, y había tres formas posibles de hacerlo.

Nayra abrió un mapa de La Habana Vieja en su tableta.—Si hay tres rutas de escape, lo más probable es que sean desagües, como aquel por el que escapamos nosotros. Lugares donde los canales subterráneos de la ciudad desembocan en el puerto. Durante la época colonial española, construyeron extensos sistemas de drenaje para hacer frente a las tormentas tropicales y a las mareas altas.

Durante la siguiente hora, trabajaron con una intensidad concentrada. Nayra buscó mapas históricos, comparando La Habana de la época colonial con la ciudad moderna. Maria y Jorge buscaron en bases de datos arqueológicas en línea documentos españoles digitalizados, buscando referencias a la construcción del puerto y los sistemas de drenaje. También cruzaron datos de elevación. Poco a poco, surgieron tres ubicaciones potenciales.

—Plaza de Armas —dijo Jorge, resaltándola en el mapa—. La plaza más antigua de La Habana, establecida en 1519. Está justo en el borde del puerto.

Maria asintió. —Hay múltiples documentos coloniales que describen las cisternas y el drenaje de la plaza. Tenían que evitar que se inundara durante las tormentas. Era el centro administrativo de la Cuba española.

—Ubicación dos: Plaza Vieja —anunció Nayra a continuación, abriendo un documento español fechado en 1643.—Escuchad esto: «Terminadas las reparaciones del gran desagüe bajo la plaza del mercado, que se extiende desde las cisternas hasta la boca del puerto». Es un centro comercial, construido en 1559.

—Más lejos del muelle que la Plaza de Armas —observó Nick, estudiando el mapa—. Pero conectada a través de canales subterráneos.

—Es civil, no militar —añadió Jorge—. Más fácil para que los prisioneros escapados se mezclen con mercaderes y trabajadores. Menos vigilancia.

—La tercera ubicación podría ser el Convento de San Francisco de Asís. El monasterio que está justo en el muelle, construido en la década de 1580 —dijo Maria—. Las iglesias y los monasterios siempre tenían criptas, cámaras de almacenamiento. Y hay un precedente histórico: los monjes a menudo ayudaban a las personas esclavizadas que escapaban. ¿Quizás también a los prisioneros?

Adrian estudió el mapa, anotando las posiciones de las tres ubicaciones en relación con el puerto. Entonces lo vio.—Mirad la elevación. El monasterio está al mismo nivel que las otras dos ubicaciones. Todas están en zonas bajas, cerca del nivel del mar. Con la marea baja, los desagües se abrirían. Tenemos que comprobar los tres con la marea baja.

Jorge consultó las tablas de mareas en su móvil.—La marea baja es alrededor de las cuatro de la mañana de hoy.

—Vale. Tres ubicaciones, tiempo limitado antes de que el agua suba —dijo Nick—. ¿Cuál es el plan?

—Nayra y yo podemos encargarnos de la Plaza de Armas y la Plaza Vieja; están más cerca entre sí, podemos ir a las dos —dijo Adrian—. Nick, tú lleva a Maria al Convento.

—No. De eso nada. Yo voy. Estoy bien. A estas alturas, si los malos nos persiguen, tenéis mi permiso para darme por muerto —protestó Jorge.

—Jorge —dijo Maria, frunciendo el ceño.

—No nos tientes —soltó Nick.

—Voy con vosotros —repitió Jorge, con tono firme.

Adrian lo evaluó. Se estaba curando bien y ya no cojeaba al caminar. Además, por el gesto obstinado de su mandíbula, sabía que no serviría de nada discutir con él.

—Está bien. Jorge, tú vas con Nick y Maria —dijo Adrian.

—Desde luego voy a dejar a Jorge por muerto si nos retrasa —dijo Nick, frunciendo el ceño a Jorge.

—Me convertiré en fantasma y te perseguiré —le espetó Jorge, pero le dedicó una sonrisa—. Estoy bien, amigo mío. De verdad.

—Deberíais saber que La Habana Vieja a esa hora pertenece o bien a los turistas borrachos trasnochadores, o a las prostitutas, o a la policía. Tendremos que parecer que pertenecemos a uno de esos grupos —dijo Nayra.

—Bueno. Pues nos quedamos con las prostitutas —dijo Nick con ironía.

TREINTA Y CUATRO

La Habana Vieja, Cuba
03:55

LAS CALLES adoquinadas de La Habana Vieja brillaban húmedas bajo el resplandor de las farolas de la época colonial; las piedras estaban resbaladizas por una ligera lluvia reciente.

Fundada en 1519 como un punto de escala crítico para las flotas del tesoro españolas, La Habana Vieja había sido antaño la puerta de entrada entre el Nuevo Mundo y el Viejo, una ciudad tan vital para el Imperio español que la habían rodeado de enormes fortificaciones de piedra para defenderse de piratas y potencias extranjeras.

Siglos después, las mismas calles estrechas seguían serpenteando entre fachadas barrocas, balcones de hierro forjado y desmoronadas mansiones neoclásicas que, de algún modo, se negaban a caer.

Adrian caminaba al lado de Nayra, pasando por delante de las paredes pintadas en tonos pastel de edificios que se mantenían en pie desde hacía cuatrocientos años. Un grupo de turistas pasó dando tumbos, riendo demasiado alto, sus voces resonando en el aire húmedo. En algún lugar lejano, la música salsa seguía pulsando desde un bar nocturno. Doblaron una esquina y unas luces azules

destellaron delante: un coche de patrulla de la policía aparcado cerca de una cafetería a oscuras.

Nayra atrajo de inmediato a Adrian hacia ella, riendo y tropezando ligeramente. Adrian le siguió el juego, soltando risitas mientras pasaban zigzagueando por delante del coche patrulla. Los agentes apenas las miraron. Solo dos turistas borrachas más.

Una vez que estuvieron fuera de su vista, Nayra la soltó y se irguió. —Estamos cerca. La Plaza de Armas está a dos manzanas.

Adrian consultó su móvil. A su grupo le quedaban unos noventa minutos en total antes de que el agua empezara a subir de nuevo. Ella y Nayra se dirigieron al puerto, donde la Plaza de Armas esperaba en la oscuridad.

La plaza estaba preciosa de noche. Fuentes iluminadas lanzaban agua en arcos elegantes, las palmeras se mecían con la brisa marina y los edificios coloniales que rodeaban la plaza brillaban con un amarillo suave bajo luces cuidadosamente colocadas.

Incluso a estas horas, quedaba un poco de gente. Una pareja en un banco. Un fotógrafo montando un trípode para capturar la luz del amanecer. Un lugareño paseando a su perro.

—Allí —susurró Nayra, señalando hacia el borde de la plaza que daba al puerto.

Pronto llegaron al muelle de piedra donde la plaza se encontraba con el agua. La marea baja dejaba a la vista rocas que normalmente permanecerían sumergidas. Y allí, encastrada en el muro de piedra, a un metro por encima de la línea de flotación actual, había una vieja rejilla de hierro.

Adrian se arrodilló, fingiendo atarse el zapato mientras la examinaba. La rejilla medía aproximadamente un metro y medio de ancho, corroída por siglos de salitre pero aún sólida. El agua goteaba a través de los huecos, drenando de algún lugar bajo los cimientos de la plaza.

—Normalmente está bajo el agua —murmuró Nayra, arrodillándose a su lado—. La marea baja la ha dejado al descubierto.

Adrian miró a su alrededor. La pareja del banco estaba absorta el uno en el otro, el fotógrafo centrado en su cámara. El dueño del

perro ya había pasado de largo. Nadie estaba mirando.

Agarró la rejilla y tiró. No se movió.

Nayra metió la mano en su bolso bandolera y sacó una pequeña palanca. —Siempre preparada —dijo con una ligera sonrisa ante la mirada impresionada de Adrian.

Juntas, introdujeron la palanca en el hueco entre la rejilla y la piedra. Adrian tiró mientras Nayra hacía palanca y, con un chirrido metálico contra la piedra, la rejilla cedió.

Se quedaron petrificadas, esperando a ver si alguien lo había oído.

Otra pareja de borrachos pasó tropezando, demasiado absortos el uno en el otro para notar nada.

Tras un instante, Adrian terminó de abrir la rejilla, revelando un pozo oscuro que descendía unos dos metros y medio hasta un canal de drenaje inferior. Podía oír el goteo del agua y oler la piedra húmeda y la sal marina.

Ella fue primero, bajando por la abertura y dejándose caer en un agua que le llegaba por los tobillos. Encendió la linterna del móvil, iluminando una construcción de la época colonial: bloques de piedra caliza cuidadosamente ajustados, ahora cubiertos de depósitos minerales y algas.

Nayra se dejó caer a su lado y luego estiró el brazo para volver a cerrar parcialmente la rejilla detrás de ellas, dejando el hueco justo para una salida rápida si fuera necesario.

Avanzaron hacia el interior, siguiendo el canal mientras se curvaba bajo la plaza. El haz de luz de la linterna de Adrian recorría las paredes en busca de símbolos, tallas, cualquier cosa que pudiera indicar que los fugitivos habían utilizado esta ruta.

Al igual que en el Castillo del Morro, encontró grafitis, nombres y fechas tallados por manos desesperadas. Más grafitis modernos y burdos. Pero nada que coincidiera con lo que buscaban. Nada de anclas, ni serpientes, ni símbolos taínos.

El canal se bifurcaba. Exploraron ambas direcciones: una llevaba a una pequeña cisterna seca desde hacía mucho tiempo; la otra terminaba en una sección de piedra derrumbada.

Adrian consultó su móvil. Habían pasado veinte minutos allí y no habían encontrado nada.

Desanimada, miró a Nayra y sacudió la cabeza.

Volvieron a salir, colocaron la rejilla y se dirigieron rápidamente hacia su siguiente ubicación. Adrian escribió a Nick mientras caminaban.

La Plaza de Armas es un fracaso. Vamos a la Plaza Vieja.

En otra parte de La Habana Vieja, Nick guiaba a María y a Jorge por calles estrechas hacia el malecón. El Convento de San Francisco de Asís se alzaba ante ellos: enormes muros de piedra, fachada barroca, un campanario que se elevaba como un dedo señalando al cielo.

El edificio era en parte museo ahora, en parte sala de conciertos, pero a estas horas estaba oscuro y cerrado. Rodearon su perímetro hacia el lado del puerto, donde una pequeña plaza descendía hacia el agua.

Jorge lo vio primero. Un gran arco de drenaje empotrado en los cimientos del monasterio, de un metro y pico de altura, una abertura que normalmente quedaría oculta por la marea alta.

Se acercaron en silencio, y entonces se detuvieron. Un mendigo dormía cerca del arco, envuelto en una manta raída, con un carrito de la compra al lado lleno de sus pertenencias.

Nick intercambió una mirada con María y luego se acercó con cuidado. Se arrodilló y tocó suavemente el hombro del hombre. —Disculpe, señor.

El hombre se despertó sobresaltado, con los ojos desorbitados por un momento antes de centrarse en Nick.

Nick mostró un billete de 20 CUP, pesos cubanos. —¿Podría irse a dar un paseo durante treinta minutos? —preguntó en su español entrecortado.

El hombre lo miró con confusión. María cogió el dinero y dio un paso adelante, entregándoselo y diciéndole algo en español. Él

balbuceó una respuesta y se alejó tranquilamente.

—¿Qué he dicho mal? —preguntó Nick.

—Le has dicho que se beba un paseo —dijo Maria, con los labios temblando de diversión—. Le he dicho que te perdonara, que estás muy borracho.

Jorge soltó una carcajada abierta, dándole una palmada en la espalda a Nick. —Ha sido un esfuerzo noble.

Nick puso mala cara, pero sabía que ella tenía razón. No poseía la brillante habilidad para los idiomas de su compañera, pero lo intentaba.

Esperaron hasta que el hombre se perdió de vista y luego se acercaron al arco.

El túnel de drenaje era lo suficientemente alto como para que pudieran caminar encorvados en lugar de gatear. Avanzaron por el agua, que les llegaba a media pantorrilla, mientras las linternas de sus móviles atravesaban la oscuridad.

Después de diez metros, el túnel se abría a una cámara más grande, una antigua cisterna con techo abovedado. Antiguas vigas de madera, ahora podridas y adornadas con hongos, sostenían el techo. Había anillas de hierro incrustadas en las paredes a intervalos regulares.

—Esto se usaba como almacén —susurró Maria, recorriendo el espacio con su luz—. Quizá también como escondite.

Se separaron para buscar. Nick examinó el suelo, Jorge revisó las vigas y María estudió las paredes.

Jorge emitió un sonido de emoción. —¡Aquí! Hay algo tallado.

Pero cuando María acercó su luz, vieron que solo era una inscripción religiosa en latín. Una oración, pulida por el tiempo y el agua.

Siguieron buscando. Los minutos iban pasando.

Nick estaba a punto de sugerir que dejaran de registrar ese lugar cuando su linterna captó algo en la esquina, cerca de donde el canal continuaba profundizando bajo el monasterio. Una piedra que no cuadraba del todo con las demás: de un color ligeramente distinto, con el mortero de alrededor más nuevo de lo que debería.

Se arrodilló y presionó contra ella. Se movió. Jorge se unió a él para empujar y, entre los dos, soltaron la piedra, revelando un espacio hueco detrás, de unos treinta centímetros de profundidad y sesenta de ancho.

Nick metió la mano con cuidado y sus dedos encontraron algo tallado en la pared trasera del hueco. Incluyó su linterna y se quedó paralizado.

Petroglifos. Cubrían toda la superficie posterior del espacio oculto, grabados en la piedra caliza. Habían sobrevivido a siglos de humedad y oscuridad.

María y Jorge se amontonaron a su lado, los haces de sus linternas convergiendo en las tallas. Durante un largo momento, nadie habló.

—Dios mío —susurró María.

Las marcas más antiguas eran inconfundiblemente taínas. Espirales que representaban las corrientes oceánicas, con sus vueltas apretándose o aflojándose para indicar fuerza y dirección. Líneas paralelas onduladas que marcaban aguas abiertas. Y agrupados entre ellas, dispuestos con deliberado cuidado, grupos de círculos de diversos tamaños.

Había una segunda capa de marcas circulares, talladas con una mano notablemente diferente: más tosca, menos refinada.

Debajo de estas estaba la serpiente que habían visto en el Castillo del Morro, con su cuerpo sinuoso cruzando las líneas de las olas en un ángulo hacia el sur, como si nadara alejándose de la gran forma central hacia un racimo de círculos debajo de ella. Al lado de la serpiente había marcas repetidas, trazos idénticos dispuestos en ritmos emparejados, como un patrón destinado a ser leído en lugar de simplemente contado.

Jorge y María ya estaban tomando múltiples fotos. Nick sacó su teléfono y envió un mensaje a Adrian.

Hemos encontrado algo. Grande.

—¿Qué podrían significar? —preguntó Nick.

Antes de que María o Jorge pudieran responder, oyeron voces afuera... y pasos.

Acercándose.

Adrian y Nayra salieron del canal de drenaje bajo la Plaza Vieja con las manos vacías y frustradas. Esta vez, habían pasado veinte minutos registrando el sistema de túneles y no habían encontrado nada más que siglos de depósitos minerales y grafitis modernos. Adrian volvió a colocar la rejilla y se sacudió la suciedad de las rodillas, intentando que la decepción no se le calara demasiado hondo.

Entonces su móvil vibró. El mensaje de Nick diciendo que habían encontrado algo hizo que su corazón se acelerara.

La frustración se evaporó al instante, sustituida por un subidón de adrenalina. Le enseñó la pantalla a Nayra, que lo leyó y asintió secamente. —Vamos.

Salieron de debajo de los soportales que rodeaban la plaza... y se detuvieron en seco.

Dos agentes de policía cruzaban la plaza, con linternas recorriendo las columnatas. La mano de Adrian buscó el brazo de Nayra, empujándola hacia las sombras de un portal. Se apretaron contra la piedra fría, apenas respirando.

Pero los agentes no las buscaban a ellas. Los haces de sus linternas se detuvieron en una pareja de turistas desplomados contra la base de la fuente, en el centro de la plaza, aferrados a una botella de ron vacía.

Uno de los policías empujó al turista más cercano con la bota y dijo algo en un español cortante. Los turistas se movieron, protestando ruidosamente en lo que parecía alemán, antes de que los agentes los obligaran a levantarse y los condujeran hacia la calle.

Adrian y Nayra esperaron hasta que las voces de los agentes se desvanecieron al doblar la esquina. Entonces se escabulleron, moviéndose rápido por las estrechas calles hacia el punto de encuentro que habían acordado cerca del Convento.

La pequeña calle a dos manzanas del monasterio estaba vacía cuando llegaron; los edificios estaban oscuros y cerrados a ambos lados.

Adrian consultó su móvil. Nada más de Nick. Se apoyó contra la pared, escuchando el lejano romper de las olas contra el Malecón, con el pulso todavía acelerado.

Nick, María y Jorge aparecieron de repente desde la dirección opuesta, moviéndose rápido. Demasiado rápido.

El rostro de María estaba pálido bajo la luz de las farolas, y Jorge tenía una mano protectora en su espalda, apurándola. Nick tenía una expresión que Adrian conocía bien: alarma controlada.

—Nos están siguiendo —dijo Nick al llegar a su altura—. Tenemos que movernos.

TREINTA Y CINCO

La Habana Vieja, Cuba
04:57

SE SEPARARON en la esquina de las calles Mercaderes y Obrapía, donde las estrechas vías se bifurcaban en direcciones opuestas.

—Nick y María, id al norte, hacia el Malecón —dijo Adrian, manteniendo la voz baja—. Jorge y yo atajaremos por el este a través de las calles secundarias y daremos un rodeo hasta la casa franca desde el sur.

—Os seguiré de cerca a una distancia prudencial; conozco estas calles —dijo Nayra, y se fundió en la oscuridad hacia el norte antes de que Adrian pudiera responder.

Adrian y Jorge se dirigieron al este, hacia el laberinto de callejuelas coloniales.

Nick y María avanzaron hacia el norte. Pronto, él notó a lo lejos, tras ellos, los faros de un todoterreno barriendo los edificios. Buscando.

—Por aquí —dijo él, virando a la izquierda por un pasaje todavía más estrecho. El todoterreno no podía seguirlos por allí; la calle apenas era lo bastante ancha para una bicicleta.

Salieron a la calle Obispo, una de las principales vías peatonales de La Habana Vieja. Unas pocas personas deambulaban por allí.

Barrenderos preparándose para la jornada, un panadero abriendo su tienda.

Nick aminoró la marcha, pero mantuvo un paso ligero. *Aquí no hay nada que ver, amigos. Solo dos turistas más que vuelven a casa tras una larga noche.*

—Sigue caminando —le susurró Nick a Maria—. No mires atrás.

Doblaron una esquina y Nick vio lo que buscaba: otro pasaje estrecho entre edificios que conducía hacia abajo. La Habana estaba construida sobre un terreno irregular, y estos pasajes descendían hacia la zona costera mediante empinados escalones de piedra.

Bajaron apresuradamente los escalones, moviéndose con cuidado. La piedra estaba resbaladiza por la humedad, lo que resultaba traicionero bajo la tenue luz.

Detrás de ellos, se oyeron portazos. Pasos que resonaban. Venían en su dirección.

Nick y Maria aceleraron el paso, casi corriendo escaleras abajo.

Salieron a una calle más baja, más cerca del agua. Podía oler el mar, oír las olas rompiendo contra el Malecón, el famoso muro que se extendía a lo largo de kilómetros por el litoral de La Habana.

—Allí. —Señaló hacia el Malecón, donde el salitre de las olas creaba una bruma en el aire.

Echaron a correr.

Nayra se pegó a la pared de un edificio, observando cómo dos hombres del todoterreno bajaban los escalones de piedra tras Nick y María. El conductor se quedó con el vehículo, hablando rápidamente por teléfono.

Se acercó sigilosamente hasta que pudo oír su voz.

—... hacia el Malecón. Que Santos les corte el paso en...

Ya había oído suficiente. Nayra sacó su móvil y envió un mensaje de texto rápido.

Tenéis a dos a pie detrás de vosotros. Un tercero está dando la vuelta para cortaros el paso. Voy a distraerlos.

Luego volvió a fundirse con las sombras, siguiendo a los dos hombres por los escalones de piedra a cierta distancia.

Nayra escaneó la calle mientras descendía. Los estrechos pasajes de La Habana Vieja estaban abarrotados de los restos de la vida diaria: plantas en macetas en los portales, cuadros de bicicleta encadenados a las barandillas, cubos de basura metidos en los recovecos. Sus ojos captaron lo que necesitaba: un cubo de basura metálico oxidado al comienzo de un callejón, rebosante de botellas de vidrio de un bar cercano.

Calculó la geometría. Los dos hombres estaban veinte metros por delante, a punto de doblar la esquina hacia el Malecón. Si hacían ese giro, tendrían una línea de visión despejada hacia la costa y podrían atrapar a Nick y María.

Nayra se movió rápido.

Sujetó el cubo de basura y lo lanzó por los escalones de piedra tras los dos hombres. El estrépito fue tremendo; el metal golpeando la piedra caliza, botellas rompiéndose, el sonido rebotando en las fachadas coloniales como disparos.

Ambos hombres se giraron, con las armas a medio desenfundar, buscando con la mirada en la oscuridad que tenían detrás.

Nayra ya no estaba en ese lugar. Se había metido en el callejón y corrido hacia la calle paralela, saliendo por delante de donde se dirigían los hombres. Agarró un adoquín suelto de un tramo de acera desmoronado —la ciudad vieja estaba llena de ellos— y esperó en la esquina.

El primer hombre dobló la curva al trote, con cautela, arma en mano, buscando el origen del ruido.

Nayra salió y lanzó el adoquín. Le dio de lleno en la sien con un crujido nauseabundo, y el hombre cayó como un títere al que le cortan las cuerdas.

El segundo hombre iba tres pasos por detrás. Vio a su compañero caer y giró su arma hacia ella, pero Nayra ya estaba dentro de su guardia. Golpeó con el talón de la palma en su muñeca, desviando la pistola hacia arriba, y siguió con un codazo a la mandíbula que le hizo girar la cabeza hacia un lado.

Él se tambaleó e intentó recuperar la posición del arma. Ella agarró el cañón, lo retorció con fuerza y se lo arrebató de las manos. Él se dobló, jadeando, y ella terminó con un rodillazo al mentón que lo dejó fuera de combate.

Ambos hombres yacían desplomados sobre los adoquines. Ninguno se levantaría pronto.

Entonces, ella desapareció en el laberinto de las calles de la Habana Vieja.

Nick leyó el mensaje de Nayra mientras corría e inmediatamente cambió de rumbo, tirando de María hacia el oeste en lugar de seguir hacia el este por el Malecón.

El Malecón se extendía ante ellos, con el enorme muro recibiendo el embate de las olas que chocaban en explosiones de espuma blanca. Nick divisó un hueco en el muro, una salida de drenaje similar a las que habían estado explorando, pero más grande.

Por medio segundo, su mente retrocedió; el viejo miedo regresaba al ver el agua negra agitándose en la salida, el salitre, el rugido del mar contra la piedra.

No seas cobarde. Has hecho cosas peores, pensó, recordando aquella aterradora caída al agua desde la fortaleza del Morro. Tiró de María hacia la salida. Ella vaciló, pero era evidente que sabía que era su mejor opción.

Bajaron a la salida justo cuando una ola enorme rompía sobre el muro, empapándolos a ambos. El agua subió a medida que se adentraban: por los tobillos, las rodillas, la cintura, el pecho.

Manteniendo la respiración en calma y constante, Nick vadeó el resto del canal con María hasta que salieron tres manzanas tierra adentro a través de otra boca.

Para cuando salieron, empapados y jadeando, el cielo del amanecer se estaba volviendo rosado.

Nick comprobó si los seguían. No había perseguidores a la vista.

Adrian y Jorge llegaron primero a la casa franca, ambos respirando con dificultad. Ella había guiado a Jorge por un laberinto de calles secundarias, volviendo sobre sus pasos un par de veces para asegurarse de que no los seguía nadie.

Para su alivio, diez minutos después, llegaron Nick y María, empapados y tiritando.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó Adrian.

—Nos hemos dado un baño en un canal de drenaje —dijo Nick, mientras él y María aceptaban las toallas que les tendía Jorge—. ¿Dónde está Nayra?

—Sigue ahí fuera —dijo Adrian, con un tono de preocupación en la voz.

Pero cinco minutos más tarde, la puerta se abrió y Nayra entró con sigilo. Adrian notó unas leves manchas de sangre en su camisa. Nayra bajó la vista y se encogió de hombros. —No es mi sangre. Me he encargado de dos de ellos, pero definitivamente hay más. No deberíamos confiarnos.

Momentos después, estaban reunidos alrededor de la mesa de la cocina, examinando las fotos que María y Jorge habían tomado de los símbolos del Convento.

—La serpiente podría señalar hacia islas —dijo Jorge, estudiando las imágenes en su portátil—. Frente a la costa sur de Cuba. Estos símbolos taínos parecen marcadores de navegación que indican el camino a la Isla de la Juventud.

—La Isla de la Juventud —dijo María—. Es la isla más grande de la costa sur de Cuba.

Adrian se inclinó, estudiando el mapa. La isla se encontraba en el golfo de Batabanó, rodeada de cayos y arrecifes más pequeños.

—Se llamó Isla de Pinos hasta la década de 1970 —añadió Jorge—. Los piratas la usaron como escondite durante siglos. El lugar perfecto para ocultar un alijo, un mapa, algo que los fugitivos necesitaran para la siguiente etapa de su viaje.

—Y coincide —dijo María con entusiasmo—. Mirad los símbolos, la forma en que están dispuestos. Indican una ruta desde las salidas de drenaje de La Habana Vieja hasta esa isla.

Adrian estudió la Isla de la Juventud en el mapa, preguntándose si sería el lugar al que una vez huyeron aquellos refugiados desesperados.

TREINTA Y SEIS

Isla de la Juventud, Cuba
17:19

ADRIAN ESTABA APARTADA de los demás en la pequeña cala, con el agotamiento pesándole como algo físico. Llevaban horas buscando, desde que habían llegado a la isla aquella mañana.

El viaje desde La Habana parecía haber ocurrido hacía días en lugar de horas. Habían conducido un coche de alquiler hasta Batabanó, un soñoliento puerto pesquero en la costa sur de Cuba, y habían tomado un ferry para cruzar el golfo de Batabanó. Habían planeado buscar sistemáticamente, recorriendo la línea costera. Cada fondeadero conocido. Cada cala oculta.

Pero siete horas después, no tenían nada.

Habían ido primero a Caleta Grande, un puerto natural protegido por promontorios rocosos. Y luego el siguiente destino había sido Caleta Cocodrilo: se habían dirigido a la ensenada, más pequeña y aislada, parcialmente oculta por los manglares.

Para cuando llegaron a Punta Francés, con sus espectaculares acantilados en el extremo suroeste, expuestos pero con vistas panorámicas, la paciencia de Adrian se había agotado.

Habían escudriñado las paredes de los acantilados en busca de símbolos tallados y explorado entre las rocas desprendidas. Nayra había encontrado lo que parecían los cimientos de una antigua

estructura. Habían hallado muchas pruebas de uso histórico: argollas de amarre de hierro fijadas en las rocas, maderas de barcos dispersas, cerámica rota.

Pero nada vinculado con lo que habían encontrado hasta ahora.

Nada que conectara con la Fuente.

Ahora, mientras estaba cerca del borde de los acantilados, Adrian se obligó a dejar de lado su frustración y a pensar.

Sacó su teléfono y estudió las fotos de la cámara del convento en La Habana Vieja. Se centró en los círculos que habían tomado por islas. Algunos círculos eran más grandes, otros más pequeños. Más tenues. Se había dado cuenta antes, pero había asumido que era solo una mala conservación, tinta desteñida o la dificultad de tallar en la piedra en una cámara oscura.

Pero ahora, mirando fijamente los tenues círculos agrupados al sur y al este de donde debería estar la Isla de la Juventud, se le ocurrió una idea diferente.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Nick, acercándose a ella mientras daba un largo trago a su botella de agua.

—Creo que hemos estado mirando esto de forma equivocada —dijo Adrian despacio, mientras los demás se reunían con ellos.

Adrian echó otro vistazo a su alrededor, entrecerrando los ojos contra el sol que colgaba bajo sobre el agua. Por impulso, sacó los prismáticos de su mochila y escudriñó el mar abierto.

Al principio, nada más que azul. Un mar interminable que se extendía hasta el horizonte.

Entonces, a unos treinta kilómetros de distancia, los vio. Formas pequeñas y oscuras que apenas rompían la superficie. Arrecifes y arena expuestos, allí en un momento... y mientras observaba, una ola cubrió por completo uno de ellos. Desaparecido al siguiente.

Aparecían, desaparecían y volvían a aparecer según se movía el agua.

Con el corazón latiéndole con fuerza, bajó los prismáticos y se los pasó a Nick mientras volvía a mirar las fotos de su teléfono. ¿Y si los círculos eran *deliberadamente* tenues? ¿Y si representaban algo temporal?

Cayos mareales.

Los círculos tenues del mapa cobraron sentido de repente. No estaban mal dibujados. Mostraban islas que apenas existían. Islas que solo aparecían con la marea baja.

Perfectas para esconder algo. Perfectas para refugiados que necesitaban permanecer invisibles, que necesitaban dejar marcas que las patrullas españolas no pudieran encontrar.

Observó cómo los demás llegaban a la misma conclusión mientras se pasaban los prismáticos, con las formas distantes apareciendo y desapareciendo al ritmo de las olas.

—Esos son los Jardines de la Reina —observó Jorge—. Cientos de cayos, la mayoría mareales. Completamente deshabitados.

—Así que los fugitivos vinieron aquí a esperar —dijo Adrian, pensando en voz alta a medida que las piezas encajaban—. A prepararse. Luego fueron allí, a islas que solo existen parte del tiempo. Donde ninguna patrulla española podría seguirlos sin encallar en los arrecifes.

—Y donde podrían dejar algo escondido —añadió Nick—, solo accesible para alguien que supiera exactamente cuándo y dónde buscar.

TREINTA Y SIETE

Jardines de la Reina, Cuba

06:23

ADRIAN SE AGARRABA a la borda del barco de pesca que habían alquilado mientras surcaban el suave oleaje en dirección sureste desde la Isla de la Juventud. El agua había pasado del negro al azul profundo a medida que el amanecer despuntaba sobre el Caribe.

Se habían quedado a pasar la noche en la isla para poder realizar esta travesía a primera hora de la mañana.

—Tenemos quizá dos horas antes de que el agua suba lo suficiente como para cubrir esos cayos por completo —dijo Jorge mientras pilotaba la embarcación, que estaba bien mantenida a pesar de su antigüedad y equipada con el equipo de navegación necesario para trabajos en arrecifes.

Adrian escudriñaba el horizonte con unos binoculares mientras Nick y Nayra hacían lo mismo desde la proa. Todos estaban tensos, atentos a otros barcos, a cualquier señal de persecución. Pero, de momento, parecían estar fuera de peligro. Viajaron en un silencio tenso hasta que Nick habló.

—Allí —dijo, señalando hacia adelante—. ¿Los veis?

Los cayos ya eran visibles; parches de coral expuesto y arena que surgían del agua como los lomos de ballenas dormidas. Algunos

apenas medían unos palmos, otros quizá veinte o treinta metros. El agua lamía sus bordes, comenzando ya a reclamar lo que la marea baja había revelado brevemente.

María se puso en pie, examinando el tosco mapa de las fotos en su tableta, comparándolo con lo que tenían ante ellos. Estudió el patrón de los círculos y luego la geografía real, moviendo la vista de un lado a otro.

—Ahí —dijo, señalando a un grupo de cayos—. Ese patrón coincide. Deberíamos empezar por esos.

Caminaron por el agua hacia el primer cayo, con el agua por el pecho entre el barco y el arrecife expuesto. Parecía prometedor; lo bastante sólido como para haber sobrevivido a siglos de tormentas y lo bastante elevado para que algo pudiera haber sido ocultado por encima de la línea normal de la marea.

Adrian subió a la sección de roca, con sus zapatillas anfibias chapoteando. La superficie mostraba patrones de erosión visibles, con profundos surcos tallados por el viento y el salitre. Empezó a buscar sistemáticamente mientras los demás se desplegaban por el cayo.

—¡Aquí! —la voz de Nick sonó aguda por la emoción—. Hay algo tallado en esta cara de la roca.

Se reunieron alrededor de donde él señalaba. Era definitivamente obra del hombre, con líneas talladas que formaban marcas deliberadas, demasiado regulares para ser erosión natural. Jorge se arrodilló, escrutándolas. Adrian vio cómo la esperanza llenaba su expresión para luego desvanecerse lentamente.

—Es demasiado reciente —dijo finalmente—. ¿Veis cómo los bordes están todavía relativamente afilados? Los grabados de la época colonial estarían mucho más desgastados tras siglos de exposición. —Recorrió una línea con el dedo—. Esto es probablemente de los años 70 u 80. Contrabandistas o pescadores marcando el lugar.

—Queda uno más en el grupo —dijo María, estudiando el mapa—. Si vamos a comprobarlo, tenemos que ir ahora antes de que la marea empiece a subir.

El segundo cayo era más pequeño. Pero tenía un rasgo distintivo: un arco de roca natural, parcialmente sumergido, por el que el agua fluía con cada ola.

—Mirad el mapa —dijo María con urgencia, señalando una línea curva cerca de un círculo en la foto—. Eso podría ser el arco.

Avanzaron hacia el arco con el agua por la cintura. La formación rocosa estaba picada por la erosión de siglos de acción de las mareas. Pero en el interior del arco, protegida de lo peor del clima y las olas, justo por encima de la línea normal de la marea, Adrian vio algo que le cortó la respiración.

Símbolos tallados cubiertos de algas y percebes.

Todos se apresuraron y trabajaron frenéticamente, usando sus cuchillos para desprender el crecimiento marino. Los símbolos fueron emergiendo pieza a pieza: la familiar serpiente con su cola bífida, más petroglifos taínos similares a los que habían encontrado en La Habana. Y junto a ellos, tallado con más profundidad en la piedra protegida, un símbolo solar con rayos que apuntaban en direcciones específicas.

—Hay algo más aquí —dijo María, con las manos en la base del arco parcialmente sumergido—. Se siente... extraño. Más rugoso que los demás.

Hicieron palanca juntos y la superficie cedió. Detrás había un espacio hueco, de unos treinta centímetros de profundidad, recubierto de lo que parecía alquitrán o brea. Una impermeabilización que había sobrevivido.

Nick metió la mano y sacó un bulto envuelto. El hule del exterior estaba deteriorado pero seguía cumpliendo su función. Se lo entregó a Adrian, quien lo desenvolvió con cuidado.

Dentro había una tabla tallada, oscurecida por los años. La isla de Cuba estaba grabada en la parte superior, de forma inconfundible. Mucho más abajo, una sola isla: aislada, destacada. Al lado, de nuevo la serpiente, con la cola dividida en dos. Una punta se curvaba de vuelta hacia el Caribe, marcada con símbolos de olas. La otra se angulaba hacia el sur.

A lo largo del borde, había palabras talladas en español: *La puerta de dos caminos*.

—Creo que esto se refiere a Trinidad —susurró Jorge—. Los españoles la llamaban la puerta al continente. Al sur de allí, el mar cambia, agua dulce del Orinoco. El lugar donde el mar se divide, un camino hacia las islas, el otro hacia el continente.

Una ola surgió a través del arco, empapándolos hasta el pecho. El cayo estaba desapareciendo bajo sus pies.

—Tenemos que movernos —dijo Nayra—. Antes de que todos desaparezcamos con este cayo.

TREINTA Y OCHO

Espacio aéreo sobre el mar Caribe
16:19

LA CESSNA alquilada se estabilizó a doce mil pies de altura. Adrian estaba sentada frente a Nick en la estrecha cabina; María y Jorge se acurrucaban a su lado. Nayra se sentaba lo más cerca posible de la separación de la cabina de mando, con la espalda apoyada en el mamparo, observando cómo las nubes se disipaban a medida que ascendían hacia el sur.

Habían tenido suerte de encontrar el avión. El destacamento tenía un alcance limitado en la región, así que habían confiado en el contacto de Nayra en Nueva Gerona, un piloto jubilado que realizaba vuelos chárter para observadores de aves y biólogos marinos. Había aceptado llevarlos al Aeropuerto Internacional de Piarco, en Puerto España, Trinidad, sin hacer preguntas y por una suma considerable.

La Cessna Caravan era vieja pero estaba en condiciones de volar; el piloto, un hombre estoico de unos sesenta años llamado Tajo, apenas había hablado más allá de confirmar su destino. Su joven copiloto, Elian, era más amable, pero también reservado y profesional.

Ahora, con Cuba haciéndose cada vez más pequeña a sus espaldas y nada más que mar abierto por delante, Adrian centró su atención en el problema que la rondaba desde los cayos mareales.

—*La puerta de dos caminos*—dijo—. Si los fugitivos fueron a Trinidad, ¿adónde se dirigieron una vez que llegaron allí?

—Cualquiera que siguiera el rastro hacia la Fuente desde Cuba necesitaría encontrar otro punto de referencia en Trinidad. Así que... casas francas, contactos, arsenales ocultos —reflexionó Nick.

—Iglesias —dijo Jorge, tras un momento de reflexivo silencio—. Los frailes dominicos estuvieron activos en Trinidad durante la etapa española. Si la Orden tiene raíces que se remontan a siglos atrás... —Miró a Nayra—. ¿No habría algún repositorio de la iglesia? ¿Registros guardados por separado de la administración colonial?

Nayra sacó su teléfono y empezó a navegar por él. —Hay una lista de lugares dominicos por todo el Caribe que tenían vínculos históricos con la Orden: iglesias, conventos, casas parroquiales donde nuestra gente mantuvo su presencia a lo largo de los siglos. La mayoría ya no existen, han sido demolidos o reconvertidos. Pero la parroquia de Santa Ana, en Puerto España, Trinidad, aparecía en esa lista. Data de finales del siglo XVIII. Antes de eso, hubo una iglesia anterior, destruida por un incendio, creo. Pero los dominicos llevaban sus propios registros. —Los miró, con un deje de amargura cruzando sus facciones—. Puede que ahora que la Orden no es de fiar esté comprometida, pero al menos deberíamos empezar por ahí.

—La tablilla también mostraba el camino del sur marcado con símbolos de agua —dijo María—. Símbolos de cambio, de mezcla. Jorge, dijiste que el agua cambia cerca de Trinidad...

—El río Orinoco —confirmó Jorge—. Empuja el agua dulce a gran distancia mar adentro. Los marineros lo han descrito durante siglos: se puede notar el cambio en el agua. Al sur de Trinidad, el Caribe se convierte en otra cosa. Las corrientes cambian. El agua se vuelve de color marrón por los sedimentos.

—De acuerdo. Entonces tenemos que... —Nick se detuvo de repente. Miraba por la ventana.

Adrian se dio cuenta de lo que iba mal al mismo tiempo.

Abajo, el océano se extendía en todas direcciones, pero el color no era el adecuado. Deberían haberse estado aproximando a Trinidad por el noroeste... ella había estudiado la aproximación en el mapa. Las montañas serían lo primero que se vería, crestas de un

verde oscuro surgiendo del mar, con la expansión urbana de Puerto España extendida por la costa, bajo ellas.

En su lugar, veía una costa llana. Matorrales bajos. Pantanos.

Nayra, que también había notado la anomalía, se puso en pie al instante y se dirigió hacia la separación de la cabina. A través del pequeño cristal, Adrian pudo ver al piloto y al copiloto en sus asientos.

La postura del piloto había cambiado; tenía los hombros rígidos, y sus movimientos eran tiesos y mecánicos. El copiloto estaba sentado con una quietud antinatural.

—Señor —llamó Nayra a través de la separación—. Esta no es la aproximación correcta.

No hubo respuesta. El avión se inclinó ligeramente, descendiendo.

A Adrian se le dio un vuelco el estómago; un pavor comenzó a extenderse por su pecho.

Nayra golpeó la separación.

El copiloto se giró en su asiento. Era más joven de lo que Adrian había pensado en un principio; a finales de la veintena, su semblante amable había desaparecido, reemplazado por un rostro duro y ojos gélidos. Apuntó con una pistola compacta a través de la ventanilla de la cabina, directamente al pecho de Nayra.

—Siéntense —dijo con calma—. Todos. Las manos donde pueda verlas.

TREINTA Y NUEVE

LA CABINA SE QUEDÓ INMÓVIL. Nick estaba en tensión a su lado, esa rigidez que ella conocía tan bien; su cuerpo pasaba al modo operativo, calculando. Ella se encontró con su mirada y negó levemente con la cabeza. *Todavía no. No en una cabina presurizada con un arma apuntándoles.*

Nayra se alejó despacio del mamparo, con expresión controlada, pero con la mandíbula apretada por la furia. Se sentó.

A través de la ventana de la cabina de mando, Adrian veía las manos de Tajo temblar sobre los mandos, con los nudillos blancos. Sospechaba que Elian no era un hombre de Tajo. Lo habían infiltrado.

—¿Para quién trabajas? —preguntó Adrian, manteniendo la voz nivelada.

Elian no respondió, manteniendo el arma apuntándoles.

El avión continuó el descenso. Por las ventanillas, Adrian observó cómo el paisaje ganaba nitidez; la llanura costera daba paso a un denso manglar, verde, negro y enmarañado. Sin edificios. Sin carreteras. Solo pantano y matorrales extendiéndose hasta el horizonte.

Pronto, una franja de terreno despejado cortó el manglar como una cicatriz: seiscientos metros de tierra apisonada flanqueada por una vegetación densa. Una pista de aterrizaje agrícola o industrial,

probablemente utilizada por aviones de fumigación o helicópteros de compañías petroleras en el sur rural de Trinidad.

En un extremo, dos SUV negros estaban aparcados sobre la tierra, con hombres de pie junto a ellos. Adrian sospechó que eran mercenarios.

El tren de aterrizaje gimió al desplegarse. La Cessna viró bruscamente, alineándose con la pista. Las ruedas golpearon la tierra batida con una sacudida que hizo castañetear los dientes de Adrian. La Cessna rebotó una, dos veces, y luego se estabilizó en una deceleración brusca, levantando nubes de polvo rojo que oscurecieron las ventanillas. Los motores se apagaron con un silbido.

A través del polvo que se asentaba, Adrian podía verlos claramente ahora. Seis hombres armados. Y detrás de ellos, bajando de uno de los SUV, un hombre alto y de pelo oscuro de unos cincuenta años. Se movía con aire de importancia. Ella sospechó que era el líder, la persona detrás de todo, incluido el asesinato de Ricardo.

El copiloto salió de la cabina, todavía con el arma apuntándoles. —Fuera. Despacio.

Salieron uno tras otro de la Cessna al aire espeso y húmedo. En cuanto el último de ellos pisó la tierra batida, Elían enfundó su arma, volvió a subir a la cabina y cerró la puerta.

Los motores de la Cessna se aceleraron de inmediato. En cuestión de segundos, el avión estaba rodando, ganando velocidad por la pista de tierra, y luego despegó, virando bruscamente sobre los manglares y reduciéndose a una mota contra el cielo blanco y plano.

Los mercenarios los rodearon de inmediato, cacheándolos y quitándoles teléfonos, armas y bolsas. Adrian observó con creciente ira y frustración cómo se apoderaban de sus pertenencias y las llevaban a uno de los SUV.

El líder se acercó despacio, pasando la mirada por cada uno de ellos antes de detenerse en María. Múltiples emociones cruzaron su rostro: reconocimiento, cálculo y, bajo todo ello, algo que podría haber sido arrepentimiento.

—Doctora Sánchez —dijo él. Su inglés era fluido, con solo un ligero acento español—. Ricardo decía que usted era la mejor de todos ellos. Su investigadora más brillante.

María se puso rígida; lágrimas de rabia llenaron sus ojos. — ¿Quién es usted? ¿Fue... fue usted? ¡¿El que lo mató?!

La expresión del hombre se cerró, apretando los puños a los costados. Adrian notó un ligero temblor recorrer su cuerpo.

Se volvió hacia sus hombres y habló en un español rápido, diciéndoles que agarraran a María. Ellos obedecieron, situándose dos a los flancos de María y agarrándola cada uno de un brazo. Ella forcejeó, pero ellos le doblaban el tamaño.

—No... —Jorge se lanzó hacia delante y fue derribado de inmediato al suelo por un rodillazo en el estómago. Se encogió, jadeando.

El líder lo estudió un momento, luego miró a Adrian, Nick y Nayra con desdén y desprecio.

—Matadlos —dijo en inglés—. Aseguraos de que sus cuerpos no se encuentren nunca.

Caminó de regreso hacia el SUV mientras sus hombres arrastraban a María con ellos.

Adrian, Nick y los demás se quedaron con los mercenarios restantes, que se desplegaron a su alrededor con las pistolas apuntando a sus cabezas.

CUARENTA

ADRIAN SABÍA que solo tenían milisegundos. Había estado evaluando en silencio a los mercenarios. El que estaba a su izquierda era el problema: disciplinado, con el arma levantada y la mirada fija. Los otros tres parecían más descuidados y poco preparados.

Buscó la mirada de Nick. Desvió la vista hacia la izquierda. El disciplinado. El suyo.

Luego buscó la de Nayra. Nayra, siempre observadora, le dedicó un asentimiento casi imperceptible. Ella se encargaría del otro.

El mercenario más cercano hizo un gesto con su pistola. —De rodillas. Todos.

Adrian no se movió. En su lugar, miró más allá de él, hacia la línea de árboles, abrió mucho los ojos y gritó: —¡Maria, NO!

Era el truco más viejo del mundo. No debería haber funcionado. Pero tres de los cuatro hombres giraron la cabeza.

Adrian acertó la distancia con el mercenario más cercano en dos zancadas, clavando la palma de la mano en su garganta. Él sufrió una arcada y su pistola cayó mientras ambas manos se llevaban al cuello.

Ella atrapó el arma antes de que tocara el suelo, le dio la vuelta y golpeó con la culata en la sien del hombre. Él se desplomó.

Nick golpeó al disciplinado un instante después; sin delicadeza, solo violencia explosiva, una carga con el hombro que los llevó a ambos al suelo.

El mercenario era bueno, ya estaba girándose para encarar su arma, pero Nick le sacaba veinte kilos y era mejor.

Le atrapó el brazo armado, tiró con fuerza y Adrian oyó el crujido húmedo de un hombro dislocado. El hombre gritó. Nick lo silenció con un codazo en la mandíbula.

Nayra fue más silenciosa. El tercer mercenario apenas se había vuelto tras la finta de Adrian cuando ella ya estaba encima de él; con una mano desvió el cañón de la pistola hacia el cielo, mientras la otra asestaba un golpe corto y feroz en el plexo solar.

Él se dobló. Ella le subió la rodilla a la cara mientras él se encogía y cayó con fuerza, inconsciente.

El cuarto mercenario, sobresaltado y abrumado, apuntó su arma mientras Nick y Adrian cargaban hacia él, pero Jorge lo embistió de lado como un tren de mercancías.

El placaje los hizo rodar a ambos por el suelo y la pistola salió despedida. El mercenario se quitó a Jorge de encima, gateando hacia el arma, pero Adrian llegó primero, alejó la pistola de una patada y le golpeó con ella, dejándolo sin sentido.

Nick y Nayra despojaron de sus armas a los hombres caídos. Nick le lanzó una pistola a Nayra y otra a Adrian.

—Jorge, ¿estás bien? —preguntó Adrian.

Jorge se estaba levantando, haciendo muecas de dolor y con la cara manchada de tierra. —Estoy bien.

—Sus jefes sabrán que algo va mal en menos de dos minutos —dijo Nayra con aire sombrío. Escudriñó la línea de árboles con expresión aguda y calculadora—. Creo que esto es Caroni. O está cerca. Señaló hacia el sur, hacia la muralla de manglares que bordeaba la pista de aterrizaje—. El sistema de pantanos se extiende muchos kilómetros. Si nos adentramos en el manglar, los vehículos no podrán seguirnos. Tampoco los hombres que no conozcan el terreno.

Llegaron a la línea de árboles en segundos. El manglar se cerró a su alrededor, una catedral densa y enmarañada de raíces y ramas. El suelo se volvió blando bajo sus pies, succionando las botas de Adrian a cada paso.

—¿Has reconocido a alguno? —preguntó Adrian.

—No —dijo Nayra, con la voz tensa por la frustración—. Ni siquiera al tipo que parecía su jefe. Supongo que la Orden tiene más de estos «socios de confianza» de los que pensaba.

Nayra siguió avanzando, caminando por el manglar como si hubiera nacido allí, encontrando terreno firme donde Adrian y los demás solo veían lodo, agachándose bajo arcos de raíces que parecían impenetrables hasta que uno estaba justo encima de ellos.

Pronto el manglar dio paso a un estrecho canal de agua salobre, que les llegaba por la rodilla y fluía lentamente, por donde Nayra los guio en fila india a través de las aguas poco profundas. Los cangrejos se escabullían ante sus pasos. Una garza blanca salió disparada de la maleza, casi dándole un vuelco al corazón a Adrian.

Nick se puso a su altura. Sangraba por un corte sobre la ceja; después de todo, el mercenario disciplinado le había alcanzado una vez. Pero su expresión era de concentración, escrutando los alrededores.

—Buen truco el de antes, West —murmuró—. Lo de Maria.

—No debería haber funcionado.

—Eso es porque la mayoría de la gente es idiota —respondió Nayra sin darse la vuelta—. Deberíamos dejar de hablar. El sonido se propaga por el agua.

Caminaron en silencio; el pantano se fue despejando gradualmente y el suelo se volvió más firme.

Finalmente, Nayra se detuvo al borde de lo que parecía un viejo canal de drenaje, cubierto de maleza pero aún discernible, que corría aproximadamente hacia el norte.

—Esto debería desembocar en el sistema del río Caroni —dijo—. Si lo seguimos hacia el norte, deberíamos llegar a la carretera de Puerto España. —Miró al cielo, calculando la posición del sol—. Podemos llegar antes de que anochezca. Quizá.

—Quizá. Eso es alentador —masculló Nick.

Adrian aprovechó el momento para recuperar el aliento. Tenía las botas destrozadas, la ropa empapada y apestaba a agua estancada, y le dolían todos los músculos del cuerpo. Pero estaban vivos.

Miró a Jorge, que estaba silencioso y pálido.

—Jorge —dijo suavemente.

Él se volvió con expresión angustiada.

—Vamos a recuperarla —dijo Adrian.

Jorge le sostuvo la mirada durante un largo rato y luego asintió una vez. Relajó los puños.

Se dirigieron al norte y empezaron a caminar.

Moruga, Trinidad

17:42

La propiedad pertenecía a un miembro de la Orden: la casa de un antiguo plantador de cacao apartada de un camino lleno de baches en el interior del sur. Era un bungaló de una sola planta, medio devorado por la hierba de navaja y los troncos inclinados de un huerto abandonado.

Había estado vacío durante años, a juzgar por las enredaderas que se habían apoderado del porche y el olor a humedad que impregnaba cada habitación. Pero tenía electricidad, agua corriente y, lo más importante, estaba aislado. El pueblo más cercano estaba a doce kilómetros de mala carretera en cualquier dirección.

Rafael estaba sentado en lo que antaño fuera el despacho. Sus hombres habían registrado la casa y establecido un perímetro. Gabriel estaba en la cocina, hablando en voz baja con uno de sus hombres sobre logística. En el segundo despacho, Soto y Lanzo examinaban los artefactos que les habían quitado a Maria y a los americanos.

Un contacto en la oficina de control del pequeño aeródromo a las afueras de La Habana se había puesto en contacto con sus hombres en cuanto Nayra Calderón había reservado el vuelo chárter.

Un escalofrío de molestia le recorrió al oír el nombre. Era una molesta renegada de la Orden; Francisco le había dicho a Rafael que se había encargado de eliminarla.

Sin embargo, se la había jugado a sus hombres en Puerto Rico y ahora trabajaba con los americanos. Otro fracaso del viejo y de su

inútil organización.

Afortunadamente, la gente de Rafael se había movilizado rápido con el piloto. Solo tuvieron que amenazar a su mujer y el hombre accedió de inmediato. El copiloto, Elian, era de los suyos, introducido en el manifiesto como una sustitución rutinaria.

Rafael levantó la vista cuando se abrió la puerta. Dos de sus hombres trajeron a Maria, uno sujetándola de cada brazo. Podría haber ordenado que la mataran con los demás, pero necesitaba saber qué sabían ellos.

Y había una parte de él, una parte sentimental, que deseaba sus conocimientos porque sabía cuánto la valoraba Ricardo, a pesar de que ellos nunca se habían conocido. Ella era un vínculo involuntario con su viejo amigo.

—Siéntese, doctora Sanchez —dijo Rafael, señalando la silla frente al escritorio.

Maria no se sentó. Se mantuvo erguida y desafiante entre los dos hombres, con el pecho agitado y los puños apretados a los lados. Medía un metro sesenta como mucho, pero la furia que irradiaba parecía llenar la habitación.

A Rafael se le tensó la mandíbula. —No me gusta repetirme. Siéntese.

En un movimiento repentino, Maria se soltó de los hombres que la flanqueaban, un giro brusco y violento que los pilló desprevenidos, y se lanzó sobre el escritorio. Sus manos aferraron la camisa de Rafael, sus dedos arañaron su cuello y le gritó a la cara con un dolor crudo y animal: —Es usted un cobarde egoísta —escupió—. Ricardo no quiso decirle lo que sabía sobre la Fuente, ¡y lo mató por ello, ¿verdad?! Él quería protegerla. Usted solo quiere explotarla.

Las palabras atravesaron la cuidada armadura que Rafael había construido, más allá de las racionalizaciones, más allá de los cálculos por el bien común, directo al lugar donde el rostro de Ricardo aún flotaba, con los ojos apagándose y los labios formando aquellas últimas palabras. *Nunca la encontrarás.*

Rafael reaccionó por instinto. Su mano abierta impactó contra el lado de la cara de ella antes de haber decidido conscientemente golpearla.

Maria se tambaleó hacia un lado, apoyándose en el escritorio. Apareció sangre en la comisura de su labio. Sin embargo, no había miedo en sus ojos, solo desprecio.

Algo estalló dentro de Rafael. El agotamiento, los meses viendo cómo su cuerpo se deterioraba mientras la Fuente seguía estando fuera de su alcance; todo se derrumbó en una avalancha de furia.

Rodeó el escritorio antes de darse cuenta de que se movía, con la mano cerrándose en torno a la Beretta que llevaba al cinto. La presionó contra la suave piel bajo la mandíbula de Maria, obligándola a levantar la barbilla. Incluso sus hombres se quedaron helados por la sorpresa. Maria abrió mucho los ojos, pero no desvió la mirada.

El rostro de Ricardo. El rostro de Emil. El sonido del disparo. El cuerpo en el suelo de cemento.

—Rafael.

La voz de Gabriel desde el umbral. Tranquila, firme.

—*Rafael*. La necesitamos.

Las palabras de su hermano cortaron la estática de su cabeza. Bajó la pistola. Maria se desplomó contra el escritorio, con una mano apretada contra la garganta, donde el cañón había dejado una huella roja en su piel.

Rafael retrocedió. Sentía las piernas débiles, poco fiables. Se agarró al borde del escritorio para estabilizarse y se apartó de ella, mirando hacia la ventana donde la selva de Trinidad presionaba contra el cristal.

Detrás de él, sus hombres la sujetaron. Oyó que Gabriel se disculpaba, le preguntaba si estaba bien y le ofrecía agua. Su hermano, siempre intentando arreglar lo que Rafael rompía.

Rafael apoyó la palma de la mano sobre el escritorio para calmar otro temblor y habló sin volverse. Habló lo suficientemente alto como para asegurarse de que Maria le oyera.

—Quiero una lista de todos los que le importan a la doctora Sanchez. Padres. Hermanos. Amigos. *Todos*.

Solo entonces se volvió. Maria había palidecido, mirándole con terror. Incluso su hermano parecía inseguro. Pero él mantuvo su expresión gélida.

—Cooperará —dijo, sosteniéndole la mirada—. O empezaré a eliminar a personas de la lista. Dado que su mentor está muerto, ya sabe que no hago amenazas en vano.

CUARENTA Y UNO

Puerto España, Trinidad
09:14

LA PARROQUIA de Santa Ana era otro callejón sin salida.

Era la mañana siguiente y Adrian estaba de pie al fondo de la nave con las manos entrelazadas, fingiendo leer un folleto que había cogido cerca de la puerta. La iglesia era un rectángulo de gruesos muros de piedra encalada, de base colonial española; las vigas del tejado y las vidrieras fueron añadidas más tarde por los británicos. Dos filas de bancos de caoba oscura, un altar modesto, una capilla lateral dedicada a una estatua de la Virgen María tras un estante de velas parpadeantes.

El calor de la mañana entraba por las puertas abiertas y, con él, el leve sonido del tráfico de Puerto España. Cláxones de coches, un vendedor gritando algo en patois, el zumbido de un escúter bajando por Charlotte Street.

La noche anterior, tras caminar hasta la autopista que lleva al norte hacia Puerto España, habían logrado parar a un camión que pasaba y habían usado el teléfono del conductor para llamar a Briggs. Le habían dado descripciones de los hombres que se habían llevado a María, pero Adrian sabía que localizarla con tan poca información era muy difícil. Necesitaban encontrar la Fuente, eso era

para lo que el líder la necesitaba, y era su mejor oportunidad para rescatarla.

Briggs había organizado todo para que llegaran a la Embajada de los Estados Unidos en Queen's Park West. Un empleado de la embajada los recibió en una puerta lateral. En una hora tenían dinero en efectivo en tres divisas, teléfonos de prepago, ordenadores portátiles y tabletas de repuesto, identificaciones temporales y las llaves de un piso franco donde pasaron la noche.

En cuanto amaneció, se dirigieron a la parroquia, vigilándola desde la distancia para asegurarse de que no hubiera nadie que pareciera mínimamente sospechoso antes de entrar.

Unos cuantos turistas deambulaban entre las columnas con guías abiertas, haciendo fotografías. Una anciana se arrodillaba en el primer banco, moviendo los labios sin emitir sonido. Un joven sacerdote pasó por detrás del altar sin levantar la vista.

A pesar de su vigilancia, Adrian sabía que cualquiera de ellos podía ser un mercenario disfrazado. Después de aquel incidente con los pilotos, todos estaban en tensión.

Habían pasado casi una hora buscando, haciendo todo lo posible por mezclarse con los turistas mientras inspeccionaban el lugar.

Nick fingía fotografiar el fresco del techo. Jorge estaba agachado en la capilla lateral, examinando la inscripción de una tablilla votiva. Adrian había recorrido los bancos, uno por uno, pasando la palma de la mano por la parte inferior de los reclinatorios, donde algo pequeño podría haber sido encajado y olvidado.

Cerca de la entrada, Nayra fingía leer una guía mientras vigilaba a todo el que entraba y salía.

Pero no habían encontrado nada. La parroquia era solo una iglesia que había sido una iglesia durante doscientos cincuenta años, y nada más.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Jorge al unirse a ella, con la voz temblorosa por el pánico.

Adrian le dedicó un asentimiento sombrío. Tenía razón. Cada segundo que pasaban persiguiendo callejones sin salida era más tiempo que María pasaba con esos mercenarios.

Cerró los ojos, pensando en todas las pistas que los habían llevado hasta allí, volviendo finalmente a algo que la había estado rondando.

—Hemos estado interpretando el símbolo de la serpiente como una metáfora del agua en movimiento —dijo en voz baja, mientras Nick se sentaba a su otro lado—. Corrientes divergentes. ¿Pero y si es literal? ¿Y si señala un lugar específico con nombre propio?

Jorge frunció el ceño, tamborileando con las manos en el respaldo del banco mientras sopesaba sus palabras.

—El estrecho entre Trinidad y Venezuela —dijo finalmente—. Tiene dos nombres. El paso del sur se llama Boca de la Serpiente. Los pasos del norte son las Bocas del Dragón. Colón les puso nombre durante su tercer viaje. Describió las corrientes como tan violentas que casi destruyen sus barcos. También describió un «agua extrañamente dulce» en el mar frente a la costa suroeste de Trinidad. Agua dulce que fluye hacia el exterior desde el continente.

—Así que podría señalar donde el agua dulce se encuentra con el agua salada. La cola bífida de la serpiente. Los símbolos de las olas. La «puerta de dos caminos» —dijo Nick lentamente.

—Las Bocas del Dragón son, literalmente, donde el Caribe choca con el penacho de agua dulce del Orinoco. Es la característica geográfica exacta que los grabados han estado describiendo —dijo Jorge, con la esperanza asomando en su rostro.

—Entonces los refugiados no ocultaban su destino en código —susurró Adrian—. Lo estaban nombrando directamente. La serpiente *son* las Bocas.

CUARENTA Y DOS

Bocas del Dragón, Trinidad
13:08

EL TAXI acuático abría una estela blanca a través del golfo de Paria mientras Adrian y los demás se dirigían al oeste desde Chaguaramas; la isla principal retrocedía tras ellos hasta convertirse en una neblina de colinas verdes y tejados relucientes.

De camino a las Bocas, se habían puesto en contacto con el grupo de trabajo para que les ayudaran a concretar a qué lugar del estrecho debían ir exactamente. Layla recomendó Huevos, la isla central de la cadena de las Bocas: pequeña, deshabitada y lo bastante accesible como para que cualquier actividad indígena posterior pudiera haber sobrevivido sin haber sido saqueada por los arqueólogos que pululaban por Gaspar Grande cada temporada. Era la mejor pista que tenían con tan poco tiempo.

Y, sin embargo, algo había estado rondando los pensamientos de Adrian desde que habían zarpado del puerto deportivo de Chaguaramas. Huevos era la recomendación *sensata*.

Pero los refugiados estaban desesperados. Habrían elegido cualquier isla a la que fuera menos probable que los españoles los siguieran, no la más conveniente para realizar un estudio. Y no podían permitirse otro callejón sin salida. No con la vida de María en juego.

—Hay mucha corriente hoy —les gritó el conductor por encima del ruido del motor, sonriendo—. Agarraos a algo. La cosa se anima una vez que pasamos Monos.

Su conductor era un hombre jovial de unos sesenta años llamado Sylvan. Había sido el primer barquero del puerto deportivo de Chaguaramas dispuesto a llevarlos más allá de Huevos. El contacto de Briggs en la embajada había comprobado sus antecedentes: sin antecedentes penales, sin filiaciones conocidas, veintitrés años con licencia trabajando en el mismo puerto deportivo. Ya no se arriesgaban.

La primera Boca, el canal entre la península de Chaguaramas de Trinidad y la isla de Monos, estaba agitada pero era manejable.

Sylvan lo atravesó con facilidad, mientras el barco subía y bajaba sobre un oleaje que golpeaba el casco como palmas abiertas. Adrian sintió la mano de Nick apoyarse brevemente en su espalda cuando una ola más grande los sacudió de lado; para estabilizarla a ella, o a sí mismo, no podía saberlo, pero él no se inmutó cuando la proa se hundió y el agua pulverizada le golpeó la cara. Probablemente nunca se sentiría del todo cómodo en el agua, pero había avanzado mucho desde que saltó al mar a las afueras de El Morro.

Nayra estaba sentada contra la barandilla opuesta, con la mirada alternando rápidamente entre la costa que retrocedía y el canal abierto que tenían por delante, buscando, sospechaba Adrian, cualquier barco que pudiera estar siguiéndolos. Jorge estaba a su lado, con el rostro tenso por la preocupación.

—Mi hija quiere que me jubile —anunció Sylvan a nadie en particular, negando con la cabeza—. Dice que soy demasiado viejo para estar aquí fuera todos los días. Yo le digo que el día que deje de conducir este barco, podrá empezar a cavar el hoyo.

Además de ser un buen barquero, Sylvan era un hablador. En circunstancias normales, Adrian lo habría ignorado. Pero se recordó a sí misma que los lugareños siempre tenían información valiosa.

Así que se obligó a participar, forzando una sonrisa educada mientras él parloteaba. Sylvan habló de sus nietos, se quejó del aumento del precio del combustible y presumió de una manada de delfines que había visto cerca de Scotland Bay la semana pasada.

Adrian asintió, esperando una oportunidad, y cuando él hizo una pausa para ajustar el rumbo, ella lo recondujo suavemente al tema.

—Usted debe de conocer estas islas mejor que nadie. ¿Qué puede decirnos sobre ellas?

Eso fue toda la invitación que necesitó.

—Hay mucha historia por aquí —dijo Sylvan, asintiendo—. Mi tío pescó en estas aguas durante cincuenta años. Conocía cada roca, cada corriente. —Señaló hacia la masa oscura de Monos que pasaba por el lado de estribor—. Solía llevarme cuando era niño. Gaspar Grande, Monos, hasta Chacachacare. La mayoría de la gente se mantiene alejada de allí. Malos recuerdos, malos espíritus, según a quién preguntes —Sylvan se encogió de hombros—. Pero mi tío conocía las aguas que rodean a todas ellas.

Adrian mantuvo un tono de voz informal. Se suponía que eran turistas. Presionar demasiado resultaría sospechoso.

—¿Alguna vez mencionó su tío algo inusual sobre las islas? —preguntó ella—. ¿Tallas antiguas, marcas en las rocas... ese tipo de cosas? Soy un poco aficionada a la historia.

Sylvan le lanzó una mirada de reojo. —Entonces ha oído las historias.

A Adrian le dio un vuelco el corazón, pero mantuvo su expresión neutral. —¿Qué historias?

—Mi tío no se acercaba al lado de barlovento de Chacachacare. Ninguno de los viejos pescadores lo hacía. —Sylvan ajustó el rumbo al entrar en la segunda Boca, el canal entre Monos y Huevos, y el agua se volvió notablemente más brava—. Hay una cueva marina allí. Solo se muestra cuando baja la marea. Mi tío la vio una vez cuando era joven, se desvió de su ruta en un temporal y acabó en el lado equivocado de la isla. Dijo que había tallas en las rocas del interior.

El pulso de Adrian se aceleró. Lanzó una mirada sutil a los demás. Nick se había quedado quieto. La mano de Jorge se había apretado sobre la borda. Nayra se encontró con sus ojos con un único y tajante asentimiento.

—No se acercó demasiado; la corriente era muy fuerte. Pero por lo que pudo ver, dijo que estaban talladas en la piedra de una forma

que no era natural —continuó Sylvan, notando que le prestaban más atención y disfrutando claramente de su entregada audiencia—. Decía que no parecían pintadas. Parecía que alguien había pasado mucho tiempo en ellas. Los viejos pescadores decían que esas tallas estaban allí antes que nadie, incluidos los españoles. Decían que los espíritus las pusieron allí para vigilar el pasadizo.

—¿El pasadizo hacia qué? —preguntó Jorge, inclinándose hacia delante.

Sylvan se encogió de hombros. —Nadie lo sabe. Los ríos del más allá. Mi tío decía que los antiguos creían que esa cueva era la última puerta, que cualquiera que la atravesara abandonaba las islas para siempre. —Echó una mirada atrás hacia ellos—. Nunca volvió. Decía que las tallas lo observaban.

Adrian había oído suficiente. —Olvide Huevos —dijo—. Le pagaremos el doble del trayecto si nos lleva a esa cueva.

CUARENTA Y TRES

Chacachacare, Trinidad
14:11

ADRIAN FUE la primera en entrar en la cueva, el agua le llegaba a las rodillas y estaba sorprendentemente fría en comparación con el calor tropical.

La entrada estaba resbaladiza por las algas y los percebes que le rasparon las palmas al apoyarse. Sylvan había anclado el barco al abrigo de un promontorio rocoso a veinte metros de distancia, con la promesa de no moverse y no usar la radio.

Detrás de ella, Nick, Jorge y Nayra la siguieron en fila india; los haces de sus linternas surcaron la oscuridad.

El pasaje se estrechó y luego se abrió en una cámara. El techo era bajo —Nick tuvo que agacharse— y las paredes rebosaban de humedad, brillando bajo las linternas como algo que respirara. La marea se había retirado lo suficiente como para dejar al descubierto un saliente de roca seca a lo largo de la pared del fondo, elevado sobre el nivel del agua.

Y en ese saliente, tallada en la piedra a la altura de los ojos para que no pasara inadvertida... estaba la serpiente.

Tres mandíbulas abiertas. No era la cola bífida que habían visto; esto era algo nuevo. La boca de la serpiente se había convertido en tres bocas que se abrían en abanico. La linterna de Adrian siguió el

cuerpo mientras se curvaba alejándose de las mandíbulas, girando hacia el sur antes de perderse en la piedra.

—Las tres Bocas —dijo Nick—. Tres canales, tres mandíbulas.

—Mira debajo —dijo Jorge, con la voz apagada por el asombro.

Adrian bajó el haz de luz.

Bajo la serpiente, talladas en la roca, tres líneas onduladas convergían en una sola línea gruesa.

Ríos uniéndose en uno solo.

Sintió la trascendencia del hallazgo antes de que su mente pudiera procesarlo del todo. Cada serpiente que habían seguido a lo largo de este rastro había tenido la cola bifurcada. Corrientes que se dividen. Caminos que se ramifican.

Esta era la primera vez que las aguas se juntaban.

—Y ahí. —Nick señaló a la derecha de la serpiente, donde había un símbolo solar tallado sobre una serie de picos.

Pero los picos eran planos. Rectangulares. Con forma de mesa, como plataformas cortadas con una hoja.

—Eso no son montañas —dijo Jorge—. Son tepuyes: mesetas de arenisca de cima plana. Antiguos. De dos mil millones de años en algunos lugares. Se elevan directamente de la selva, algunos con acantilados verticales de quinientos metros de altura por cada lado. Solo hay un puñado de lugares en la tierra que producen esa silueta, y todos están agrupados en una región. El Escudo guayanés. Venezuela, Guyana, un poco de Brasil. En ningún otro lugar.

Con el pulso acelerado, Adrian dirigió su linterna más abajo. Tallada de forma aún más tenue, apenas visible incluso bajo la luz directa... una sola espiral. La espiral de algo que se estrecha hacia dentro, enrollándose hasta un punto inmóvil en su centro.

—Agua que vuelve a sí misma —dijo Jorge. Ahora su voz estaba ronca por la emoción. Eso solo puede significar una cosa. La Fuente.

*St. Clair, Puerto España
Trinidad*

El contacto de Briggs en la embajada tenía un piso en la segunda planta de una tranquila calle residencial en St. Clair que utilizaba para las vacaciones. Era la ubicación perfecta para un refugio temporal.

Adrian había subido las fotografías de la cueva para el equipo especial durante el trayecto desde Chaguaramas. Para cuando subieron las escaleras y Nayra hubo comprobado la calle un par de veces, el equipo especial ya llevaba casi una hora estudiando las imágenes.

Ahora, Layla, Briggs, Vincent y Sloane aparecían repartidos en la ventana de vídeo de la pantalla del ordenador portátil de Adrian.

—La convergencia de los ríos no coincide con ningún sistema caribeño —dijo Layla—. Los ríos del Caribe son pequeños e independientes. No forman confluencias de afluentes como esta. Pero, como señaló Jorge, las cuencas fluviales de Sudamérica sí lo hacen. —Compartió su pantalla, mostrando una comparación de las tradiciones de petroglifos arahuacos de la región del Escudo guayanés—. He encontrado un vocabulario simbólico coincidente. Los taínos hablaban una lengua arahuaca. También lo hacían los grupos continentales de las Guayanas. La misma familia lingüística. La misma iconografía cartográfica. El motivo de las tres mandíbulas aparece dos veces en el arte rupestre pemón que ha sido datado aproximadamente en el mismo periodo que vuestra cueva.

—Y los picos de cima plana lo confirman —añadió Sloane—. La confluencia de tres ríos más cercana bajo una cordillera de tepuyes que podría coincidir con este grabado está en Bartica, Guyana. Donde se encuentran los ríos Esequibo, Cuyuní y Mazaruní. Es un lugar real. Ha sido un puerto fronterizo durante cinco siglos. Los lugareños lo llaman la puerta de entrada al interior.

—Las redes comerciales indígenas entre Trinidad y la costa de Guyana están bien documentadas —añadió Jorge—. Los pueblos de habla arahuaca recorrían esta ruta mucho antes que Colón. Si los refugiados se dirigieron hacia el interior desde allí, es probable que

subieran por el Esequibo río arriba. El primer afluente importante que alcanzarían es el Potaro, que nace en los montes Pakaraima y cae por el borde de la meseta en las cataratas Kaieteur. Por encima de Kaieteur, la meseta del Potaro es prácticamente inaccesible. Los españoles nunca se acercaron a ella. Incluso hoy en día, solo se puede llegar en avioneta desde Georgetown o tras una travesía de varios días por el interior. —Miró alrededor de la mesa—. Un lugar perfecto para permanecer oculto. Durante siglos.

Adrian miró la fotografía de la cueva en su pantalla, con el corazón martilleándole el pecho. Las tres mandíbulas. Los ríos convergiendo. La espiral estrechándose hacia un punto inmóvil.

—Y Yamira —dijo Jorge de repente—. Allá en Puerto Rico. Cuando nos habló de Yúcahu, dijo que habitaba en las montañas donde nacen los ríos. Lo descarté como un fragmento de mito de creación. —Sus manos se apretaron contra el borde de la mesa—. Pero no estaba describiendo una cosmología. Estaba describiendo un *lugar*. Un lugar real. Donde nacen los ríos. Estuvo en las historias todo el tiempo.

—Y cada punto de referencia que hemos encontrado ha seguido el mismo patrón —murmuró Adrian—. Esconder la pista donde los colonizadores no mirarían, en un lugar accesible solo para quienes conocen la tierra. La Fuente no está al final de un río. —Abrió el mapa en su teléfono, trazando la línea con el dedo—: Trinidad, a través de las Bocas del Dragón, hacia el sureste por la costa, subiendo por el Esequibo hasta Bartica, luego más arriba hasta donde se desvía el Potaro, pasando las cataratas Kaieteur, hacia las tierras altas de Pakaraima. Está en el origen. Donde nace el agua.

El silencio que siguió estaba cargado, eléctrico; una pieza del puzle que finalmente encajaba en su sitio.

Adrian buscó la mano de Nick bajo la mesa. Sus dedos se cerraron sobre los de ella y Nick le sostuvo la mirada, comprendiendo la importancia de este momento.

Briggs asintió en la pantalla. —Empezaré a hacer llamadas. Vais a necesitar apoyo local. Mientras tanto, os llevaremos a Georgetown, en Guyana.

CUARENTA Y CUATRO

Curso superior del río Potaro, Guyana
06:32

EL MALTRECHO bimotor Britten-Norman Islander volaba hacia lo más profundo del interior de Guyana, sobre un dosel ininterrumpido de verdor que se extendía hasta todos los horizontes.

Adrian miró por la ventanilla lateral de la avioneta. Sus pensamientos eran una amalgama de sensaciones: la preocupación por María, la esperanza de que esta vez el rastro la llevara por fin a la Fuente, y el temor ante la posibilidad de que se hubieran equivocado en todo y se dirigieran a otro callejón sin salida.

Las últimas doce horas habían sido un torbellino de coches prestados y vuelos chárter nocturnos. Medianoche saliendo de Piarco, el pequeño aeropuerto de Trinidad que ya estaba medio cerrado por la noche. Las tres de la mañana llegando a Cheddi Jagan, el principal aeropuerto internacional de Guyana, a una hora de trayecto al sur de Georgetown. Después, un traslado rápido y accidentado por la carretera del río Demerara hasta la pista de aterrizaje a las afueras de Ogle, en el extremo oriental de la ciudad. Al amanecer ya habían repostado y despegaban hacia un cielo que aún conservaba un tono rosado amoratado sobre el río.

El avión comenzó pronto el descenso hacia la escarpadura de Pakaraima. La pista de aterrizaje era un tajo de tierra roja excavado

entre los árboles a unos pocos kilómetros al norte de la aldea.

Las ruedas tocaron tierra con fuerza, sacudieron el aparato y se asentaron. De entre los árboles aparecieron niños antes de que las hélices se detuvieran; seis o siete, descalzos, corriendo junto al fuselaje mientras este rodaba hasta detenerse.

La aldea en la que se alojaban era la única en esta parte del río, con apenas quinientos residentes. No había carreteras ni señal de telefonía una vez que se dejaba el pueblo, y utilizarían una canoa para viajar por el río hacia el interior.

Su guía, Solomon, se les acercó con una cálida sonrisa nada más bajar del avión. Había sido investigado y autorizado por el grupo de trabajo; Briggs lo encontró a través del Ministerio de Asuntos Indígenas del país. Tenía unos sesenta años, era delgado pero musculoso, de ojos hundidos y con un aire de serena quietud.

Tras saludarlos y hacer las presentaciones necesarias, Solomon los guió por un sendero de tierra apisonada entre casas de madera sobre pilotes, mientras el humo de las cocinas se elevaba en finas líneas desde las hogueras.

Al borde de un claro, cerca de una casa comunal, se había dispuesto una mesa baja bajo un cobertizo de paja. Pan de yuca. Un cuenco de arcilla con pepperpot, oscuro y de olor penetrante. Cuencos de batata. Tazas de cassiri, una bebida de yuca ligeramente fermentada.

—Por favor —dijo Solomon, indicándoles con un gesto que se sentaran—. Han tenido un viaje largo. Sé que deben de tener hambre.

Como si el estómago de Adrian hubiera estado esperando la señal, rugió. Todos tomaron asiento y empezaron a comer.

Mientras comían, Adrian y Nick le contaron a Solomon el rastro que los había llevado desde México hasta allí.

Solomon escuchó sin interrumpir. Cuando terminaron, permaneció sentado mucho tiempo en silencio, observando las brasas del fuego de la cocina al borde de la mesa. Finalmente, dejó su taza.

—Hay historias —dijo—. Sobre gente que subió por los ríos hace mucho tiempo, desde las islas. Huían de una calamidad en su tierra

natal. Cuando llegaron aquí, siguieron los ríos hacia el interior. Luego se desvanecieron en las grandes selvas del más allá, y no se volvió a saber de ellos. Como muchos se desvanecen en esas selvas.

Hubo una breve pausa mientras sus palabras calaban. Los miró a cada uno por turno. —Si hubiera un refugio oculto ahí fuera, en alguna parte —continuó Solomon, con voz queda—, no me sorprendería. El territorio más allá de Chenapau es uno de los más remotos de la Tierra. Me he adentrado en él más que la mayoría, y todavía hay días de selva en los que nunca he puesto un pie. La gente desaparece ahí fuera. Cazadores. Mineros. Investigadores —sostuvo la mirada de Adrian sin parpadear—. Los llevaré hasta donde me sea posible. No más allá.

Adrian le sostuvo la mirada, comprendiendo la gravedad de sus palabras. Miró a Nick y a los demás, cuyas expresiones eran firmes y decididas. Todos conocían los riesgos.

—Lo comprendemos —dijo ella.

A la mañana siguiente estaban en pie antes del amanecer, dirigiéndose a la orilla del río donde los esperaba la canoa de Solomon.

La casa de huéspedes donde se habían alojado la noche anterior era una estructura de madera de una sola planta sobre pilotes, elevada a varios pies sobre el suelo húmedo, con techo de zinc y dos habitaciones divididas por una cortina de palma tejida.

A pesar de la estrechez del catre que compartía con Nick y de la variedad de sonidos que procedían de la selva circundante, Adrian había dormido bien; el agotamiento del viaje le había pasado factura por fin.

Ahora, Adrian ocupó el banco de popa junto a Nick. Jorge se sentó en el medio. Nayra se acomodó en la proa.

Tras colocar sus mochilas de forma segura a su alrededor, Solomon empujó la embarcación; la orilla soltó la canoa con un suave sonido de succión y la corriente se los llevó.

Durante unos minutos, Adrian aún pudo ver la aldea a sus espaldas: el humo de las cocinas elevándose, las siluetas de las casas sobre pilotes contra el cielo que empezaba a clarear.

Entonces el río giró. El dosel a cada lado se cerró. Los árboles se inclinaron unos sobre otros hasta que sus copas se tocaron; el túnel verde engulló la luz del alba y el pueblo desapareció.

Lo último que verían de la civilización en días, posiblemente.

Adrian apoyó la mano en la borda. Nick la miró a los ojos y puso su mano sobre la de ella. Sabía que ambos estaban pensando lo mismo.

Si iban por el camino correcto, si el código que habían seguido a través del Caribe era exacto, entonces este último tramo del río era el mismo que habían tomado los refugiados. La misma agua oscura bajo el mismo dosel. La misma puerta verde cerrándose tras ellos.

Conduciéndolos hacia un refugio oculto.

CUARENTA Y CINCO

LA SELVA se los había tragado por completo.

Llevaban caminando un número de horas que Adrian ya había dejado de contar.

Solomon había varado la canoa en un punto de trasbordo donde el afluente se estrechaba en aguas bravas sobre rocas apiladas, se había echado la mochila al hombro y los había guiado hacia el interior de la arboleda.

La selva tropical que los rodeaba era tan densa que el dosel arbóreo se cerraba sobre sus cabezas formando un único techo ininterrumpido. La luz que llegaba al suelo del bosque era tenue, sin dirección, como si se movieran a través de agua en lugar de aire.

A Adrian le ardían las piernas. Tenía la camiseta empapada y las correas de la mochila le habían provocado rozaduras en los hombros. El terreno había cambiado una hora antes: el afluente que seguían se había estrechado aún más y la selva los presionaba con más fuerza a ambos lados. Solo se habían detenido dos veces para descansar y comer las raciones que habían preparado antes de continuar.

El aire era más cálido y húmedo que el de las tierras altas circundantes, como si hubieran entrado en un microclima diferente. Orquídeas y bromelias que no conocía colgaban de las ramas. Los cantos de los pájaros resultaban extraños. Incluso los insectos sonaban distinto. Un tono más agudo, un ritmo diferente.

Era como si se hubieran adentrado en un mundo totalmente distinto.

No habían visto ninguna señal. Ni grabados. Ningún indicio de que alguien hubiera pisado aquel suelo antes.

El miedo por María, que Adrian había mantenido a fuego lento durante todo el día, empezaba a desbordarse. Si aquello era otro callejón sin salida...

Se obligó a frenar ese pensamiento en seco.

Adrian también detectaba la tensión en los demás. Jorge estaba pálido y silencioso, con la mandíbula apretada. Ni siquiera Nick soltaba sus característicos chistes; tenía el cuerpo rígido. Nayra escaneaba la selva delante y detrás de ellos, con el estrés marcado en cada línea de su cuerpo.

Frente a ellos, Solomon se detuvo de forma tan abrupta que Adrian casi choca con él.

Ella siguió su mirada. Él observaba algo en la orilla. El afluente aún corría junto a ellos, reducido a poco más que un arroyo. Su atención se centraba en una roca, semisumergida donde la corriente rodeaba un grupo de enormes árboles mora. Adrian, Nick y los demás se apresuraron a acercarse.

Había una espiral tallada en la piedra.

Era similar a la espiral que se cerraba hacia dentro descubierta en la cueva marina de Chacachacare.

El agua volviendo a sí misma.

Pero aquí el grabado era distinto. Más nítido. Las líneas estaban cortadas de forma limpia y profunda, protegidas por el dosel y el aislamiento de la meseta. Parecían casi recientes comparadas con las marcas erosionadas por la sal en las Bocas o los símbolos gastados por el agua en los túneles de desagüe de La Habana.

Jorge los miró, con una expresión llena de reverencia.

—Este podría ser uno de los símbolos originales —dijo, pasando los dedos por los surcos—. La espiral de Chacachacare... creo que era una copia de *esta*. —Miró a cada uno de ellos—. Debemos de estar cerca.

Adrian se irguió, y la adrenalina superó su agotamiento. El entusiasmo recorrió el grupo como una corriente: espaldas erguidas,

zancadas más largas, ojos aguzados en el sendero que tenían por delante.

Avanzaron más rápido.

Aparecieron varios marcadores más a medida que se adentraban. Rostros tallados en las enormes raíces tabulares de antiguos árboles mora: ojos y bocas grabados en la madera hace siglos, ahora parcialmente absorbidos por el crecimiento de la corteza. Más espirales en las rocas.

Entonces, en una bifurcación donde un afluente más pequeño se separaba de la corriente principal, encontraron un hito de piedras.

Solomon se agachó junto a él y levantó la piedra plana de la parte superior, revelando el símbolo tallado debajo: tres ríos que convergen.

Era similar al símbolo que habían encontrado en la cueva marina de Chacachacare.

Pero aquí estaba invertido. Los ríos divergían. Se dividían hacia fuera. Apuntaban *lejos* del agua, hacia los árboles.

El afluente se estrechó hasta ser apenas un hilo de agua que se abría paso por un barranco de arenisca milenaria. La pared de roca a cada lado era de un rojo oscuro, vetada con depósitos minerales que brillaban como el cobre y el oro bajo la luz fragmentada del sol. El agua misma había cambiado, era más clara que el río Potaro, oscuro por los taninos, con un tinte claro inusual y un leve aroma mineral.

Jorge dejó de caminar. Se agachó y recogió un poco de agua con la mano, dejando que se escurriera entre sus dedos.

—Este agua no viene de la superficie —dijo—. Está siendo empujada desde lo profundo del Escudo Guayanés. —Miró a Adrian y a los demás—. Estamos caminando por una falla geológica. Los manantiales que alimentan este arroyo provienen de rocas de dos mil millones de años de antigüedad.

Nayra, que iba delante de ellos, se había quedado inmóvil.

—La temperatura —dijo—. Sentidla.

Adrian la sintió. El aire en el barranco era más cálido que en la selva que habían dejado atrás; notable, inequívocamente más cálido. Geotérmico. Un calor que emanaba de la propia tierra.

Con el corazón martilleándole, Adrian buscó la mano de Nick mientras seguían adelante. Tenía la sensación de que algo monumental estaba a punto de aparecer.

Pronto, el barranco se abrió.

Y Adrian dejó de respirar cuando vio lo que se revelaba ante sus ojos.

CUARENTA Y SEIS

UNA PARED de roca se alzaba ante ellos, de treinta metros de altura, de arenisca roja oscura veteada con pálidos filamentos minerales.

Cada metro de ella estaba tallado.

La serpiente. La criatura entera representada aquí a una escala que hacía que cada talla de señalización que habían visto pareciera un boceto para esta obra terminada.

Su cuerpo se enroscaba alrededor de todo el panel desde la base hasta la cima, cada bucle deliberado, tallado profundamente en la arenisca.

La cabeza en la parte superior, con las fauces abiertas, las tres bocas de las Bocas abriéndose en abanico hacia fuera como una corona. Y el cuerpo entre medias —el largo y curvo cuerpo que conectaba el principio con el fin— era la espiral. La misma espiral que se estrechaba hacia el interior de Chacachacare, pero dibujada aquí a su verdadera escala, enhebrándose a través de cada anillo de la forma de la serpiente como un río que recorre un valle.

Y dentro de los anillos, llenando cada espacio que el cuerpo de la serpiente encerraba... huellas de manos.

Cientos de ellas. Impresas en la piedra en ocre, carbón y un rojo óxido profundo que podría haber sido óxido de hierro o algo más antiguo. Manos grandes y manos pequeñas. Palmas de adultos y las diminutas huellas de niños, no más grandes que el puño de Adrian.

Se solapaban en lugares donde la roca se había quedado sin espacio, dispuestas unas sobre otras, las huellas más nuevas presionadas sobre las más antiguas sin borrarlas.

La serpiente sosteniendo a la gente. La gente dentro de la serpiente.

Más allá del acantilado, un valle. Una formación de tepuy colapsada había creado un anfiteatro natural; sus paredes se elevaban cientos de metros en tres de sus lados, de pura arenisca oscura cubierta de vegetación que se derramaba por los bordes. El cuarto lado, por el que habían entrado, era el estrecho desfiladero, apenas lo suficientemente ancho para que pasaran dos personas juntas.

Una puerta. La única puerta.

Pozas en terrazas descendían por el suelo del valle en amplios y poco profundos escalones, tallados —por la naturaleza o por la mano del hombre, Adrian no podía saberlo— en la roca milenaria.

Los manantiales brotaban de las fisuras de la arenisca en la base de la pared oriental, alimentando las pozas desde abajo.

El agua en las terrazas no se parecía a nada que ella hubiera visto jamás: brillaba casi dorada en las pozas superiores, donde la concentración mineral era más alta, pasando a un verde pálido en las terrazas intermedias, y finalmente a un azul claro y ligeramente luminoso en la poza más baja y grande, donde surgían los manantiales y el vapor flotaba sobre la superficie.

Estaban rodeados por el aroma de los minerales y la piedra mojada. El sonido que llenaba sus oídos era el del agua: agua que subía, agua que caía, agua que se movía de terraza en terraza en finas y brillantes láminas. Bajo este, el zumbido profundo y subaudible de la actividad geotérmica muy por debajo del suelo del valle.

Esta era la Fuente.

Un sistema geológico vivo. Agua rica en minerales impulsada a través de dos mil millones de años de arenisca del Escudo de las Guayanas, emergiendo en un valle oculto que las paredes del tepuy habían sellado del resto del continente. Un refugio para los nativos

que habían sido forzados a abandonar sus hogares, buscando uno nuevo.

Nadie habló.

Jorge cayó de rodillas al pie del acantilado. Presionó su palma contra una de las huellas más pequeñas —la mano de un niño, con los cinco dedos abiertos de par en par en ocre— y la mantuvo allí.

Adrian se llevó la mano a la boca, el asombro la dejó sin habla.

Aquí estaba cada hombre, mujer y niño que había caminado por este desfiladero y presionado su mano contra la piedra para decir: *Estuve aquí. Lo logré. Sobreviví.*

Solomon permanecía en el borde de la entrada del desfiladero, con la expresión imbuida de asombro. Los ojos de Nayra se movían lentamente por las paredes del valle, mientras sacudía la cabeza maravillada.

Nick se encontró con sus ojos, y los suyos se llenaron de emoción.

Adrian abrió la boca para hablar, para romper el silencio sobrecogedor... cuando algo en el extremo opuesto del valle le llamó la atención.

Una forma que no encajaba. Angular.

Artificial.

Levantó sus prismáticos y enfocó. El pavor le golpeó el estómago como un puñetazo.

Tiendas de campaña. Cajas de equipo. Un generador. Y hombres —seis, ocho, más— moviéndose entre las pozas de las terrazas inferiores.

Los mercenarios les habían ganado la mano.

CUARENTA Y SIETE

Valle del Río Dormido

Tierras altas de Pakaraima, Guyana

15:38

RAFAEL ESTABA de pie al borde de una terraza, observando cómo el vapor se elevaba de una de las pozas que tenía ante sí. A su alrededor, la cuenca descendía en amplios y poco profundos escalones tallados en la antigua arenisca: por la mano del hombre, por el agua, o por ambos. En cada nivel el agua cambiaba de color, hasta llegar a la poza más baja, donde los manantiales brotaban con más calor.

Le temblaba la pierna izquierda. Esto era nuevo: un espasmo profundo y rítmico en los músculos de la pantorrilla y el muslo.

Pero ahora, aquello no le causaba ansiedad. Había encontrado el lugar que lo curaría.

El lugar que cambiaría el mundo.

Con la participación forzada de María, su equipo de investigación se había movido rápido.

Soto había sido la primera en encajar las piezas. Con los datos recuperados del trabajo de María con los estadounidenses, el análisis de lo que su equipo había aprendido y la experiencia de Lanzo en las rutas comerciales de la época colonial entre Trinidad y las Guayanas, habían empezado a armarlo todo.

Lanzo había abierto la carpeta que había estado preparando y la había ido exponiendo documento a documento.

—De las Casas —dijo Lanzo, deslizando una página fotografiada hacia Rafael—. Una carta de un fraile dominico destinado en Santo Domingo, 1547, quejándose de que ciertos refugiados habían pasado al continente.

Dejó la siguiente página. —Misionero capuchino, Angostura, 1591. Entrada en el cuaderno de bitácora: Un valle de aguas, en el corazón de las montañas Patamona, rumores de un lugar donde los enfermos sanan. Hay hombres que han desaparecido buscándolo.

Dejó la siguiente. —Estudio de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, 1747. Nota al margen del topógrafo sobre las cabeceras del Esequibo: Un lugar interior del que murmuran los nativos. Varios hombres han desaparecido buscándolo —miró a Rafael a los ojos—. Tres fuentes. Tres siglos. Todas apuntando a la misma cuenca.

—¿Dónde exactamente?

—Bartica es el punto de convergencia. El encuentro de tres ríos. Desde Bartica, se sube por el Esequibo, luego por el Potaro, pasando las cataratas Kaieteur, hasta la meseta. Desde la meseta, se encuentra este afluente. No aparece en ningún estudio realizado después del siglo XVIII. Pero está aquí, en los archivos capuchinos de Caracas. *El río dormido*.

Rafael había ordenado inmediatamente a su equipo que se pusiera en marcha. Especialmente cuando se enteró de la huida de Adrian West y su equipo de las manos de sus hombres. Tenía que llegar antes que ellos y luego eliminarlos si llegaban a aparecer.

El jet privado desde Piarco, luego el vuelo directo a una pista de aterrizaje minera de propiedad brasileña en el alto Mazaruni. Otro vuelo directo por el corredor del Esequibo, girando al oeste en la confluencia del Potaro, un trayecto a baja altitud por el Potaro que rozaba el dosel forestal a ambos lados y hacía castañear cada diente en la cabeza de Rafael.

Habían aterrizado en una pista en la selva sobre Kaieteur, adentrándose a pie en el valle antes del amanecer de la mañana siguiente.

La caminata había durado menos de dos horas, pero casi acabó con él. Su pierna izquierda se le había bloqueado dos veces durante el descenso, los músculos se le habían anudado de tal forma que lo habían hecho caer de rodillas.

Gabriel lo había levantado en ambas ocasiones sin decir palabra. Para cuando llegaron al barranco, la camisa de Rafael estaba empapada y su visión se nublaba: veía cada objeto doble, con la imagen fantasmagórica flotando a un dedo de distancia por encima de la original antes de volver a su sitio. Se había apoyado contra la pared del acantilado a la entrada del barranco y había esperado a que sus ojos se estabilizaran, y entonces se había obligado a entrar en el valle encabezando a sus hombres.

Cuando llegaron, todos ellos, incluso sus mercenarios más estoicos, se quedaron en un silencio sobrecogido durante varios momentos. Las paredes del anfiteatro se elevaban cientos de metros en el aire, y las pozas en terraza descendían por el suelo en amplios escalones luminosos.

Gabriel había intentado agarrarlo del brazo. Rafael no había sido consciente de que estaba a punto de caerse hasta que sintió la mano de su hermano sobre él. Se dejó sostener y luego caminó solo por el borde de la terraza superior y se agachó al borde de la poza más baja, hundiendo ambas manos en ella.

El agua estaba tibia. Sabía a metal, a sal y a algo ligeramente dulce. Bebió un puñado, ignorando las protestas alarmadas de sus investigadores. Había llegado demasiado lejos como para andarse con tales cautelas.

El valle quedaría sellado antes de que terminara la semana. Las muestras de agua se enviarían por aire al entorno controlado de Caracas. El lugar mismo se rodearía de seguridad privada y una valla de confusión burocrática que haría que el control de Rafael sobre él fuera funcionalmente permanente antes de que ningún gobierno comprendiera qué se había encontrado allí.

Ahora, se dio la vuelta y examinó el campamento improvisado. Soto estaba en la mesa larga, catalogando frascos de muestras. Lanzo hablaba por el teléfono satelital con el equipo de Caracas. Gabriel estaba en la tienda de radio, tan imperturbable como

siempre. Sus hombres estaban en el perímetro, con los fusiles al hombro, vigilantes.

Su mirada se posó en María. Estaba sentada en una silla plegable al borde de la tienda de investigación, sin ataduras, sin vigilancia, excepto por Duarte, que estaba a diez metros.

Su expresión era complicada; un asombro matizado por la tristeza y el miedo. Sabía que estaba pensando en Ricardo. Una parte de él también lo hacía. Pero desechó el pensamiento.

María le sostuvo la mirada y el odio brilló en el fondo de sus ojos. No importaba. Ya no la necesitaba.

Buscó la mirada de Duarte y asintió levemente hacia la silla de María.

Duarte lo comprendió. Se recolocó el fusil al hombro y se dirigió hacia ella.

Y entonces lo oyó: un golpe seco y percusivo desde algún lugar sobre el borde sur, seguido de una estela blanca brillante que ascendía rápidamente por encima de la pared del valle, dejando un rastro de humo contra el verde del dosel forestal más allá.

Una bengala. Una bengala de señales. Su mente lo registró en el medio segundo antes de que llegara el segundo sonido.

Un rugido profundo y chirriante desde la pared sur. Se giró a tiempo para ver cómo un bloque de arenisca fracturada se desprendía del borde y caía en cascada por la ladera en un torrente de roca destrozada y polvo ocre, haciendo que sus hombres se lanzaran en busca de cobertura tras las cajas de equipo y las mesas volcadas.

Y entonces, disparos. Varias detonaciones rápidas que resonaron en las paredes de arenisca. Sus hombres gritaban, correteaban con los fusiles en alto.

Adrian West los había encontrado.

CUARENTA Y OCHO

Hace veinte minutos

ADRIAN YACÍA boca abajo en el borde de la cresta oriental del valle, con los prismáticos apoyados sobre un pliegue de musgo, y contaba cabezas.

Seis visibles. Otros dos que solo podía intuir dada la forma en que estaba establecido el perímetro. También reconoció al hombre que los había recibido en el avión en Trinidad, el que sospechaba que era el líder.

Al acercar la imagen, encontró a María, sentada en un extremo del grupo, junto a otro hombre que parecía vigilarla a escasos metros de distancia. El alivio la inundó al ver a María.

Se deslizó hacia atrás desde la cresta y se volvió hacia los demás, que también estaban observando la escena con sus prismáticos.

—Tienen al menos ocho hombres. Probablemente nueve —dijo Adrian.

—Tenemos que cogerlos por sorpresa. Es nuestra mejor oportunidad —dijo Nayra.

—De acuerdo. Maria está junto a la tienda de investigación, no lejos de la pared oriental —continuó Adrian—. Hay aberturas de cuevas en la base de esa pared. Solomon las marcó al bajar. Se adentran en los acantilados.

—Primero la sacamos de la línea de fuego —dijo Nick, asintiendo con la cabeza en señal de comprensión—. El sistema de cuevas.

Adrian escudriñó la zona una vez más.

Las paredes del valle. Los estantes de arenisca fracturada que Solomon había señalado durante el descenso, las largas cicatrices pálidas por donde habían caído los desprendimientos de la temporada pasada. La forma acústica del anfiteatro. El ángulo del viento. El ángulo del sol.

Se volvió hacia ellos, con el corazón martilleando.

—Tengo una idea.

Quince minutos después, Nick estaba agachado en el borde sur del valle con la espalda apoyada contra una losa inclinada de arenisca fracturada, el hombro presionado contra la roca y las botas clavadas en la hojarasca inferior. Estudió la pendiente.

Solomon les había dicho que la escarpadura de Pakaraima desprendía rocas en cada estación de lluvias. Se lo había señalado: largas cicatrices pálidas en las paredes del valle por donde habían bajado los desprendimientos, piedras sueltas a lo largo de las crestas orientales, losas fracturadas posadas en estantes de piedra caliza que solo necesitaban la presión adecuada en la dirección correcta para soltarse.

La losa contra la que Nick se apoyaba tenía quizás cuatro metros de ancho y dos de profundidad, equilibrada sobre un saliente corroído no más grueso que su antebrazo.

Debajo de él, a quince metros por una empinada ladera de hojarasca seca y canchal, estaba el muro sur del campamento mercenario. La pendiente canalizaría cualquier cosa que descendiera por ella directamente hacia su perímetro.

Tenía una bengala de señalización táctica en su mochila. Se puso de pie, sacó la bengala, la apuntó verticalmente sobre el borde sur y tiró del capuchón.

El magnesio se encendió con un *thunk* seco y la bengala rasgó el cielo; una estela blanca que subía rápido sobre la pared del valle, dejando un rastro de humo blanco contra el verde del dosel forestal más allá.

Contó hasta dos. Luego soltó el tubo gastado, apoyó la espalda contra la losa, clavó las botas en el canchal y *empujó*.

La bengala había sido idea de su preciosa novia.

Esto era idea suya.

Durante un largo segundo, no pasó nada. Entonces el saliente se desmoronó con un sonido parecido al de un hueso rompiéndose. La losa se volcó y la arenisca fracturada se desprendió del borde y cayó por la pendiente.

Impactó a mitad de camino y se hizo añicos. Los fragmentos golpearon el canchal y convirtieron el canchal en una avalancha. El alud se vertió en la esquina del campamento mercenario en una rugiente catarata de roca rota.

Nick se apresuró entonces por el borde, hacia el refugio de un grupo de raíces de mora cincuenta metros al este. Detrás de él, podía oír gritos desde el campamento: español, urgente.

Su parte estaba hecha... por ahora.

Nayra vio subir la bengala sobre el borde sur —la señal de Nick— y entró en acción.

Tenía su pistola apoyada con ambas manos sobre una losa plana de arenisca, apuntando a un parche de tierra a solo unos metros de un nudo de mercenarios. Disparó cuatro veces, con dos segundos de diferencia.

Los estallidos rebotaron en la pared occidental, regresaron desde la sur y se plegaron unos bajo otros en el cuenco del anfiteatro hasta que las detonaciones se solaparon, se triplicaron y parecieron venir de todas partes.

Observó cómo los hombres se echaban al suelo: caían, gateaban, con las armas en alto y los ojos puestos en cada cresta excepto en

la que ella se encontraba realmente.

Y entonces lo vio.

Alejandro. Salió de detrás de la tienda de radio, moviéndose lentamente y haciendo muecas de dolor, claramente recuperándose aún de la herida de bala que ella le había infligido. El hijo de puta era resistente.

Todavía no la había visto. Escaneó las crestas y giró la cabeza; sus ojos encontraron los de ella. Su rostro se puso blanco de furia y levantó el rifle.

Pero su lesión hacía que se moviera demasiado despacio y nunca tuvo la oportunidad de disparar.

Nayra disparó una vez, al centro de masa. El disparo fue limpio; el rifle de Alejandro se desvió hacia un lado antes de que pudiera estar completamente nivelado. El segundo disparo siguió al primero en el mismo lugar.

Pidió una disculpa silenciosa a su tío, pero le había dado a Alejandro suficientes oportunidades.

Cayó al suelo.

Adrian bajó a toda prisa por la chimenea de arenisca fracturada que Solomon les había señalado antes de separarse en el barranco, con Jorge justo detrás de ella.

Solomon estaba más atrás, escondido en la selva y fuera de la línea de fuego. Ella le había ordenado que pidiera ayuda por el teléfono satelital y que se mantuviera fuera de la vista. Jorge había insistido en acompañarla después de que ella detallara su plan; sabía que su único objetivo era poner a María a salvo.

A través del rugido del desprendimiento de rocas y los fuegos artificiales de la bengala que aún se consumía en algún lugar por encima, podía oír cómo comenzaba el segundo intercambio de disparos. Nick se había unido a Nayra y ambos estaban lanzando fuego controlado sobre los hombres que intentaban localizar objetivos que no podían encontrar.

Debajo de ella, en el suelo del valle, se produjo exactamente la respuesta que había predicho.

Dos de los hombres de Rafael rompieron hacia el sur a través del polvo, con los rifles en alto, intentando identificar el origen de la caída de rocas y el fuego desde arriba. Dos más se dejaban caer tras cajas de equipo en la terraza superior y disparaban salvajemente hacia la cresta oriental, hacia donde había estado Nayra hacía treinta segundos, hacia donde Nayra ya no estaba.

El hombre que había estado custodiando a María pivotó, dejándose caer tras una caja, con su rifle subiendo y su atención alejándose de ella.

Para su alivio, María entró en acción al instante, escabulléndose en medio de todo el caos. Adrian llegó al fondo de la chimenea y echó a correr por la base del acantilado. Jorge iba justo detrás de ella.

Mientras María corría, los vio venir. Jorge adelantó a Adrian. Cogió a María por la muñeca y la arrastró hacia la oscura boca de la abertura de la cueva más cercana sin detenerse.

Ahora que estaban fuera de la línea de fuego, Adrian se dio la vuelta, levantó su pistola y corrió hacia el tiroteo para encontrar a Nick y Nayra.

Varios hombres habían caído para cuando Adrian alcanzó a Nick y Nayra al amparo de una caja de equipo volcada a quince metros de la tienda central.

El polvo del desprendimiento de rocas se arrastraba por el suelo del campamento en bajas capas de color ocre, suspendido en el aire inmóvil del valle, ensuciando las líneas de visión en todas direcciones. Nick disparaba en ráfagas disciplinadas de dos disparos, Nayra también.

Nick se encontró con sus ojos y señaló con la barbilla hacia la terraza superior. Adrian siguió su línea de visión.

Dos hombres, incluido el líder, corrían hacia las aberturas de las cuevas en la base de la pared oriental.

—¡RAFAEL! —gritó el segundo hombre mientras el líder tropezaba.

El hombre retrocedió para agarrar al líder, Rafael, pero un disparo perdido lo alcanzó y cayó. Rafael vaciló antes de salir disparado hacia delante, dejando al hombre atrás.

Hacia el mismo sistema de cuevas en el que habían desaparecido María y Jorge.

—¡Id! ¡Yo os cubro! —gritó Nayra.

Adrian y Nick corrieron hacia la pared oriental a toda velocidad, zigzagueando entre el polvo y los cuerpos, mientras Nayra lanzaba fuego de cobertura por encima de sus cabezas contra los mercenarios que aún intentaban localizar objetivos a través de la neblina ocre.

Adrian y Nick llegaron a la abertura de la cueva en la que Rafael se había esfumado y entraron corriendo.

CUARENTA Y NUEVE

RAFAEL CORRÍA.

Esa palabra era generosa. Lo que su cuerpo estaba haciendo se parecía menos a correr que a un colapso controlado y repetido a intervalos: la pierna izquierda arrastrándose, la derecha impulsándolo, su hombro raspando la pared de la cueva para mantener el equilibrio, su aliento saliendo en bocanadas húmedas y desiguales que resonaban en la piedra a su alrededor.

Había tenido que dejar atrás a Gabriel. Una bala perdida había alcanzado a su hermano en el hombro y este había caído. La culpa lo inundó, pero se dijo a sí mismo que su hermano estaría bien. Era fuerte y sano. Rafael tenía que seguir adelante.

Este no era el final. No podía serlo. Había llegado demasiado lejos. Había sacrificado tanto. Incluso había matado.

Un fugaz recuerdo del rostro de Ricardo llenó su visión. Y luego el de Emil. Y luego el de los innumerables pacientes de los ensayos clínicos.

Casi flaqueó. Casi. Pero se obligó a seguir adelante, apartando esos pensamientos. *Este no era el final.*

El pasadizo que tenía por delante era estrecho. Pulido. El suelo bajo sus pies era arenisca labrada, no roca bruta, y algún rincón distante de su mente registró que aquello había sido tallado por manos humanas hacía mucho tiempo.

Pero el pensamiento no perduró porque su pierna izquierda volvió a fallar y cayó pesadamente sobre una rodilla. Se sostuvo contra la pared.

Detrás de él —a qué distancia, no sabría decirlo— podía oír pasos. Dos pares. Moviéndose rápido.

Con gran esfuerzo, se incorporó. Una zona entumecida en la comisura de su boca se había extendido durante la carrera. Podía sentirla ahora a lo largo de su mandíbula, una franja de piel muerta desde el labio inferior hasta la oreja, como si alguien le hubiera dibujado una línea en la cara con una goma de borrar.

Y su visión se estaba duplicando de nuevo. El pasadizo frente a él eran dos pasadizos, uno flotando un poco por encima del otro. Eligió el de abajo y siguió moviéndose.

El pasadizo se bifurcaba. La izquierda descendía. La derecha subía.

Fue hacia la izquierda porque descender era lo que su pierna aún podía hacer, y porque en algún lugar por debajo de él podía oír agua: el sonido bajo y resonante del agua moviéndose a través de la piedra. El sonido que hacían los manantiales del valle cuando brotaban a través de la roca antigua.

El ramal izquierdo se estrechó, luego se abrió antes de estrecharse una vez más. El techo bajó hasta que se encontró agachado, y luego avanzando a gatas, con la espalda encorvada casi por completo, las manos apoyadas contra las paredes a ambos lados.

Los pasos detrás de él estaban más cerca ahora.

Tras un último esfuerzo para pasar por un hueco apenas lo bastante ancho para sus hombros, el pasadizo se abrió a una cámara.

Rafael se enderezó —lentamente, porque el movimiento hizo que su visión se nublara— y se dio cuenta de que no tenía adónde ir.

La cámara era pequeña. Natural, no labrada, con paredes ásperas y brillantes por la filtración de minerales. El suelo se extendía unos cinco metros frente a él y luego terminaba en una línea nítida y oscura.

Más allá de la línea: nada. Un pozo, que descendía a través de capas de arenisca hacia un tenue resplandor muy por debajo. El calor subía desde allí; calor geotérmico, antiguo, el aliento de los propios manantiales.

Se giró bruscamente cuando la agente estadounidense, Adrian West, atravesó el estrecho paso rápidamente, con la pistola por delante.

Su compañero entró detrás de ella, también con su arma levantada.

—Se ha acabado —dijo Adrian—. Las manos arriba. Camine despacio hacia nosotros.

No puede haberse acabado.

Su mente trabajaba a toda velocidad. Podría ofrecerles un trato. Todo el mundo podía ser sobornado.

Pero por lo que había aprendido sobre West y su compañero, y por sus posturas decididas pero firmes, sabía que no podían ser comprados.

—Apártese del borde —dijo Adrian, alzando la voz—. Las manos donde pueda verlas. Camine hacia delante.

Tenía que haber alguna forma todavía.

La mano derecha de Rafael aflojó su agarre en la columna, y su peso se desplazó hacia delante, de modo que pareció que iba a obedecer.

Y entonces se lanzó.

Un solo movimiento explosivo, su cuerpo encontrando su última reserva de fuerzas, alcanzando a Adrian, su mano derecha cerrándose sobre la muñeca del brazo con el que empuñaba el arma y usando su peso para empujarla hacia atrás.

Pero su cuerpo sufrió un temblor en el peor momento posible, y ambos cayeron al vacío por el borde.

CINCUENTA

MIENTRAS ADRIAN CAÍA por el borde junto con Rafael, oyó el grito desesperado y aterrorizado de Nick.

—*¡Adrian!*

La mano de Nick atrapó su brazo libre en el último instante posible, con el cuerpo apoyado contra la columna en la que Rafael se había estado apoyando un segundo antes y los dedos cerrados alrededor de su antebrazo con un agarre que dolía y sostenía. La otra mano de Adrian se había cerrado sobre la de Rafael.

Durante un segundo suspendido, los tres colgaron de allí: Nick anclado a la cueva, Adrian colgando del agarre de Nick, Rafael colgando del de ella. La luz del estanque de abajo ascendía a su alrededor como algo vivo.

Los ojos de Rafael se encontraron con los de ella. Estaban desorbitados por la desesperación y el pánico. Él tiró hacia arriba, utilizando el cuerpo de ella y el agarre de Nick como palanca para izarse, pero al hacerlo, un temblor le recorrió el cuerpo y su agarre resbaló.

Adrian intentó sujetarlo, pero fue demasiado tarde.

Cayó hacia abajo, con el cuerpo girando una vez en el largo haz de luz tenue mientras se precipitaba hacia la superficie del estanque inferior.

Impactó con un golpe feroz, la piedra encontrándose con el hueso; la pila poco profunda apenas tenía profundidad suficiente

para tragárselo.

Las ondas se extendieron hacia fuera en lentos anillos concéntricos y, después, la superficie volvió a quedar inmóvil. Rafael flotaba boca abajo en el agua azul, con los brazos extendidos a los lados y el cuerpo inmóvil.

Nick la subió hasta el suelo de la cueva de un solo tirón brusco. Se desplomaron juntos sobre la piedra, con los brazos de Nick rodeándola, ambos temblando, ninguno capaz de hablar.

Él presionó sus labios contra los de ella una vez, desesperado, con los ojos húmedos por las lágrimas.

—Hazme un favor, West —susurró—. Deja de estar a punto de morirme delante de mí.

Valle de Río Dormido
Tierras Altas de Pakaraima, Guyana
Dos días después

El valle estaba ahora delimitado.

Una cuadrícula de estacas topográficas y cinta de señalización marcaba las terrazas, las entradas de las cuevas y la pared de roca de los petroglifos. Tres tiendas pertenecientes a un equipo de investigación preliminar de la Universidad de Guyana se alzaban en el extremo norte del valle, bien alejadas de los estanques. Solomon estaba sentado con un guarda forestal guyanés y dos hombres patamona de Chenapau cerca de la entrada del barranco, bebiendo café de un termo y haciendo guardia.

Adrian estaba en el borde de la terraza superior con Nick, Jorge, María y Nayra, observando trabajar a los investigadores.

Poco después del enfrentamiento con Rafael, ella y Nick habían encontrado a María y Jorge, escondidos a salvo en un pasadizo estrecho del sistema de cuevas, fuera de la vista. Juntos, se habían reunido con Nayra, quien había logrado contener a los otros mercenarios, que habían huido o estaban muertos o heridos.

Briggs se había movido rápido. A las pocas horas de que Solomon contactara con él por el teléfono vía satélite, había implicado al Departamento de Estado, al Ministerio de Asuntos Amerindios de Guyana y a la división regional de patrimonio cultural de la UNESCO.

Se habían enterado de todo sobre Rafael Almeida: su salud precaria, la disminución de los beneficios de su empresa farmacéutica.

El teléfono y el portátil de Rafael habían proporcionado un mapa de su operación que aún se estaba desentrañando: empresas pantalla, instalaciones de investigación médica donde había estado encabezando ensayos médicos ilegales, así como funcionarios sobornados en múltiples países.

Ya se estaban produciendo detenciones en México y otros países donde se concentraban los intereses de Rafael. Los mercenarios y el equipo de investigación que habían sobrevivido estaban bajo custodia en Georgetown. Su hermano Gabriel estaba en una sala de hospital bajo vigilancia, con el hombro reparado quirúrgicamente, sin decir nada. Llevaría meses —quizás años— dismantelar todo el peso de lo que Rafael había hecho, pero el eje central estaba roto.

Nayra había estado cooperando con los investigadores para dismantelar la Orden, entregándoles al líder Francisco Villalobos, que ya había sido puesto bajo custodia. Adrian sabía que le resultaba difícil volverse contra la organización a la que había dedicado su vida, pero Nayra había declarado con sorna: —Es curioso lo que le sucede a la lealtad cuando la organización a la que eres leal profana su misión original e intenta matarte repetidamente.

En cuanto al valle, los hallazgos preliminares ya eran extraordinarios.

La doctora Enisa Persaud, la investigadora principal de la Universidad de Guyana, les había explicado los detalles esa mañana en la mesa larga situada frente a la tienda de topografía.

—Las terrazas han sido construidas por el hombre. La geología subyacente es natural, los manantiales auténticos, los escalones de arenisca moldeados primero por el agua a lo largo de milenios. Pero por lo que podemos decir, las plataformas superiores han sido

cortadas, niveladas y reforzadas deliberadamente con piedra ajustada mediante una técnica diferente a todo lo que hemos visto en el Escudo guayanés. Son especulaciones tempranas, pero creo que apunta a múltiples culturas que se asentaron aquí con el tiempo. Hay fragmentos de cerámica, depósitos de carbón y restos de agujeros para postes a lo largo de la pared oriental. Esto sugiere un asentamiento que estuvo ocupado continuamente durante quizás tres o cuatro siglos, antes de que la población se dispersara.

—¿Qué causó que se dispersaran? —preguntó Jorge.

—Un cambio climático, muy probablemente —respondió Persaud—. Un período seco prolongado habría reducido el flujo del manantial y habría hecho que el valle fuera menos viable como hogar permanente. Hemos visto que han ocurrido cosas similares en asentamientos más lejanos. Así que, una vez que el valle cumplió su propósito, la gente siguió adelante.

—En cuanto a los estanques, las pruebas preliminares muestran que los manantiales contienen una concentración inusual de minerales disueltos: sílice, litio, magnesio, todos filtrados de las aguas subterráneas profundas que circulan a lo largo de una falla a través de la roca basal subyacente y que ascienden hasta el valle. Esta concentración —añadió—, junto con el afloramiento geotérmico que mantiene calientes los estanques inferiores durante todo el año, creó las condiciones para comunidades microbianas que mi equipo nunca antes había visto. Unas que podrían tener beneficios medicinales; de ahí las propiedades curativas que se vinculan con la leyenda de la Fuente.

—Una población que viviera en contacto cercano con estos manantiales durante generaciones casi con toda seguridad habría experimentado beneficios de salud medibles —reflexionó María.

—Reducción de la inflamación, mejora de la curación de heridas, quizás incluso un envejecimiento ralentizado de la misma manera que las fuentes de agua ricas en litio han sido vinculadas provisionalmente en estudios realizados en Japón y Grecia —añadió Persaud, asintiendo con la cabeza.

Persaud los había dejado entonces, permitiéndoles contemplar el valle por última vez antes de que fuera sellado por el gobierno y los

investigadores.

Ahora, María fue la primera en hablar. —Tenía razón —susurró—. Ricardo tenía razón. La Fuente es real. —Su voz se quebró en la última palabra—. Debería estar aquí para ver esto.

El dolor ensombreció su expresión y Jorge se acercó, rodeándola con los brazos. —Esto es lo que él habría querido —le aseguró Jorge—. Que las personas adecuadas la encontraran. Personas que la protegerán.

Adrian contempló el valle, imaginándolo como era hace siglos.

Canoas varadas en la entrada del barranco, con sus cascos marcados por una travesía oceánica. Hombres y mujeres llegando en oleadas: afligidos, exhaustos, cargando niños y el recuerdo de comunidades que ya no existían. Encontrando este lugar —este anfiteatro imposible de agua tibia y paredes protectoras— y dándose cuenta de que habían hallado un refugio de los horrores que habían dejado atrás.

Habrían plantado cultivos en el suelo rico en nutrientes del fondo del valle, alimentados por la escorrentía mineral de los manantiales. Habrían construido plataformas a lo largo de la pared oriental, casas con techos de paja, fuegos para cocinar. Habrían tallado la serpiente en la pared del acantilado y habrían presionado sus manos contra la piedra uno a uno —cada hombre, mujer y niño que había sobrevivido a la travesía— porque el acto de la llegada, después de todo lo que habían perdido, requería un registro.

Y el agua. El agua tibia y rica en minerales que brotaba de una roca antigua de casi dos mil millones de años. Se habrían bañado en ella. La habrían bebido. Habrían visto cómo sus heridas se cerraban más rápido de lo debido. Habrían visto a sus ancianos vivir más tiempo de lo que lo habían hecho los ancianos allá en las islas.

Habrían contado historias sobre ello, historias que viajaron de vuelta río abajo y a través del mar y crecieron, hasta que un manantial se convirtió en una fuente y un refugio se convirtió en una leyenda.

CINCUENTA Y UNO

Ocho Ríos, Jamaica
Al día siguiente

EL ATARDECER sobre el Caribe era absolutamente extraordinario.

Adrian estaba sentada en la plataforma de madera del bungaló y lo observaba: todo el cielo occidental pasaba del dorado al cobre y a un violeta intenso, como un cardenal, que se filtraba en el agua en la línea del horizonte. Pronto, no sabría decir dónde terminaba el mar y dónde empezaba el cielo.

Nick estaba sentado a su lado, con su mano entrelazada de forma relajada con la de ella y los ojos cerrados. No estaba dormido. Su pulgar se movía en círculos lentos contra la palma de ella; estaba despierto, pero permitiéndose simplemente relajarse.

Tras las últimas semanas, ella comprendía ese impulso. Estaba haciendo lo mismo.

Nick y ella necesitaban este descanso. No se había dado cuenta de cuánto hasta que habían llegado. El bungaló era un antiguo piso franco de la CIA, una modesta vivienda de dos dormitorios sobre pilotes encima de una costa rocosa, oculta de la carretera principal por un muro de uvas de playa y buganvillas.

Estaban en una escala prolongada que sospechaba que el grupo de trabajo les había reservado a propósito. Su vuelo de regreso a DC salía mañana por la tarde.

En DC les esperaban más informes confidenciales. Pero eso sería después. Ahora era el momento de descansar.

Se habían despedido de los demás en la embajada de Georgetown, Guyana, la noche anterior.

María y Jorge se quedarían una semana más: María asesorando al equipo de investigación del doctor Persaud, y Jorge trabajando con el departamento de arqueología de la Universidad de Guyana para ayudar a comenzar el largo proceso de documentar formalmente el yacimiento.

Hoy, más temprano, Adrian y Nick habían recibido una videollamada de ellos.

—Tenemos noticias —dijo María, radiante.

Jorge levantó la mano izquierda de María. Había una fina alianza de oro en el dedo anular.

—Después de todo lo que ha pasado —había dicho Jorge con voz vacilante—, decidí que no quería perder más tiempo. Así que le he pedido que se case conmigo esta mañana. Compramos el anillo en una joyería cerca del mercado de Stabroek.

—No os olvidéis de invitarnos a la boda —dijo Nick con una sonrisa.

En cuanto a Nayra, ahora que era libre de la Orden, quería utilizar sus habilidades para el bien. Había regresado a Ciudad de México, donde iba a mantener reuniones con funcionarios del gobierno para realizar labores de consultoría: protección del patrimonio cultural en México y en todo el Caribe. El mismo trabajo para el que se había fundado la Orden, despojado del secreto y la corrupción que la habían envenenado.

Adrian y Nick también habían hecho una videollamada a sus padres esa tarde. Su madre había respondido al primer tono, casi sin aliento por el alivio.

Adrian les había contado todo lo que se les permitía compartir. Aunque su madre escuchaba con cortesía e interés, Adrian sabía que la mayor parte le resultaba ajena y que solo se sentía aliviada de que Adrian y Nick, a quien quería como a un hijo, estuvieran bien.

Pero su padre había escuchado con atención. Ella y su padre habían pasado otras dos horas hablando simplemente sobre los

diversos petroglifos y símbolos que habían encontrado por todo el Caribe, hablando durante tanto tiempo que incluso Nick había puesto los ojos en blanco de forma juguetona y los había dejado a lo suyo.

Hacia el final de la llamada, Adrian había estudiado el rostro de su padre, el rostro que pensó que no volvería a ver jamás, y la emoción brotó en su interior. Su padre sonrió, como si leyera sus pensamientos.

—Lo sé, cariño —dijo él, con los ojos también llenos de emoción—. Lo sé.

Ahora, Adrian se giró y se encontró con los ojos de Nick fijos en ella. Los había abierto sin que ella se diera cuenta. La miraba con una expresión que ella no lograba definir del todo. Algo que nunca antes le había visto.

Se incorporó despacio. Su mano seguía sosteniendo la de ella.

—Adrian —dijo—. Adrian, quiero...

Los teléfonos de ambos sonaron simultáneamente, interrumpiéndolo.

Miraron hacia abajo. Adrian contuvo el aliento al ver el mensaje en su pantalla.

No era de Briggs. Era de Vince. Sucinto y directo al grano.

SOS. Tenéis que llegar a Nairobi. Cuanto antes.

¿Qué les espera a Adrian y Nick en Nairobi?

Descúbrelo en EL PROTOCOLO DEL SÁHARA, donde la aventura continúa.

Para recibir notificaciones sobre su lanzamiento, suscríbete al boletín de L.D. Goffigan.

NOTA DEL AUTOR

Mis ideas para las novelas de Adrian West suelen empezar con una pregunta cuya respuesta me muero de curiosidad por conocer.

Para esta, fue la leyenda de la Fuente de la Juventud. ¿Cuáles fueron los orígenes de la leyenda? Y mi pregunta adicional favorita: ¿cuál es su base histórica?

La Fuente de la Juventud es una de las leyendas más antiguas y persistentes de la humanidad. La mayoría de la gente la asocia con el explorador español Juan Ponce de León y su supuesta búsqueda en Florida, pero es casi seguro que esa historia es ficción.

El relato fue registrado por primera vez por el cronista español Gonzalo Fernández de Oviedo en 1535, veintidós años después del viaje de Ponce de León y catorce años después de su muerte. No hay pruebas de la propia época de Ponce de León de que estuviera buscando tal cosa.

Sin embargo, la leyenda en sí es mucho más antigua. El historiador griego Heródoto, que escribía en el siglo V a. C., describió una fuente entre los macrobios de Etiopía cuyas aguas otorgaban a la gente vidas excepcionalmente largas, lo que la convierte en una de las referencias escritas más antiguas que se conocen sobre aguas curativas o restauradoras.

El Romance de Alejandro, una colección de leyendas sobre Alejandro Magno compilada alrededor del siglo III d. C., describe a Alejandro y a su sirviente cruzando la «Tierra de las Tinieblas» en

busca del Agua de la Vida. Y las versiones árabes del Romance de Alejandro, ampliamente difundidas en la España morisca, habrían sido familiares para los mismos exploradores que navegaron hacia las Américas.

Lo que me pareció más fascinante, sin embargo, fue la parte caribeña de la historia. Los pueblos indígenas de la región tenían sus propias tradiciones de aguas sagradas y curativas, arraigadas en la cosmología taína, en la que las cuevas y los manantiales eran portales entre mundos.

Cuando los españoles oyeron historias indígenas sobre aguas curativas en un lugar llamado Bimini, probablemente filtraron esos relatos a través de sus propias leyendas y produjeron el mito que conocemos hoy.

La absoluta devastación de la conquista española sobre las poblaciones nativas del continente mexicano y las islas del Caribe es de sobra conocida. La magnitud de lo ocurrido es casi imposible de comprender. Podemos vislumbrarlo solo en las cifras: de una población indígena estimada de 500.000 personas en 1492 a 60.000 en 1508, a 18.000 en 1518... y tras la llegada de la viruela, menos de 1.000 en 1519.

Para poner una perspectiva más humana a esta pérdida devastadora, incluyo a continuación una de las raras fuentes indígenas que hablan sobre la plaga que aniquiló a su pueblo. Esta cita pertenece a Francisco Hernández Arana Xajilá, uno de los pocos supervivientes de una epidemia que se extendió por lo que hoy es Guatemala. Esta cita procede de los *Anales de los cakchiqueles*, que encontré en el excelente libro de no ficción de Douglas Preston *La ciudad perdida del dios mono*.

Sucedió que durante el vigésimo quinto año [1520] comenzó la peste, ¡oh hijos míos! Primero enfermaron de tos, padecieron hemorragias nasales y enfermedades de la vejiga. Fue verdaderamente terrible el número de muertos que hubo en aquel período. El príncipe Vakaki Ahmak murió entonces. Poco a poco profundas sombras y una noche negra nos envolvieron a nuestros padres y abuelos y a nosotros también, ¡oh hijos míos!... Grande era el hedor de los muertos. Después de que nuestros padres y abuelos

sucumbieran, la mitad de la gente huyó a los campos. Los perros y los buitres devoraron los cuerpos. La mortalidad fue terrible... Así fue como nos quedamos huérfanos, ¡oh hijos míos! Así nos quedamos cuando éramos jóvenes. Todos nosotros estábamos así. ¡Nacimos para morir!

El Caribe era el hogar de muchos pueblos indígenas, incluidos los kalinago de las Antillas Menores, los ciguayos y macorixes de La Española, y los guanajatabeyes del oeste de Cuba, entre otros. Esta novela se centra en los taínos porque eran el grupo dominante en las Antillas Mayores en el momento del contacto europeo, y porque su herencia lingüística arahuaca proporciona el puente cultural e iconográfico entre las islas del Caribe y el continente sudamericano que sigue la historia.

La herencia nativa y taína aún sobrevive hoy en día: en el ADN caribeño, en el idioma (palabras como «huracán», «canoas», «hamaca» y «barbacoa» son de origen taíno), en las tradiciones culinarias, en los petroglifos que aún marcan los ríos y cuevas de Puerto Rico y La Española, y en las comunidades de todo el Caribe que se identifican como descendientes de taínos y continúan preservando y revitalizando su cultura ancestral.

La mayoría de los lugares que visitan Adrian y el equipo en México y por todo el Caribe son reales. Desde el sitio arqueológico de San Gervasio en Cozumel, que he tenido el placer de visitar en persona, hasta el Convento de los Dominicos en Santo Domingo, la primera casa dominica en América, y los estrechos de las Bocas del Dragón entre Trinidad y Venezuela. Sin embargo, los símbolos y códigos de petroglifos específicos que encuentran en estos lugares son invención mía, al igual que la cámara oculta y el alijo que hallan.

El único sitio ficticio que encuentran está en la selva cerca de Tulum: no se han hallado petroglifos mayas y taínos juntos, y representan culturas e idiomas completamente diferentes. En cuanto a los archivos de Santo Domingo, que es un lugar real, las cartas

restringidas de la época de Ovando sobre «aguas ocultas» son ficticias. El Castillo del Morro existe, y hay desagües por los que teóricamente podrían haber huido prófugos, aunque esto no está verificado históricamente.

Respecto a las historias de Yamira, no hay un mito documentado con la forma exacta en que ella lo cuenta, pero Yúcahu es una deidad taína real asociada con la yuca, la fertilidad y la benevolencia, cuyo nombre significa «espíritu de la yuca». Las aguas y cuevas sagradas son coherentes con la cosmología taína.

En cuanto a la Orden de Predicadores, aunque la orden dominica en sí es real, la de esta novela (la Orden de San Jacinto) es ficticia. Los dominicos —especialmente Bartolomé de las Casas— sí abogaron por los derechos de los indígenas, y los primeros frailes dominicos estuvieron entre los primeros europeos en criticar los abusos españoles. La idea de que pudiera haberse formado una rama secreta para proteger a los refugiados indígenas es invención mía, pero las raíces están ahí.

Supe desde el principio que la «Fuente» tendría que ser un lugar real y remoto, un sitio que factiblemente pudiera haber permanecido oculto durante siglos. Elegí las Tierras Altas de Pakaraima en Guyana porque poseen algunos de los terrenos más inaccesibles de la tierra: el Escudo Guayanés, una de las formaciones geológicas más antiguas del planeta con aproximadamente dos mil millones de años de antigüedad, con formaciones de tepuyes, profundas gargantas selváticas y vastas extensiones de selva tropical primaria que permanecen arqueológicamente inexploradas incluso hoy en día. El río Potaro, las cataratas Kaieteur y la aldea de Chenapau son reales.

Sin embargo, no hay pruebas de asentamientos de coaliciones de refugiados pancaribeños; eso es invención mía. Aunque está bien documentado que los pueblos indígenas huyeron de la conquista española y buscaron refugio en zonas remotas.

Una nota sobre las pozas que encuentran: Guyana no tiene fuentes termales documentadas, y el Escudo Guayanés es una formación estable, no el tipo de entorno geológico donde suele producirse actividad geotérmica. Sin embargo, la circulación por fallas profundas a través de roca antigua es el único mecanismo

plausible por el cual podrían surgir manantiales cálidos y ricos en minerales en un entorno así, y he utilizado ese mecanismo en la novela.

Las propiedades minerales que describo —sílice, litio, magnesio y trazas de elementos de tierras raras— son coherentes con aguas termales de otros lugares del mundo que se han asociado con beneficios para la salud tanto en la tradición indígena como en la investigación moderna.

Para la investigación, además de innumerables artículos, algunas de mis fuentes de no ficción más útiles han sido: *The Caribbean: A History of the Region and Its Peoples* de Stephan Palmié y Francisco A. Scarano, y *The Peoples of the Caribbean: An Encyclopedia of Archaeology and Traditional Culture* de Nicholas J. Saunders. También leí *La ciudad perdida del dios mono* de Douglas Preston, como mencioné antes, un relato real sobre una ciudad «perdida» en el interior de Honduras; y *Pirate Hunters: Treasure, Obsession, and the Search for a Legendary Pirate Ship* de Robert Kurson.

Espero que hayáis disfrutado de esta novela. La aventura continúa en EL PROTOCOLO DEL SAHARA, donde descubriréis qué narices iba a preguntarle Nick a Adrian y por qué Vince los convoca en Nairobi. ;)

[Aseguraos de estar suscritos a mi boletín para recibir la notificación del lanzamiento y otras actualizaciones divertidas.](#)

Hasta la próxima,
—L.D.G
2026

SOBRE LA AUTORA

L.D. Goffigan escribe thrillers trepidantes y de acción y aventuras con intriga histórica. Estudió cine y escritura dramática en la Universidad de Nueva York y actualmente reparte su tiempo entre Francia y California.

Cuando no está escribiendo, podéis encontrarla viajando a lugares en los que nunca ha estado, leyendo el último libro que le haya llamado la atención o viendo un documental sobre misterios antiguos.

Para estar al tanto de los nuevos lanzamientos, [suscríbete al boletín de noticias de L.D. Goffigan](#). Los suscriptores también reciben avisos de sorteos y contenido extra exclusivo.

¡Sigamos en contacto!
ld@ldgoffiganbooks.com
ldgoffiganbooks.com